Tom Clancy

Con la colaboración de
Steve Pieczenik

Equilibrio de Poder

(Op-Center)

Quinta parte de la serie «Op-Center». España está destinada a sufrir el peor enfrentamiento interno de los últimos mil años. Algunos diplomáticos españoles muy inteligentes y bien posicionados en el poder pueden percibirlo. El sistema de inteligencia militar de Op-Center puede corroborarlo. Lo único que deben hacer Estados Unidos y España es encontrar la manera de evitar la tragedia. Pero antes de que todo esto pase, una representante de Op-Center es asesinada en la ciudad de Madrid cuando se dirigía hacia una reunión diplomática de carácter ultra secreto. Así, todos los temores dejan de ser latentes y se confirman: alguien muy poderoso quiere otra guerra civil en España…, sin importar cuál sea su precio. Fiel retrato de los sistemas norteamericanos de Defensa e Inteligencia y de la tecnología del manejo de crisis, la serie Op-Center de Tom Clancy es una creación del exitoso autor, con la colaboración de Steve Pieczenik, prestigioso psiquiatra con una brillante trayectoria en las universidades de Harvard, Cornell y Massachusetts. Han producido juntos las más atrapantes novelas de acción y estrategia de los últimos tiempos. Se trata de una novela alucinante, aunque un poco desfasada en el tiempo debido a los increíbles avances tecnológicos producidos en materia militar, seguridad y espionaje. Sin embargo, desde el punto de la estrategia, es básico, tiene muchos entretelones y rebusques que hacen que no quieras dejar de leer. El aporte de Steven Pieczenik es importantísimo y puede detectarse claramente, ya que la novela está dotada de un suspenso propio de los adoctrinados de la psicología.

Tom Clancy & Steve Pieczenik

Equilibrio de poder

Op-Center 05

Título original: *Balance of Power*
Tom Clancy & Steve Pieczenik, 1998
Traducción: Teresa Arijón
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco

EQUILIBRIO DE PODER

Tom Clancy & Steve Pieczenik

1

Lunes, 16:55hs. Madrid, España

—Perdiste por completo los estribos —dijo Martha Mackall. Estaba francamente disgustada con la joven que viajaba a su lado y tardó un momento en calmarse. Luego acercó los labios a la oreja de Aideen para que los otros pasajeros no escucharan—. Perdiste los estribos e ignoraste los límites. Sabes muy bien qué es lo que está en juego aquí. Es imperdonable distraerse de esa manera.

La escultural Martha Mackall y su delgada asistente Aideen Marley viajaban tomadas del pasamanos, cerca de la puerta delantera del ómnibus. Las mejillas redondas y plenas de Aideen se tornaron casi tan rojas como su larga cabellera, mientras desgarraba con aire ausente la toallita de papel que apretaba en la mano derecha.

—¿Estás en desacuerdo? —preguntó Martha.

—No —dijo Aideen.

—Pero… ¡Dios santo, Aideen!

—Dije que no —repitió la chica—. No estoy en desacuerdo. Me equivoqué. Me equivoqué absoluta y completamente.

Aideen estaba convencida de lo que decía. Se había dejado llevar por el impulso en una situación que probablemente tendría que haber ignorado. Pero, al igual que la desmesurada reacción de Aideen unos minutos antes, la reconvención de Martha era excesiva y punitoria. En los dos meses transcurridos desde que Aideen se

había integrado a la Oficina Política y Económica del Op-Center, los otros tres miembros del staff le habían advertido más de una vez que evitara hacer enojar a la jefa.

Ahora entendía por qué.

—No veo qué necesitabas probar —prosiguió Martha. Seguía hablándole al oído. Había un matiz de furia en su voz—. Pero no quiero que vuelvas a hacerlo, nunca más. No mientras salgas conmigo. ¿Entendido?

—Sí —dijo Aideen con tono contrito. *Dios*, pensó, *basta ya*. Repentinamente, recordó un seminario sobre lavado de cerebro al que había asistido en la embajada norteamericana de la ciudad de México. Los prisioneros eran apremiados por sus captores en los momentos de mayor debilidad emocional. La culpa era siempre un modo de acceso particularmente eficaz. Se preguntó si Martha habría estudiado la técnica o si era algo natural en ella.

Y casi inmediatamente se preguntó si estaba siendo justa con su jefa. Después de todo, ésta era *su primera misión conjunta* para el Op-Center. Y se trataba de una misión importante.

Finalmente, Martha desvió la mirada… pero sólo por un momento.

—Es increíble —dijo, volviendo a mirarla. Su voz era apenas audible por encima del poderoso motor—. Dime algo. ¿No se te ocurrió pensar que la policía podría habernos detenido? ¿Cómo se lo hubiéramos explicado a nuestro tío Miguel?

Tío Miguel era el nombre codificado del hombre que debían ver, el diputado Isidro Serrador. Se suponía que debían llamarlo así hasta llegar al Congreso y reunirse con él en la Cámara de Diputados.

—¿Por qué motivo iba a detenernos la policía? —preguntó Aideen —. Francamente, no. No se me ocurrió. Nos estábamos protegiendo, simplemente.

—¿Nos estábamos protegiendo? —preguntó Martha.

Aideen la miró a los ojos.

—Sí —musitó.

—¿De quién?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Aideen—. Esos hombres…

—Esos *españoles* —dijo Martha, en voz muy baja—. Hubiera sido nuestra palabra contra la de ellos. Dos mujeres norteamericanas que se quejan de acoso sexual a dos policías *varones* que probablemente también acosan mujeres con cierta regularidad. La policía se habría reído de nosotras.

Aideen negó con la cabeza.

—No creo que la cosa llegara a mayores.

—Ya veo —dijo Martha—. Lo das por sentado. Estás segurísima de que no hubiera llegado a mayores.

—No, no estoy segura —admitió Aideen—. Pero aun así, por lo menos la situación hubiera tenido…

—¿Qué? —preguntó Martha—. ¿Un final? ¿Qué hubieras hecho si nos arrestaban?

Aideen miraba por la ventana. Las tiendas y hoteles del centro comercial de Madrid pasaban, veloces, frente a sus ojos. Recientemente había participado en uno de los WaSPs computarizados del Op-Center —Proyectos de Simulacro de Guerra —, una práctica obligatoria para los miembros del cuerpo diplomático, ya que les permitía sentir lo que sus colegas tendrían que soportar si fracasaba la diplomacia. Desastres más grandes de lo que la mente humana podía procesar. Aquella práctica había sido más fácil que ésta.

—Si nos hubieran arrestado —dijo Aideen—, habría pedido disculpas. ¿Qué otra cosa podría haber hecho?

—Absolutamente nada —le espetó Martha—, y a eso voy precisamente… aunque es un poquito tarde para pensar en esto.

—¿Sabe una cosa? —dijo Aideen—. Tiene razón. ¡Tiene toda la razón! —Miró a Martha—. Es demasiado tarde. Entonces, lo único que puedo hacer es pedirle disculpas y rogarle que olvidemos el episodio.

—No me cabe duda de que te gustaría resolverlo así —replicó Martha—, pero no es mi estilo. Cuando estoy enojada, expreso mi disgusto.

Y lo expresa y lo expresa y lo expresa, pensó Aideen.

—Y cuando estoy muy enojada —agregó Martha—, aplico un castigo. No puedo darme el lujo de ser caritativa.

Aideen no estaba de acuerdo con esa política de excomunión. A su criterio, todo el que formaba un buen equipo luchaba para conservarlo, y el jefe sabio y eficiente era aquel que comprendía que la pasión necesitaba ser nutrida y canalizada, no aplastada. Pero ése era un aspecto de Martha al que sencillamente tendría que acostumbrarse. Ya se lo había dicho, al contratarla, el subdirector del Op-Center, Mike Rodgers. *Todo trabajo tiene sus políticas. Simplemente se notan más cuando se trata de* política. A lo que había agregado que en todas las profesiones la gente tenía agendas que respetar. Lo más frecuente era que apenas una docena o un centenar de personas se vieran afectadas por esas agendas. En política, en cambio, las ramificaciones del retoño más diminuto eran incalculables. Y sólo había una manera de luchar contra eso.

Aideen le preguntó cuál era.

La respuesta de Rodgers fue simple: *Con una agenda mejor*.

Aideen estaba demasiado molesta para reconocer que la agenda de Martha era mejor en este caso. Ése era un tema de discusión bastante difundido en el Op-Center. Las opiniones se dividían entre aquellos que sostenían que la coordinadora de Política y Economía hacía lo mejor para el país y aquellos que pensaban que ante todo buscaba su propio beneficio. No obstante, la mayoría coincidía en que Martha Mackall perseguía ambas cosas.

Aideen miró a su alrededor. Percibió que algunos pasajeros del ómnibus también estaban descontentos, aunque su disgusto tenía muy poco que ver con lo que pasaba entre ella y Martha. El ómnibus estaba repleto de gente que volvía a su trabajo después de la pausa del almuerzo —que duraba desde la una hasta las cuatro— y de

turistas provistos de las consabidas cámaras fotográficas. Varios de ellos habían visto lo que la joven había hecho en la parada del ómnibus. El rumor había corrido velozmente. Los que viajaban más cerca de Aideen trataban de apartarse de ella. Algunos lanzaban miradas reprobatorias a las manos de la chica.

Martha no volvió a dirigirle la palabra. Los frenos chirriaron ruidosamente. El enorme ómnibus rojo paró en la calle Fernanflor y las dos mujeres descendieron presurosas. Vestidas como turistas —con *jeans* y rompevientos— y llevando sendas mochilas y cámaras, se detuvieron en el bordillo de la populosa avenida. El ómnibus retomó la marcha a sus espaldas. Varios rostros oscuros se apiñaron en las ventanas para mirarlas.

Martha observó a su asistente. A pesar de la reprimenda, los ojos grises de Aideen conservaban un resplandor de acero bajo los párpados ligeramente pecosos.

—Mira —dijo Martha—, eres novata en esta arena. Te traje conmigo porque eres una lingüista insuperable y porque eres inteligente. Tienes un gran potencial para asuntos exteriores.

—No soy exactamente una novata —replicó Aideen, a la defensiva.

—No, pero eres nueva en el escenario europeo y no conoces mi manera de hacer las cosas —respondió Martha—. Te gustan los asaltos frontales, y probablemente por esa razón te contrató el general Rodgers. Nuestro subdirector cree que hay que atacar de frente los problemas. Pero ya te lo advertí cuando viniste a trabajar conmigo. Te dije que bajaras la temperatura. Lo que funcionó en México no tiene por qué funcionar aquí necesariamente. Cuando aceptaste el puesto te dije que si trabajabas para mí tendrías que hacer las cosas a mi manera. Y yo prefiero las evasivas. Bordear la fuerza principal. Tantear al enemigo, y no lanzarme al ataque. Especialmente cuando los riesgos son tan grandes como en este caso.

—Entiendo —dijo Aideen—. Como dije, puedo ser nueva en este tipo de situación. Pero no estoy verde. Cuando conozca las reglas, jugaré de acuerdo con ellas.

Martha se relajó un poco.

—Está bien. Compro. —Vio que Aideen arrojaba la toallita hecha pedazos a un cesto de basura—. ¿Estás bien? ¿Quieres que busquemos un baño?

—¿Necesito un baño?

Martha husmeó el aire.

—No creo —dijo, frunciendo el ceño—. Sabes, todavía no puedo creer que hayas hecho lo que hiciste.

—Sé que no puede y estoy sinceramente arrepentida —dijo Aideen—. ¿Qué más puedo decir?

—Nada —dijo Martha, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro—. Absolutamente nada. En mi época presencié peleas callejeras, pero debo admitir que jamás vi nada semejante.

Martha aún seguía negando la cabeza cuando llegaron al imponente Palacio de las Cortes, donde debían reunirse muy discretamente y de manera extraoficial con el diputado Serrador. De acuerdo con lo que el veterano político le había dicho al embajador Barry Neville durante una reunión ultrasecreta, la tensión entre los empobrecidos andaluces del sur y los ricos e influyentes castellanos del centro y el norte de España iba en aumento. El gobierno quería ayuda para reunir inteligencia. Necesitaban saber de qué dirección provenía la tensión… y si también involucraba a catalanes, gallegos, vascos y otros grupos étnicos. Serrador temía que el esfuerzo concertado de una facción contra otra destruyera el tejido flojo y desparejo del mapa de España. Sesenta años atrás, la guerra civil, que había enfrentado a la aristocracia, los militares y la Iglesia Católica Romana contra los comunistas insurgentes y otras fuerzas anarquistas, había estado a punto de destruir España. Una guerra moderna atraería simpatizantes étnicos de Francia, Marruecos, Andorra, Portugal y otras naciones vecinas. Desestabilizaría el flanco

meridional de la OTAN y los resultados serían catastróficos… particularmente porque la OTAN buscaba expandir su esfera de influencia en Europa Oriental.

El embajador Neville había llevado el problema al Departamento de Estado. El secretario de Estado Av. Lincoln decidió que el Departamento de Estado no podía involucrarse en esa etapa temprana. Si el asunto explotaba y se sabía que ellos habían tenido alguna injerencia sería difícil para Estados Unidos ayudar a negociar la paz. Lincoln le pidió al Op-Center que hiciera el contacto inicial y determinara qué podía hacer Estados Unidos para paliar la crisis potencial, si es que podía hacer algo.

Martha cerró su rompevientos azul para expulsar el repentino frío de la noche.

—No puedo entenderlo del todo —dijo—. Madrid no es un sucedáneo de la ciudad de México. Los informes del Op-Center no cubrieron estos aspectos porque no tuvimos tiempo. Pero por muy diferentes que sean los distintos pueblos de España, todos creen en una misma cosa: el honor. Sí, hay aberraciones. En todas las sociedades hay malas semillas. Y sí, los estándares no son consistentes y, definitivamente, no son siempre humanistas. Tal vez haya una clase de honor entre los políticos y otra entre los asesinos. Pero siempre juegan respetando las reglas de la profesión.

—Entonces esos tres cerdos que insistieron en mostrarnos la ciudad cuando salimos del hotel —dijo Aideen con mordacidad—, y el que me puso la mano en la nalga y no se avino a retirarla, ¿estaban actuando de acuerdo a alguna clase de honorable código de acoso sexual?

—No —dijo Martha—. Actuaron de acuerdo al código de los extorsionadores callejeros.

Aideen entrecerró los ojos.

—¿Perdón? —dijo.

—Esos hombres no nos habrían lastimado —dijo Martha—. Eso hubiera ido contra las reglas. Y las reglas indican que ellos siguen a

las mujeres, las hostigan y no dejan de acosarlas hasta que reciben una suma de dinero para dejarlas en paz. Yo estaba a punto de pagarles cuando te decidiste a actuar.

—¿En serio?

Martha asintió.

—Es lo que se hace aquí. En cuanto a los policías a los que hubieras acudido, muchos de ellos reciben dinero de los extorsionistas a cambio de mirar hacia otro lado. Métetelo en la cabeza. Jugar el juego, por muy corrupto que parezca, es diplomacia.

—¿Pero qué hubiera pasado si usted no conocía su «profesión», sus códigos? Yo los desconocía —Aideen bajó la voz—. Temía que nos robaran las mochilas y nos descubrieran.

—Un arresto nos hubiera dejado al descubierto muchísimo más rápido —dijo Martha. Tomó a Aideen del brazo y la apartó a un lado. Se pararon junto a un edificio, lejos del tráfico peatonal—. Lo cierto es que, dada la ocasión, alguien nos habría dicho cómo deshacernos de ellos. Siempre hay alguien que se encarga de hacerlo. Así se juega este juego, y creo firmemente en obedecer las reglas de cualquier juego y de cualquier país donde estoy. Cuando me inicié en la diplomacia a principios de la década del 70 en el séptimo piso del Departamento de Estado, estaba más exaltada que una cabra. Había llegado al séptimo piso, donde se hace todo el trabajo de verdad, el trabajo pesado. Pero después descubrí *por qué* estaba ahí. No porque fuera un genio, aunque tenía esperanzas de serlo. Estaba ahí para negociar con los líderes del *apartheid* de Sudáfrica. Era «la cara» del Departamento de Estado. Era la que levantaba el índice y decía: «Si quieren negociar con los Estados Unidos tendrán que tratar a los negros como iguales». —Martha frunció el ceño—. ¿Sabes lo que era eso?

Aideen hizo una mueca. Sólo podía imaginarlo.

—No es como recibir una palmadita en el culo, te lo aseguro —dijo Martha—. Pero hice lo que se suponía debía hacer porque

aprendí una cosa muy temprano. Si uno infringe las reglas o las manipula para adaptarlas a su temperamento, aunque sea un poco, eso se transforma en hábito. Cuando se transforma en hábito uno se pone caprichoso. Y un diplomático caprichoso no es útil para el país… ni para mí.

Aideen se sintió repentinamente disgustada consigo misma. La joven funcionaria de treinta y dos años era la primera en admitir que no tenía la misma madera diplomática que su superior de cuarenta y nueve. Pocos la tenían. Martha Mackall no sólo sabía desenvolverse en los círculos políticos europeos y asiáticos… en parte gracias a los veranos y vacaciones que había pasado recorriendo el mundo con su padre, el popular cantante de *soul* de la década del 60 y activista por los derechos civiles Mack Mackall. También era una maga de las finanzas *summa cum laude* de la MIT que mantenía vínculos cercanos con los banqueros más importantes del mundo y gozaba de excelentes conexiones en el Capitolio. Martha era temida, pero además respetada. Y Aideen debía admitir que también en ese caso tenía razón.

Martha miró el reloj.

—Vamos —dijo—. Debemos llegar al palacio en menos de cinco minutos.

Aideen asintió y empezó a caminar al lado de su jefa. Su enojo se había disipado. Estaba disgustada consigo misma y ensimismada, como siempre que perdía los estribos. Casi no había podido perderlos durante los cuatro años que había pasado haciendo inteligencia para el ejército en Fort Meade. Aquello era trabajo de mensajería: llevar efectivo e información ultrasecreta a operativos domésticos y en el extranjero. Hacia el final de su período en el puesto interpretaba ELINT —inteligencia electrónica— para el Pentágono. Dado que los satélites y las computadoras hacían el trabajo pesado había podido tomar clases especiales de tácticas de élite y técnicas demarcatorias… sólo para tener experiencia en esas áreas. Tampoco había tenido oportunidad de actuar cuando salió del

ejército y se convirtió en funcionaría política de la embajada de los Estados Unidos en México. La mayor parte del tiempo utilizaba la ELINT para rastrear traficantes de drogas dentro del ejército mexicano, aunque ocasionalmente le permitían salir al campo y poner en práctica algunas de las habilidades ultrasecretas que había adquirido. Uno de los aspectos más valiosos de los tres años que había pasado en México fue aprender la táctica que tan eficaz había resultado esa misma tarde… y también tan ofensiva para Martha y los pasajeros del ómnibus. Cuando una noche, en compañía de su amiga Ana Rivera de la oficina del procurador general de México, fue acorralada por un par de musculosos del cartel de la droga, Aideen descubrió que la mejor manera de disuadir a un atacante no era llevar un silbato ni un cuchillo ni tratar de patearle los testículos o arrancarle los ojos. Lo mejor era llevar toallitas de papel húmedas en la cartera. Eso era lo que Ana usaba para limpiarse manos y brazos después de desparramar una buena cantidad de mierda de perro.

Excremento de perro. Ana había tropezado por casualidad con el excremento y lo había arrojado contra los maleantes. Después se había pasado un poco de mierda por los brazos para que no la atraparan. Según ella, ningún atacante se había atrevido a perseguirla después del desparramo. Ciertamente, los tres «extorsionadores callejeros» de Madrid tampoco se habían atrevido.

Martha y Aideen caminaban en silencio hacia las altas columnas blancas del Palacio de las Cortes. Construido en 1842, albergaba al Congreso de Diputados que junto con el Senado comprendía las dos cámaras del Parlamento español. Aunque el sol se había puesto, las luces de los faroles iluminaban dos enormes leones de bronce. Cada león tenía una pata apoyada encima de una bala de cañón. Las estatuas, hechas con el metal de las armas arrebatadas a los enemigos de España, flanqueaban un tramo de escalones de piedra que conducía a una inmensa puerta de metal que sólo se utilizaba para ocasiones ceremoniales. A la izquierda de la entrada principal había una altísima reja de hierro, con el extremo superior coronado

por puntas de lanza. Junto a la puerta de la reja se erguía una pequeña cabina de vigilancia con ventanas a prueba de balas. Por allí entraban los diputados al Parlamento.

Las dos mujeres caminaban en silencio junto a la imponente fachada de granito del palacio. Aunque hacía poco tiempo que Aideen trabajaba para el Op-Center sabía que, en espíritu, su jefa ya estaba en la reunión. Martha recapitulaba para sus adentros las cosas que debía decirle a Serrador. Por su parte, Aideen debía poner en práctica su experiencia con los insurrectos mexicanos y su conocimiento del idioma español para asegurar que ningún mensaje fuese comunicado equívocamente o malinterpretado.

Si sólo hubiéramos tenido un poco más de tiempo para prepararnos, pensaba Aideen sin dejar de tomar fotografías. Ambas actuaban como turistas mientras se acercaban lentamente a la puerta de entrada. Cuando el tema que las ocupaba les había sido comunicado por la embajada norteamericana en Madrid, el Op-Center apenas había recuperado el aliento tras la situación con los rehenes en el Valle del Bekaa. Y había sido transmitido tan discretamente que sólo el diputado Serrador, el embajador Neville, el presidente Michael Lawrence y sus asesores más próximos y el plantel principal del Op-Center estaban al tanto. Y estaban decididos a mantener la discreción. Si el diputado Serrador tenía razón, millares de vidas corrían peligro.

La campana de una iglesia repicó a lo lejos. Para Aideen, en cierto sentido, las campanas sonaban *más sagradas* en España que en Washington. Contó las campanadas. Las seis en punto. Martha y Aideen se dirigieron a la cabina de vigilancia.

—Vinimos para conocer las instalaciones —dijo Aideen a través del orificio en el vidrio. Y, para completar su retrato de turista excitada por la aventura, agregó que un amigo común les había arreglado una visita privada al edificio.

El joven guardia, alto y taciturno, preguntó cómo se llamaban.

—Señorita Temblón y señorita Seráfico —replicó Aideen. Eran sus nombres codificados, decididos antes de salir de Washington por Aideen y los asistentes de Serrador. Esos nombres figuraban en todas partes, desde los pasajes de avión hasta las reservas de hotel.

El guardia chequeó la lista de la pizarra. Mientras tanto, Aideen miró a su alrededor. Tras la reja, un amplio jardín se extendía bajo el cielo azul, casi negro. Al final del jardín se levantaba un pequeño edificio de piedra, donde funcionaban los servicios auxiliares del gobierno. Detrás había un edificio nuevo con fachada de vidrio que albergaba los despachos de los diputados. El impresionante complejo edilicio le recordó lo mucho que había avanzado España desde la muerte del caudillo Francisco Franco, ocurrida en 1975. Actualmente el país era una monarquía constitucional, con su primer ministro y su rey. El Palacio de las Cortes hablaba con sobrada elocuencia de cierta época de prueba del reciente pasado español. Los agujeros de bala en el cielo raso del Recinto de la Cámara eran el remanente y el recuerdo gráfico del intento golpista de la extrema derecha de 1981. El palacio ya había sido víctima de otros ataques, y el más notable databa de 1874, cuando el presidente Emilio Castelar perdió el voto de confianza y los soldados abrieron fuego en los pasillos.

En este siglo la contienda había sido esencialmente interna y España permaneció neutral durante la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, el mundo prestó relativamente poca atención a los problemas y la política del país. Pero cuando Aideen estaba estudiando idiomas, su profesor de español, el señor Armesto, le dijo que España era una nación al borde del desastre.

Allí donde haya, tres españoles habrá, cuatro opiniones, había dicho. *Cuando los acontecimientos mundiales favorezcan a, los impacientes y los desalmados, esas opiniones se harán escuchar sonora, y violentamente*.

Armesto tenía razón. La tendencia actual en política era la fragmentación, desde el colapso de la URSS y Yugoslavia al

movimiento separatista en Quebec, pasando por el creciente etnocentrismo de EE. UU. España no era inmune. Si los temores del diputado Serrador tenían fundamento —y la inteligencia del Op-Center los había corroborado—, la nación estaba destinada a sufrir su peor contienda en siglos. Como le había dicho en Washington el director de Inteligencia a Martha: «Esto hará que la guerra civil española parezca un poroto».

El guardia bajó la lista.

—Un momento —dijo levantando el teléfono rojo de la consola, al fondo de la cabina. Marcó un número y se aclaró la garganta.

Mientras el centinela hablaba con una secretaria, Aideen se dio vuelta. Miró la ancha avenida atestada de automóviles. Aquí la llamaban «la hora de aplastar». Las luces brillantes de los autos que avanzaban a paso de hombre resultaban cegadoras en la oscuridad del ocaso. Parecían aparecer y desaparecer entre los peatones presurosos. Ocasionalmente se veía el resplandor del *flash* de algún turista que se paraba a fotografiar el palacio.

Aideen estaba parpadeando por los efectos del *flash* cuando un joven que acababa de tomar una foto guardó su cámara en el bolsillo de su chaqueta de algodón y giró hacia la cabina. No podía verlo con claridad, oculto como estaba por la visera de su gorra de béisbol, pero sintió sus ojos clavados en ella.

¿Un extorsionador callejero disfrazado de turista?, se preguntó con cierta impertinencia al ver que el hombre avanzaba en dirección a ella. Decidió permitir que Martha se encargara de éste y empezó a darse vuelta. Al hacerlo, vio que un auto subía al bordillo de la vereda, justo detrás del joven. El sedán negro avanzó lentamente, como si hubiera estado esperando la ocasión. Aideen se detuvo en seco. Repentinamente, el mundo parecía estar moviéndose en cámara lenta a su alrededor. Vio que el joven sacaba de su chaqueta algo que tenía todo el aspecto de una pistola.

La chica experimentó un instante de descreimiento paralizante. Momento que pasó como una ráfaga, dando lugar a todo lo que

había aprendido durante el entrenamiento.

—¡Tiene un arma! —gritó.

Martha se dio vuelta para mirarla. La pistola escupió su metódica descarga de balas y chispazos. Martha salió disparada contra la cabina y cayó de costado mientras Aideen saltaba en la dirección opuesta. Su idea era atraer los disparos para salvar a Martha. Tuvo éxito. Mientras Aideen se arrastraba por el pavimento, un azorado cartero que pasaba por allí se detuvo a mirar y recibió un balazo en el muslo izquierdo. Cuando trataba de saltar con la pierna levantada, un segundo balazo le atravesó el costado. El joven aterrizó de espaldas y Aideen se aplastó junto a él. Se acercó lo más que pudo y comprobó que el muchacho expiraba. No obstante, apretó la palma de su mano contra la herida, de la que manaba sangre a borbotones. Esperaba que la presión ayudara a detener la hemorragia.

Se quedó allí tendida, inmóvil, escuchando. Los disparos habían cesado. Levantó la cabeza con precaución. Vio escapar al automóvil y, cuando la gente empezó a gritar a lo lejos, se incorporó lentamente. De rodillas, siguió apretando la herida del joven cartero.

—¡Ayuda! —le gritó a un guardia de seguridad que se había asomado a la puerta del Congreso—. ¡Ayuda!

El hombre abrió la puerta y corrió hacia ella. Aideen le pidió que la reemplazara. El hombre hizo lo que le pedía, y ella se incorporó y miró en dirección a la cabina. El centinela estaba agachado, solicitando ayuda por teléfono. Había gente en la vereda de enfrente y en la calle. Los únicos que quedaban frente al palacio eran Aideen, el hombre junto a ella, el guardia… y Martha.

Aideen observó a su jefa en la creciente oscuridad. Los coches que pasaban aminoraban la marcha y frenaban, y sus luces iluminaban la espantosa escena inmóvil. Martha yacía de costado, de cara a la cabina. Espesos charcos de sangre se iban formando en el pavimento debajo y junto a su cuerpo.

—¡Oh, Dios! —musitó Aideen.

Intentó levantarse, pero sus piernas no la sostenían. Avanzó gateando rápidamente hasta la cabina y se arrodilló al lado de Martha. Se inclinó sobre ella y contempló su rostro agraciado. Estaba mortalmente inmóvil.

—¿Martha? —dijo dulcemente.

Martha no respondió. Algunos curiosos comenzaron a acercarse tentativamente a las dos mujeres.

—¿Martha? —insistió Aideen.

Martha no se movió. Aideen escuchó corridas en el jardín. Después, voces ahogadas que exigían a la gente que despejara el área. Se le habían tapado los oídos por los disparos. Titubeando, tocó la mejilla de Martha con la punta de los dedos. Martha no respondió. Lentamente, como en un sueño, extendió el índice de la mano derecha. Lo acercó a la nariz de Martha, debajo de los orificios nasales. No respiraba.

—Dios, oh Dios mío —murmuró Aideen. Tocó suavemente los párpados de Martha. No reaccionaron y, después de un instante, retiró la mano. Se sentó sobre sus tobillos y contempló la figura inmóvil. Los sonidos se iban tornando más claros a medida que se le destapaban los oídos. El mundo parecía volver a su estado normal.

Quince minutos antes había maldecido en silencio a esa mujer. Martha se había obsesionado con algo que parecía importante… condenadamente importante. Todos los momentos parecían importantes hasta que la tragedia los ponía en perspectiva. O tal vez *eran* importantes porque, inevitablemente, no se repetirían. Ya no tenía importancia. Hubiera tenido razón o no, hubiera sido buena o mala, visionaria u obsesa controladora, Martha estaba muerta. Sus momentos en este mundo habían terminado.

La puerta del jardín se abrió de golpe y varios hombres salieron corriendo. Se amontonaron en torno de Aideen, que miraba a Martha con aire ausente. La joven acarició el tupido y negro cabello de su jefa.

—Lo siento —dijo. Exhaló con un temblor y cerró los ojos—. Lo siento mucho, muchísimo.

Le pesaban las extremidades y no podía soportar la idea de que sus reflejos, tan rápidos con esos tipos de la calle, hubieran fallado de manera tan completa. Intelectualmente, Aideen sabía que no tenía la culpa de nada. Durante las sesiones de orientación que habían tenido cuando se incorporó al Op-Center, la psicóloga del plantel, Liz Gordon, les había advertido a Aideen y a otros dos empleados nuevos que la experiencia de enfrentarse por primera vez e inesperadamente a un arma podía ser devastadora. Cuando la pistola o el cuchillo aparecen en ambientes familiares, destruyen nuestra ilusión de ser invencibles haciendo lo que solemos hacer rutinariamente cada día: en este caso, caminar por una calle de la ciudad. Liz les había dicho que en el instante del *shock* la temperatura del cuerpo, la presión sanguínea y el tono muscular de las personas entraban en un estado de suspensión momentánea, y que el instinto de supervivencia tardaba unos segundos en activarse. *Los agresores cuentan con ese instante de parálisis*, había dicho Liz.

Pero el hecho de comprender lo que había ocurrido no servía para nada. Para nada. No atenuaba ni el dolor ni la culpa que sentía Aideen. Si se hubiera movido un segundo antes o hubiera estado un poco más alerta —el tiempo que dura un latido del corazón, ni más ni menos—, Martha tal vez estaría viva.

¿Cómo vivir con ésta, culpa?, se preguntaba Aideen, mientras las lágrimas empezaban a formarse.

No lo sabía. Jamás había podido tolerar la sensación de fracaso. No pudo manejarla cuando encontró a su padre viudo llorando acodado sobre la mesa de la cocina después de perder su empleo en la fábrica de zapatos de Boston donde había trabajado desde niño. Durante muchos días trató de hablar con él, pero él prefirió darse a la bebida. Poco después tuvo que ingresar a la universidad con la incómoda sensación de haberle fallado. Tampoco pudo manejar la sensación de fracaso cuando su novio de la universidad, el gran

amor de su vida, le sonrió abiertamente a una antigua enamorada. Él la dejó una semana después y Aideen se incorporó al ejército después de graduarse, aunque no asistió a la ceremonia de graduación: verlo allí la hubiera matado.

Ahora le había fallado a Martha. El llanto la hizo estremecerse y las lágrimas se transformaron en gemidos.

Un sargento de la guardia de seguridad del palacio, joven y con bigotes, la levantó suavemente por los hombros y la ayudó a pararse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó en inglés.

Aideen asintió y enjugó sus lágrimas.

—Creo que estoy bien —dijo.

—¿Necesita un médico?

Ella negó con la cabeza.

—¿Está segura, señorita?

Aideen aspiró una bocanada de aire, larga y profunda. No eran el momento ni el lugar adecuados para perder la discreción. Tendría que hablar con el contacto del Op-Center con el FBI, Darrel McCaskey. Darrell se había quedado en el hotel para recibir la visita de un colega de Interpol. Y además quería ver al diputado Serrador. Si los disparos habían tenido el propósito de evitar el encuentro, lo que menos deseaba en el mundo era permitir que se salieran con la suya.

—Me pondré bien —dijo Aideen—. ¿Conoce… conoce a la persona que hizo esto? ¿Tiene idea de quién fue?

—No, señorita —replicó el sargento—. Tendremos que echar un vistazo y analizar lo que registraron las cámaras de vigilancia. Mientras tanto, ¿se siente lo bastante bien como para que hablemos de esto?

—Sí, claro —respondió Aideen con un poco de inquietud. La misión seguía en pie, por esa razón estaba allí. No sabía cuánto podía decirle a la policía al respecto—. Pero, por favor…

—¿Sí?

—Teníamos que encontrarnos con alguien del palacio. Me gustaría reunirme con él lo antes posible.

—Haré las averiguaciones necesarias y…

—También necesito contactar con alguien en el Princesa Plaza —agregó Aideen.

—Me ocuparé de todo —dijo el sargento—. Pero el comisario Fernández está por llegar. Él conducirá la investigación. Cuanto más nos demoremos, más difícil será la pesquisa.

—Por supuesto. Comprendo. Primero hablaré con él y después me reuniré con nuestro guía. ¿Puedo usar el teléfono?

—Le conseguiré un teléfono y después iré personalmente a buscar a la persona con quien debe reunirse.

Aideen le agradeció y se levantó por sus propios medios. Tambaleó.

El sargento la tomó del brazo.

—¿Está segura de que no quiere ver a un médico? —le preguntó —. Tenemos un residente.

—No, gracias —dijo con una sonrisa agradecida. No iba a permitir que el agresor se cobrara una segunda víctima. No iba a distraerse, ni siquiera por un segundo.

El sargento le devolvió la sonrisa y la acompañó caminando lentamente hasta la puerta abierta.

En ese momento, el médico apareció corriendo. Pocos segundos después se oyó una sirena. Aideen giró la cabeza y vio que la ambulancia estacionaba exactamente donde había estado el auto fugitivo. Vio al médico ponerse de pie después de examinar el cadáver de Martha, mientras los auxiliares médicos bajaban presurosamente una camilla. Apenas le había dedicado unos segundos. Le dijo algo a un guardia y corrió hacia el cartero. Empezó a desabotonarle el uniforme mientras llamaba a los gritos a los paramédicos. El guardia cubrió con su chaqueta la cara de Martha.

Aideen apartó la vista. Entonces, era eso. En pocos segundos, todo lo que Martha Mackall había conocido, planeado, sentido y esperado había desaparecido. Y no había nada que pudiera hacerla regresar.

La joven seguía esforzándose por contener las lágrimas. El sargento la condujo a un pequeño despacho, al fondo del ornamentado corredor principal del palacio. La confortable habitación estaba revestida de madera y Aideen se dejó caer en el sillón de cuero que flanqueaba la puerta. Le dolían las rodillas y los codos y permanecía en un estado agudo de incredulidad. Pero el reflejo anti*shock* ya se había puesto en funcionamiento, reactivando los recursos físicos obstruidos durante el ataque. Y además sabía que Darrell, el general Rodgers, el director Paul Hood y el resto del plantel del Op-Center la respaldaban. Por el momento tendría que arreglárselas por sus propios medios, pero no estaba sola.

—Puede usar ese teléfono —dijo el sargento, señalando un antiguo aparato de disco en el extremo de una mesa de vidrio—. Disque cero para conseguir línea.

—Gracias.

—Pondré un guardia en la puerta para que se sienta segura y nadie la moleste. Luego iré a buscar a su guía.

Aideen volvió a agradecerle. El sargento salió, cerrando la puerta tras él. El despacho estaba en silencio excepto por el siseo del radiador y el sonido apagado del tránsito. De la vida que continuaba.

Respirando profundamente, Aideen sacó el anotador del hotel de su mochila y miró el número telefónico impreso a pie de página. Le resultaba imposible creer que Martha estaba muerta. Aún podía sentir su enojo, ver sus ojos, oler su perfume. Todavía la escuchaba diciendo: *Sabes muy bien qué es lo que está, en juego aquí*.

Aideen se tragó su angustia y disco el número. Pidió que la comunicaran con la habitación de Darrell McCaskey. Deslizó en la bocina un aparato de diseño sencillo —que enviaría un chillido

ultrasónico a través de la línea— para interceptar escuchas. A su vez, McCaskey colocaría un filtro para eliminar el sonido.

Aideen sabía muy bien qué era lo que estaba en juego allí. El destino de España, de Europa, posiblemente el destino del mundo. Y costara lo que costara, no estaba dispuesta a un nuevo fracaso.

2

Lunes, 12:12hs. Washington D.C.

Cuando estaban en los cuarteles generales del Op-Center —ya fuera en la Base Andrews de la Fuerza Aérea en Maryland o en la Base del Comando Striker en la Academia del FBI en Quantico, Virginia—, los dos hombres de cuarenta y cinco años eran el general Michael Bernard Rodgers y el coronel Brett van Burén August, subdirector y comandante de la fuerza de despliegue rápido del Op-Center, respectivamente.

Pero en el Ma Ma Buddha, un pequeño restaurante de Szechuan en el barrio chino de Washington, los dos hombres ya no eran superior y subordinado. Eran amigos íntimos, ambos nacidos en el St. Francis Hospital de Hartford, Connecticut. Se habían conocido en el jardín de infantes y compartían la pasión por el aeromodelismo, habían jugado en el mismo equipo —el Apparel Store Little League de Thurston— durante cinco años… y conquistado a la reina local —Laurette Del Guercio— dentro y fuera de la cancha, y habían tocado la trompeta en la Housatonic Valley Marching Band durante cuatro años. Los dos habían servido en Vietnam en diferentes ramas del ejército —Rodgers en la Fuerza Especial del Ejército, August en Inteligencia de la Fuerza Aérea—, y se habían visto contadas veces en los veinte años siguientes. Rodgers había hecho dos recorridas por el sudeste asiático antes de ser destinado a Fort Bagg, en Carolina del Norte, para ayudar al coronel «Chargin Charlie»

Beckwith a supervisar el entrenamiento del Regimiento Primero de Fuerzas Operativas Especiales: el Regimiento Delta. Se había quedado en Fort Bagg hasta la guerra del Golfo Pérsico, donde estuvo al mando de una brigada mecanizada con tal fervor «Pattonesco» que mientras él ya iba camino a Bagdad sus refuerzos todavía se hallaban en el sur de Irak. Su valentía le hizo ganar un ascenso… y un trabajo de escritorio en el Op-Center.

Por su parte, August había comandado ochenta y siete misiones de espionaje F-4 sobre Vietnam del Norte durante un período de dos años, hasta que su avión fue derribado cerca de Hue. Después de pasar un año como prisionero de guerra, logró escapar y llegar al sur. De allí viajó a Alemania, donde se recuperó del agotamiento y la exposición a la intemperie; posteriormente regresó a Vietnam, donde organizó una red de espionaje para localizar otros POW —prisioneros de guerra— norteamericanos y se desempeñó como agente secreto durante un año después de la retirada de los Estados Unidos. Por expreso pedido del Pentágono pasó los tres años siguientes en Filipinas ayudando al presidente Ferdinando Marcos a combatir a los separatistas de Moro. Marcos y su política represiva le disgustaban, pero decidió quedarse pues el gobierno norteamericano lo respaldaba. Como buscaba un trabajo de escritorio después de la caída del régimen de Marcos, August empezó a trabajar como nexo entre la Fuerza Aérea y la NASA colaborando en la organización de seguridad para misiones de espionaje satelital, después de lo cual se incorporó al SOC como especialista en actividades antiterroristas. Cuando el comandante del Striker, teniente coronel W. Charles Squires, fue asesinado durante una misión en Rusia, Rodgers se comunicó inmediatamente con el coronel August y le ofreció el puesto vacante. August aceptó y ambos reanudaron sin dificultades su íntima amistad.

Los dos hombres habían ido a Ma Ma Buddha después de pasar toda la mañana discutiendo la propuesta de una nueva ISFD —División Internacional Strike— para el Op-Center. La idea pertenecía

a Rodgers y Paul Hood. A diferencia del Striker secreto de élite, la ISFD sería una unidad pequeña formada por comandantes norteamericanos y agentes extranjeros. Individuos como Falah Shibli del Sayeret Ha'Druzim, la Unidad de Reconocimiento Drusa de Israel, que había ayudado al Striker a rescatar al Op-Center Regional y su tripulación en el Valle del Bekaa. La ISFD tendría a su cargo misiones secretas en sitios potencialmente conflictivos dentro del ámbito internacional. El general Rodgers había permanecido callado pero atento durante la mayor parte de la reunión, a la que también habían asistido el director de Inteligencia Bob Herbert, sus colegas de Inteligencia Naval Donald Breen y de Inteligencia del Ejército Phil Prince, y el legendario Pete Robinson, un amigo de August del Departamento de Inteligencia de la Fuerza Aérea.

Rodgers parecía haber enmudecido. Revolvía con sus palillos chinos un plato de verduras fritas. Su rostro basto estaba lleno de arrugas bajo la mata de cabello entrecano y había clavado los ojos en el plato. Los dos amigos acababan de regresar del Líbano. Mientras Rodgers y una pequeña partida de soldados y civiles probaban el nuevo Op-Center Regional habían sido capturados y torturados por extremistas kurdos. Con la colaboración de un agente israelí, August y el Striker habían entrado en el Valle del Bekaa para rescatarlos. Cuando la ordalía terminó y el intento de desatar una guerra entre Turquía y Siria fue desmantelado, el general Rodgers desenfundó su pistola y ejecutó al líder kurdo por mano propia. En el vuelo de regreso a los Estados Unidos, August había evitado que el perturbado general se quitara la vida con esa misma pistola.

August comía su cerdo *lo mein* con ayuda de un tenedor. Después de ver comer a los guardiacárceles vietnamitas mientras él se moría de hambre, la sola visión de un palillo chino le ponía los pelos de punta.

Pero mientras masticaba, no apartaba sus ojos azules de su viejo compañero. August comprendía perfectamente los efectos del combate y el cautiverio, y sabía muy bien lo que la tortura podía

hacer sobre la mente humana, por no mencionar el cuerpo. No esperaba que Rodgers se recuperara rápidamente. Algunos no se recuperaban jamás. Cuando la profundidad de su deshumanización se tornaba evidente —tanto por lo que les habían hecho como por lo que los habían obligado a hacer—, muchos ex rehenes optaban por el suicidio. Liz Gordon lo había explicado claramente en un informe publicado en el *International Amnesty Journal: El rehén es alguien que ha pasado de caminar a gatear. Volver a, caminar, enfrentar riesgos simples o figuras de autoridad, rutinarias suele ser más difícil para, él que dejarse caer y abandonarse*.

August levantó la tetera de metal.

—¿Un poco de té? —preguntó.

—Sí, gracias.

Sin dejar de mirar a su amigo, August enderezó las dos tazas. Las llenó y apoyó la tetera. Después echó medio sobre de azúcar en su taza, la levantó y bebió un sorbo… mientras seguía mirando a Rodgers a través del vapor. Pero el general no levantaba la vista.

—¿Mike?

—Sí.

—Esto no es bueno.

Rodgers lo miró a los ojos.

—¿Qué cosa? ¿El *lo mein*?

August sonrió. Lo había atrapado con la guardia baja.

—Bueno, algo es algo. Es el primer chiste que haces desde… ¿cuándo? ¿Desde el colegio primario?

—Supongo que sí —dijo Rodgers, repentinamente malhumorado. Levantó su taza con aire ausente y bebió un poco de té—. ¿Acaso hubo motivos para reír desde entonces? —preguntó, todavía con la taza en los labios.

—Muchísimos, diría yo.

—¿Cómo cuáles?

—Como los fines de semana con los pocos amigos que has logrado conservar. Como esos clubes de *jazz* de los que me

hablaste… en Nueva Orleans, Nueva York, Chicago. Como algunas películas excepcionales. Como unas cuantas mujeres. Has tenido muchas cosas buenas en tu vida.

Rodgers bajó la taza y cambió de posición con dificultad. Las quemaduras sufridas durante la tortura a manos de los kurdos en el Bekaa tardarían mucho en curarse, aunque no tanto como las heridas emocionales. Pero se negaba a acostarse en el sofá y herrumbrarse.

—Esas cosas son pura diversión, Brett. Me encantan, pero son apenas un solaz. Recreación.

—¿Desde cuándo el solaz y la recreación son malos?

—Desde que se han convertido en una *razón* para vivir, en lugar de ser la recompensa por el trabajo bien hecho —le espetó Rodgers.

—Ahá —dijo August.

—Ahá, tengo razón —replicó Rodgers.

August había metido el dedo en la llaga, y era obvio que Rodgers estaba decidido a dejar salir parte de la podredumbre.

—¿Quieres saber por qué no puedo relajarme? Porque nos hemos transformado en una sociedad que vive para los fines de semana, para las vacaciones, para evadir todo lo que huela a responsabilidad. Estamos orgullosos de la cantidad de alcohol que podemos tolerar, de la cantidad de mujeres que podemos llevarnos a la cama, de lo bien que andan nuestros equipos de fútbol.

—Todo eso solía gustarte mucho —acotó August—. Particularmente las mujeres.

—Bueno, tal vez me haya cansado de todo —dijo Rodgers—. Ya no quiero vivir esa clase de vida. Quiero *hacer* cosas.

—Siempre has hecho cosas —dijo August—. Y siempre tuviste tiempo para disfrutar la vida.

—Supongo que no me daba cuenta de lo que estaba pasando en el país —replicó Rodgers—. Uno enfrenta a un enemigo como el comunismo a nivel mundial y pone todo en esa lucha. Pero de repente los comunistas desaparecen y uno mira detenidamente a su

alrededor. Y ve que todo lo demás se ha ido al demonio mientras uno peleaba su batalla. Los valores, la iniciativa, la compasión, todo. Por eso decidí dedicarme a romperle el culo a patadas a todo aquel que no se sienta orgulloso de lo que hace.

—Tus palabras son muy sinceras —dijo August—. Pero también están fuera de lugar, Mike. Te gusta la música clásica, ¿verdad?

Rodgers asintió.

—¿Y?

—No recuerdo quién fue el escritor que dijo que la vida debería ser como una sinfonía de Beethoven. Las partes fuertes representan nuestros actos públicos. Los pasajes débiles sugieren nuestras reflexiones privadas. Creo que la mayoría de la gente ha encontrado un justo y honesto equilibrio entre ambos.

Rodgers miró su té.

—No lo creo. Si eso fuera cierto, estaríamos mejor.

—Sobrevivimos a un par de guerras mundiales y a una guerra fría nuclear —replicó August—. Por tratarse de un grupo de carnívoros territoriales recién salidos de las cavernas, no está tan mal. —Bebió un largo y lento sorbo de té—. Además, olvidemos las diversiones y los fines de semana. Todo esto empezó por una broma tuya, que yo festejé. El humor no es debilidad, compañero, así que no empieces a castigarte por un simple chiste. Es un disuasivo, Mike, una contrapartida necesaria. Cuando fui huésped de Ho Chi Minh, conseguí mantener una relativa cordura diciendo para mis adentros todos los chistes malos que pude recordar. Buenas noticias, malas noticias. Chistes de esqueletos. Ya sabes: «Un esqueleto entra a un bar y pide un *gin tonic*… y un estropajo».

Rodgers no se rió.

—Bueno —dijo August—, es sorprendente lo gracioso que puede parecer un chiste como ése cuando uno está colgado de las muñecas sangrantes sobre un pantano cubierto de mosquitos. Lo cierto es que hay que salvarse, Mike. Hay que salir del estiércol, cueste lo que cueste.

—Eso estará bien para ti —dijo Rodgers—. Yo me enojo. Me amargo. Cavilo.

—Ya sé. Y se te hace un nudo en el estómago. Has descubierto una tercera clase de música sinfónica: la del pasaje fuerte introspectivo. No es posible que eso te parezca bueno.

—Bueno o no —dijo Rodgers—, me sale naturalmente. Es mi combustible. Me da la energía necesaria para recomponer sistemas descompuestos y deshacerme de la gente que estropea el mundo para el resto de los mortales.

—¿Y cuando no puedes recomponer el sistema ni derrotar a los chicos malos? —preguntó August—. ¿Adónde va toda esa energía?

—A ninguna parte —concedió Rodgers—. La almaceno. Ahí está la gracia. Es como la idea de *chi* del Lejano Oriente: energía interior. Cuando uno la necesita para la siguiente batalla allí está, lista para salir.

—O lista para explotar. ¿Y qué haces cuando tienes tanta energía que ya no puedes almacenarla?

—En ese caso hay que quemar un poco —dijo Rodgers—. Ahí entra a jugar la diversión. La energía se transforma en ejercicio físico. Uno hace gimnasia o juega al *paddle* o llama a una amiga. Hay muchas maneras de quemar energía.

—Maneras bastante solitarias.

—A mí me sirven —replicó Rodgers—. Además, mientras sigas abalanzándote sobre las damas, te tendré a ti para descargarme.

—¿Abalanzándome? —se burló August. Por lo menos Rodgers estaba hablando de un tema que no comprendía la miseria y la decadencia de la civilización—. Después de mi largo fin de semana con Barb Mathias tuve que tomarme un año sabático.

Rodgers esbozó una sonrisa.

—Pensé que te había hecho un favor —dijo—. Cuando éramos chicos, Barb te amaba.

—Sí, pero ahora tiene cuarenta y cuatro años y lo único que quiere es sexo y seguridad. —August enrolló los fideos en el tenedor

y se lo llevó a la boca—. Desafortunadamente, sólo pude proporcionarle una de esas dos cosas.

Rodgers todavía estaba sonriendo cuando sonó su *pager*. Se encorvó un poco para leer la pantalla diminuta y entrecerró los ojos de dolor por la presión de las vendas.

—Esos *pagers* fueron especialmente diseñados para ser retirados del cinturón —dijo August, intentando ayudar.

—Gracias. Así fue como perdí el último —dijo Rodgers, mirando el número.

—¿Quién te reclama?

—Bob Herbert —dijo Rodgers. Frunciendo el entrecejo, se levantó con dificultad y dejó caer la servilleta sobre la silla—. Lo llamaré desde el auto.

August se recostó en su silla.

—Me quedaré aquí —dijo—. Me han dicho que en Washington hay tres mujeres para cada hombre. Tal vez una de ellas quiera terminar tu plato de verduras frías.

—Buena suerte —le deseó Rodgers, y salió rápidamente del pequeño y atestado restaurante.

August terminó su *lo mein*, vació su taza y se sirvió más té. Bebió lentamente, mirando el oscuro restaurante. No sería fácil modificar el estado mental de Rodgers. August siempre había sido el más optimista de los dos. Aunque también era cierto que no podía contemplar el Monumento a los Veteranos de Vietnam, ni mirar por televisión un documental sobre la guerra, ni siquiera pasar al lado de un restaurante vietnamita. No podía hacer nada de eso sin que le lloraran los ojos, le ardiera el estómago y se le tensaran los puños por el deseo de golpear algo. August era esencialmente optimista y esperanzado, pero no podía perdonar del todo. No obstante, no se aferraba a la amargura y la desilusión como Mike. Y el problema, en este caso, no era que la sociedad había abandonado a Mike sino que Mike se había abandonado. Y esa sensación sólo desaparecería después de una ardua lucha.

Cuando Rodgers regresó, August supo enseguida que algo andaba mal. A pesar de las vendas y el dolor, el general avanzaba decididamente a través del restaurante colmado de gente, esquivando camareros y clientes en vez de esperar que le dieran paso. No obstante, avanzaba sin premura. Los dos amigos estaban uniformados, y tanto los agentes extranjeros como los periodistas prestaban muchísima atención a los militares. Si uno de ellos se precipitaba, los observadores sabrían qué rama, y generalmente qué grupo de esa rama, estaba involucrado en una situación crítica.

Sin perder la calma, August se levantó antes de que Rodgers llegara a la mesa. Estiró un poco las piernas y bebió un último sorbo de té. Dejó un billete de veinte dólares sobre la mesa y fue a reunirse con Rodgers. No hablaron hasta llegar afuera. Empezaron a caminar lentamente hacia el auto, hostigados por la molesta brisa otoñal.

—Háblame un poco más acerca de las cosas buenas de la vida —dijo Rodgers amargamente—. Martha Mackall fue asesinada hace aproximadamente media hora.

August sintió que el té le subía a la garganta.

—Ocurrió frente al Palacio de las Cortes, en Madrid —prosiguió Rodgers. Su voz era baja y cortante, sus ojos estaban fijos en la lejanía. Aunque el enemigo todavía no tenía rostro, Rodgers había encontrado un lugar donde depositar su furia—. Por el momento, el estatus de tu equipo sigue siendo el mismo —murmuró—. La asistente de Martha, Aideen Marley, está hablando con la policía. Darrell estaba en Madrid con ellas y en este momento se dirige al palacio. Va a llamar a Paul a las catorce para informarlo.

La expresión de August no había cambiado, aunque sentía la garganta llena de bilis y té.

—¿Se sabe quién es el responsable?

—No —dijo Rodgers—. Martha viajaba de incógnito. Muy pocas personas sabían que estaba allí.

Entraron al nuevo Camry de Rodgers y August se puso al volante. Encendió el motor y salió a la calle. Los dos amigos guardaron silencio. August no conocía mucho a Martha, pero sabía que no era la preferida de nadie en el Op-Center. Era una mujer insistente y arrogante. Una prepotente. También era absolutamente eficaz. El plantel se vería muy empobrecido con su pérdida.

August miró el cielo. Antes de ir a los cuarteles generales del Op-Center, Rodgers pasaría por las oficinas ejecutivas de la planta baja y August sería trasladado en helicóptero a la Academia del FBI en Quantico, Virginia, donde se encontraba el Striker. Hasta el momento, el estatus del Striker era neutral. Pero todavía quedaban dos miembros del Op-Center en España. Si la cosa se descontrolaba tendrían que acudir de inmediato. Rodgers no le había dicho qué estaba haciendo Martha en España porque obviamente no quería correr el riesgo de que lo escucharan. Las escuchas y la vigilancia electrónica de automóviles pertenecientes a personal militar estaban a la orden del día. Pero August conocía la tensa situación política por la que atravesaba España. También conocía el compromiso de Martha con los temas étnicos. Por eso supuso que, probablemente, estaría involucrada en un emprendimiento diplomático destinado a evitar que las diversas entidades políticas y culturales de la nación se fragmentaran y enfrentaran en una lucha de poder prolongada y catastrófica.

También sabía otra cosa. El que la había matado probablemente sabía por qué estaba allí. Esto conducía a una pregunta que trascendía el impacto del momento: ¿sería éste el primer o el último disparo en la posible destrucción de España?

3

Lunes, 18:45hs. San Sebastián, España.

Los incontables rayos de la luna surcaban las oscuras aguas de la bahía de la Concha. Los fragmentos luminosos se destacaban en el ocaso trémulo mientras las olas rompían estrepitosamente sobre la playa de la Concha, la extensa playa de curvas sensuales que bordeaba la elegante ciudad cosmopolita de San Sebastián. Apenas media milla hacia el este, varios barcos pesqueros y algunos veleros se mecían en el populoso puerto de la Ciudad Vieja. Los mástiles crujían bajo los embates del persistente viento del sur, mientras los cascos eran suavemente golpeados por las olas bajas. Algunos rezagados, que todavía esperaban la última pesca del día, recién emprendían el regreso a la orilla. Las gaviotas, muy activas durante el día, descansaban silenciosas bajo los muelles añosos o en los altos riscos de la escarpada isla de Santa Clara, en la entrada de la bahía.

Más allá de los nidos de los pájaros y las embarcaciones ociosas, poco más de media milla al norte de la costa española, el bruñido yate blanco *Verídico* se balanceaba en las aguas iluminadas por la luna. La embarcación, de cuarenta y cinco pies, llevaba una dotación de cuatro hombres. Uno de los tripulantes, vestido de negro de la cabeza a los pies, montaba guardia en cubierta mientras otro se encargaba del timón. El tercero estaba cenando en la zona del comedor, junto a la cocina, y el cuarto dormía en la cabina de proa.

Por su parte, los cinco pasajeros estaban reunidos en la muy privada cabina del medio. La puerta estaba cerrada y pesadas cortinas cubrían por completo los dos ojos de buey. Los pasajeros, todos varones, estaban sentados en torno de una mesa grande de color marfil. En el centro de ella había una carpeta gruesa de cuero y una botella de vino Madeira. Los platos de la cena habían sido retirados, sólo quedaban los vasos de vino semivacíos.

Los hombres vestían costosas chaquetas en tonos pastel y pantalones enormes y flojos. Usaban anillos con piedras preciosas y collares de oro o plata. Llevaban medias de seda y zapatos hechos a mano, impecablemente lustrados. Todos tenían el cabello recién cortado y un cigarro cubano en la mano. Cuatro de ellos fumaban desde hacía largo rato, pero había una gran provisión de tabaco en una caja en el centro de la mesa. Las manos de los pasajeros eran suaves y sus expresiones, relajadas. Todos hablaban con voz cálida y amable.

El propietario del *Verídico*, Esteban Ramírez, era también el fundador de la Ramírez Boat Company, la firma que había construido el yate. A diferencia de los otros hombres, Ramírez no fumaba. No porque no quisiera, sino porque todavía no había llegado el momento de celebrar. Tampoco recordaba a sus abuelos catalanes, que habían sido pastores de ovejas y cultivado uvas o cereales en los fértiles campos de León. No podía pensar en esas cosas, por muy importante que fuera su herencia. Su mente y su alma estaban preocupadas por lo que ya tendría que haber sucedido. Su imaginación estaba consumida por todo lo que estaba en juego… tal como lo había estado durante tantos años de sueños, meses de planes y horas de ejecución.

¿Qué lo mantenía vivo?

Ramírez recordó que, en tiempos ya lejanos, solía sentarse en esa misma cabina del yate a esperar los llamados de los hombres de la CIA norteamericana con quienes trabajaba. O a esperar noticias de los miembros de su *familia*, un grupo muy próximo y confiable

formado por sus empleados más devotos. A veces, los secuaces de la *familia* estaban en una misión, ya fuera entregando paquetes, o recaudando dinero, o rompiéndoles los huesos a aquellos que no tenían ganas de cooperar con él. Algunos de esos infortunados habían trabajado para uno o dos de los hombres sentados a la mesa. Pero eso había sido en el pasado, antes de que una meta común los unificara.

Una parte de Ramírez añoraba aquellos días más relajados. Aquellos días en que era simplemente un hombre común y apolítico que se ganaba el sustento contrabandeando armas o personas o investigando las actividades encubiertas de los fundamentalistas rusos o musulmanes. Aquellos días en que se valía de los músculos de la *familia* para obtener préstamos que los bancos no querían otorgarle o camiones para trasladar mercaderías cuando era prácticamente imposible conseguir un camión.

Ahora, las cosas eran diferentes. Muy, pero muy diferentes.

Ramírez no había dicho una palabra, hasta que sonó su teléfono celular. Al escuchar el bip, se desperezó tranquilamente y retiró el aparato del bolsillo derecho de su *blazer*. Sus dedos pequeños y regordetes temblaron ligeramente al abrir el celular. Se llevó el auricular al oído y dijo su nombre. Después se limitó a escuchar, sin apartar la vista de sus acompañantes.

Cuando terminó de escuchar lo que tenían para decirle, cerró el teléfono rápidamente y lo guardó en su bolsillo. Miró el cenicero vacío que tenía enfrente, seleccionó un cigarro de la caja y olió el envoltorio negro. Sólo entonces esbozó una sonrisa, que iluminó la chata suavidad de su cara redonda.

Uno de los hombres se sacó el cigarro de la boca.

—¿Qué pasa, Esteban? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

—Está hecho —respondió orgulloso—. Uno de los blancos, el más importante, ha sido eliminado.

Las puntas de los cuatro cigarros brillaron orondas. Las cuatro bocas se abrieron en una ancha sonrisa y todas las manos se

unieron en un aplauso cortés y sincero. Ramírez acercó la punta de su cigarro a la generosa llama del antiguo encendedor a gas butano que ocupaba el centro de la mesa. Lo hizo girar de un lado a otro hasta que los bordes emanaron un resplandor rojizo y aspiró con entusiasmo. Dejó que el humo le acariciara la lengua. Después lo retuvo un momento en la boca y exhaló.

—Sánchez está ahora en el aeropuerto de Madrid —dijo Ramírez, utilizando el nombre adoptado por el asesino para esa misión específica—. Dentro de una hora llegara a Bilbao. Llamaré al astillero para que uno de los chóferes de la *familia* vaya a buscarlo. Y después lo traerán al yate, tal como fue planeado.

—Para una breve estadía, quiero creer —dijo ansiosamente uno de los hombres.

—Para una brevísima estadía —aseguró Ramírez—. Apenas llegue Sánchez saldré a cubierta y le pagaré —prosiguió, palmeando el bolsillo de su chaqueta, donde tenía un sobre lleno de efectivo internacional—. No verá a nadie más, así que no hay manera de que pueda perjudicarte.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó el hombre.

—Extorsión, Alfonso —explicó Ramírez—. Los hombres como Sánchez, ex soldados que sólo se interesan por el dinero, tienden a vivir pródigamente, día a día. Cuando se les acaban los billetes, suelen volver a pedir un poco más.

—¿Y si lo hace? —preguntó Alfonso—. ¿Cómo vas a protegerte?

Ramírez sonrió.

—Uno de mis hombres estuvo presente, con una cámara de video. Si Sánchez me traiciona, el video caerá instantáneamente en manos de la policía. Pero basta de hablar de lo que podría suceder. Esto es lo que va a suceder. En cuanto Sánchez reciba su paga, será escoltado de regreso al aeropuerto y abandonará el país hasta que se cierre la investigación, tal como fue acordado.

—¿Y el chofer de Madrid? —preguntó otro de los hombres—. ¿También se irá de España?

—No —dijo Ramírez—. El chofer trabaja para el diputado Serrador. Está desesperado por un ascenso, así que guardará silencio. Y el auto que usaron los asesinos ya fue llevado a un desarmadero. —Con profunda satisfacción, Ramírez dio otra pitada a su cigarro—. Confía en mí, mi querido Carlos. Todo ha sido pensado hasta el más mínimo detalle. No podrán atribuirnos este acto.

—Confío en ti —murmuró el otro—. Pero todavía no estoy convencido de que podamos confiar en Serrador. Es vasco.

El asesino también es vasco e hizo lo que se le ordenó —concluyó Ramírez—. El diputado Serrador también hará lo que se le ha ordenado, Carlos. Es ambicioso.

—Entonces es un vasco ambicioso. Pero sigue siendo vasco.

Ramírez volvió a sonreír.

—El diputado Serrador no anhela ser el eterno portavoz de los pescadores, los pastores y los mineros. Quiere guiarlos.

—Podría guiarlos para cruzar los Pirineos y llegar a Francia —dijo Carlos—. Yo no los voy a extrañar.

—Yo tampoco —coincidió Ramírez—, ¿pero entonces quién pescaría, quién cuidaría las ovejas, quién trabajaría en las minas? ¿Los gerentes de bancos y los contadores que trabajan para ti, Carlos? ¿Los periodistas que trabajan en los diarios de Rodrigo o en los canales de televisión de Alfonso? ¿Los pilotos que trabajan para la aerolínea de Miguel?

Los otros sonrieron, se encogieron de hombros o asintieron. Carlos enrojeció y aceptó su error con una leve inclinación de cabeza.

—Ya basta de hablar de nuestro curioso colaborador —dijo Ramírez—. Lo único importante aquí es que la emisaria norteamericana ha sido eliminada. Los norteamericanos no tendrán idea de quién lo hizo ni por qué, pero serán extremadamente cautos en cuanto a involucrarse en la política local. El diputado Serrador estimulará esa cautela cuando se reúna con el resto del contingente esta misma noche. Les asegurará que la policía está haciendo todo

lo posible para atrapar al asesino, pero también les dirá que es imposible prevenir por completo futuros incidentes. Mucho menos en una época tan conflictiva.

Carlos asintió.

—¿Y cómo va lo tuyo? —le preguntó a Miguel.

—Muy bien —respondió el corpulento ejecutivo de cabello plateado—. Los descuentos en las tarifas aéreas desde los Estados Unidos a Portugal, Italia, Francia y Grecia han resultado ser extremadamente populares. Los viajes a Madrid y Barcelona han disminuido un once y un ocho por ciento respectivamente en relación con el año anterior. Los hoteles, restaurantes y empresas de automóviles están comenzando a sentir la pérdida. El efecto dominó ha perjudicado a muchísimos hombres de negocios locales.

—Y las ganancias mermarán todavía más —agregó Ramírez— cuando el pueblo norteamericano se entere de que la mujer asesinada era una turista y que los disparos fueron azarosos.

Ramírez aspiró su cigarro y sonrió. Estaba particularmente orgulloso de esa parte del plan. El gobierno de los Estados Unidos jamás podría revelar la identidad de la muerta. La mujer provenía de un centro de inteligencia y manejo de crisis, no del Departamento de Estado. Tampoco podrían admitir que había ido a Madrid a encontrarse con un poderoso diputado que temía el estallido de una nueva guerra civil. Si los europeos se enteraran de que una representante norteamericana como ésa debía encontrarse con Serrador, sospecharían que los Estados Unidos intentaba posicionar sus jugadores para sacar ventaja. Por ese mismo motivo, Serrador la había pedido a ella. Con un solo disparo, Ramírez y los suyos se las habían ingeniado para controlar la Casa Blanca y el turismo español.

—En cuanto al próximo paso —prosiguió Ramírez—, ¿cómo anda eso, Carlos?

El joven banquero de cabello negro se echó hacia delante. Apoyó su cigarro en el cenicero y cruzó las manos sobre la mesa.

—Como bien sabrás, las clases media y baja han sido seriamente perjudicadas por la reciente falta de empleo. En los últimos seis meses, el banquero Cedro ha restringido los préstamos para que nuestros socios en esta operación —señaló a los otros hombres sentados a la mesa—, así como otros hombres de negocios, se vieran forzados a aumentar los precios al consumidor casi un siete por ciento. Al mismo tiempo han interrumpido la producción, de modo tal que la comercialización de mercaderías españolas en Europa ha caído un ocho por ciento. Los trabajadores han recibido un duro golpe aunque, hasta el momento, no les hemos restringido ni cortado el crédito. De hecho, hemos sido extraordinariamente generosos. Extendimos créditos para pagar viejas deudas. Por supuesto que sólo una parte de ese dinero se utiliza para saldar dichas deudas. La gente vuelve a comprar, dando por sentado que podrá volver a obtener un crédito. De ello resulta que los intereses de los préstamos son un dieciocho por ciento más altos que el año pasado en esta misma época.

Ramírez sonrió.

—Y si a eso le sumamos la merma del turismo, el caos financiero será muy serio cuando se dejen de otorgar créditos.

—Será extremadamente severo —coincidió Carlos—. La gente tendrá tantas deudas que hará cualquier cosa para pagarlas.

—Pero tú estás seguro de poder controlar ese caos —dijo Alfonso.

—Absolutamente seguro —replicó Carlos—. Gracias a las reservas de efectivo y los créditos del Banco Mundial y otras instituciones, la reserva monetaria de mi banco y de la mayoría de los bancos permanecerá inalterada. La economía se verá relativamente poco afectada en los niveles superiores. —Sonrió—. Es como la plaga que cayó sobre Egipto en el Antiguo Testamento. No afectó a aquellos que habían sido prevenidos y habían llenado sus jarras y cisternas con agua fresca.

Orondo y satisfecho, Ramírez se recostó en la silla chupando su cigarro.

—Esto es excelente, caballeros —dijo—. Y una vez que todo esté en su lugar, nuestra tarea será mantener la presión hasta que las clases media y baja se dobleguen. Hasta que los vascos y los castellanos, los andaluces y los gallegos reconozcan que España pertenece al pueblo de Cataluña. Y cuando lo hagan, cuando el primer ministro se vea obligado a llamar nuevamente a elecciones, nosotros estaremos listos. —Los ojos pequeños y oscuros de Ramírez recorrieron, uno por uno, todos los rostros antes de posarse en la carpeta de cuero que tenía frente a él—. Listos con nuestra nueva Constitución… listos para una nueva España.

Los otros asintieron en señal de aprobación. Miguel y Rodrigo aplaudieron suavemente. Ramírez sentía sobre sus hombros el peso de la historia pasada, el peso de la historia futura. Era una sensación agradable.

No vio al hombre sin afeitar que acababa de aparecer a un octavo de milla de distancia, con otro sentido de la historia sobre los hombros… y un arma muy diferente a su disposición.

4

Lunes, 19:15hs. Madrid, España

Cuando el comisario Diego Fernández llegó, Aideen todavía estaba sentada en el sillón de cuero. Era un hombre de estatura y complexión medianas. Estaba recién afeitado y usaba una barba candado cuidadosamente cortada. Su cabello negro era un poco largo aunque prolijo, y observaba atentamente el mundo a través de unas gafas con marco de oro. Llevaba guantes de cuero, mocasines y sobretodo negros. Por la abertura del abrigo asomaba un terno de color gris oscuro.

Ni bien un ujier hubo cerrado la puerta tras él, el inspector saludó a Aideen con una cortés inclinación de cabeza.

—Quiero ofrecerle nuestras condolencias y nuestra más sincera disculpa por la pérdida —dijo. Su voz era profunda, y su pronunciación del inglés un tanto pastosa—. Si hay algo que mi departamento o yo podamos hacer para ayudarla, por favor dígamelo.

—Gracias, inspector —murmuró Aideen.

—Tenga la seguridad de que todos los efectivos de la policía metropolitana de Madrid y de otras dependencias oficiales se dedicarán noche y día a encontrar al responsable de este acto atroz.

Aideen levantó la vista. No era posible que Fernández estuviera habiéndole a ella. No era cierto que el departamento de policía estuviera buscando al asesino de alguien que ella conocía. Era

imposible que los titulares de los diarios y los noticieros televisivos hablaran de una persona con la que ella había compartido la habitación del hotel hasta hacía una hora. Aunque había presenciado el asesinato y visto el cadáver de Martha en la calle, la experiencia no le parecía real. Aideen estaba tan acostumbrada a modificar las cosas —rebobinando un video para ver algo que se había perdido o borrando información innecesaria de la computadora— que la irreversibilidad de esa muerte le parecía imposible.

Pero en su mente sabía lo que había ocurrido. Y también sabía que era irreversible. Al llegar a la oficina había llamado al hotel para informar a Darrell McCaskey. McCaskey le había dicho que avisaría al Op-Center. La muerte de Martha no parecía haberlo impactado… o tal vez fuera, siempre, muy reservado. Aideen no lo conocía lo suficiente para aventurar una opinión. Después se había quedado allí sentada, intentando convencerse de que el asesinato de Martha había sido un acto terrorista a ciegas, y no el producto de un plan premeditado. Después de todo, no era lo mismo que en Tijuana dos años atrás, cuando su amigo Odín Gutiérrez Rico fue literalmente perforado como un colador por cuatro tiradores con rifles de asalto. Rico era director de juicios criminales en Baja California. Era una figura pública que recibía regularmente amenazas de muerte y, no obstante, había seguido desafiando a los traficantes de drogas de su país. Su muerte había sido una trágica pérdida, pero no una sorpresa. Era *voxpopuli* que el submundo no toleraría que los narcotraficantes fueran procesados.

En cambio, Martha había viajado a España de incógnito, y sólo algunos funcionarios del gobierno conocían los motivos de su llegada. Había ido a Madrid para ayudar al diputado Serrador a diseñar un plan para evitar que su propio pueblo, el vasco, se uniera con los ultranacionalistas catalanes con el propósito de separarse de España. Los levantamientos vascos de la década del 80 habían sido lo suficientemente esporádicos como para fracasar, aunque también lo suficientemente violentos como para ser recordados. Martha y

Serrador creían que una revuelta organizada de dos de los cinco grupos étnicos más importantes del país —especialmente si esos grupos estaban bien armados y mejor preparados que en los ochenta— no sólo sería enormemente destructiva sino que tendría grandes posibilidades de triunfar.

Si esto era un asesinato, si Martha había sido el blanco, quería decir que había una grieta en el sistema por la que se filtraba información. Y si había una grieta… el proceso de paz corría un serio peligro. Era una cruel ironía que, muy poco tiempo atrás, Martha hubiera insistido en que nada debía interferir las conversaciones.

Sabes muy bien qué es lo que está, en juego…

Después, por supuesto, se había preocupado por la reacción extrema de Aideen en la calle.

Si ése hubiera sido nuestro peor obstáculo, pensó Aideen. *Nos detenemos en los detalles y terminamos perdiendo de vista el cuadro general…*

—¿Señorita? —dijo el inspector.

Aideen parpadeó.

—¿Sí?

—¿Se siente bien?

Aideen tenía la mirada perdida, fija en los ventanales oscuros. Miró al inspector que, parado a corta distancia, le sonreía.

—Sí, estoy bien —respondió—. Lo siento mucho, inspector. Estaba pensando en mi amiga.

—Comprendo —replicó el hombre—. Si no le resulta demasiado extenuante, ¿me permitiría hacerle algunas preguntas?

—Por supuesto —replicó ella, irguiéndose en el asiento—. Pero primero, ¿le importaría decirme si las cámaras de vigilancia revelaron algo?

—Desafortunadamente no. El asesino estaba fuera del radio de las cámaras.

—¿Acaso sabía cuál era el radio?

—Aparentemente sí —admitió el inspector—. Lamentablemente nos llevará un tiempo detectar e interrogar a todos los que tienen acceso a esa información.

—Entiendo.

El inspector sacó un pequeño anotador amarillo del bolsillo de su chaqueta. Su sonrisa se evaporó mientras estudiaba algunas anotaciones y sacaba una lapicera de la espiral. Cuando terminó de leer, miró a Aideen a los ojos.

—¿Usted y su compañera vinieron a Madrid en viaje de placer? —le preguntó.

—Sí. Así es.

—Usted le informó al guardia de la entrada que habían venido al Congreso de Diputados para hacer una visita personal.

—Correcto.

—¿Quién arregló esa visita?

—No lo sé.

—¿Cómo?

—Mi compañera la arregló a través de un amigo, desde los Estados Unidos —informó Aideen.

—¿Podría darme el nombre de ese amigo? —preguntó el inspector.

—Lamentablemente no —replicó Aideen—. No sé quién era. Decidí hacer este viaje a último momento.

—Posiblemente fue un compañero de trabajo el que lo arregló —sugirió el inspector—. ¿O tal vez un vecino? ¿Un político local?

—No lo sé —insistió Aideen—. Lo siento, inspector, pero en su momento no me pareció necesario saberlo.

El inspector se quedó mirándola. Después bajó los ojos lentamente y escribió sus respuestas en el anotador.

Aideen se convenció de que no le había creído una palabra, a juzgar por la mueca reprobatoria de la boca y el entrecejo fruncido. Y odió obstaculizar la investigación. Pero hasta que Darrell McCaskey

o el diputado Serrador le dijeran otra cosa, no tenía más opción que ésa.

El comisario Fernández dio vuelta la página del anotador.

—¿Pudo ver al hombre que las atacó?

—No pude verle la cara —dijo ella—. Tomó una foto con *flash* en el instante previo a sacar el arma.

—¿Pudo oler algún perfume? ¿Tal vez una loción para después de afeitarse?

—No.

—¿Prestó atención a la cámara? ¿Pudo identificar la marca?

—No. No estaba lo suficientemente cerca… y después disparó el *flash*. Sólo pude verle la ropa.

—Ajá —dijo el inspector, inclinándose hacia adelante—. ¿Puede decirme qué llevaba puesto?

Aideen respiró profundamente y cerró los ojos.

—Llevaba puesta una chaqueta de algodón bastante ajustada y una gorra de béisbol. La gorra era azul oscuro o negra, y usaba la visera hacia delante. Tenía pantalones flojos color caqui y zapatos negros. Quiero decir que era un hombre joven, aunque no puedo estar ciento por ciento segura.

—¿Por qué piensa que era joven?

Aideen abrió los ojos.

—Había algo en su manera de pararse —replicó—. Con las piernas abiertas, los hombros erguidos, la frente alta. Muy fuerte, muy decidido.

—¿Ya había visto esa clase de postura en alguien? —preguntó el inspector.

—Sí —replicó Aideen. El asesino le había recordado a un Striker, aunque por supuesto no podía decirlo—. Cuando yo iba a la universidad estaba el ROTC —mintió—, el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva. El asesino tenía el porte de un soldado. O al menos el de alguien avezado en el manejo de las armas.

El inspector escribió algo en su anotador.

—¿El asesino dijo algo?

—No.

—¿Gritó algo… una consigna o una amenaza?

—No.

—¿Pudo ver qué clase de arma usó?

—No, lo siento. Era un arma manual.

—¿Un revólver?

—No sabría decirle —mintió. Era una automática. Pero no quería que el inspector supiera que ella era capaz de identificar armas de fuego.

—¿Hizo pausas entre los disparos?

—Creo que sí.

—¿Los disparos hicieron mucho ruido?

—No mucho —dijo Aideen—. Todo fue asombrosamente silencioso.

El arma tenía silenciador, pero no quería que él supiera que ella poseía conocimientos sobre la materia.

—Probablemente tenía silenciador —dijo el inspector—. ¿Pudo ver el coche que usaron para escapar?

—Sí —dijo Aideen—. Era un sedán negro. No sé de qué marca.

—¿Estaba limpio o sucio?

—Normal.

—¿De qué dirección vino?

—Creo que estaba esperando al asesino en esa misma calle.

—¿Aproximadamente a qué distancia?

—Tal vez a unas veinte o treinta yardas —dijo Aideen—. Aparentemente se deslizó por el bordillo de la vereda pocos segundos antes de que el asesino abriera fuego.

—¿Algún disparo provino del auto?

—No creo —replicó la joven—. Los únicos fogonazos que vi salieron de la misma arma.

—Usted estuvo detrás de la otra víctima, el cartero, durante una parte del ataque. Y atendió sus heridas concienzudamente. Podría

no haber visto a un segundo tirador.

—No creo. Recién al final estuve detrás de él. Dígame, ¿cómo se encuentra ahora? ¿Podrá recuperarse?

—Lamentablemente murió, señorita.

Aideen bajó la vista.

—Lo lamento —musitó.

—Usted hizo todo lo posible para ayudarlo —la consoló el inspector—. No tiene nada que lamentar.

—Nada —murmuró ella—, excepto haberme movido en esa dirección. ¿Tenía familia?

—Sí. El señor Suárez, así se llamaba, mantenía a su esposa, su bebé y su madre.

Aideen sintió que se le endurecían las sienes y los ojos se le llenaban de lágrimas. No sólo no había podido hacer nada para ayudar a Martha, sino que al intentar atraer los disparos del asesino hacia ella le había hecho perder la vida a un hombre inocente. Retrospectivamente, pensó que debía haber saltado en dirección a Martha. Tal vez podría haberse interpuesto entre su jefa y el tirador, o bien podría haber arrastrado a la mujer herida detrás de la maldita cabina del centinela. Podría haber hecho cualquier cosa… menos lo que, precisamente, había hecho.

—¿Le sirvo un vaso de agua? —preguntó el inspector.

—No, gracias. Estoy bien.

El inspector asintió. Durante unos minutos caminó de una punta a otra de la oficina con los ojos clavados en el suelo. Después, levantó la vista y se concentró en Aideen.

—Señorita —dijo—, ¿cree que el tirador tenía el objetivo previo de matarlas, a usted y a su acompañante?

—Creo que sí —replicó ella. Esperaba la pregunta y quería responderla con extremo cuidado.

—¿Sabe por qué?

—No.

—¿Tiene alguna sospecha? ¿Está involucrada en algún tipo de actividad política? ¿Pertenece a algún grupo?

Aideen negó con la cabeza.

Alguien golpeó a la puerta. El inspector lo ignoró. Escrutaba a la joven con dureza, sin decir palabra.

—Señorita Temblón —dijo—, perdóneme por presionarla en este momento, pero un asesino anda suelto por las calles de mi ciudad. Quiero atraparlo. ¿Se le ocurre algún motivo por el que alguien querría atacarla a usted o a su amiga?

—Comisario —replicó Aideen—, nunca había estado en España y no conozco a nadie en este país. Mi compañera estuvo aquí hace unos años pero no tiene —no tenía— amigos o enemigos de los que yo tenga conocimiento.

Volvieron a golpear. El inspector abrió la puerta. Aideen no pudo ver a la persona que había golpeado.

—¿Sí? —preguntó el inspector.

—Comisario —dijo una voz de hombre—, el diputado Serrador quiere que la mujer sea trasladada a su despacho inmediatamente.

—¿Ah, sí? —preguntó el inspector. Dio media vuelta y miró a Aideen, entrecerrando levemente los ojos—. Tal vez el diputado quiera pedirle disculpas personalmente por esta terrible tragedia, señorita.

Aideen no dijo nada.

—¿O tal vez la audiencia se deba a otro motivo? —insinuó el inspector.

Aideen se puso de pie.

—Si así fuera, comisario Fernández, no lo sabré hasta haber hablado con el diputado.

El inspector cerró el anotador e inclinó cortésmente la cabeza. Si estaba molesto con ella, no lo demostró. Le agradeció su colaboración, volvió a disculparse por lo que había ocurrido y extendió el brazo hacia la puerta abierta. Aideen salió de la oficina. El sargento que la había acompañado hasta allí la estaba esperando.

La saludó con una leve inclinación de cabeza y juntos avanzaron por el corredor.

Aideen se sentía mal por el inspector. Tenía que supervisar una investigación y ella no le había dado ninguna información útil. Pero tal como había dicho Martha, todas las sociedades y todos los estratos sociales tenían sus reglas. Y en todos los países —a pesar de las constituciones, los reglamentos y los delicados equilibrios— las reglas siempre eran diferentes para los gobernantes. Frases como «información reservada» y «secretos de Estado» impedían de manera eficaz las investigaciones legales. Desafortunadamente, en muchas circunstancias —entre ellas ésta— las obstaculizaciones eran necesarias y legítimas.

El despacho del diputado Serrador estaba al final del corredor. Tenía el mismo tamaño y casi el mismo decorado que la oficina que Aideen acababa de abandonar, aunque con ciertos toques personales. En tres de las cuatro paredes había fotos enmarcadas de la plaza de toros de Madrid, la Plaza de las Ventas. En la cuarta pared, detrás del escritorio, se veían páginas de diarios enmarcadas que describían las actividades vascas durante la década del ochenta. Por toda la habitación, en estantes y repisas, había fotos familiares.

Cuando Aideen entró, Serrador estaba sentado detrás de su escritorio y Darrell McCaskey en un sofá. Ambos se pusieron de pie. Serrador salió de atrás del escritorio con los brazos extendidos y una expresión de profundo pesar en el rostro. Sus ojos pardos tenían una mirada de dolor bajo las cejas grises. Su frente alta y oscura se mostraba arrugada bajo el cabello entrecano peinado hacia atrás y tenía la enorme boca curvada hacia abajo en una mueca de disgusto. Sus manos, grandes y suaves, se cerraron amablemente sobre las de Aideen.

—Lo siento muchísimo, señorita Marley —dijo—. Pero, aun en medio del dolor, me siento aliviado al verla sana y salva.

—Gracias, señor diputado —dijo Aideen, y miró a McCaskey. El bajo, nervioso y prematuramente canoso subdirector asistente

estaba muy rígido, con las manos dobladas sobre el vientre. No compartía el estilo de simpatía diplomática que destilaba Serrador; por el contrario, mostraba una expresión seria y ceñuda.

—Darrell —dijo Aideen—, ¿cómo estás?

—He sabido estar mejor, Aideen. ¿Te encuentras bien?

—En realidad no —dijo la joven—. Fallé, Darrell.

—¿Qué quieres decir?

—Tendría que haber reaccionado… de otro modo —prosiguió Aideen, sofocada por la emoción—. Vi lo que estaba pasando y fallé, Darrell. Fallé.

—Eso es una locura —dijo McCaskey—. Tienes suerte de haber salido indemne.

—A expensas de la vida de un hombre…

—Eso fue inevitable —concluyó McCaskey.

—El señor McCaskey tiene razón —intervino Serrador, todavía con las manos de Aideen entre las suyas—. No debe ponerse así. Estas cosas siempre se ven mucho más claras en… ¿cómo dicen ustedes? ¿En retrospectiva?

—Efectivamente —dijo McCaskey, sin esforzarse por disimular su irritación—. Todo se ve mucho más claro después del hecho, siempre.

Aideen miró interrogativamente a su compañero.

—¿Algo anda mal, Darrell?

—Nada. Nada, excepto que el diputado Serrador no está dispuesto a discutir ningún tema.

—¿Cómo?

—Sería más que inadecuado —admitió Serrador.

—No estamos de acuerdo —replicó McCaskey, mirando a Aideen —. El diputado Serrador dice que el acuerdo era con Martha. Que fueron su experiencia y su origen étnico los que le permitieron convencer a los vascos y los catalanes de que estudiaran una posible mediación de los Estados Unidos.

Aideen miró fijamente a Serrador.

—Martha era una diplomática respetada y muy capaz…

—Una mujer notable —dijo Serrador con un floreo.

—Sí, y aunque muy dotada para las mediaciones, no era indispensable —prosiguió Aideen.

Serrador dio un paso atrás.

—Usted me decepciona, señorita —dijo con expresión reprobatoria.

—¿Ah, sí?

—¡Su colega acaba de ser asesinada!

—Lo siento, señor diputado —dijo Aideen—, pero lo importante aquí no es mi sentido de la oportunidad sino…

—Es verdad —interrumpió Serrador—. Lo importante es la experiencia y la seguridad. Y las conversaciones *serán pospuestas* hasta que yo esté convencido de que puedo contar con ambas. No canceladas, señor McCaskey, señorita Marley. Sino meramente pospuestas.

—Diputado Serrador —dijo McCaskey—, usted sabe tan bien como yo que tal vez no haya tiempo para demoras. Precisamente, antes de que llegara la señorita Marley le estaba hablando de sus antecedentes e intentaba convencerlo de que las conversaciones pueden avanzar. La señorita Marley tiene experiencia y no es para nada tímida, como habrá visto.

Serrador miró reprobatoriamente a la joven.

—Podemos hacernos cargo —dijo McCaskey—. En cuanto a la seguridad, supongamos, por el momento, que se corrió el rumor de este encuentro. Que Martha fue el blanco de un asesinato. ¿Qué significa eso? Que alguien quiere asustar y alejar a los diplomáticos norteamericanos. Alguien que quiere ver a su país fragmentado.

—Tal vez no se trate de un objetivo político —intervino Aideen—. Martha cree… Martha creía que alguien podía estar especulando con ganar muchísimo dinero a través de una guerra separatista.

Serrador tosió para despejar la garganta y clavó la vista en su escritorio.

—Por favor, señor diputado —dijo McCaskey—. Siéntese con nosotros. Díganos lo que sabe. Analizaremos la información y lo ayudaremos a poner en marcha un plan antes de que sea demasiado tarde.

Serrador sacudió la cabeza.

—Ya he hablado con mis aliados en el Congreso —dijo lentamente—. Están menos dispuestos que yo a involucrarlos en esto. Le ruego que comprenda, señor McCaskey. Antes de esto estábamos hablando con los distintos partidos separatistas… y volveremos a hacerlo. Yo tenía la esperanza de que los Estados Unidos participara de las discusiones extraoficialmente, y pensaba que si los líderes de ambos bandos eran persuadidos a hacer ciertas concesiones España se salvaría. Ahora, lamentablemente, tendremos que resolver el problema internamente.

—¿Y cómo cree que terminará todo esto? —preguntó Aideen.

—No lo sé —replicó Serrador—. Lo único que sé es que, desgraciadamente, su participación en este proceso debe concluir aquí.

—Sí —dijo ella—. Gracias a la muerte de alguien que tuvo la valentía necesaria para iniciarlo… y a la retirada de un cobarde.

—¡Aideen! —la reprendió McCaskey.

El senador alzó una mano.

—No se preocupe, señor McCaskey. La señorita Marley está exhausta. Le sugiero que la lleve de vuelta al hotel.

Aideen miró fijamente al diputado. No estaba dispuesta a dejarse someter, no estaba dispuesta a tolerar que la obligaran a callarse. Simplemente, no estaba dispuesta.

—Muy bien —dijo—. Muévase con cautela, señor diputado. Pero no olvide esto. Cuando traté con facciones revolucionarias en México el resultado fue siempre el mismo. El gobierno se valió inevitablemente de la fuerza para aplastar a los rebeldes. Pero nunca pudo destruirlos por completo, claro está, y los insurrectos siguen trabajando en el anonimato. No prosperaron, pero tampoco

desaparecieron. Sólo murieron los que cayeron bajo el fuego cruzado. Y lo mismo va a pasar aquí, diputado Serrador. Es imposible aplastar siglos de resentimiento sin contar con una enorme bota.

—Ah. ¿Acaso lee la bola de cristal?

—No —respondió Aideen despectivamente—. Sucede que tengo un poco de experiencia en psicología de la opresión.

—En México —señaló Serrador—. Pero no en España. Ya se dará cuenta de que nuestra gente no se hace tanta diferencia entre… ¿cómo dicen ustedes? ¿El que tiene y el que no tiene? Los españoles sienten gran pasión por su herencia cultural.

—Aideen —dijo McCaskey con voz cortante—. Ya basta. Nadie sabe qué va a pasar en ningún lugar. Supuestamente, de eso debían tratarse estas reuniones. Debían estar dedicadas al análisis de los hechos, a compartir ideas, a buscar la manera de encontrar una solución pacífica a las tensiones.

—Y todavía podemos hacer todo lo que usted dice —dijo Serrador, retomando su papel de diplomático—. No quiero ser irrespetuoso con la muerte de su colega, pero nosotros sólo hemos perdido una oportunidad. Habrá otras maneras de evitar los derramamientos de sangre. Nuestra preocupación inmediata es encontrar al responsable de este crimen y saber cómo se filtró la información de mi despacho. Después… veremos.

—Eso podría llevar semanas, sino meses —dijo McCaskey.

—Los apresuramientos, señor McCaskey, podrían costarnos más vidas.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo —murmuró Aideen—. El precio del retroceso y la inactividad puede ser mucho más alto.

Serrador volvió a su escritorio.

—No hay que confundir prudencia con retroceso o inactividad. —Tocó un botón del teléfono—. Yo busqué la ayuda de la distinguida señorita Mackall. Ella nos fue arrebatada. Busqué y tal vez siga buscando la ayuda de los Estados Unidos. ¿Todavía está disponible, señor McCaskey, puedo contar con eso?

—Sabe muy bien que sí, señor diputado —respondió McCaskey.

Serrador bajó la cabeza.

—Gracias —murmuró.

—De nada —replicó McCaskey.

La puerta se abrió y un joven ujier de traje oscuro entró en el despacho. Se quedó parado, con los brazos a los costados del cuerpo.

—Hernández —dijo el diputado—, por favor lleve a nuestros invitados hasta la entrada privada y dígale a mi chofer que los lleve de vuelta a su hotel sanos y salvos. —Miró a McCaskey—. ¿Es allí adonde desean ir?

—Por el momento, sí. Si fuera posible, me gustaría ir a donde se está llevando a cabo la investigación.

—Ya veo. Si mal no recuerdo, usted tiene formación en coacción legal.

—Así es —dijo McCaskey—. Cuando estaba en el FBI pasé bastante tiempo trabajando con la Interpol.

Serrador hizo un gesto afirmativo.

—Veré qué puedo hacer, por supuesto. ¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes?

McCaskey negó con la cabeza. Aideen no se movió. Estaba hirviendo. Política, otra vez. Nada de liderazgo, nada de visión. Sólo un cauteloso «paso en T», como solían llamar a un paso de baile hacia atrás en Boston. Anheló haber guardado un poco de mierda de perro para esa reunión.

—Mi automóvil es a prueba de balas y dos de mis guardaespaldas los acompañarán —dijo Serrador—. No correrán peligro. Mientras tanto, hablaré con aquellos colegas míos que debían participar en la reunión de hoy. Me comunicaré con usted dentro de pocos días —ya estará en Washington, supongo— para hacerle saber si deseamos proceder, y cómo.

—Por supuesto —replicó McCaskey.

—Gracias. —Serrador sonrió débilmente—. Muchísimas gracias.

El diputado tendió la mano sobre el enorme escritorio de caoba. McCaskey la estrechó. Serrador le tendió la mano a Aideen. Ella también la estrechó, muy brevemente. No hubo calidez en la corta mirada que intercambiaron.

McCaskey había apoyado la mano en la espalda de Aideen. A medias guiándola, a medias empujándola, la hizo llegar a la puerta y ambos atravesaron el corredor en silencio.

Cuando estuvieron en la limusina del diputado, McCaskey miró a Aideen.

—¿Entonces?

—Entonces. Adelante. Dime que perdí los estribos y desconocí los límites.

—Así fue.

—Ya sé —replicó la joven—. Lo lamento. Tomaré el próximo avión a casa.

Evidentemente, ése era el tema del día. O tal vez era algo más grande: la pésima relación entre Aideen Marley y la torre de marfil de la diplomacia.

—No quiero que te vayas —dijo McCaskey—. Perdiste los estribos e ignoraste los límites, pero sucede que estoy de acuerdo con lo que dijiste. No creo que nuestra accidental rutina de policía-bueno/policía-malo haya funcionado, pero tiene potencial.

Aideen lo miró a los ojos.

—¿Estabas de acuerdo conmigo?

—Absolutamente. Esperemos hasta llamar a casa y ver qué tiene para decirnos el resto del clan —prosiguió McCaskey.

Aideen asintió. Sabía que eso era sólo una parte de la negativa de McCaskey a hablar. Los chóferes de limusinas nunca eran tan invisibles como suponían los pasajeros: ellos veían y escuchaban todo.

Y levantar el vidrio divisorio no garantizaba la privacidad. Había grandes posibilidades de que hubiera micrófonos ocultos en el

vehículo, destinados a monitorear la conversación que estaban manteniendo.

Esperaron a llegar a la habitación de McCaskey para seguir hablando. McCaskey había instalado allí un pequeño generador electromagnético diseñado por Matt Stoll, el genio técnico del Op-Center. La unidad, aproximadamente del tamaño y las dimensiones de un *CD-player* portátil, emitía un tono que interrumpía las señales electrónicas en un radio de diez pies y, de acuerdo con la definición de Stoll, las transformaba en «jerigonza». Las computadoras, grabadores y otros aparatos digitales utilizados fuera de ese radio no se verían afectados.

McCaskey y Aideen se sentaron a un costado de la cama con el Huevo (así lo habían apodado en la intimidad).

—El diputado Serrador cree que, por nuestra parte, no podremos hacer casi nada sin cooperación —dijo McCaskey.

—Eso cree él —dijo Aideen amargamente.

—Tal vez le demos una sorpresa.

—Tal vez sea *necesario* darle una sorpresa —agregó Aideen.

—Es verdad —dijo McCaskey, mirando a Aideen—. ¿Tienes algo más para decirme antes de que llame al jefe?

Aideen negó con la cabeza, aunque no era del todo cierto. Era mucho lo que tenía para decir. Sus experiencias en México le habían enseñado a reconocer cuando algo no andaba bien. Y sabía que algo no andaba bien allí.

Lo que le había hecho perder los estribos en el despacho del diputado no era sólo el estrés emocional producto de la muerte de Martha. Era el rápido retiro de toda actitud de cooperación por parte de Serrador, algo que se parecía bastante a la obstaculización. Si la muerte de Martha había sido un asesinato —y Aideen estaba segura de que lo había sido—, ¿acaso el senador temía ser el próximo blanco? Si era así, ¿por qué no pedía seguridad extra? ¿Por qué los pasillos que conducían a su despacho estaban tan vacíos? ¿Y por qué suponía —como era evidente— que los asesinos se enterarían

de que había interrumpido las conversaciones con los norteamericanos? ¿Cómo podía estar tan seguro de que la información se filtraría?

McCaskey se levantó y fue a donde estaba el teléfono, fuera del radio del tono. Mientras escuchaba el silencioso zumbido del Huevo, Aideen contempló las luces de la calle a lo lejos por la ventana del duodécimo piso.

Su espíritu estaba demasiado vacío, sus emociones eran demasiado crudas como para intentar comprender lo que le estaba pasando. Pero de algo estaba segura. Aunque los líderes españoles operaran de acuerdo con esas reglas, habían traspasado tres de sus propias normas. Primero, uno no le dispara a la gente que está allí para ayudarlo. Segundo, si los disparos fueron realizados para ayudarlo a uno, entonces uno cae indefectiblemente en la regla número tres: los norteamericanos —especialmente esta norteamericana— devuelven los disparos o, dicho de otro modo, pagan con la misma moneda.

5

Martes, 20:21hs. San Sebastián, España

El casco del pequeño bote pesquero estaba recién pintado. El olor de la pintura impregnaba la estrecha cabina pobremente iluminada. En la semioscuridad se destacaba la punta del cigarrillo hecho a mano que fumaba Adolfo Alcázar, mientras la pintura fresca potenciaba el olor fuerte y distintivo a goma húmeda del traje de buceo colgado de un gancho tras la puerta cerrada. La pintura era una extravagancia que, a decir verdad, el pescador no podía afrontar… pero había sido necesaria. Podían presentarse otras misiones y él no podía darse el lujo de estar en el dique de carena reemplazando maderas podridas. Cuando Adolfo aceptó trabajar para el general, sabía que el viejo bote tendría que durarle por lo menos hasta el final de ese negocio. Y si algo andaba mal, las cosas se demorarían. No era posible minar un levantamiento y orquestar una contrarrevolución en una sola noche… o con un solo golpe. Ni siquiera con un gran golpe, como podía ser ése.

Aunque el general va, a, intentarlo, pensó Adolfo con admiración profunda y sentida. Y si había alguien capaz de hacer eso —dar un golpe en un solo día contra uno de los gobiernos más importantes del mundo—, era el general.

Se oyó un clic. El hombre bajo y musculoso clavó la vista en el vacío. Después miró el grabador, apoyado junto a él sobre la mesa de madera. Dejó el cigarrillo en un cenicero de lata oxidado y se

recostó en la silla plegadiza de madera. Tocó el *play* y se colocó los audífonos para asegurarse de que el control remoto captara los sonidos. El oficial técnico del general en Pamplona, el mismo que le había proporcionado el equipo, le había dicho que funcionaba con extrema precisión. Adecuadamente calibrado, podía grabar voces sobre el ruido del océano y el rezongo del motor del bote pesquero.

Tenía razón.

Después de casi un minuto de silencio, Adolfo Alcázar oyó una voz de sonido mecánico pero bastante clara murmurando: *Está hecho*. La voz fue seguida por algo que parecía ruido de estática.

No. Adolfo prestó atención. No era estática. Eran aplausos. Los hombres del yate estaban aplaudiendo.

Adolfo sonrió. A pesar de toda su riqueza, a pesar de todos sus planes, a pesar de toda su experiencia al frente de sus sanguinarias *familias*, esos hombres eran insospechadamente estúpidos. Al pescador le agradó comprobar que el dinero no los había hecho más inteligentes… sino más presumidos. También estaba contento porque el general había tenido razón. El general siempre tenía razón. Tuvo razón cuando intentó armar a los vascos para engrasar las ruedas de la revolución. Y tuvo razón al apartarse cuando los vascos empezaron a pelear entre ellos: separatistas contra antiseparatistas. Matándose unos a otros y distrayéndose de la verdadera revolución.

La pequeña «oreja» en forma de plato que el pescador había colocado en el techo de la cabina de su embarcación, justo detrás de las luces de navegación, había captado cada palabra de la conversación mantenida por ese altivo y arrogante Ramírez y sus igualmente altivos compadres a bordo del *Verídico*.

Adolfo detuvo la casete y la rebobinó. Su sonrisa se evaporó cuando vio la otra unidad a la derecha, en línea recta. Ese aparato era ligeramente más pequeño que el grabador. Se trataba de una caja oblonga de casi trece pulgadas de largo por cinco de ancho por cuatro de profundidad, hecha de acero de Pittsburgh. Si alguien la encontraba, quedaría en evidencia el país de origen. Ramírez, el

traidor, estaba vinculado con la CIA norteamericana. Una vez en el poder, el general siempre podría decirles que había prescindido de un colaborador cuya utilidad había caducado.

En la parte superior de la caja había una lámpara verde, y en la inferior, una lámpara roja. La verde estaba encendida. Directamente debajo de las lámparas había dos botones cuadrados de color blanco. Debajo del botón de arriba había un pedazo de cinta blanca con la palabra «arma» escrita en tinta azul. Ese botón ya había sido tocado. Pero el segundo botón aún no lo había sido. Debajo de él habían pegado un pedazo de cinta con la palabra «detonar». El experto en electrónica del general también le había entregado ese aparato, junto con varios ladrillos plásticos del ejército norteamericano y un detonador a control remoto. El pescador había colocado dos mil gramos de C-4 y un detonador bajo la línea de flotación del yate antes de que éste abandonara el puerto. Cuando se produjera la explosión, el casco se rajaría a una velocidad de veintiséis mil pies por segundo… casi cuatro veces más rápido que su equivalente en dinamita.

El joven pescador pasó una mano callosa por su cabello negro y enrulado. Después miró el reloj. Esteban Ramírez, el adinerado hijo de puta que quería poner a todos los españoles bajo el taco de hierro de sus mercenarias cohortes catalanas, había dicho que el asesino llegaría al aeropuerto dentro de una hora. Cuando Adolfo se enteró, utilizó su radio embarcación-a-costa para transmitir la información a sus compañeros apostados en el noroeste de los Pirineos: Daniela, Vicente y Alejandro. Los tres se dirigieron al aeropuerto, localizado en las afueras de Bilbao, a setenta millas al este. Hacía sólo dos minutos le habían informado que el avión acababa de aterrizar. Uno de los esbirros de Ramírez se encargaría de sacar de allí al asesino. Luego se ocuparían de los otros miembros de la *familia*. Es decir, si no entraban en pánico y se dispersaban de *motu proprio. A* diferencia de Adolfo, la mayoría de

esos miserables eran eficaces sólo cuando operaban amparados por bandas grandes y brutales.

Adolfo tomó su cigarrillo, dio una última pitada y lo aplastó contra el cenicero. Retiró la casete del grabador y la guardó en el bolsillo de su camisa, bajo su pesada tricota negra. Al hacerlo, rozó con la mano la cartuchera donde portaba una Beretta 9mm, arma utilizada por los *seáis* de la Armada norteamericana en Irak y recuperada por las fuerzas de coalición. Había llegado a las manos del general a través del tráfico sirio de armamentos. Adolfo puso una casete de música catalana para guitarra y apretó el *play*. El primer tema, para dos guitarras, se llamaba «Salou». Era un himno a la fuente magníficamente iluminada de una hermosa ciudad al sur de Barcelona. El joven escuchó un momento, tarareando. Una guitarra tocaba la melodía y la otra hacía sonidos de *pizzicato*… como gotas de agua que golpeaban la piedra de la fuente. Era una música encantadora.

Sin ganas, Adolfo apagó el grabador. Respiró hondo y tomó el detonador. Después apagó la linterna a pilas que pendía de un gancho del techo y subió a cubierta.

La luna se había ocultado tras un angosto banco de nubes. Eso era bueno. Los tripulantes del yate probablemente no prestarían atención a un bote de pesca que navegaba a más de seiscientos pies de su popa. En esas aguas, era común que los pescadores salieran de noche en busca de peces con hábitos noctámbulos. Pero si la luna se ocultaba, era improbable que los tripulantes del yate lo vieran. Adolfo observó el bote. Estaba a oscuras, excepto por las luces de navegación y el resplandor que se veía a través de la cortina cerrada del ojo de buey de la cabina.

Pocos minutos después oyó el gruñido sofocado de una embarcación pequeña. El sonido venía de atrás, en la dirección de la orilla. Adolfo giró sobre sus talones y vio que una embarcación ínfima y oscura se dirigía al yate, aproximadamente a cuarenta millas por hora. Por el golpe leve del casco sobre el agua, calculó

que se trataba de una lancha chica, para dos personas. La observó acercarse al costado más próximo del yate. Desde cubierta lanzaron una escalerilla de soga. Un hombre se levantó, titubeando, del asiento del pasajero de la lancha oscilante.

Debía ser el asesino.

El detonador resbalaba, pegajoso, en la mano sudorosa de Adolfo. Lo aferró con fuerza, rozando con el dedo el botón inferior.

El mar estaba desacostumbradamente activo. Parecía estar reflejando la época: difícil y turbio bajo la superficie. Pasaban sólo cuatro o cinco segundos desde la cresta de una ola hasta la cresta de la siguiente. Pero Adolfo seguía parado en la cubierta con la actitud segura de un pescador de toda la vida. Según el general, tenía que estar en línea recta y despejada con el explosivo plástico. Aunque podrían haberle dado un disparador más sofisticado que ese transmisor «a la vista», este último era más accesible y más difícil de rastrear.

El yate se mecía suavemente de un lado a otro bajo la mirada atenta de Adolfo. El asesino trepó la escalerilla con paso inseguro y la lancha se alejó para no ser atrapada por la estela del yate. Un hombre salió a cubierta. Era un individuo obeso con un cigarro en los labios… obviamente no formaba parte de la tripulación. Adolfo esperó. Sabía exactamente dónde había colocado los explosivos, y también sabía el momento preciso en que quedarían expuestos gracias al movimiento de la embarcación.

El yate puso proa al puerto, en dirección a él. Después dio la vuelta. Adolfo apoyó el pulgar sobre el botón inferior. Una vuelta más, se dijo. El barco se inclinó hacia estribor durante un segundo. Luego, sin perder un ápice de su suavidad y su gracia, se enderezó antes de retomar el ángulo hacia el puerto. El casco del yate se irguió, dejando al descubierto el área debajo de la línea de flotación. Estaba oscuro y Adolfo no podía verla, pero sabía que los explosivos estaban allí, donde los había dejado. Clavó el pulgar en el botón inferior. La luz verde de la caja se apagó, y se encendió la luz roja.

La proa del casco estalló, emitiendo un resplandor blanco-amarillento. El hombre de la escalerilla se evaporó mientras la explosión avanzaba casi en línea recta de la proa a la popa. Al escuchar el estallido el hombre obeso desapareció en la oscuridad, y la cubierta se partió hacia dentro mientras la totalidad de la embarcación se sacudía. Astillas de madera, fragmentos de fibra de vidrio y pedazos retorcidos del metal de la cabina se alzaron en el aire. Los despojos ardientes se arquearon, luminosos, contra el cielo, mientras los fragmentos retorcidos, despedidos en línea recta hacia el mar, caían a plomo en el agua a pocas yardas del bote pesquero de Adolfo. De la rajadura del casco salía humo en láminas espesas hasta que el yate enfiló hacia el puerto. Entonces se transformó en vapor. El yate pareció detenerse allí un instante, manteniéndose en ángulo mientras el agua ingresaba tumultuosamente a través de la inmensa brecha. Adolfo podía oír el rugido vacuo y característico del mar penetrando la nave. Después, el yate se volcó lentamente hacia un costado. Menos de un minuto después de la explosión, la estela hizo que el bote pesquero se bamboleara brutalmente de un lado a otro. Adolfo no tuvo dificultades para mantener el equilibrio. La luna reapareció de entre las nubes y su imagen brillante onduló sobre las olas con vertiginosa agitación.

Arrojando el detonador al agua, el joven pescador volvió la espalda al mar y entró a la cabina. Informó por radio a sus compañeros que el trabajo había sido realizado. Luego fue al sector de los controles, se paró frente al timón y dirigió el bote hacia el naufragio. Quería decirles a los investigadores que había corrido a la escena del hecho en busca de sobrevivientes.

Sintió el peso de la 9mm bajo la tricota. También quería asegurarse de que no quedaran sobrevivientes.

6

Lunes, 13:44hs. Washington D.C.

El director de Inteligencia Bob Herbert estaba de pésimo humor cuando llegó a la hiperiluminada oficina sin ventanas de Paul Hood, en el subsuelo del edificio. En contraste con la cálida fluorescencia de las lámparas, el ánimo sombrío de Herbert era demasiado familiar para los miembros del Op-Center. No hacía mucho habían lamentado las muertes de dos integrantes del comando Striker —Bass Moore, asesinado en Corea del Norte, y el teniente coronel Charles Squires, quien había muerto en Siberia para evitar una segunda revolución rusa—.

En cuanto a Herbert, sus recursos psicológicos para enfrentar la muerte eran sutilmente refinados. Cada vez que se enteraba del fallecimiento de algún enemigo de su país —o bien, si era necesario, como al comienzo de su carrera en Inteligencia, tomaba parte en esas muertes— no tenía problemas de conciencia. La vida y la seguridad de su país estaban por encima de cualquier otra consideración. Como había dicho más de una vez: «Los hechos son sucios, pero mi conciencia está limpia».

Pero esto era diferente.

Aunque su esposa, Yvonne, había sido asesinada hacía casi dieciséis años en el atentado terrorista contra la embajada norteamericana en Beirut, Herbert todavía lamentaba su muerte. La pérdida le seguía pareciendo reciente. *Demasiada reciente*, pensaba

casi todas las noches después del atentado. Los restaurantes, los cines y hasta el banco de la plaza que habían frecuentado juntos se transformaron en altares para él. Todas las noches, acostado en la cama, contemplaba la foto de su esposa sobre la mesa de luz. Algunas noches el brillo de la luna iluminaba la fotografía enmarcada; otras, era solamente una forma oscura. Pero luminosa u oscura, vista o recordada, para bien o para mal, Yvonne jamás había abandonado su cama. Y jamás abandonaba sus pensamientos. Hacía tiempo que Herbert se había acostumbrado a la pérdida de sus piernas en la explosión de Beirut. En realidad, estaba más que acostumbrado. La silla de ruedas y todas sus comodidades electrónicas ya eran parte integral de su cuerpo. Pero nunca se había acostumbrado a la ausencia de Yvonne.

Yvonne había sido agente de la CIA: formidable enemiga, amiga devota, la persona más inteligente que había conocido en su vida. Ella había sido su vida y su amante. Cuando estaban juntos, incluso trabajando, los límites físicos del universo parecían ínfimos. El universo era definido por sus ojos y por la curva de su cuello, por el calor de sus dedos y la gracia de sus pies. Pero aquel universo había sido rico y pleno. Tan rico que algunas mañanas, semidormido, Herbert todavía deslizaba la mano bajo la almohada de Yvonne, buscando la suya. Al no encontrarla, tomaba la mullida almohada de su esposa entre sus dedos vacíos y maldecía en silencio a los asesinos que se la habían arrebatado. A los asesinos que no habían recibido su merecido castigo. A los asesinos que aún hoy podían disfrutar de sus vidas, de sus amores.

Ahora Herbert debía llorar la pérdida de Martha Mackall. Se sentía culpable. Una parte de su ser se sentía reconfortada por no ser ya el único que tenía de qué lamentarse. El duelo por la muerte de un ser querido podía ser un lugar opresivo y solitario. Con menos culpa, Herbert no estaba dispuesto a cantar loas a los muertos sólo porque habían muerto… y sabía que tendría que soportar aluviones

de loas de ese tenor en los próximos días y semanas. Algunos elogios estarían justificados. Pero sólo algunos.

Martha había sido una de las piezas fundamentales del Op-Center desde su creación. Sin tener en cuenta sus motivaciones, Martha había dado a la organización lo mejor que tenía. Herbert iba a extrañar su inteligencia, sus percepciones y su más que justificada confianza en sí misma. En el gobierno, no siempre importaba si una persona era buena o mala. Lo que importaba era su capacidad de conducir, de fomentar pasiones. Y era innegable que Martha lo había hecho desde su primer día en el Op-Center.

Pero en los casi dos años que había frecuentado a Martha Mackall, Herbert había comprobado que podía ser abrasiva y condescendiente. Con frecuencia se llevaba el galardón del trabajo realizado por su equipo… un pecadillo bastante común en Washington y bastante excepcional en el Op-Center. Pero Martha no se había consagrado exclusivamente al Op-Center. Desde que los habían presentado en el Departamento de Estado, siempre se había dedicado al progreso de la causa más importante para ella: Martha Mackall. Durante los últimos seis o siete meses había tenido los ojos puestos en varios puestos de embajada, y nunca había ocultado que su trabajo en el Op-Center era simplemente un pasaje hacia algo mejor.

Por otra parte, pensó Herbert, *cuando el patriotismo no basta para sacar lo mejor de uno, la ambición personal es un gran sustituto*. Siempre que el trabajo se hiciera, Herbert no sería el primero en arrojar la piedra.

No obstante, el cinismo de Herbert se apagó rápidamente al cruzar el umbral de la pequeña oficina de Hood. El «Papa» Paul causaba ese efecto sobre la gente. Hood creía en la bondad del género humano y su convicción, al igual que su temperamento llano y sin dobleces, podía resultar contagiosa.

Paul Hood terminó de servirse un vaso de agua de un termo que tenía sobre el escritorio. Después se levantó y fue hacia la puerta.

Herbert era el primero en llegar y Hood lo saludó con un apretón de manos y una mueca solemne de labios apretados. A Herbert no le sorprendió ver que los ojos oscuros del director carecían de su habitual espíritu y vigor. Una cosa era recibir malas noticias respecto de un agente en misión secreta. Las novedades de esa clase eran estadísticamente inevitables y uno siempre estaba preparado para la pérdida. Cada vez que sonaban la línea telefónica privada o el fax, uno esperaba soterradamente el comunicado en código de una frase paralizante como «Las acciones bajaron un punto en el mercado» o «Perdimos una tarjeta de crédito… cancele la cuenta».

Pero enterarse de la muerte de un miembro del equipo mientras realizaba una tranquila misión diplomática en un país amigo y en época de paz… eso era otra cosa. Era muy perturbador, más allá de lo que uno pensara del muerto.

Hood se sentó en el borde de su escritorio y cruzó los brazos.

—¿Cuál es la última noticia de España?

—¿Leíste mi correo electrónico sobre la explosión en la costa de San Sebastián, en el norte?

Hood asintió.

—Eso es lo último que tengo —replicó Herbert—. La policía local todavía está recogiendo pedazos de cadáveres y fragmentos de yate en la bahía y tratando de identificar a las víctimas. Nadie se responsabilizó por el atentado. También estamos monitoreando los canales comerciales y privados en caso de que los miserables tengan algo que decir.

—Escribiste que el yate se partió en dos —dijo Hood.

—Eso dijeron dos testigos oculares que vieron el incidente desde la costa —replicó Herbert—. Todavía no se emitió un comunicado oficial.

—Y no creo que se emita —acotó Hood—. A España no le agrada compartir sus cuestiones internas. ¿Significa algo que el yate se haya partido por la mitad?

Herbert asintió.

—La explosión se produjo cerca de los motores, lo que significa que casi seguramente estamos frente a un sabotaje. El momento escogido también puede ser importante. La explosión se produjo poco después del atentado contra Martha.

—De modo que ambos hechos podrían estar relacionados —dijo Hood.

—Eso es lo que debemos averiguar —replicó Herbert.

—¿Por dónde empezamos?

Hood lo estaba presionando más de lo habitual, pero no era para asombrarse. Así se había sentido Herbert después de Beirut. Además de querer que el asesino fuera descubierto y castigado, era importante mantener la mente activa. La única opción restante era inmovilizarse, llorar y soportar el sentimiento de culpa.

—El atentado contra Martha coincide con el *modus operandi* del grupo Patria y Libertad —dijo Herbert—. En febrero de 1997 asesinaron a un juez de la Corte Suprema, el juez Emperador. Le dispararon un tiro en la cabeza frente a la puerta de su edificio.

—¿Cómo se vincula eso con lo de Martha?

—Emperador juzgaba casos laborales —informó Herbert—. No tenía nada que ver con terroristas ni activistas políticos.

—No comprendo.

Herbert cruzó las manos sobre su cintura y explicó pacientemente:

—En España, como en muchos otros países, los jueces involucrados en casos de terrorismo tienen custodia. Custodia en serio, no para impresionar. Por eso, la característica de Patria y Libertad es atacar amigos y socios de los personajes que de verdad le interesan. Han respetado ese esquema de conducta en media docena de atentados desde 1995, cuando intentaron asesinar al rey Juan Carlos, el príncipe heredero Felipe y el primer ministro Aznar. El fracaso de esa operación tuvo un efecto congelante.

—No más ataques frontales directos —intervino Hood.

—Correcto. Y no más blancos importantes. Sólo atentados contra personajes secundarios para minar la estructura.

Mientras Herbert hablaba, habían entrado dos personas.

—Seguiremos hablando enseguida —dijo Hood. Bebió un sorbo de agua y se levantó al ver entrar a la psicóloga del plantel, Liz Gordon, y la entristecida directora de prensa Ann Farris. Herbert percibió la mirada que, durante un segundo, cruzaron Hood y Ann. En los pasillos principales del Op-Center era un secreto a voces que la joven divorciada estaba más que interesada en su jefe casado. Como Hood era inescrutable —cualidad que aparentemente había desarrollado en su época de alcalde de Los Ángeles—, nadie estaba completamente seguro de lo que él sentía por Ann. No obstante, era sabido que las largas horas que pasaba en el Op-Center habían creado cierta tirantez en su relación con Sharon, su esposa. Y Ann era atractiva y atenta.

El segundo de Martha, Ron Plummer, llegó poco después con el abogado del Op-Center, Lowell Coffey II, y la subsecretaría asistente de Estado, Carol Lanning. La delgada y canosa Lanning, de sesenta y cuatro años, había sido amiga y mentara de Martha. Sin embargo, no era ésa la razón oficial por la que estaba allí. Hood le había pedido que fuera al Op-Center porque una «turista» norteamericana había sido asesinada en el extranjero. Así planteada, la cuestión pertenecía a la división del Departamento de Estado a cargo de Lanning, Asuntos de Seguridad y Asesoría… grupo heterogéneo que se ocupaba de todo, desde falsificación de pasaportes hasta norteamericanos encarcelados en el extranjero. Igual que Hood, Lanning era tranquila por naturaleza y optimista. Tal vez por eso, cuando la mujer se sentó a su lado, Herbert se sintió profundamente perturbado al ver sus ojos inyectados en sangre y su boca fina y recta fruncida en una mueca de amargura.

Mike Rodgers fue el último en llegar. Atravesó rápidamente el umbral, con la mirada alerta y el pecho ensanchado. Su uniforme

estaba impecablemente planchado, como de costumbre, y sus zapatos recién lustrados.

Que Dios bendiga al general, pensó Herbert. Exteriormente al menos, Rodgers era el único que parecía tener fuerzas para luchar. A Herbert le agradó ver que había recuperado algo de la garra que había perdido en el Líbano. El resto de los presentes tendrían que imitar su ejemplo, si querían seguir adelante y reanimar a Darrel McCaskey y Aideen Marley en España.

Hood volvió a sentarse frente a su escritorio. Los demás también lo hicieron, excepto Rodgers. El general se cruzó de brazos, irguió los hombros y se paró detrás de la silla de Carol Lanning.

—Como todos saben —comenzó Hood—, Martha Mackall fue asesinada en Madrid aproximadamente a las seis de la tarde, hora local.

Aunque Hood se dirigía a todos los presentes, tenía la vista clavada en su escritorio. Herbert comprendió. El contacto visual podría desmoronarlo. Y Hood tenía que ser fuerte.

—Los disparos se produjeron mientras Martha y Aideen Marley estaban paradas al lado de una cabina de seguridad, en la entrada del Palacio de las Cortes de Madrid —prosiguió Hood—. El tirador solitario disparó varias veces desde la calle y después huyó en un automóvil que lo estaba esperando. Martha murió en el lugar del atentado. Aideen no resultó herida. Darrell se reunió con ella en el palacio y volvieron al hotel con escolta policial.

Hood dejó de hablar y tragó con dificultad.

—La escolta policial estaba formada por operativos vinculados a Interpol, elegidos a dedo. —Herbert continuó por él—. Interpol seguirá cuidándoles las espaldas mientras estén en España. La laxitud del sistema de seguridad del palacio nos obligó a preguntarnos si por lo menos parte de los guardias no estarán involucrados en el complot… precisamente por ese motivo recurrimos a los amigos de Darrell en Interpol para cuestiones de seguridad, en vez de confiar en la policía ofrecida por el gobierno

español. Tenemos muchísima información sobre el plantel de Interpol, gracias a la temporada que la agente María Corneja pasó trabajando con Darrell aquí en Washington —agregó Herbert—. Estamos muy satisfechos con la protección que están recibiendo Darrell y Aideen por parte de Interpol.

—Gracias, Bod —dijo Hood, levantando la vista. Tenía los ojos húmedos—. El cuerpo de Martha ya va camino a la embajada. Nos será devuelto lo más pronto posible. Hasta el momento, hemos programado un servicio en la Iglesia Evangélica Baptista de Arlington, el miércoles a la diez en punto de la mañana.

Carol Lanning giró la cabeza y cerró los ojos. Herbert se miró los pulgares. Antes de asistir al seminario anual de entrenamiento sensible del Op-Center, Herbert no habría dudado en abrazar a la subsecretaría asistente de Estado para consolarla. Pero ahora, si quería reconfortarla, lo único que podía hacer era preguntarle si necesitaba algo.

Hood se adelantó.

—¿Le sirvo un vaso de agua, señorita Lanning?

La mujer abrió los ojos.

—No, gracias. Ya pasa. Quiero seguir adelante.

Había un matiz sorprendente en su voz. Herbert la miró de soslayo. Ahora tenía los labios apretados y los ojos entrecerrados. A su entender, lo que menos necesitaba era un vaso de agua. Aparentemente, lo que Carol Lanning anhelaba era sangre. Herbert sabía exactamente cómo se sentía Lanning. Después del bombardeo a la embajada en Beirut, él no habría tenido escrúpulos en volar la ciudad entera… sólo para acabar con los bastardos que habían matado a su esposa. El pesar no era una emoción piadosa.

Hood miró el reloj y se recostó en su sillón.

—Darrell llamará dentro de cinco minutos. —Miró a Plummer—. Ron, ¿qué haremos con la misión? ¿Aideen está calificada para proseguir?

Plummer se echó hacia adelante y Herbert lo observó. Era un hombre de baja estatura, fino cabello cobrizo y ojos grandes. Usaba unos lentes gruesos de marco negro montados sobre su enorme y ganchuda nariz. Llevaba puesto un traje gris oscuro que necesitaba urgente limpieza a seco y zapatos negros deformados. El elástico de las medias le caía, flojo, sobre los tobillos. Herbert no había tenido mucho trato con el ex analista de inteligencia de la CIA para Europa Occidental. Pero Plummer tenía que ser bueno. Una persona que descuidaba tanto su vestimenta sólo podía confiar en su talento. Además, le había echado un vistazo a la evaluación psíquica realizada por Liz Gordon antes de que lo contrataran. Herbert y Plummer odiaban al director de la CIA que había sido jefe de Plummer. Y eso le había bastado para obtener el apoyo incondicional de Herbert.

—No puedo responder por el estado mental de Aideen —dijo Plummer, mirando a Liz Gordon—. Pero, fuera de eso, diría que Aideen está perfectamente capacitada para continuar con la misión.

—Según su legajo —dijo Carol—, prácticamente carece de experiencia diplomática.

—Eso es muy cierto —coincidió Plummer—. Los métodos de la señorita Marley son mucho menos diplomáticos que los de Martha. ¿Pero saben una cosa? Tal vez sea eso lo que necesitamos ahora, precisamente.

—Me gusta lo que escucho —dijo Herbert. Miró a Paul—. ¿Has decidido continuar con la misión?

—No lo decidiré hasta hablar con Darrell —respondió Hood—. Pero preferiría que siguieran allá.

—¿Por qué? —preguntó Liz Gordon.

Herbert no supo si era una pregunta o un desafío. Muchas veces, Liz podía ser intimidante.

—Porque tal vez no tengamos otra opción —dijo Hood—. Si la agresión fue azarosa, y no podemos desechar esa posibilidad, dado que Aideen sigue viva y la otra víctima fue un trabajador postal,

entonces el asesinato fue trágico pero no en contra de las conversaciones. Si ése fuera el caso, no veo razón para no proseguir con el diálogo. Pero aunque el atentado haya sido dirigido contra nosotros, creo que no podemos retirarnos.

—Retirarnos no —dijo Liz—, ¿pero no sería más saludable dar un paso al costado hasta estar seguros?

—La política exterior norteamericana es decidida por la Administración, no por el caño de un revólver —intervino Lanning—. Estoy de acuerdo con el señor Hood.

—Darrell puede arreglar el tema de la seguridad con sus amigos de Interpol —dijo Hood—. Esto no volverá a suceder.

—Paul —presionó Liz—, la razón a la que aludo no tiene nada que ver con logística. Hay algo que debemos considerar antes de decidir si Aideen debe tomar parte en este proceso.

—¿Qué es? —preguntó Hood.

—En este momento ella debe estar saliendo de la primera etapa de la reacción de alarma, que es el *shock* —explicó Liz—. A esto le seguirá casi inmediatamente el contrashock, un aumento rápido de las hormonas adrenocorticales… u hormonas esteroideas. Se sentirá exultante.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Herbert.

—No, no lo es —respondió Liz—. Después del contrashock se inicia una fase de resistencia. Recuperación emocional. Aideen buscará la manera de descargar la energía liberada. Si antes no era particularmente diplomática, ahora podría transformarse en un misil desbocado. Pero eso no sería lo peor.

—¿Hay algo peor todavía? —preguntó Hood.

Liz inclinó hacia delante sus amplios hombros. Se dirigió al grupo en confianza, con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Aideen sobrevivió a un atentado en el que su compañera murió. Eso genera muchísima culpa. Culpa y responsabilidad de llevar el trabajo a buen término, sea como sea. Aideen dejará de

dormir y hasta de comer. Nadie puede mantener esos niveles de contrashock y resistencia durante mucho tiempo.

—¿Qué es «mucho tiempo»? —preguntó Herbert.

—Dos o tres días, según la persona —dijo Liz—. Después de ese lapso, el individuo entra en un estado de agotamiento clínico que provoca un colapso físico y mental. Si no recibe tratamiento para el contrashock, es probable que nuestra muchachita tenga que pasar una larguísima temporada en una casa de descanso.

—¿Hasta qué punto es probable? —preguntó Herbert.

—Diría que un sesenta contra un cuarenta por ciento de probabilidades de que eso suceda —especuló Liz.

Mientras Liz hablaba sonó el teléfono de Hood. Apenas concluyó la frase, Hood atendió el llamado. Su secretario ejecutivo, «Bugs» Benet, le informó que Darrell McCaskey estaba en línea. Hood activó el *speaker*.

Herbert se recostó en su silla de ruedas. Hasta hace poco, hubiera sido imposible recibir un llamado de esa índole por línea no-segura.

Pero Matt Stoll, director de Operaciones de Apoyo del Op-Center y genio residente de la computación, había diseñado un aparato digital que interceptaba la base de datos de los teléfonos públicos. Si alguien estaba escuchando en la línea, sólo captaría estática. Por si fuera poco, el minúsculo *speaker* incorporado al extremo de McCaskey eliminaba el ruido y le permitía escuchar claramente la conversación.

—Buenas noches, Darrell —dijo Hood con suavidad—. Te puse en *speaker*.

—¿Quiénes están allá?

Hood le informó.

—Quería decirles que… —empezó McCaskey con voz llorosa—… no pueden imaginar lo que significa tenerlos a ustedes del otro lado. Gracias.

—Estamos juntos en esto —dijo Hood apretando los labios, y Herbert vio que estaba a punto de perder el control. Pero Hood se repuso inmediatamente.

—¿Cómo están ambos? —preguntó—. ¿Necesitan algo?

La compasión era auténtica. Herbert siempre había dicho que en cuanto a sinceridad dentro del gobierno, Hood era el único campeón.

—Todavía estamos muy conmovidos —respondió McCaskey—, como seguramente lo estarán ustedes. Pero supongo que podremos superarlo. A propósito, Aideen parece estar en un momento particularmente combativo.

Liz asintió con conocimiento de causa.

—Contrashock —dijo en voz baja.

—¿Cómo es eso? —preguntó Hood.

—Bueno —dijo McCaskey—, increpó al diputado Serrador por ser tan pusilánime. Yo le puse límites, pero debo decir que me sentí muy orgulloso de ella. Serrador se lo merecía.

—Darrell —preguntó Hood—, ¿Aideen está allí?

—No, no está aquí —dijo McCaskey—. La dejé en su cuarto con el señor Gawal, un funcionario de la embajada norteamericana. Están hablando por teléfono con mi amigo Luis de la Interpol, discutiendo medidas de seguridad en caso de que ustedes decidan que nos quedemos aquí. Como dije, Aideen está muy excitada y quise darle tiempo para serenarse. Pero tampoco quiero que se sienta excluida del proceso.

—Me parece muy bien —dijo Hood—. Darrell, ¿estás seguro de estar *en condiciones de hablar*?

—Hay que hacerlo —dijo McCaskey— y prefiero que sea ahora. Estoy seguro de que me deprimiré un poco cuando pueda relajarme.

Liz levantó los pulgares.

Herbert asintió. Conocía esa sensación.

—Muy bien —dijo Hood—. Darrell, justamente estábamos discutiendo la posibilidad de que se quedaran en España. ¿Qué piensas al respecto… y qué problema hay con el diputado Serrador?

—Francamente —dijo McCaskey—, me gustaría quedarme. Pero el problema no soy yo. Aideen y yo acabamos de volver del despacho de Serrador. El diputado dejó bien en claro que no quiere seguir adelante con esto.

—¿Por qué? —preguntó Hood.

—Por cobardía —sugirió Herbert.

—No, Bob, no creo que sea por cobardía —dijo McCaskey—. Serrador nos dijo que quiere hablar con los investigadores y con sus colegas para decidir si proseguir o no con las conversaciones. Pero a mí me pareció que eso era una cortina de humo. Aideen tuvo la misma sensación. Creo que Serrador quería hacernos callar.

—Darrell, soy Ron Plummer. El diputado Serrador fue quien inició estas conversaciones exploratorias a través del embajador Neville. ¿Qué ganaría dándolas por terminadas?

—¿Dándolas por terminadas? —masculló Herbert—. ¡Si el hijo de puta ni siquiera las inició!

Con un gesto, Hood le ordenó que se callara.

—No sé qué puede ganar, Ron —replicó McCaskey—. Pero creo que lo que Bob acaba de decir… Eras tú el que farfullaba, ¿no Bob?

—¿Quién si no?

—Creo que lo que dijo Bob es significativo —prosiguió McCaskey —. Desde que Av. Lincoln puso a Serrador en contacto con Martha por primera vez, por pedido del propio Serrador, no lo olviden, el diputado insistió en que sólo quería hablar con Martha. Bien, Martha es asesinada y ahora Serrador no quiere hablar. La conclusión, por demás obvia, es que alguien con acceso a la agenda política de Serrador, y a sus actividades, la asesinó para intimidarlo.

—No sólo para intimidarlo a él —acotó Plummer—, sino para hacer callar a todos los miembros de su grupo pro nacionalista.

—Correcto —dijo McCaskey—. Además, al atentar contra Martha, enviaron un claro mensaje a nuestros diplomáticos para que se mantengan fuera del asunto. Pero sigo pensando que todo esto es lo

que se espera que pensemos. No creo que sean las verdaderas razones del asesinato.

—Señor McCaskey, soy Carol Lanning del Departamento de Estado. —Lanning apenas podía controlar la voz—. Llegué un poco tarde a todo esto. ¿Qué más está pasando allí? ¿De qué quieren apartar a nuestros diplomáticos?

—Yo responderé, Darrell —intervino Hood, mirando fijamente a Lanning—. Como usted sabe, señorita Lanning, España ha sufrido varios levantamientos graves en los últimos meses.

—He visto los informes diarios de la situación —replicó Lanning —. Pero en casi todos los casos fueron ataques de los separatistas vascos contra los antiseparatistas vascos.

—Ésas son las disputas más públicas —confirmó Hood—. Lo que tal vez usted no sepa es que algunos líderes españoles están muy preocupados por otros acontecimientos recientes que involucran agresiones violentas contra miembros de los principales grupos étnicos del país. El gobierno ha conspirado para que estos hechos no se difundan. Ann, usted debe tener información de inteligencia al respecto.

La delgada y atractiva directora de prensa asintió profesionalmente, pero sus ojos color herrumbre le sonrieron a Hood. Herbert lo notó, y no pudo evitar preguntarse si el «Papa» Paul también lo habría advertido.

—El gobierno español presionó duramente a los periodistas para que esas noticias no fueran publicadas ni transmitidas —dijo Ann Farris.

—¿En serio? —preguntó Herbert—. ¿Cómo? Esos cazadores de ambulancias son incluso peores que los de Washington.

—A decir verdad, les pagaron —dijo Ann—. Tengo información sobre tres incidentes en particular que fueron silenciados. Un editor catalán fue quemado vivo después de haber distribuido una nueva novela que ofendía gravemente a los castellanos. El cortejo de una boda andaluza fue atacado en Segovia al salir de la iglesia. Y un

antiseparatista vasco, un líder activista, fue asesinado por los separatistas vascos mientras estaba internado en el hospital.

—Parece una sucesión de fuegos fatuos —dijo Plummer.

—Lo es —coincidió Hood—. Pero si esos fuegos llegan a unirse, podrían devorar a España.

—Por eso los periodistas locales fueron sobornados para enterrar esas noticias —prosiguió Ann—, en tanto que los periodistas extranjeros fueron directamente excluidos de los escenarios de los crímenes. La UPI, la ABC, el *New York Times* y el *Washington Post* han enviado sus quejas al gobierno, sin resultado alguno. Esto viene pasando desde hace aproximadamente un mes a esta parte.

—Nuestro compromiso con España empezó hace unas tres semanas —prosiguió Hood—. El diputado Serrador mantuvo una reunión secreta en Madrid con el embajador Neville. Fue un discreto intercambio de opiniones en el edificio de la embajada norteamericana. Serrador le dijo al embajador que se había formado un comité, presidido por él mismo, para investigar la tensión creciente entre los cinco principales grupos étnicos de España. También dijo que en los cuatro meses anteriores, además de los crímenes que mencionó Ann, más de una docena de líderes étnicos habían sido asesinados o secuestrados. Serrador se ofreció a conseguir inteligencia sobre algunos de estos grupos. Neville se contactó con Av. Lincoln, quien a su vez nos transmitió el asunto, y con Martha.

Lentamente, Hood bajó los ojos.

—Y supongo que no habrás olvidado —intervino Herbert— que en cuanto el diputado Serrador le echó un vistazo a nuestro plantel diplomático pidió exclusivamente a Martha. Y ella apenas pudo esperar para abalanzarse sobre la situación y echar la zarpa. De modo que es inútil que pienses lo que estás pensando.

—Claro, claro… —dijo Ann Farris en voz muy baja.

Hood levantó la vista. Les agradeció a ambos con la mirada y luego se dirigió a Carol Lanning.

—En cualquier caso —dijo—, ése fue el comienzo de nuestra participación.

—¿Qué quieren esos grupos? —preguntó Lanning—. ¿Independencia?

—Algunos sí —dijo Hood. Miró la pantalla de su computadora y abrió el archivo sobre España—. Según el diputado Serrador hay dos problemas mayores. El primero es entre las dos facciones vascas. Los vascos comprenden sólo el dos por ciento de la población y ya están peleando entre sí. La mayoría de ellos son antiseparatistas acérrimos que quieren seguir siendo parte de España. Menos del diez por ciento de los vascos son separatistas.

—Eso equivale al 0,02 por ciento de la población total de España —dijo Lanning—. No es una cantidad a tener en cuenta.

—Exacto —dijo Hood—. Por otra parte, también hay un problema de larga data con los castellanos del centro y el norte de España. Los castellanos comprenden el sesenta y dos por ciento de la población. Siempre han creído que ellos *son España* y que el resto del país no lo es.

—Ven a los otros grupos como *squatters* —dijo Herbert.

—Exactamente. Serrador dice que los castellanos han armado a las facciones separatistas de los vascos para iniciar el proceso de erradicación de las minorías españolas. Primero los vascos, después los gallegos, los catalanes y los andaluces. Serrador sabía, por información de inteligencia, que algunos de los otros grupos estaban evaluando la posibilidad de unirse para un levantamiento político o militar contra los castellanos. Un golpe de antemano.

—Y ésta no es meramente una cuestión nacional —dijo McCaskey —. Mis fuentes de Interpol dicen que los franceses respaldan a los antiseparatistas vascos. Temen que si los separatistas vascos obtienen mucho poder, los vascos franceses también intenten formar su propio país.

—¿Existe el peligro real de que eso suceda? —preguntó Herbert.

—Existe —dijo McCaskey—. Desde fines de la década de 1960 hasta mediados de los ’70, los 250 000 vascos franceses ayudaron a los vascos españoles en su lucha contra la represión del régimen franquista. La camaradería entre vascos franceses y vascos separatistas españoles es tan fuerte que los vascos —tanto los españoles como los franceses— se refieren a la región como País Vasco del Norte y del Sur, respectivamente.

—Los vascos y los castellanos son los dos grupos que Serrador quería que investigáramos inmediatamente —dijo Hood—. Pero además están los catalanes, también en el norte y centro de España, que comprenden el dieciséis por ciento de la población. Son extremadamente ricos e influyentes. Gran parte de los impuestos catalanes se usa para mantener a las otras minorías, especialmente a los andaluces del sur. Los catalanes también se alegrarían si los otros grupos desaparecieran del mapa español.

—¿Hasta qué punto se alegrarían? —preguntó Lanning—. ¿Lo suficiente para hacer que eso ocurriera?

—¿Está hablando de genocidio? —preguntó Hood.

Lanning se encogió de hombros.

—Sólo se necesitan unos cuantos hombres ruidosos para estimular las sospechas y el odio hasta esos niveles —suspiró.

—Los hombres del yate eran catalanes —acotó McCaskey.

—Y los catalanes siempre han sido separatistas —dijo Lanning—. Hace cuarenta años fueron una fuerza de estímulo clave en la guerra civil española.

—Es cierto —dijo Plummer—. Pero los catalanes también tienen mentalidad de bunker con respecto a otras razas. El genocidio suele ser el resultado de una fuerza predominante que busca dirigir un odio preexistente y generalizado contra un blanco específico. Pero éste no es el caso.

—Tiendo a coincidir con Ron —dijo Hood—. Probablemente, a los catalanes les hubiera resultado más fácil ejercer presión económica sobre la nación que recurrir al genocidio.

—Podremos analizar el tema con mayor profundidad cuando sepamos quiénes más estaban en ese yate —dijo Herbert resueltamente.

Hood asintió y volvió a la pantalla de su computadora.

—Además de los vascos, catalanes y castellanos tenemos a los andaluces. Éstos apenas comprenden un doce por ciento de la población y siempre apoyarán al grupo con más poder debido a su dependencia económica. Los gallegos representan tan sólo el ocho por ciento de la población. Son un pueblo de agricultores… muy españoles, tradicionalmente independientes y propensos a mantenerse apartados de cualquier disputa que pueda surgir.

—Entonces —dijo Lanning—, los españoles enfrentan una situación compleja. Y, dada la volátil historia de las interrelaciones, entiendo que no quieran difundir los problemas. Lo que no comprendo es algo que mencionó el señor Herbert… ¿por qué el diputado Serrador quería ver a Martha específicamente?

—Aparentemente se sentía cómodo con ella, debido a la familiaridad de Martha con el país y el idioma —dijo Hood—. También le agradó que fuera mujer y que perteneciera a una minoría racial. Pensaba que podría contar con su discreción y su comprensión.

—Seguro —interrumpió Herbert—. Pero estuve pensando que, casualmente, también era la víctima perfecta para uno de esos grupos étnicos.

Todos lo miraron.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Hood.

—Para decirlo crudamente —dijo Herbert—, los catalanes son supremacistas varones que odian a los africanos negros. Esta animosidad data de hace aproximadamente novecientos años, de las guerras contra los moros africanos. Si alguien quisiera meterse a los catalanes en el bolsillo (¿y quién no querría tener de su lado a los dueños del dinero?), elegiría como víctima propiciatoria a una mujer negra.

Se hizo un profundo silencio.

—Está exagerando un poco, ¿no le parece? —dijo Lanning.

—No creo —respondió el director de Inteligencia—. He visto cosas peores. La triste verdad es que cada vez que busco huellas embarradas en las entrañas de la naturaleza humana, rara vez salgo con las manos vacías.

—¿A qué grupo étnico pertenece Serrador? —preguntó Mike Rodgers.

—Es vasco, general —replicó McCaskey desde el *speaker*—, y no tiene absolutamente ningún antecedente de actividad nacionalista. Lo hemos investigado. Al contrario, ha votado contra todo tipo de legislación separatista.

—Podría ser un infiltrado —dijo Lanning—. El espía soviético más peligroso que tuvimos en el Estado se había criado en la conservadora Darien, Connecticut, y votaba a Barry Goldwater.

—Tiene toda la razón —dijo Herbert, sonriendo. Sabía lo que vendría después: no había nadie más apasionado que un converso.

Lanning miró a Hood.

—Cuanto más pienso en lo que el señor Herbert acaba de decir, más me preocupa todo esto. Ya hemos tenido situaciones donde fuimos víctimas de intereses extranjeros. Supongamos por un instante que eso fue lo que ocurrió. Que Martha fue invitada a España para ser asesinada, por la razón que sea. La única manera de comprobarlo es tener acceso a todos los niveles de la investigación. ¿Tenemos ese acceso, señor McCaskey?

—Yo no contaría con eso —replicó McCaskey—. Serrador dijo que lo intentaría, pero Aideen y yo fuimos enviados de regreso a nuestro hotel y desde entonces no hemos sabido nada más.

—Sí, el gobierno español no suele ser muy explícito en cuanto a sus actividades privadas —intervino Herbert—. Durante la Segunda Guerra Mundial, esta nación supuestamente neutral trasladó escopetas y tesoros nazis, por tren y por camión, desde Suiza a

Portugal. Lo hicieron a cambio de favores futuros que afortunadamente jamás pudieron reclamar.

—Ése fue Francisco Franco —dijo Ron Plummer—. Cortesía profesional… de dictador a dictador. Pero eso no significa que todos los españoles sean así.

—Es verdad —dijo Herbert—, pero los líderes españoles siguen siendo así. En la década del ’80, el ministro de Defensa contrató traficantes de drogas como mercenarios para asesinar separatistas vascos. El gobierno les compró las armas en Sudáfrica. También les permitió conservarlas. No —prosiguió—, yo no confiaría en que ningún gobierno español ayudara a los Estados Unidos a hacer nada.

Hood levantó las dos manos.

—Nos estamos yendo del tema —dijo—. Darrell, por el momento no me preocupan Serrador ni sus motivos ni sus necesidades de inteligencia. Quiero saber quién asesinó a Martha y por qué. Mike —Hood miró a Rodgers—, tú reclutaste a Aideen. ¿De qué madera está hecha?

Rodgers, todavía de pie detrás de Carol Lanning, descruzó los brazos y cambió de pierna el peso de su cuerpo para estar cómodo.

—Cazó a varios traficantes pesados en ciudad de México —replicó —. Tiene el espinazo de hierro.

—Ya veo adonde vas, Paul —dijo Liz—, y quiero precaverte. Aideen está bajo un fuerte estrés emocional. Si la metes en una acción policial secreta justo ahora, la presión podría quebrarla.

—También podría ser exactamente lo que necesita —acotó Herbert.

—Tienes toda la razón —replicó Liz—. Cada uno es como es. Sólo que lo importante aquí no es lo que Aideen necesita o deja de necesitar. Si funciona como agente secreto y se desmorona, podría ser el clavo que nos cueste el caballo que nos cueste el reino.

—Además —le dijo Herbert a Hood—, si enviamos a otro para que siga las huellas embarradas perderemos tiempo.

—Darrell —preguntó Hood—, ¿escuchaste eso?

—Escuché.

—¿Y qué piensas al respecto?

—Un par de cosas —dijo McCaskey—. Mike tiene razón. La chica tiene fuerza para regalar. No tuvo miedo de enfrentar a Serrador. Y mi olfato dice lo mismo que el de Bob: preferiría dejarla suelta con los españoles. Pero Liz también ha planteado una objeción sólida. Así que, si te parece bien, primero querría hablar con Aideen. Sabré enseguida si está en condiciones de hacerlo.

Hood miró a la psicóloga del plantel.

—Liz —preguntó—, si decidimos seguir adelante con algo que involucre a Aideen, ¿qué debe detectar Darrell? ¿Alguna señal física?

—Inquietud extrema —replicó Liz—. Discurso veloz, golpecitos rítmicos con los pies, crujir de nudillos, suspiros profundos, esa clase de cosas. Tiene que poder concentrarse. Si su mente oscila entre la culpa y la pérdida, caerá en un agujero y no volverá a salir… jamás.

—¿Alguna pregunta, Darrell? —preguntó Hood.

—Ninguna —dijo McCaskey.

—Muy bien —dijo Hood—. Darrell, ordenaré que Bob y su equipo analicen toda la inteligencia que vaya llegando. Si encuentran algo útil te lo harán llegar.

—Yo también quiero hacer algunos llamados —dijo McCaskey—. Hay algunas personas en Interpol que podrían ayudarnos.

—Excelente —dijo Hood—. ¿Alguna pregunta?

—Señor Hood —dijo Carol Lanning—, no soy experta en esta área pero tengo una pregunta.

—Adelante —dijo Hood—. Y, por favor, llámeme Paul.

Lanning asintió y se aclaró la garganta.

—¿Podría preguntarle si está buscando inteligencia para colaborar con las autoridades españolas o… —titubeó.

—¿O qué?

—¿O está buscando venganza?

Hood lo pensó un momento.

—Francamente, señorita Lanning, por ambas razones.

—Bien —dijo ella. Al levantarse, se alisó la falda y enderezó los hombros—. Esperaba no ser la única.

7

Lunes, 22:56hs. San Sebastián, España

Nadie había sobrevivido a la explosión del yate de Ramírez.

Adolfo no esperaba que quedara nadie vivo. La explosión había hecho que el barco se volteara impidiendo la salida de cualquier sobreviviente. Los hombres que no habían muerto por la explosión, habían fallecido ahogados cuando el barco se hundió. Sólo el piloto de la lancha había logrado escapar. Adolfo lo conocía. Era Juan Martínez, un líder de la *familia* Ramírez. Tenía fama de ingenioso y leal a su jefe. Pero a Adolfo no lo preocupaba Martínez… ni ningún otro esbirro de Ramírez. Muy pronto la *familia* dejaría de existir como fuerza adversaria. Y gracias a su desaparición las otras *familias* le dejarían el camino libre al general. Era divertido comprobar lo poco que importaba el poder cuando la propia supervivencia estaba amenazada.

El pescador y otros dos rastreadores nocturnos se habían quedado en el lugar para informar a la policía como testigos oculares de la explosión. Cuando los dos jóvenes oficiales de la patrulla portuaria subieron al bote, Adolfo actuó como si estuviera muy trastornado por lo que acababa de presenciar. Los oficiales le solicitaron que se tranquilizara, cosa que hizo… pero sólo un poco. Les dijo que estaba mirando en dirección al puerto cuando el yate explotó. Aseguró que lo único que había visto era el hongo de fuego que se extinguía y después los restos de la embarcación,

zigzagueando y echando vapor al caer al agua. También les manifestó que había ido directamente para ofrecer su ayuda. Uno de los investigadores tomaba nota rápidamente y el otro hacía las preguntas. Ambos parecían excitados por tener un acontecimiento tan dramático en el puerto.

Los oficiales anotaron el nombre, la dirección y el teléfono de Adolfo y le dieron permiso para marcharse. Para ese entonces, Adolfo había fingido la tranquilidad suficiente como para poder desearles éxito en la investigación. Después fue a la cabina del timón de su bote pesquero y lo puso en marcha. El motor chirrió profundamente cuando Adolfo hizo girar la vieja embarcación en dirección al puerto.

Mientras atravesaba las aguas tumultuosas, Adolfo sacó un cigarrillo hecho a mano del bolsillo de su pantalón. Lo encendió y aspiró hondo, sintiendo una intensa sensación de satisfacción que jamás había experimentado. Ésa no era su primera misión para la causa. El año pasado había preparado una carta-bomba para un diario y había hecho que el auto de un periodista televisivo explotara cuando abrió el tanque de combustible. Ambos atentados habían sido exitosos. Pero ése era su trabajo más importante… y había sido perfecto. Lo mejor de todo era que lo había hecho solo. El general le había pedido que lo hiciera solo por dos razones. Primero, si atrapaban a Adolfo la causa sólo perdería un soldado en la región. Segundo, si Adolfo fracasaba el general sabría a quién echarle la culpa. Eso era importante. Con tantas tareas decisivas en vista, no había lugar para la incompetencia.

A toda velocidad, Adolfo condujo el bote hasta la orilla. Con la mano derecha guiaba el timón, y con la izquierda sostenía la gastada soga de la vieja campana que pendía fuera de la cabina. Había pescado en esas aguas desde niño, cuando trabajaba en el barco de su padre. El sonido lento y neblinoso de esa campana era una de las dos cosas que le traían el recuerdo vívido de aquellos días. La otra era el olor del puerto cada vez que se acercaba. El olor del océano

se intensificaba cuanto más se aproximaba Adolfo a la orilla. Eso siempre le había parecido extraño, hasta que se lo contó a su hermano. Norberto le explicó que las cosas que producían los olores —la sal, los peces muertos, las algas podridas— avanzaban siempre en dirección a la orilla. Por eso las playas olían más a mar que el mar mismo.

—Padre Norberto —suspiró Adolfo—. Tan erudito y no obstante tan confundido. Su hermano mayor era un sacerdote jesuita que jamás había querido ser otra cosa. Cuando se había ordenado —hacía siete años— le habían dado la parroquia local, San Ignacio. Norberto sabía mucho de muchas cosas. Los fieles de su parroquia lo llamaban cariñosamente «el sabio». Podía decirles a qué se debía el olor del océano, o por qué el sol se tornaba anaranjado al ponerse, o por qué se podían ver las nubes aunque estaban hechas de gotas de agua. De lo que Norberto no sabía nada era de política. En una oportunidad se había unido a una marcha de protesta contra el gobierno español, acusado de financiar los escuadrones de la muerte que asesinaron cientos de personas a mediados de los ochenta. Pero la suya no había sido una cruzada política, sino más bien humanista. Tampoco sabía mucho acerca de la política de la Iglesia. Norberto odiaba alejarse de su parroquia. Dos o tres veces por año, el padre general González —el prelado jesuita más poderoso de España— concedía audiencias o invitaba a cenar a los dignatarios eclesiásticos en Madrid. Norberto no asistía a menos que se lo ordenaran, cosa que rara vez sucedía. El desinterés manifiesto de su hermano por su propio progreso hacía que los fondos y el poder de la provincia fueran a las manos del padre Iglesias, en la vecina Bilbao.

De los dos, Adolfo era el experto en política… lo cual Norberto se resistía a admitir. Casi nunca discutían por nada: se habían respetado y cuidado desde que eran niños. Pero la política era el único campo donde estaban en profundo y apasionado desacuerdo. Norberto creía en un país unificado. Cierta vez había dicho con

amargura: «Ya es bastante malo que la Cristiandad esté dividida». Deseaba que lo que él denominaba «los españoles de Dios» vivieran en armonía.

A diferencia de Norberto, Adolfo no creía en Dios ni en los españoles. Si Dios existiera, razonaba, el mundo andaría mejor. No habría conflictos ni necesidades. En cuanto a esa criatura llamada «español», España siempre había sido un frágil tapiz de culturas diferentes. Así había sido desde antes del nacimiento de Cristo, cuando los vascos, íberos, celtas, cartagineses y otros pueblos se unieron por primera vez bajo la égida de Roma. Así había sido en 1469, cuando Aragón y Castilla se unieron en difícil alianza por el casamiento de Fernando II con Isabel I. Así había sido en 1939, cuando Francisco Franco se convirtió en El Caudillo, líder de la nación, después de la devastadora guerra civil. Y así seguía siendo.

También era cierto que, dentro de esa bizarra confederación, los castellanos siempre habían sido victimizados. Constituían el grupo más numeroso y por eso eran temidos. Siempre eran los primeros en ir al combate o en ser explotados por los ricos. La ironía era que si había un verdadero «español», ése era el castellano, laborioso por naturaleza y amante de las diversiones. Su vida estaba imbuida del honrado sudor del trabajo arduo y la pasión. Su corazón, colmado de música, amor y risas. Y su hogar, la tierra del Cid, una vasta planicie llena de molinos de viento y castillos bajo un cielo azul infinito.

Adolfo saboreó el orgullo de su herencia y el golpe que esa noche había dado en nombre de ambos. Pero al entrar al puerto, dirigió su atención a los botes allí amarrados. El puerto estaba detrás del enorme edificio del Ayuntamiento, construido en el siglo XIX. Adolfo se alegró porque era de noche. Odiaba volver cuando todavía había luz y se veían todas las tiendas de regalos y los restaurantes. El dinero catalán era responsable de que la aldea de pescadores de San Sebastián se hubiera transformado en un centro turístico.

Adolfo maniobró cuidadosa y hábilmente entre las numerosas embarcaciones de placer amarradas en el puerto. Los pescadores

solían dejar sus botes donde no estorbaran el paso, cerca del muelle. Eso facilitaba la descarga del pescado. Pero los barcos de fin de semana echaban el ancla donde se les antojaba a sus dueños y luego los tripulantes debían llevarlos a remo hasta la orilla. Para Adolfo, esas embarcaciones ociosas eran el diario recordatorio de que las necesidades de los trabajadores interesaban un bledo a los ricos. Las necesidades de los pescadores no les importaban a los poderosos y ricos catalanes, ni al turismo que propiciaban para beneficio de sus hoteles, restaurantes y aerolíneas.

Al llegar al muelle, Adolfo amarró su bote en el lugar de siempre. Después, echándose la mochila de tela al hombro, se abrió paso entre los grupos de turistas y locales que se habían amontonado allí al escuchar la explosión. Los pocos que estaban cerca del muelle lo habían visto llegar desde la bahía y se acercaron a preguntarle qué había pasado. Él se limitó a encogerse de hombros y sacudir la cabeza de un lado a otro mientras atravesaba el sendero de grava entre una hilera de tiendas de regalos y el nuevo acuario. No era aconsejable pararse a hablar con la gente después de terminar un trabajo. Dar lecciones o jactarse era humano… y podía ser mortífero. Las lenguas sueltas no sólo hunden barcos: también pueden desquiciar a aquellos que los hunden.

Adolfo siguió avanzando por el sendero hasta que éste se transformó en Monte Urgull, el parque local. Cerrado al tránsito de automóviles, cobijaba antiguos bastiones y cañones abandonados. También albergaba un cementerio británico que databa de la campaña del duque de Wellington contra los franceses, en 1812. Cuando era niño, Adolfo solía jugar allí… antes que las ruinas fueran ascendidas de la categoría de escombros cubiertos de maleza a la de reliquias históricas protegidas. Le gustaba imaginar que era un soldado de caballería. Sólo que no combatía contra los imperialistas franceses sino contra «los bastardos de Madrid», como solía decirles. Los exportadores que habían arrojado a su padre a una tumba temprana. Los hombres que compraban el pescado por tonelada

para venderlo por todo el mundo, e incitaban a los pescadores inexpertos a alejarse peligrosamente de las aguas de San Sebastián. Los exportadores no querían contratar un grupo de proveedores regulares. Tampoco les importaba destruir el equilibrio ecológico de la región. Sobornaban a los funcionarios para asegurarse de que al gobierno tampoco le importara. Lo único que querían era abastecer la demanda de pescado, nueva y sin precedentes, ya que el pescado había reemplazado a la carne vacuna en todas las mesas de Europa y América del Norte. Cinco años atrás, en 1975, los exportadores comenzaron a comprar pescado de Japón y los oportunistas desaparecieron. Las aguas costeras volvieron al poder de los pescadores nativos. Pero era demasiado tarde para su padre. El viejo Alcázar murió un año antes, después de haber peleado largo y tendido para sobrevivir. Su madre murió unos meses después. Desde entonces, Norberto era el único familiar que le quedaba a Adolfo.

Excepto el general, por supuesto.

Adolfo salió del parque por el Museo de San Telmo, un antiguo monasterio dominicano. Después caminó velozmente por la oscura y silenciosa calle Okendo. Sólo se oían las olas distantes y las voces ahogadas que provenían de los televisores apostados junto a las ventanas abiertas.

El pequeño departamento de Adolfo se hallaba en el segundo piso de un edificio emplazado sobre una callecita lateral, dos cuadras al sudeste. Lo sorprendió encontrar la puerta sin llave. Entró con cautela al monoambiente. ¿El general habría mandado a alguien… o habría sido la policía?

Ninguno de los dos. Adolfo se relajó al ver a su hermano tendido en la cama.

Norberto cerró el libro que estaba leyendo: *Discursos morales de Epicteto*.

—Buenas noches, Dolfo —dijo Norberto con alegría. Los viejos resortes del colchón gimieron cuando se incorporó en la cama. El sacerdote era un poco más alto y más pesado que su hermano.

Tenía cabello castaño claro y ojos pardos de mirada afable tras las gafas con marco de alambre. Como Norberto no estaba constantemente expuesto al sol como su hermano, su piel era más pálida y sin pecas.

—Buenas noches, Norberto —dijo Adolfo—. Qué grata sorpresa. —Arrojó la mochila sobre la diminuta mesa de la cocina y se quitó el suéter. El aire fresco que entraba por la ventana abierta le hizo bien.

—Bueno, ya sabes —dijo Norberto—, hacía tiempo que no te veía… así que decidí venir a verte. —Miró el reloj cucú sobre la mesada de la cocina—. Once y media. ¿No es un poco tarde para ti?

Adolfo asintió. Metió la mano en la mochila y empezó a sacar ropa sucia.

—Hubo un accidente en la bahía —dijo—. Una explosión en un yate. Me quedé ayudando a la policía.

—Ah —dijo Norberto, poniéndose de pie—. Oí la explosión y me pregunté qué habría sido. ¿Hubo heridos?

—Lamentablemente sí —dijo Adolfo—. Murieron varios hombres.

No dijo nada más. Norberto estaba enterado del activismo político de su hermano, pero no sabía nada de su vínculo con el general y su grupo. Y Adolfo quería que las cosas siguieran tal como estaban.

—¿Era gente de San Sebastián? —preguntó Norberto.

—No sé —respondió Adolfo—. Me fui cuando llegó la policía. No podía hacer nada. —Mientras hablaba, empezó a tender las ropas húmedas en la soga que colgaba de la ventana abierta. Siempre llevaba ropa de repuesto en el barco para poder cambiarse si era necesario. En ningún momento miró a su hermano.

Norberto caminó lentamente hacia la vieja cocina de hierro. Había una olla con puchero sobre la hornalla.

—Cociné un poco de cocido en la rectoría y te lo traje —dijo—. Sé cuánto te gusta.

—Me estaba preguntando qué era lo que olía tan bien. Seguro que no era mi ropa —bromeó Adolfo—. Gracias, Berto.

—Lo calentaré un poco antes de irme.

—No te preocupes —dijo Adolfo—. Yo puedo hacerlo. ¿Por qué no vuelves a tu casa? Estoy seguro de que has tenido un largo día.

—Igual que tú —dijo Norberto—. Un largo día y una larga noche.

Adolfo se quedó callado. ¿Acaso Norberto sospechaba algo?

—Recién estaba leyendo que así como Dios es benéfico, ser bueno es benéfico —dijo Norberto con una sonrisa—. Así que permíteme ser bueno. Déjame hacer esto por ti. —Se acercó a la cocina y encendió la hornalla con un fósforo de madera. Apagó el fósforo y retiro la tapa de la cacerola.

Adolfo sonrió cautelosamente.

—Está bien, hermano mío —dijo—. Sé bueno. Aunque si le preguntas a cualquiera en el pueblo, te dirá que eres tan bueno que tu bondad vale para nosotros dos. Velas a los enfermos, les lees a los ciegos, cuidas a los niños en la iglesia cuando ambos padres se ausentan…

—Es mi trabajo —interrumpió Norberto.

Adolfo negó con la cabeza.

—Eres demasiado modesto —dijo—. Lo harías aunque no tuvieras vocación de sacerdote.

El aroma del cordero llenó el ambiente y el cocido empezó a hervir. El hondo golpeteo de las burbujas resultaba particularmente acogedor. Le traía recuerdos de cuando Norberto y él eran niños y comían lo que su madre les había dejado sobre la hornalla. Cuando estaban juntos como ahora, el tiempo no parecía haber transcurrido. Sin embargo, habían pasado tantas cosas en España… y a ellos.

Adolfo se movía con tranquilidad, sin premura. Aunque no tenía tiempo para esas cosas, no quería darle a Norberto un motivo de preocupación.

El joven pescador observó a su hermano, quien revolvía afanosamente el puchero. El sacerdote se veía pálido y cansado a la luz amarillenta de la bombilla desnuda que pendía del techo. Con cada año que pasaba, los hombros se le encorvaban más y más.

Adolfo había decidido hacía tiempo que hacer el bien era una experiencia desgastante. Hacerse cargo de los pesares y el dolor de otros sin poder expresar los propios… excepto ante Dios. Eso requería una clase de constitución que Adolfo no tenía. También exigía una clase de fe de la que Adolfo carecía. Si uno sufría en la tierra, actuaba en la tierra. No le pedía a Dios fuerzas para soportar el sufrimiento. Le pedía a Dios fuerzas para modificar las cosas.

—Dime, Adolfo —preguntó Norberto sin darse vuelta—. Lo que dijiste hace un instante, ¿era verdad?

—¿Cómo dices? —preguntó Adolfo—. ¿Qué era verdad?

—¿Tengo necesidad de ser bueno por los dos, por ti y por mí?

Adolfo se encogió de hombros.

—No —musitó—. Al menos en lo que a mí concierne.

—¿Y en lo que concierne a Dios? —preguntó Norberto—. ¿Dios diría que eres bueno?

Adolfo tendió las medias mojadas en la soga.

—No sabría decirte —^respondió—. Tendrás que preguntarle a Él.

—Lamentablemente, Él no siempre me responde, Dolfo. —Norberto se dio vuelta—. Por eso te lo pregunto a ti.

Adolfo se secó las manos en los pantalones.

—No tengo nada sobre la conciencia, si te refieres a eso.

—¿Nada?

—No. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Tendría que estar preocupado por algo?

Norberto sacó un tazón del estante y sirvió un poco de cocido. Luego, dejó el tazón sobre la mesa y señaló:

—Anda, come —dijo.

Adolfo se acercó, levantó el tazón y bebió un poco de caldo.

—Está caliente —aprobó—. Y muy rico. —Mientras seguía bebiendo, observó a su hermano. Norberto estaba actuando extrañamente.

—¿Pescaste algo esta noche? —preguntó Norberto.

—Bastante —replicó Adolfo.

—No hueles a pescado —dijo Norberto.

Adolfo masticó un grueso pedazo de cordero y señaló la soga de la ropa.

—Me cambié —murmuró.

—Tu ropa tampoco huele a pescado —dijo Norberto, bajando la vista.

Repentinamente, Adolfo comprendió qué era lo que estaba mal. Él era el pescador, pero Norberto era el que pescaba.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntó.

—La policía llamó hace un rato.

—¿Y?

—Y me hablaron de esa terrible explosión en el yate —dijo Norberto—. Pensaron que podrían necesitarme para dar la extremaunción. Por eso vine aquí, para estar cerca del muelle.

—Pero no te convocaron —dijo Adolfo categóricamente—. Nadie podría haber sobrevivido a semejante explosión.

Norberto lo miró.

—¿Estás tan seguro de eso porque *viste* la explosión? ¿O existe otra razón?

Adolfo le sostuvo la mirada. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Dejó el tazón sobre la mesa y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Tengo que irme —murmuró.

—¿Adónde?

—A reunirme con unos amigos.

Norberto se acercó a su hermano. Puso las manos sobre los hombros de Adolfo y lo miró a los ojos. Adolfo tuvo conciencia de que su rostro era indescifrable para su hermano. Una máscara vacía.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Norberto.

—¿Sobre qué?

—Sobre… cualquier cosa —replicó Norberto con dificultad.

—¿Sobre cualquier cosa? Claro. Te quiero, Berto.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé —dijo Adolfo—. Y te conozco, Norberto. ¿Qué es lo que te anda preocupando? ¿Puedo ayudarte? ¿Quieres saber qué hice esta noche? ¿Es eso?

—Ya dijiste que estuviste pescando —dijo Norberto—. ¿Por qué no habría de creerte?

—Porque sabías exactamente dónde fue la explosión y fingiste no saberlo —dijo Adolfo—. No viniste aquí para estar más cerca del mar, Berto. Viniste porque querías saber si yo estaba en casa. Bueno. No estaba. También sabes que no estuve pescando.

Norberto no dijo nada. Retiró las manos de los hombros de Adolfo. Sus brazos cayeron pesadamente a los costados de su cuerpo.

—Siempre has podido ver dentro de mí —dijo Adolfo—. Sabes lo que estoy pensando, lo que siento. Cuando era adolescente y volvía de una noche de putas o de riñas de gallos, te mentía. Te decía que había ido a jugar al fútbol o al cine. Pero tú siempre me mirabas a los ojos y veías la verdad, aunque no lo dijeras.

—Entonces eras un niño, Dolfo. Tus actividades eran parte del crecimiento. Ahora eres un hombre…

—Es verdad, Norberto —interrumpió Adolfo—. Soy un hombre. Un hombre que apenas tiene tiempo para riñas de gallos, por no hablar de burdeles y putas. Así que ya ves, hermano, no hay nada de qué preocuparse.

Norberto se acercó un poco más.

—Te estoy mirando a los ojos, otra vez —musitó—. Y creo que *sí* hay algo de qué preocuparse.

—Eso es cosa mía, no tuya.

—No es verdad —dijo Norberto—. Somos hermanos. Compartimos el dolor, compartimos los secretos, compartimos el amor. Siempre los hemos compartido. Quiero que te sinceres conmigo, Dolfo. Por favor.

—¿Acerca de qué? ¿De mis actividades? ¿De mis creencias? ¿De mis sueños?

—Acerca de todo. Siéntate. Cuéntamelo todo.

—No tengo tiempo —dijo Adolfo.

—Debes hacerte tiempo para tu alma.

Adolfo miró a su hermano.

—Ya veo —dijo—. ¿Y si me hiciera tiempo, me escucharías como hermano o como sacerdote?

—Como Norberto —replicó dulcemente el sacerdote—. No puedo separar quien soy de lo que soy.

—Lo cual significa que serías mi conciencia viva —dijo Adolfo.

—Temo que esa posibilidad está abierta —dijo Norberto.

Adolfo lo miró fijamente unos segundos más. Después, desvió la mirada.

—¿Realmente quieres saber qué estuve haciendo esta noche?

—Sí. Quiero.

—Entonces te lo diré —dijo Adolfo—. Te lo diré porque, si llega a pasarme algo, quiero que sepas por qué hice lo que hice. —Se dio vuelta y habló en voz baja, para que los vecinos no pudieran escucharlo a través de las delgadas paredes—. Los catalanes del yate que se hundió, Ramírez y todos los demás, planearon y llevaron a cabo la ejecución de una diplomática norteamericana en Madrid. Grabé toda la conversación sobre ese asesinato, y la tengo en el bolsillo. —La casete hizo ruido cuando Adolfo palmeó el bolsillo de su camisa—. Esta casete es una confesión de hecho, Norberto. Mi comandante, el general, tenía razón respecto de esos hombres. Eran los líderes de un grupo que intenta desfalcar a la nación para apoderarse de ella. Asesinaron a la diplomática para asegurarse de que los Estados Unidos no se interponga en su conquista de España.

—La política no me interesa —dijo Norberto serenamente—, ya lo sabes.

—Tal vez debiera interesarte —replicó Adolfo—. La única ayuda que reciben los pobres de esta parroquia viene de Dios, y Dios no

pone comida sobre sus mesas. Eso no es justo.

—No, no lo es —aceptó el joven sacerdote—. Pero «Bienaventurados sean los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos».

—Eso es verdad en tu profesión, no en la mía —dijo Adolfo con furia.

Iba a marcharse, pero Norberto lo tomó del brazo.

—Quiero que me contestes, Adolfo —dijo, aferrándolo con fuerza —. ¿Qué participación tuviste en el asesinato?

—¿Qué participación tuve? —lo desafió Adolfo sin perder la calma —. Yo lo hice —escupió—. Yo fui el que voló el yate.

Norberto retrocedió como si lo hubieran golpeado.

—Si esos monstruos seguían vivos, millones de los nuestros hubieran sufrido horrores —se defendió Adolfo.

Norberto se hizo la señal de la cruz sobre la frente.

—Pero eran hombres, Adolfo. No monstruos.

—Eran *cosas* sin piedad, sin sentimientos —le espetó Adolfo. No esperaba que su hermano comprendiera lo que había hecho. Norberto era un jesuita, un miembro de la Sociedad de Jesús. Durante más de quinientos años, los jesuitas consagrados se habían entrenado para ser soldados de la virtud, para fortalecer la fe de los católicos y predicar el Evangelio a los infieles.

—Estás equivocado. —La mano de Norberto tembló al apretar aún con más fuerza el brazo de su hermano—. Esas «cosas», como tú las llamas, eran personas. Personas con almas inmortales creadas por Dios.

—En ese caso tendrías que agradecerme, hermano, porque hice que sus almas inmortales volvieran a Dios.

Había lágrimas en los ojos del sacerdote.

—Tienes demasiado orgullo —murmuró—. Sólo Dios tiene derecho a llamar un alma a su lado.

—Tengo que irme.

—Y esos millones de los que hablas —prosiguió Norberto—, sólo sufrirán en este mundo. Y luego conocerán la felicidad perfecta en presencia de Dios. Pero tú… tú te arriesgaste a la condena eterna.

—Entonces reza por mí, hermano, porque pretendo seguir por el mismo camino.

—¡No, Adolfo! No debes.

Adolfo apartó suavemente la mano de su hermano. La apretó con cariño antes de dejarla caer.

—Por lo menos permíteme escuchar tu confesión —suplicó Norberto.

—Otra vez será —replicó Adolfo.

—Otra vez será… podría ser demasiado tarde. —La voz de Norberto, al igual que sus ojos, estaba llena de emoción—. Sabes cuál será el castigo si mueres sin haberte arrepentido. No podrás ver a Dios.

—Dios me ha olvidado. Nos ha olvidado a todos.

—¡No!

—Lo siento —dijo Adolfo, apartando la vista. No quería ver dolor en sus ojos amados. Y no quería enfrentar el hecho de haber sido él quien lo había causado. Mucho menos ahora, cuando quedaba tanto por hacer. Bebió otro trago de caldo y volvió a agradecerle a su hermano por haberlo traído. Después sacó un cigarrillo del paquete aplastado que tenía en el bolsillo del pantalón… el último, qué ironía. Tendría que parar a comprar. Lo encendió casi sin pensar y fue hacia la puerta.

—¡Adolfo, por favor! —Norberto lo aferró por el hombro, obligándolo a darse vuelta—. Quédate conmigo. Háblame. Reza conmigo.

—Tengo cosas que hacer allá arriba —replicó ofuscado—. Le prometí al general que llevaría la conversación grabada a la estación de radio. Los de la estación son castellanos. Pasarán la grabación al aire. Cuando lo hagan, todo el mundo sabrá que Cataluña no respeta la vida, ni a España ni nada. El gobierno, el mundo entero

nos ayudará a acabar con la opresión económica que nos han impuesto.

—¿Y qué pensará el mundo del castellano que asesinó a esos hombres? —Norberto bajó la voz al decir *asesinó* para evitar que lo oyeran los vecinos—. ¿Acaso rezarán por tu alma?

—No quiero sus plegarias —dijo Adolfo sin titubear—. Sólo quiero su atención. En cuanto a lo que pensará el mundo, espero que piense que tuve coraje. Que no tuve que dispararle a una mujer desarmada en plena calle para alcanzar mi objetivo. Que fui directamente al corazón de la conspiración demoníaca y que le arranqué el corazón.

—Y cuando lo hayas hecho —dijo Norberto—, los catalanes intentarán arrancarte el corazón *a ti*.

—Tal vez lo intenten —admitió Adolfo—. Tal vez lo consigan.

—¿Entonces cuándo terminará esto? —preguntó Norberto—. ¿Cuando se hayan arrancado o roto todos los corazones de España?

—Nosotros no esperábamos acabar con las ambiciones catalanas de un solo golpe, ni tampoco que no se perdieran vidas castellanas —dijo Adolfo—. En cuanto al fin del derramamiento de sangre, no tardará mucho en llegar. Cuando los catalanes y sus aliados se movilicen será demasiado tarde: ya no podrán detener lo que está por llegar.

Norberto bajó los hombros y sacudió lentamente la cabeza. Las lágrimas le bañaban las mejillas. Parecía destrozado.

—Santo Dios, Dolfo —sollozó—. ¿Qué es lo que está por llegar? Dímelo, así al menos podré rezar por tu alma.

Adolfo miró a su hermano. Casi nunca lo había visto llorar. Sólo una vez en el funeral de su madre, y otra cuando agonizaba un joven párroco. Era difícil verlo y no conmoverse.

—Mis camaradas y yo planeamos devolver España al pueblo castellano —dijo Adolfo—. Después de mil años de represión, queremos reunir el cuerpo de España con su corazón.

—Existen otros medios para alcanzar ese objetivo —dijo Norberto —. Medios no violentos.

—Ya fueron probados —dijo Adolfo—. No sirven.

—Nuestro Señor jamás levantó una espada ni segó una vida.

Adolfo apoyó una mano sobre el hombro de su hermano.

—Hermano mío —murmuró, mirando a Norberto a los ojos empañados por las lágrimas—, si logras que Él nos ayude, no volveré a segar otra vida. Lo juro.

Norberto lo miró como queriendo decir algo, pero se contuvo. Adolfo le acarició la mejilla y sonrió. Dio media vuelta, abrió la puerta y salió. Pero se detuvo, bajando la cabeza.

Adolfo creía en un Dios justo. No creía en un Dios que castigaba a los que buscaban la libertad. No podía permitir que la fe de su hermano lo afectara. Pero era Norberto, un hombre bueno que lo había cuidado desde niño y que se preocupaba por él y lo amaba, hiciera lo que hiciese. No podía dejarlo sufrir.

Miró hacia atrás. Acarició la suave mejilla de su hermano y sonrió.

—No reces por mí, Norberto —dijo—. Reza por nuestro país. Si España es condenada, mi salvación será desdichada… e inmerecida.

Dio una pitada a su cigarrillo y bajó corriendo los escalones, dejando tras él un rastro de humo y a su hermano llorando.

8

Lunes, 16:22hs. Washington D.C.

Como todos los días, Paul Hood echó el último vistazo de la tarde a la lista de nombres en el monitor de su computadora. Pocos minutos antes había apoyado el pulgar sobre el escáner de cinco por siete pulgadas. La unidad láser había identificado su huella digital y había pedido su código de acceso personal. Un segundo y siete décimas después apareció en pantalla el informe secreto enviado al Op-Center por el plantel de HUMINT desde el campo de acción. Hood ingresó por teclado el apellido de soltera de su esposa, Kent, clave que abrió el archivo y permitió la aparición de todos los nombres en el monitor.

En total, había nueve agentes de «inteligencia humana», todos pagados por el Op-Center. Además de los nombres y apellidos figuraban el entorno actual y los asignamientos, un resumen de sus últimos informes preparado por Bob Herbert (el informe completo estaba archivado), y la localización de la casa segura o la ruta de salida más próximas. Si alguno de los agentes era descubierto, el Op-Center lo buscaría en esos lugares y haría lo imposible por rescatarlo. Hasta la fecha, ninguno de los operativos se había visto comprometido.

Tres de los agentes tenían base en Corea del Norte, consagrados al seguimiento de la destrucción del emplazamiento secreto de misiles en las Montañas Diamante, llevada a cabo por el equipo

Striker. Los agentes debían asegurarse de que los lanzadores de misiles no fueran reconstruidos. Aunque la construcción original de la base había sido pergeñada por un oficial surcoreano traidor, no se descartaba que los oportunistas norcoreanos sacaran provecho de los equipos abandonados e intentaran edificar una nueva instalación misilística.

Otros dos agentes tenían base en el Valle del Bekaa, en el Líbano, y otros dos estaban trabajando en Damasco, Siria. Ambos equipos se habían instalado en escondites terroristas y reportaban los desastres políticos producidos por las actividades del Op-Center en esas regiones. El hecho de que los operativos del Op-Center hubieran ayudado a evitar la guerra entre Siria y Turquía no era visto con buenos ojos: los habitantes del Oriente Medio creían que cada nación debía hacerse cargo de sus propios problemas, aun cuando la única solución posible fuera la guerra. La paz alcanzada por la intervención de fuerzas externas —particularmente si provenían de los Estados Unidos— era considerada ilícita y deshonrosa.

Los dos agentes restantes estaban en Cuba, observando el desarrollo de la situación política en ese país. Los informes indicaban que el puño del envejecido Castro comenzaba a perder vigor. Irónicamente, cualesquiera fueran las desventajas del dictador —y eran muchas—, su bota de hierro había mantenido la estabilidad en la región del Caribe. Los tiranos que subían al poder en Haití, Grenada, Antigua o cualquiera de las otras islas seguían necesitando la aprobación de Castro para traficar armas o drogas e incluso para mantener una fuerza militar considerable. Sabían que el líder cubano haría asesinar a sus rivales antes de que se volvieran excesivamente poderosos. Todo indicaba que en cuanto Castro desapareciera, la isla y la región serían pasto del caos, no de la democracia. Los Estados Unidos tenía un plan de contingencia, la Operación Keel, destinado a llenar y controlar ese vacío de poder mediante incentivos económicos y militares. Los agentes del Op-Center eran parte clave

de la red EWAP —advertencia y preparación anticipadas—, diseñada para allanarle camino al plan.

Nueve vidas, pensó Hood. Y de cada una de ellas dependían, tal vez, tres o cuatro vidas más. No era una responsabilidad que pudiera tomarse a la ligera. Estudió los informes de la tarde y vio que las situaciones permanecían relativamente estables y sin modificaciones. Cerró el archivo.

Los agentes con base en el exterior contaban con sus archivos y sus comunicaciones con el Op-Center para estar absolutamente seguros. Se comunicaban con el Op-Center llamando al número telefónico de una oficina en Washington que alquilaba espacios a ejecutivos. El número estaba registrado a nombre de Caryn Nadler International Travel Consultants. Los agentes hablaban en sus idiomas nacionales, aunque cada palabra que utilizaban tenía otro significado en inglés. «¿Puedo reservar un vuelo a Dallas?» en árabe podía significar «El presidente sirio está gravemente enfermo» en inglés. Con excepción de Paul Hood, sólo siete personas tenían acceso a los archivos de traducción… y a las identidades de los operativos. Bob Herbert y Mike Rodgers eran dos de esas personas, y Darrell McCaskey era el tercero. Hood tenía absoluta confianza en ellos. ¿Pero qué pasaba con los otros cuatro, dos en la oficina de Herbert, uno en el grupo de McCaskey, y el último en el equipo de Rodgers? Todos ellos habían pasado con éxito controles estándar, ¿pero esos controles habrían sido lo suficientemente escrupulosos? ¿Los códigos eran seguros en caso de que los agentes extranjeros los interceptaran? Desafortunadamente, era imposible conocer la respuesta a esos interrogantes hasta que alguien desaparecía o una misión era saboteada o un comando era emboscado.

El trabajo de inteligencia y espionaje era esencialmente peligroso. Eso era indiscutible. Para los operativos, el peligro era también parte de la excitación. A pesar de lo que le había ocurrido a Martha en España, el Op-Center estaba haciendo todo lo posible para minimizar los riesgos. Hasta el momento, el asesinato de

Martha Mackall estaba siendo investigado en España por Darrell McCaskey, Aideen Marley y la Interpol. Mike Rodgers y Bob Herbert estaban estudiando los informes de inteligencia en Washington y Ron Plummer estaba hablando con diplomáticos extranjeros en los Estados Unidos y otros países. Carol Lanning se había puesto en contacto con funcionarios del Departamento de Estado. Ya se tratara de la NASA, el Pentágono o el Op-Center, los barridos de información siempre eran escrupulosos.

Vistos en retrospectiva, ¿por qué los preparativos nunca parecían tan cuidados?, se preguntó Hood. *Porque era en retrospectiva, maldita sea*. Podían darse el lujo de ver lo que habían hecho mal.

¿Qué era lo que habían hecho mal en este caso? El Op-Center no había tenido otra opción que enviar a Martha. Después que Av. Lincoln hubo sugerido su nombre y Serrador lo hubo aprobado, estuvo obligada a ir. En cuanto a la inclusión de Aideen como su asistente en lugar de Darrell… tenía sentido. Aideen hablaba español, cosa que Darrell no hacía. Serrador provenía de una familia de clase obrera, igual que Aideen… y Hood había pensado que eso facilitaría la comunicación entre ambos. Y aunque Darrell hubiera estado con ellas, probablemente no habría podido ayudar a Martha. No si ella era el blanco del atentado.

No obstante, Hood sentía vergüenza por la falla del sistema. Vergüenza y también furia.

Sentía furia por no poder concentrarse en una misma cosa durante mucho tiempo. Sentía furia por la ligereza con que se podía poner fin a una vida humana. Hood aborrecía el asesinato sobre todas las cosas. Al ingresar al Op-Center había leído un archivo secreto de la CIA acerca de un pequeño escuadrón de asesinato creado durante la administración Kennedy. Más de una docena de generales y diplomáticos extranjeros habían sido asesinados entre 1961 y 1963. Hood suponía que la justificación de la existencia del escuadrón era políticamente válida. No obstante, había tenido

problemas para aceptarla moralmente… aunque sirviera para salvar muchas vidas con el correr del tiempo.

Pero ésa era, precisamente, la tragedia de la muerte de Martha. No equivalía a derrocar a un tirano para mejorar la vida de los demás ni a eliminar a un terrorista para evitar un atentado. Alguien había asesinado a Martha a modo de advertencia.

Estaba furioso con el gobierno español. Los españoles le habían pedido ayuda con vigilancia satelital para observar actividades terroristas, y la habían obtenido. Pero cuando eran ellos los que tenían que ayudar no se los veía tan dispuestos. Si tenían información sobre el atentado, no la estaban compartiendo. La poca información que poseía el Op-Center provenía de Darrell McCaskey, quien a su vez la había obtenido de sus contactos en Interpol. Nadie se había adjudicado la responsabilidad del asesinato. Las investigaciones de Herbert respecto a ondas aéreas y transmisiones por fax a dependencias gubernamentales y oficiales lo habían confirmado. El auto utilizado para la fuga tampoco había sido hallado por vigilancia terrestre ni aérea, y la Oficina Nacional de Reconocimiento del Pentágono no había podido detectarlo vía satélite. La policía española estaba buscando un «cortacarro», el equivalente español de un desarmadero. Pero si efectivamente habían llevado el vehículo a un desarmadero, no esperaban encontrarlo antes de que fuera desarmado. Estaban analizando químicamente las balas para ver si podían determinar su punto de origen. Pero cuando dicho punto fuera rastreado —y suponiendo que quien las compró pudiera ser identificado—, las huellas se habrían enfriado. Por último, McCaskey informó que el cartero muerto no tenía antecedentes criminales. Aparentemente se trataba de un testigo desafortunado.

Hood también estaba furioso consigo mismo. Tendría que haber previsto lo suficiente como para impedir que Martha y Aideen realizaran lo que equivalía a una operación secreta sin uno o dos guardaespaldas. Tal vez no hubieran podido detener al tirador, pero

al menos lo habrían capturado. Pero como se trataba de un trabajo limpio —una reunión oficial en vez de vigilancia o espionaje— las había dejado ir solas. No había previsto dificultades. Nadie las había previsto. El servicio de seguridad del Congreso tenía una sólida reputación y no había razones para dudar de su eficiencia.

Martha había pagado caro el descuido de Hood.

La puerta del despacho estaba abierta; Ann Farris entró sin llamar. Hood levantó la vista. Ann llevaba puesto un trajecito color ostra y tenía el cabello cobrizo rebajado a la altura del mentón. Sus ojos eran suaves y su expresión compasiva. Hood volvió a mirar el monitor de la computadora, sólo para dejar de mirarla.

—Hola —murmuró.

—Hola —replicó Ann—. ¿Cómo estás?

—Pésimo —dijo Hood, abriendo un archivo sobre Serrador transmitido por Herbert—. ¿Qué pasa por tu lado?

—Un par de periodistas vincularon a Martha con el Op-Center —dijo Ann—, pero sólo Jimmy George del *Post* ha insinuado que probablemente no estaba allí como turista. Aceptó demorar la noticia uno o dos días a cambio de ciertas exclusivas.

—Está bien. Le daremos las fotos de la morgue —dijo Hood con amargura—. Le harán vender unos cuantos ejemplares.

—Es un buen hombre, Paul —replicó Ann—. Está jugando limpio.

—Supongo que lo es —concedió Hood—. Por lo menos pudieron dialogar. Hablaron, y prevaleció la razón. ¿Te acuerdas de la razón, Ann? ¿Te acuerdas de la razón, las conversaciones y la negociación?

—Claro que me acuerdo —dijo Ann—. Y lo cierto es que muchísima gente sigue poniéndolas en practica.

—No lo suficiente —dijo Hood—. Cuando era alcalde de Los Ángeles tuve una diferencia con el gobernador Essex. Lord Essex, lo llamábamos. A él no le gustaba lo que denominaba mi manera antiortodoxa de hacer las cosas. Decía que no podía confiar en mí. —Hood negó con la cabeza—. Lo cierto es que a mí me preocupaba la calidad de vida en Los Ángeles mientras él sólo soñaba con ser

presidente. Esos dos objetivos no congeniaban. Así que dejó de hablarme. Teníamos que comunicarnos a través del gobernador Whiteshire. Lo gracioso es que Los Ángeles no consiguió el dinero que necesitaba y Essex no fue reelecto gobernador. Un tipo raro. Los políticos no se comunican, a veces las familias no se comunican, y después nos sorprendemos cuando todo se viene abajo. Lo siento, Ann. Te felicito por haber hablado con *Mr*. George.

Ann dio dos pasos y se inclinó sobre el escritorio. Extendió la mano derecha y acarició el dorso de la mano de Hood con la punta de los dedos. Eran suaves y muy muy femeninos.

—Sé cómo te sientes, Paul —murmuró.

—Ya lo sé —dijo Hood con dulzura—. Si alguien lo sabe, eres tú.

—Pero debes convencerte de que nadie podría haber previsto lo que sucedió —dijo Ann.

—En eso te equivocas —replicó Hood, retirando la mano—. Nos descuidamos. Yo me descuidé.

—Nadie se descuidó —dijo ella—. Esto era impredecible.

—No —insistió él—. Se nos pasó por alto. Tenemos simulacros de combate, simulacros de terrorismo e incluso simulacros de asesinato. Si toco una tecla de esta computadora, la pantalla nos mostrará diez maneras diferentes de capturar o matar al belicoso del mes. Pero el proceso de anticipar simples problemas de seguridad no fue ingresado a nuestro sistema y de resultas de ello Martha está muerta.

Ann sacudió la cabeza.

—Aunque hubiéramos puesto agentes de seguridad para protegerla, Paul, no podríamos haber evitado lo que pasó. No hubieran actuado a tiempo. Lo sabes tan bien como yo.

—Por lo menos habrían atrapado al asesino.

—Tal vez —dijo Ann—. Pero Martha seguiría muerta.

Hood no estaba convencido, aunque sabría más cuando terminara su propio análisis y barrido de información.

—¿Hay algo más de lo que debamos ocuparnos ahora, sabia mediática? —preguntó mientras el teléfono sonaba dos veces. Era una llamada interna. Hood verificó el código del emisor. Era Bob Herbert.

—Nada más —dijo Ann. Apretó los labios como queriendo decir algo, pero no lo hizo.

Bravo por las comunicaciones, pensó Hood cínicamente mientras levantaba el tubo.

—¿Sí, Bob?

—Paul —dijo Herbert con premura—. Tenemos algo.

—Adelante.

—Levantamos esta grabación de una pequeña estación comercial de radio en Tolosa. La estoy mandando por el Vee-Bee. No pudimos verificar la autenticidad de lo que estás por escuchar, aunque podremos hacerlo dentro de una hora aproximadamente. Estamos levantando fragmentos de sonido del *speaker* de un canal de televisión español para comparar las voces. Mi intuición me dice que son auténticas, pero recién lo sabremos con seguridad dentro de una hora.

—La primera voz que vas a escuchar pertenece al locutor local, que presenta la grabación —prosiguió Herbert—. La segunda voz pertenece a la grabación. Estoy enviando la traducción por correo electrónico.

Hood cerró el archivo de Serrador y llamó el correo electrónico de Herbert. Luego tocó la tecla del Vee-Bee. El Vee-Bee, o Caja de Voz, equivalía al audio del correo electrónico. Los sonidos eran escaneados digitalmente y limpiados por uno de los programas de computación «milagrosos» diseñados por Matt Stoll. El audio emitido por el simulador Vee-Bee era lo más próximo posible a la vida real. Gracias a la codificación digital, el escucha podía incluso aislar los sonidos de fondo o de superficie y escucharlos por separado.

Ann dio la vuelta al escritorio y se inclinó sobre el hombro de Hood. Su calor, su proximidad, eran reconfortantes. Hood se

concentró en la lectura de la traducción del mensaje.

—Buenas noches, damas y caballeros —dijo el locutor—. Interrumpimos nuestra emisión del Club del Trovador para darles más información acerca de la explosión del yate, ocurrida esta noche en la bahía de la Concha. Hace unos minutos recibimos una grabación en el estudio. Nos fue entregada por un hombre que se autodefinió como integrante del Primer Pueblo de España. La grabación da testimonio de una conversación que tuvo lugar a bordo del yate, identificado como el *Verídico*, segundos antes de la explosión. Con la entrega de esta grabación, el PPE se adjudica la responsabilidad del atentado. También define a España como provincia de los españoles, y no de la élite catalana. Mandaremos al aire la grabación completa.

Herbert había incluido un comentario entre paréntesis: *El PPE es un grupo de purasangres castellanos. Hace dos años que publican comunicados y recluían hambres. También se han adjudicada la, responsabilidad, de dos actos terroristas contra objetivos catalanes y andaluces. No se conocen su número ni la identidad de su/s líder/es*.

Hood endureció la mandíbula y siguió leyendo la transcripción de la voz grabada. Escuchó la voz fría y serena de Esteban Ramírez, quien comentaba los planes de los catalanes para España y se jactaba de la participación de su grupo en el asesinato de Martha Mackall. Su grupo… que contaba con la inestimable ayuda del diputado Isidro Serrador.

—Dios santo —masculló Hood entre dientes—. Bob…, ¿es posible?

—No sólo es posible —dijo Herbert—, sino que explica la renuencia de Serrador a proseguir las conversaciones con Darrell y Aideen. Ese hijo de puta nos engañó, Paul.

Hood miró a Ann. La había visto de mal humor durante los casi dos años que trabajaban juntos, pero nada podía compararse a lo que estaba viendo ahora. La compasión se había esfumado por completo de su cara. Tenía los labios muy apretados y Hood podía

oiría respirar. Los ojos se le habían endurecido y un extraño rubor le coloreaba las mejillas.

—¿Qué quieres hacer, Paul? —preguntó Herbert—. Pero antes de responder ten en cuenta que las cortes españolas novan a atacar a una figura política prominente por una grabación ilegal hecha por alguien cuyas manos están probablemente tan sucias como las de Serrador, sino más. Tendrán una larga y difícil conversación con él, y lo investigarán hasta la médula. Pero si tiene amigos, y estoy seguro de que los tiene, ellos van a decir que la grabación es falsa. Harán lo imposible por obstruir la maquinaria de la Justicia.

—Lo sé —dijo Hood.

—Sé que lo sabes —replicó Herbert—. Incluso podrían permitir que lo embargaran para tener contentos a los votantes. O tal vez lo obliguen a renunciar. O quizás le permitan «escapar» del país cuando nadie esté mirando. Lo que intento decirte es que probablemente tengamos que hacernos cargo de este asunto. Si Serrador resulta ser *sponsor* del terrorismo, tendremos que devolver fuego por fuego.

—Ya veo —dijo Hood. Lo pensó un momento—. Quiero a ese miserable, y si no puedo tenerlo legalmente lo tendré como sea.

Bravo por la, moral elevada, pensó Hood. Lo pensó otra vez. No quería que Serrador se le escapara. Desafortunadamente, sólo tenía dos agentes de HUMINT en la escena, Darrell y Aideen. Y no sabía si podrían retenerlo hasta que el Striker o un tercer grupo entraran en escena y tuvieran una conversación íntima con el bastardo. Tendría que hablar con Darrell al respecto. Mientras tanto, necesitaba más inteligencia.

—Bob —dijo Hood—, quiero que inviertas todo el reconocimiento electrónico de que dispongas en el diputado.

—Ya lo hice —dijo Herbert—. Estamos en su oficina y en los teléfonos de su casa, las líneas de fax, modem y correo electrónico.

—Bien.

—¿Qué planeas hacer con Darrell y Aideen?

—Hablaré con Darrell y dejaré la decisión en sus manos. Él está en el lugar; debe saber qué hacer. Pero antes de hacerlo quiero hablar con Carol Lanning y ver si Estado puede darnos una imagen totalizadora de lo que está pasando en España.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Ann.

—A menos que me equivoque —dijo Hood—, la muerte de Martha y la de sus asesinos no fueron meros disparos de advertencia.

—¿Qué fueron entonces? —preguntó Ann.

Hood la miró a los ojos.

—Creo que fueron la salva de apertura de una nueva guerra civil.

9

Lunes, 23:30hs. Madrid, España

Durante el período de sesiones del Congreso, el diputado Isidro Serrador vivía en un departamento de dos dormitorios en el Parque del Retiro, uno de los barrios más «modernos» de Madrid. Su pequeño departamento del séptimo piso tenía vista al espectacular lago y a los bellos jardines. Si uno se asomaba por la ventana y miraba hacia el sudoeste podía ver la única estatua pública de Europa que representaba al diablo. Esculpida en 1880, conmemoraba el único lugar donde a las damas españolas del siglo XVIII les estaba permitido —por tradición, no por ley— batirse a duelo para defender su honor. Por supuesto que muy pocas mujeres lo habían hecho. Sólo los hombres eran lo suficientemente vanos como para arriesgar la vida para responder a un insulto.

Serrador estaba sentado en un diván, mirando por la ventana el parque iluminado por faroles. Había vuelto de trabajar en los asuntos del Congreso, con la satisfacción de saber que las cosas habían marchado exactamente como todos esperaban. Después había tomado un baño caliente y casi se había dormido en la bañera. Al salir, encendió el horno para calentar la cena que le había dejado su ama de llaves. Saboreó un *brandy* mientras el pemil de cerdo y las papas hervidas con arvejas se calentaban. Mientras comía, miraría televisión para ver cómo interpretaban los noticieros la muerte de la «turista» norteamericana. Después revisaría el

contestador automático y devolvería algunos llamados… si no era demasiado tarde. En ese momento no tenía ganas de hablar con nadie. Simplemente quería saborear su triunfo.

Será divertidísimo mirar los noticieros, pensó.

Los expertos hablarían del impacto del atentado sobre el turismo, sin tener la menor idea de lo que en verdad estaba pasando… ni de lo que iba a pasar en las próximas semanas. Era sorprendente lo poco que sabían los comentaristas políticos y económicos. Cuando uno decía *esto*, el otro decía *aquello*. Era un mero ejercicio, un juego.

Su espalda estaba cómodamente apoyada en los mullidos almohadones y sus pies descalzos, cruzados sobre la mesa ratona. El último trago de *brandy* le calentó la garganta y las reflexiones sobre los acontecimientos del día reconfortaron su mente.

El plan era ingenioso. Dos minorías, vascos y catalanes, se unirían para apoderarse de España. Los vascos aportarían armas, vigor y experiencia en tácticas terroristas. Los catalanes utilizarían su influencia sobre la economía y ganarían políticos conversos con la amenaza de una depresión masiva. Una vez que obtuvieran el control del país, los catalanes garantizarían su autonomía al País Vasco, permitiendo que aquellos que querían autogobernarse —como Serrador— pudieran hacerlo. Y los adinerados catalanes seguirían gobernando España y mantendrían a raya a los otros grupos no autónomos por medio del control del comercio.

Era ingenioso… y a prueba de tontos.

El teléfono sonó un segundo antes de que llamaran a la puerta. Serrador pegó un salto al ver interrumpida su ensoñación… y en dos frentes, nada menos. Gruñendo insatisfecho, el político deslizó los pies en las pantuflas y se levantó. Mientras se arrastraba hacia el teléfono, le gritó que esperara al que estaba en la puerta. Nadie podía subir sin ser previamente anunciado por el conserje. Se preguntó cuál de sus vecinos querría un favor a esa hora. ¿El dueño de la cadena de almacenes, que necesitaba expandir su comercio?

¿O el castellano fabricante de bicicletas que quería embarcar más unidades vía Marruecos, el miserable? Por lo menos, el almacenero pagaba los favores. En cambio, el fabricante de bicicletas los pedía sólo porque daba la casualidad que vivía en el mismo piso. Serrador los ayudaba porque no quería hacerse enemigos. Uno nunca sabía si los vecinos podían oír o ver algo que fuera comprometedor.

Se preguntó por qué nunca lo visitaba ninguna de las hermosas concubinas que vivían en el edificio. Conocía por lo menos la existencia de tres, mantenidas por ministros del gobierno que cada noche regresaban a sus casas y a sus esposas.

El teléfono antiguo estaba en el vestíbulo alfombrado, sobre una pequeña mesa plegable. Serrador terminó de anudar el lazo rojo de su saco de fumar y levantó el tubo. *Que el que está en la puerta, espere un rato más*, pensó. Había tenido un día largo y extenuante.

—¿Sí?

Los golpes en la puerta se tornaron más insistentes. Alguien vociferaba su nombre, pero no podía reconocer la voz.

Tampoco podía escuchar al que había llamado por teléfono. Molesto, tapó la bocina y aulló hacia la puerta:

—¡Un momento, por favor! —Después volvió al teléfono—. ¿Sí? ¿Quién habla?

—¿Hola?

—¿Sí?

—Le hablo de parte del señor Ramírez.

Serrador sintió un escalofrío.

—¿Quién habla?

—Mi nombre es Juan Martínez, señor. ¿Hablo con el diputado Serrador?

—¿Quién es Juan Martínez? —exigió Serrador. *¿Y quién está, en la, puerta? ¿Qué demonios está pasando?*

—Soy un miembro de la *familia* —dijo Martínez.

Se oyó una llave en la puerta. El cerrojo cedió, y la puerta se abrió ante la mirada estupefacta de Serrador. El superintendente se

detuvo en el vano, acompañado por dos oficiales de policía y un sargento.

—Lo siento, señor diputado —se disculpó el conserje mientras los otros entraban al departamento—. Tuve que dejar pasar a estos hombres.

—¿Qué están haciendo? —vociferó Serrador. Su voz sonaba indignada, sus ojos eran implacables. Oyó el clic del teléfono, seguido por el sonido de tono. Se quedó congelado, con el tubo pegado a la oreja, y comprendió de golpe que algo había salido terriblemente mal.

—¿Diputado Isidro Serrador? —preguntó el sargento.

—Sí…

—Haga el favor de acompañarnos.

—¿Por qué?

—Para responder preguntas acerca del asesinato de una turista norteamericana.

Serrador apretó los labios con fuerza y respiró ruidosamente por la nariz. No quería decir nada, ni responder ninguna pregunta, ni hacer nada hasta no haber hablado con su abogado. Necesitaba pensar. La gente que no pensaba estaba condenada desde un principio.

Asintió una sola vez.

—Permítanme vestirme —dijo—. Enseguida estaré con ustedes.

El sargento asintió y apostó a uno de sus hombres junto a la puerta del dormitorio. No estaba dispuesto a permitir que Serrador la cerrara, pero el diputado no hizo una cuestión de ello. Si perdía los estribos justo ahora, no habría manera de que el genio regresara a la lámpara mágica. Era preferible sufrir la humillación y conservar la calma y el raciocinio.

Los hombres llevaron a Serrador al sótano y salieron por la cochera del edificio… para que no sufriera la vergüenza de ser arrestado, supuso. Por lo menos no lo esposaron. Fue introducido en un vehículo policial sin patente y trasladado a la estación municipal

de policía, al otro lado del parque. Una vez allí, fue escoltado hasta una habitación sin ventanas donde había una foto del rey en la pared, una lámpara colgante de tres bombillas con pantallas en forma de tulipán, y una vieja mesa de madera debajo de la lámpara. Encima de la mesa había un teléfono y le dijeron que podía usarlo para hacer todas las llamadas que quisiese. Alguien vendría a hablar con él enseguida.

La puerta fue cerrada con llave. Serrador se sentó en una de las cuatro sillas de madera.

Llamó a su abogado, Antonio, pero no estaba en su casa. Probablemente habría salido con una de sus muchachitas, como correspondía a todo solterón adinerado. No dejó mensaje. No quería que, al volver Antonio a casa, una ninfa charlatana escuchara el mensaje. No había visto ningún periodista afuera, de modo que la cosa se estaba manejando con discreción.

¿A menos que estuvieran frente a mi departamento?, pensó de pronto. Por eso la policía lo había sacado por la puerta de la cochera. Tal vez a eso se refería el conserje cuando dijo: *Tuve que dejar pasar a estos hombres*. Con frecuencia, la prensa intentaba acercarse a la gente que vivía en el edificio y los empleados habían desarrollado la habilidad de aislar eficazmente a los propietarios célebres del acoso de los periodistas. Además, cambiaba regularmente su número telefónico para que no pudieran molestarlo.

Pero el que había llamado lo tenía. Serrador seguía preguntándose quién era y sobre qué había tratado de advertirlo. Nadie podía saber que él estaba vinculado con los que habían asesinado a la norteamericana. Sólo Esteban Ramírez lo sabía, y jamás se lo habría dicho a nadie.

Decidió llamar al contestador telefónico de su despacho. También pensó que ese teléfono podía estar intervenido, pero estaba dispuesto a correr el riesgo. No tenía otra opción.

Pero antes de que empezara a marcar el número se abrió la puerta y entraron dos hombres.

No eran policías.

10

Martes, 0:04hs. Madrid, España

La International Crime Police Organization —conocida popularmente como Interpol y creada en Viena en 1923— fue originalmente pensada como un archivo mundial de información policial. Después de la Segunda Guerra Mundial, la organización se expandió y concentró sus actividades en los rubros de contrabando, narcóticos, falsificación y secuestro. Actualmente, ciento setenta y siete países brindan información a Interpol, que tiene oficinas en la mayoría de las ciudades más importantes del mundo. En los Estados Unidos, Interpol interactúa con el United States National Central Bureau. El USNCB depende de la Subsecretaría de Coacción del Departamento del Tesoro.

En su época del FBI, Darrell McCaskey había trabajado extensamente con muchos oficiales de la Interpol, especialmente con dos en España. Una era la notable María Corneja, una loba solitaria dedicada a operaciones especiales que había vivido siete meses con McCaskey en los Estados Unidos mientras estudiaba los métodos del FBI. El otro era Luis García de la Vega, comandante de la oficina de Interpol en Madrid.

Luis era un gitano andaluz de piel aceitunada y cabello negro, grandote como un oso y dueño de dos puños imbatibles que enseñaba baile flamenco en su tiempo libre. Igual que esa danza, Luis, de treinta y siete años de edad, era espontáneo, dramático y

brioso. Manejaba una de las oficinas más rudas y mejor informadas de Interpol en toda Europa. Su eficiencia y eficacia le habían ganado el odio celoso y el profundo respeto de la policía local.

Luis habría querido estar en el hotel inmediatamente después del atentado, pero los acontecimientos de San Sebastián lo habían obligado a demorar su visita. Había llegado poco después de las 23:30, cuando Aideen y McCaskey estaban terminando de comer.

Darrell recibió a su viejo amigo con un prolongado abrazo.

—Lamento lo que ha ocurrido —dijo Luis en su inglés bronco y acentuado.

—Gracias —dijo McCaskey.

—También lamento llegar tan tarde —prosiguió Luis, desprendiéndose del abrazo—. Veo que ya se han adaptado al estilo de cenar español. Come muy tarde por la noche y dormirás a pata suelta.

—De hecho —dijo McCaskey—, ésta es la primera oportunidad que hemos tenido de comer. Y no creo que ninguno de los dos podamos dormir esta noche, por mucho que comamos.

—Entiendo —asintió Luis, palmeando a su amigo en el hombro—. Fue un día terrible. Otra vez, lo lamento muchísimo.

—¿Quieres comer algo, Luis? —preguntó McCaskey—. ¿Una copa de vino, quizá?

—No bebo cuando estoy trabajando —replicó Luis—. Deberías saberlo. Pero ustedes sigan con lo suyo, por favor. —Miró a Aideen y sonrió—. Usted es la señorita Marley.

—Sí. —Aideen se puso de pie y le tendió la mano. Aunque estaba física y emocionalmente exhausta, algo revivió en ella al tocar la mano de ese hombre. Era atractivo, pero no era eso lo que la estimulaba. Después de todo lo que había pasado ese día se sentía demasiado abotagada, demasiado vacía para interesarse por nadie. Pero él daba la sensación de no temerle a nada. Y ella siempre había admirado eso en un hombre.

—Lamento muchísimo esta muerte —dijo Luis—. Pero me alegra saber que se encuentra bien. ¿Se *encuentra bien*?

—Sí —replicó Aideen, volviendo a sentarse—. Le agradezco que se haya preocupado.

—Fue un placer —dijo Luis, acercando una silla y sentándose a la mesa con ellos.

McCaskey volvió a su plato de perdiz especiada.

—¿Entonces? —preguntó.

—Eso huele muy bien —dijo Luis.

—Está muy sabroso —dijo McCaskey, entrecerrando los ojos—. Estás haciendo tiempo, Luis.

Luis se frotó la nuca.

—Sí —admitió—, estoy haciendo tiempo, como dicen ustedes. Pero no porque tenga algo entre manos. Al contrario, no tengo nada. Sólo pensamientos. Ideas.

—Generalmente, tus ideas son tan buenas como los hechos de algunos —dijo McCaskey—. ¿Te molestaría compartirlas?

Luis bebió un trago de agua del vaso de McCaskey e hizo un gesto vago hacia la ventana.

—Es terrible allá afuera, Darrell —dijo—. Terrible. Y va de mal en peor. Hemos tenido minilevantamientos antivascos y anticatalanes en Ávila, Segovia y Soria.

—Todas regiones de Castilla —dijo Aideen.

—Sí —remarcó Luis—. Aparentemente, la policía no está haciendo nada para evitar los estallidos.

—La policía participa activamente del tema racial —acotó McCaskey.

Luis asintió lentamente.

—Nunca he visto semejante… ni siquiera sé cómo llamarlo.

—Locura colectiva —sugirió Aideen.

Luis se quedó mirándola.

—No comprendo —murmuró.

—Es la problemática sobre la cual los psicólogos han venido advirtiéndonos con respecto a la llegada del próximo milenio —explicó Aideen—. El miedo de saber que todos vamos a entrar a él y que la mayoría no saldremos vivos. Resultado: una sensación de mortalidad que produce pánico. Miedo. Violencia.

Luis la miró un instante y señaló:

—Sí, es cierto. Es como si todos se hubieran pescado una especie de fiebre física y mental. Los que han ido a esas regiones dicen que la sensación de odio y exaltación casi se puede sentir. Es muy raro.

McCaskey frunció el ceño.

—Espero que no estés insinuando que el asesinato de Martha es parte de un episodio psicótico masivo.

Luis hizo un gesto despectivo con la mano.

—No, por supuesto que no. Simplemente digo que algo raro está pasando allá afuera. Algo que nunca sentí antes. —Se inclinó sobre la mesa para observar el Huevo—. También se está gestando algo, amigos míos. Algo que, en mi opinión, ha sido muy bien planeado.

—¿Qué clase de «algo»? —preguntó McCaskey.

—El yate que se hundió en San Sebastián fue destruido con C-4 —dijo Luis—. Se encontraron algunos rastros entre los despojos.

—Ya lo sabíamos por Herbert —dijo McCaskey, mirando expectante a Luis—. Adelante. Escucho un «y» en tu voz.

Luis asintió.

—Uno de los muertos, Esteban Ramírez, fue en otro tiempo correo de la CIA. Los yates de su compañía se utilizaban para enviar armas y personal a los contactos de todo el mundo. Durante cierto tiempo hubo rumores al respecto, rumores que prometen aumentar con los últimos acontecimientos. Los españoles dirán, casi con seguridad, que fue asesinado por agentes norteamericanos.

—¿Crees que la CIA estuvo involucrada en el atentado, Luis? —preguntó Aideen.

—No. No habrían hecho algo tan público. Tampoco hubieran reaccionado tan rápido por el asesinato de su colega. Pero habrá

rumores estridentes en los círculos políticos. Nadie habla más que los funcionarios de gobierno. Tú lo sabes bien, Darrell.

McCaskey asintió.

—Y el pueblo español se enterará —prosiguió Luis—. Y muchos lo creerán y se pondrán en contra de la presencia norteamericana en el país.

—Según Bob Herbert, con quien hablé hace un rato —dijo McCaskey—, la CIA está tan sorprendida por el ataque al yate como el resto de nosotros. Y Bob siempre sabe lo que pasa de verdad, más allá del doble discurso burocrático. Sabe cuándo le venden gato por liebre.

—Coincido en que la CIA probablemente no esté detrás de esto —dijo Luis—. De modo que ya tenemos un escenario posible. Asesinan a una diplomática norteamericana. El hecho conlleva un mensaje implícito para el gobierno de los Estados Unidos: no se metan en los asuntos españoles. Después asesinan a los hombres que la mataron. Las grabaciones le dirán a toda España que los catalanes muertos y su cómplice vasco, el diputado Serrador, son crueles asesinos. Eso hará que el resto del país se ponga en contra de esos dos grupos.

—¿Con qué fin? —preguntó McCaskey—. ¿Quién saldría beneficiado con una guerra civil? La economía es devastada y todo el mundo sufre.

—Estuve pensando en eso —dijo Luis—. Por ley, la traición es punible con pena capital y otra serie de castigos. El embargo de los negocios catalanes ayudaría a distribuir el poder más equitativamente entre otros grupos. Obviamente se beneficiarían los castellanos, los andaluces y los gallegos.

—Espera un momento —dijo Aideen—. ¿Qué ganarían vascos y catalanes uniendo sus fuerzas?

—Los catalanes controlan el núcleo de la economía española —dijo Luis—, y el grupo medular de los separatistas vascos está formado por terroristas muy experimentados. Son dos ventajas

complementarias si uno intenta paralizar a un país para luego apoderarse de él.

—Atacar la infraestructura física y financiera —dijo McCaskey—, y después venir a salvarla como un caballero blanco.

—Exactamente. Hemos recibido un suplemento de inteligencia, no de primera mano y tampoco lo suficientemente explícito como para actuar, según el cual han estado planeando alguna clase de acción conjunta.

—¿Cómo llegaste a esa información? —preguntó McCaskey.

—Una de las fuentes fue alguien del yate de Ramírez —dijo Luis —. Un buen hombre. Confiable. Murió en la explosión. Reportó encuentros frecuentes entre Ramírez y personajes clave de la industria, así como viajes regulares por la bahía de Vizcaya.

—En el País Vasco —acotó McCaskey.

Luis asintió.

—Con frecuentes desembarcos de Ramírez. Nuestro informante reportó que siempre lo acompañaba un guardaespaldas, un miembro de su *familia*. No tenía idea de quién se encontraba con Ramírez ni para qué. Sólo sabía que, durante los últimos seis meses, las reuniones aumentaron de una vez por mes a una vez por semana.

—¿Hay posibilidades de que tu informante jugara a dos puntas? —preguntó McCaskey.

—¿Te refieres a vender la información a un tercero?

—Exacto.

—Supongo que sí —dijo Luis—. Obviamente, alguien o algún grupo se enteró de lo que planeaban Ramírez y su gente y se aseguró de que no pudieran llevarlo a cabo. La pregunta es quién. Para empezar, el que detuvo a Ramírez y su grupo sabía que iban a asesinar a la diplomática norteamericana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque las comunicaciones del yate estaban pinchadas desde antes del asesinato —informó Luis—. Grabaron la conversación, llegó el hombre que asesinó a Martha y volaron el yate.

Correcto —dijo McCaskey—. Muy prolijo y muy profesional.

—Todo el episodio ha sido muy prolijo y muy profesional —coincidió Luis—. ¿Saben una cosa, amigos míos? Hablando de guerra civil… hay quienes piensan que la última jamás terminó en realidad. Que las diferencias fueron emparchadas con… ¿cómo las llaman ustedes?

—¿Band-Aids? —sugirió Aideen.

—Exactamente —dijo Luis, señalando a Aideen.

Aideen sacudió la cabeza.

—¿Se imaginan el impacto enorme que causaría aquel que, y no me refiero a un grupo sino a un individuo, pusiera punto final y duradero a la pelea?

Los dos la miraron.

—El nuevo Franco —dijo Luis.

—Correcto —aprobó Aideen.

—Es una idea diabólica —señaló McCaskey.

—Es como la trampa de aquella elección en Boston de la que mi padre solía hablarme cuando era niña —prosiguió Aideen—. Un tipo contrata a unos delincuentes para aterrorizar a los comerciantes. Pero un día ese mismo tipo toma un bate de béisbol y monta guardia frente a la pescadería, la zapatería o el kiosco de diarios y expulsa a los delincuentes… a los que también les había pagado previamente para dejarse expulsar. Lo próximo que se sabe es que el tipo se postula para un cargo público y obtiene los votos de la clase trabajadora.

—Lo mismo podría ocurrir aquí —dijo Luis.

Aideen asintió lentamente.

—Es muy posible —murmuró.

—¿Conoces a alguien que pueda encajar en ese perfil, Luis? —preguntó McCaskey.

—Madre de Dios, hay tantos políticos, funcionarios y personajes de los negocios que podrían hacerlo… —dijo Luis—. Pero hemos decidido una cosa. Alguien destruyó el yate en San Sebastián.

Alguien llevó la grabación a la estación de radio. Estén en la ciudad o no, tiene que haber algún rastro. Le hemos pedido a uno de nuestros agentes que vaya a dar un vistazo esta misma noche. Será trasladada en helicóptero —miró el reloj— dentro de dos horas.

—Me gustaría ir con ella —dijo Aideen, arrojando la servilleta sobre la mesa y poniéndose de pie.

—Me encantaría que así fuera —dijo Luis. Miró con cautela a McCaskey—. Es decir, si tú no te opones.

McCaskey lo miró divertido.

—¿A quién estás mandando?

—A María Corneja —respondió Luis en voz muy baja.

Sin perder la calma, McCaskey dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato. Aideen observó una extraña transformación en su normalmente estoico compañero. Se inició con una mueca triste de la boca, que luego subió hasta los ojos.

—No sabía que estaba trabajando contigo nuevamente —dijo McCaskey, llevándose la servilleta a los labios.

—Volvió hace casi seis meses —dijo Luis—. Yo la hice regresar. —Se encogió de hombros—. Ella necesitaba el dinero para mantener en funcionamiento su pequeño teatro de Barcelona. Y yo la necesitaba a ella porque… pues… ¡porque es la mejor!

McCaskey tenía la mirada perdida. En la distancia. Esbozó una débil sonrisa.

—Es buena —musitó.

—La mejor.

Finalmente levantó la vista y miró largamente a Aideen. Ella no podía siquiera imaginar lo que estaba pasando por su cabeza.

—Tendré que confirmarlo con Paul —dijo por fin—, pero estoy a favor de tener nuestra propia inteligencia *in situ*. Lleva tus documentos de turista. —Miró a Luis—. ¿María irá como oficial de Interpol o no?

—Como ella decida —replicó Luis—. Quiero que tenga libertad de acción.

McCaskey asintió y volvió a quedarse callado.

Aideen miró a Luis.

—Voy a recoger algunas cosas —dijo—. ¿Cómo iremos a San Sebastián?

—Por helicóptero desde el aeropuerto —respondió Luis—. Cuando lleguen tendrán un auto alquilado. Llamaré a María para informarle que vas a acompañarla. Después pasaré a buscarte.

McCaskey miró a Luis.

—¿Ella sabía que yo estaba aquí, Luis?

—Me tomé la libertad de decírselo. —Palmeó la mano de su amigo—. Está todo bien. Ella te dio lo mejor de sí.

McCaskey volvió a entristecerse.

—Eso hizo —replicó—. Seguramente eso fue lo que hizo.

11

Martes, 0:07hs. San Sebastián, España

Cuando Juan Martínez, marinero y navegante de veintinueve años, maniobró el timón de su lancha para alejarse del yate de Ramírez, no tenía idea de que estaba salvando su propia vida.

Cuando estaba tan sólo a veinticinco metros de distancia del yate, una terrible explosión lo hizo trastabillar y caer. Pero, afortunadamente, la lancha no se dio vuelta. En cuanto pasó el sacudón mayor, el musculoso joven maniobró nuevamente en dirección al yate escorado.

Había encontrado a Esteban Ramírez —su empleador y también padre de una poderosa *familia*— tirado boca arriba en el agua. Su cuerpo severamente quemado flotaba a unos quince metros de la embarcación. Aferrándose a una amarra, Juan saltó a las inquietas aguas. Nadó en dirección a Ramírez impulsándose con los pies y el brazo libre y lo arrastró hacia la lancha.

Su patrón todavía respiraba.

—Señor Ramírez —dijo Juan—. Soy Juan Martínez. Lo subiré a la lancha y lo llevaré a…

—¡Escucha! —gimió Ramírez.

Juan se detuvo en seco. La mano de Ramírez, hasta hacía un momento débil y abandonada a su suerte, se clavó como una garra en la manga de su camisa con asombrosa fuerza.

—¡Serrador! —dijo Ramírez—. Adviér… tele.

—¿Serrador? —preguntó Juan—. No lo conozco, señor.

—Despacho… —musitó Ramírez—. Gafas para leer.

—Por favor, señor —dijo Juan—. No debe cansarse…

—¡Debes llamarlo! —insistió Ramírez—. ¡Haz… lo!

—Está bien —dijo Juan—, prometo llamarlo.

En ese momento, Ramírez empezó a temblar violentamente.

—Atrápenlos… o ellos… nos atraparán… a nosotros.

—¿Ellos… quiénes? —preguntó Juan.

Repentinamente, el joven escuchó el ruido sordo de un motor al otro lado del yate. Vio los bordes de una brillante luz blanca jugando en el agua. Un reflector. Se acercaba un bote. Juan no sabía mucho de los negocios de su patrón, pero sí conocía que la poderosa *familia* que integraba su compañía tenía numerosos enemigos. Tal vez el bote no perteneciera a ninguno de ellos, pero no quería correr el riesgo.

Antes de que Juan pudiera llevarlo a su lancha, Ramírez abrió la boca y no volvió a cerrarla. El aire salió con un silbido suave de lo profundo de su garganta. Su boca quedó colgando congelada, abierta.

Juan cerró los ojos de su patrón. Decidió dejar allí el cuerpo. Era una falta de respeto que lo perturbaba. Pero el responsable de la explosión podía estar cerca todavía. Tal vez en el bote que se acercaba. No le parecía prudente que lo encontraran allí. Trepó nuevamente a la lancha, encendió el motor y huyó velozmente antes de que llegara el bote. Salió al mar, donde no pudieran verlo, y apagó el motor. Se quedó hasta ver llegar a la policía. Después maniobró rumbo a la orilla, haciendo un amplio rodeo para evitar el lugar del accidente.

Apenas llegó al muelle, Juan buscó un teléfono público. Empapado y temblando de frío, llamó al vigilante nocturno del astillero y le pidió que enviara un coche a recogerlo. Una vez en el coche, fue directamente a la oficina del señor Ramírez. Forzó la puerta para entrar y se sentó frente al escritorio.

Su patrón había dicho algo acerca de unos anteojos para leer. Juan los encontró en el primer cajón. Los observó atentamente. En la cara interna del marco —inocuos, como si fueran números de serie— habían grabado cuatro números telefónicos y letras identificatorias.

Ingenioso, pensó Juan. Su patrón no usaba anteojos —*no había usado anteojos,* pensó amargamente—, pero nadie los hubiera revisado en busca de mensajes codificados o números de teléfono.

Llamó al número más próximo a la letra S. Atendió Serrador… quienquiera que fuera. El tipo parecía indignado, brusco y en problemas, a juzgar por los sonidos que se escuchaban. Decidió colgar antes de que rastrearan la llamada.

Se quedó detrás del escritorio, en la inmensa oficina del segundo piso. Miró la hilera de ventanas del enorme astillero. Durante muchos años, Esteban Ramírez había sido bueno con él. Aunque no habían intimado, Juan era miembro de la *familia* del señor Ramírez. Y le seguiría siendo leal, incluso después de muerto.

Miró los anteojos. Llamó a los números restantes. Los sirvientes respondían anunciando el apellido de sus amos: todos habían muerto en el yate. Juan lo sabía porque él mismo los había llevado allí.

Iba a pasar algo malo, como había advertido el señor Ramírez. Alguien se había tomado el trabajo de eliminar a todos los que estaban involucrados con el patrón y su nuevo proyecto. Para Juan era una cuestión de honor, nada más, encontrar a ese alguien y vengar los asesinatos.

Los operarios nocturnos del astillero comentaban los rumores acerca de la muerte del patrón. También hablaban de una grabación que acababan de emitir por la cadena local de radio. Una grabación en la que su patrón revelaba su participación en el asesinato de la turista norteamericana.

Juan estaba demasiado furioso para permitir que la pena lo sobrecogiera. Reunió a otros miembros de la *familia*, —dos vigilantes

y un gerente del turno noche— y decidió ir a la estación de radio a ver si existía la tan mentada grabación.

Si existía, descubriría quién la había llevado a la radio.

Y haría que se arrepintiera de haberlo hecho… hasta el fin de sus días.

12

Lunes, 17:09hs. Washington D.C.

Paul Hood se sentía infeliz. Últimamente le estaban pasando muchas cosas, y casi siempre por la misma razón.

Había llamado por teléfono a su esposa para avisarle que no podría cenar esa noche con su familia.

—Como de costumbre —le recordó Sharon, antes de despedirlo con un cortante «adiós» y colgar.

Trató de no culpar a su esposa por sentirse decepcionada. ¿Cómo podría culparla? Sharon no sabía que había perdido a Martha en acción. Tenía prohibido discutir los asuntos del Op-Center por línea abierta. De todos modos, Sharon se sentía más molesta por los dos chicos que por ella misma. Le había dicho que, aunque estaba de vacaciones, su hijo Alexander de once años se había levantado temprano para instalar su nuevo escáner. El chico ardía en deseos de mostrarle a su padre las cosas que había inventado. Pero la mayoría de las veces Hood llegaba tan tarde a su casa y Alexander estaba demasiado cansado para encender el sistema y enseñarle lo que había estado haciendo. Y era eso, precisamente, lo que más anhelaba hacer el niño. Su hija Harleigh, de trece años, tocaba el violín después de cenar, durante una hora todas las noches. Sharon decía que, desde que había perfeccionado la pieza de Tchaikovsky, la casa se transformaba en un lugar mágico al ponerse el sol. También

decía que sería más mágico para todos si Paul estuviera con ellos de vez en cuando.

Una parte de él se sentía culpable. Sharon… y también Madison Avenue eran las responsables. El mantra publicitario de los noventa era «la familia primero». Pero Pennsylvania Avenue también lo hacía sentir culpable. Tenía una responsabilidad con el Presidente y con la Nación. Tenía una responsabilidad con la gente cuyas vidas y cuyo bienestar dependían de su capacidad, de su buen tino. De su precisión.

Cuando aceptó ese trabajo, Sharon y él sabían cuáles eran las reglas. ¿Ella no lo había instado acaso a abandonar la política? ¿Acaso no se había quejado de que, siendo la familia del alcalde de Los Angeles, habían perdido toda intimidad… incluso cuando estaban solos y juntos? Pero lo cierto era que, hiciera lo que hiciese, Hood no era un director de escuela con los veranos libres como el padre de Sharon. Tampoco era ya un banquero que trabajaba desde las ocho y treinta hasta las diecisiete y treinta, con la ocasional cena de clientes. Ni un navegante rico e independiente, como ese tosco y soberbio empresario vitivinícola italiano, Stefano Renaldo, con quien Sharon había recorrido el mundo en barco antes de casarse con él.

Paul Hood era un hombre que disfrutaba su trabajo y la responsabilidad que conllevaba. También gozaba de las recompensas. Cada mañana despertaba en la casa silenciosa, bajaba a prepararse un café y se sentaba a beberlo en el porche, mirando hacia afuera y pensando: *Yo hice esto*.

Todos ellos disfrutaban las recompensas. Si él no trabajara tanto, no *habría* computadora ni lecciones de violín ni una hermosa casa para que lo extrañaran. Sharon tendría que trabajar todo el día en vez de aparecer con mediana regularidad en un programa televisivo de cocina. No tenía que agradecerle… ¿pero acaso tenía que condenarlo? No tenía que disfrutar su ausencia —él tampoco la disfrutaba—, pero podría facilitársela.

Todavía tenía la mano sobre el teléfono, y los ojos fijos en la mano. Los pros y los contras habían tardado apenas un instante en recorrer su pensamiento. Retiró la mano y se recostó en la silla, con expresión amarga.

No podía decir que fueran sentimientos nuevos… o profundamente enterrados. Tampoco era nueva la amargura que los seguía. Si solamente Sharon lo apoyara en vez de condenarlo… No por eso llegaría a casa más temprano. No podía. Su horario era el que era. Pero le haría sentir que tenía un verdadero hogar adonde regresar, en vez de un seminario sobre «En qué se equivoca Paul Hood».

Volvió a pensar en Nancy Bosworth. No hacía mucho tiempo había vuelto a encenderse por ella en Alemania. Ni siquiera le había importado que ella lo hubiera abandonado años atrás. Tampoco que hubiera destrozado su corazón. Cuando volvió a verla se sintió atraído porque ella lo deseaba sin peros ni críticas. Sólo decía cosas amables y elogiosas.

Por supuesto, dijo la conciencia de Hood, tomando partido por Sharon, *Nancy puede permitirse ser generosa. Ella, no tiene que vivir contigo y criar dos hijos y sufrir con ellos cuando papá, no está*.

Pero eso no modificaba el hecho de que él hubiera querido abrazar fuerte a Nancy Bosworth, y también que ella lo hiciera con idéntica fuerza. Ni que hubiera anhelado anidar entre sus brazos porque ella lo quería tener allí, y no en recompensa por haber sido bueno con sus hijos. Eso no tenía nada que ver con la pasión.

Entonces pensó en Ann Farris. La hermosa y sensual directora de prensa gustaba de él. Se preocupaba por él. Lo hacía sentir bien consigo mismo. Y él gustaba de ella. Más de una vez había tenido que resistir la tentación de inclinarse sobre el escritorio para acariciarle el cabello. Pero sabía que si alguna vez cruzaba ese límite, aun ínfimamente, no habría regreso. Todo el Op-Center lo sabría. Washington lo sabría. Incluso Sharon se enteraría.

¿Y qué?, se preguntó. *¿Qué tiene de malo dar por terminado un matrimonio que no funciona, como uno quiere?*

Las palabras martillaban su cerebro como un diagnóstico médico que no quería escuchar. Se odiaba por coquetear con la idea del divorcio, porque a pesar de todo amaba a Sharon. Y ella se había entregado a él por completo, no a Renaldo. Se había comprometido a hacer su vida *con* él, no en torno a él. Y respecto de ciertas cosas las mujeres siempre eran más posesivas que los hombres. Los hijos, por ejemplo. Eso no quería decir que ella tuviera razón y él no, o que ella fuera buena y él malo. Marcaba la diferencia, nada más. Y las diferencias podían superarse.

Su amargura se suavizó un poco al recordar que Sharon y él eran personas sumamente diferentes. Ella era soñadora y él, pragmático. Ella lo juzgaba según los parámetros de sus románticos ideales, no de la realidad. Y era hora de olvidar esas preocupaciones por el momento, porque existía una realidad que debía enfrentar. Además, precisamente *porque* eran su familia, su mujer y sus hijos lo perdonarían.

Al menos así pasaban las cosas en «El mundo según Paul».

Mike Rodgers, Bob Herbert y Ron Plummer llegaron a las 17:15. Hood los estaba esperando con la conciencia relativamente limpia y la mente casi totalmente concentrada. Plummer sería el diplomático suplente hasta que pudiera efectuarse el reemplazo oficial de Martha, lo cual no sucedería hasta que hubiera pasado la crisis. Pronto sabrían si Plummer tenía las condiciones necesarias para el trabajo. En ese caso, la entrevista previa al reemplazo sería una mera formalidad.

—Malas noticias —dijo Herbert, avanzando en su silla de ruedas automática—. Los alemanes acaban de cancelar un importante partido de fútbol que iban a jugar mañana en el Estadio Olímpico de Barcelona. Dijeron estar preocupados por el «aire de violencia» que se respira en España.

—¿La cancelación podrá considerarse como una derrota alemana? —preguntó Hood.

—Buena pregunta —dijo Herbert—. La respuesta es no, lamentablemente. —Sacó un impreso de uno de los bolsillos de su silla de ruedas—. La Federación Internacional de Futbolistas reglamenta que en una nación donde, y cito, «haya un importante disturbio en los servicios o un razonable temor por la seguridad, el equipo visitante puede solicitar que se posponga el encuentro mientras duren dichos inconvenientes». Lo que está pasando en España entra en la categoría, indudablemente.

—Cosa que, probablemente, causará mayor inquietud entre los hinchas de fútbol —dijo Plummer—… lo que a su vez hará que la situación se enrede más.

—Hasta convertirse en un ovillo sin punta, sí —replicó Herbert—. Por la mañana, el primer ministro hablará por televisión para pedirle al pueblo español que conserve la calma. Pero ya han enviado efectivos militares a las principales ciudades de tres provincias castellanas. Los castellanos nunca han querido a los catalanes y vascos que trabajan allí. Este asunto de Serrador y el grupo de San Sebastián los enardeció más allá del límite de tolerancia.

—La pregunta es: ¿cómo seguirá todo esto? —murmuró Hood.

—Sabremos más después del discurso del primer ministro —respondió Plummer.

—¿Usted qué piensa? —lo presionó Hood.

—Pienso que la situación probablemente se deteriorará —dijo Plummer—. España siempre ha sido un crisol de pueblos muy diferentes… pero no como lo fue la Unión Soviética. El caso de España, que polariza grupos étnicos, es una mixtura muy difícil.

Hood miró a Rodgers.

—¿Mike?

El general estaba apoyado contra la pared. Se irguió con dificultad debido al dolor físico.

—Los militares con quienes hablé en Portugal están muy preocupados. No recuerdan otra época en que la tensión fuera tan alta y tan pública.

—Supongo que saben que la Casa Blanca se comunicó con nuestro embajador en España —dijo Herbert—. Le aconsejaron que extremara la vigilancia en la embajada.

Hood asintió. El Director de Seguridad Nacional, Steve Burkow, había telefoneado media hora antes para avisarle que la embajada en Madrid había entrado en estado de alerta. Habían revocado los pases del personal militar y todo el personal civil había recibido la orden de permanecer en el edificio. Se temían nuevos ataques contra norteamericanos. Pero más se temía que los norteamericanos sucumbieran a la violencia generalizada que parecía a punto de estallar.

—¿La OTAN tiene jurisdicción en esto? —preguntó Hood.

—No —respondió Rodgers—. No son una fuerza policial doméstica. Lo verifiqué con el general Roche, el comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas de Europa Central. Es muy conservador. No quiere plantar la zarpa fuera de los límites.

—Si los vascos son atacados, los vascos franceses no dejarán que se mantenga como asunto interno durante mucho tiempo —intervino Plummer.

—Es verdad —dijo Rodgers—. Pero aun así la OTAN no querrá violar su mandato original, que es resolver pacíficamente las disputas entre las naciones miembro.

—Conozco a William Roche —dijo Herbert—, y no lo culpo. La OTAN todavía está pagando lo del conflicto serbio-bosnio del ’94. Los serbios violaron refugios designados por todas las partes, a pesar de la amenaza de ataques aéreos limitados de la OTAN. Si no tienes intenciones de entrar con todo lo que tienes, quédate a un costado.

—De todos modos —dijo Rodgers—, hay un tema mayor. Si Portugal o Francia o cualquier gobierno local ponen a sus tropas en estado de alerta ayudarán a precipitar la crisis.

—Los españoles son un poco tercos en cuanto a eso —dijo Herbert—. Enseguida formarán grupos e iniciarán un conflicto porque se sentirán insultados de sólo pensar que alguien *piensa* que ellos pueden iniciar algún conflicto.

—¿Estamos hablando de linchamientos? —preguntó Hood.

—Podrían atacar a ciudadanos portugueses o franceses —dijo Herbert—. En ese caso, por supuesto, los gobiernos tendrían que responder.

Hood sacudió la cabeza.

—Bienvenido al mundo de las crisis inminentes —afirmó Herbert —. Desde los disparos de mis coterráneos en Fort Sumter a la voladura del acorazado *Maine*, desde el asesinato del archiduque Fernando al bombardeo de Pearl Harbor. Dale una llama a la gente y terminarás con un horrible incendio.

—Ése es el viejo estilo —dijo Hood bruscamente—. Nuestra tarea es imaginar cómo manejar esta clase de cosas, cómo evitar las crisis. —Sus palabras sonaron más duras de lo que esperaba y Hood respiró hondo. Tenía que impedir que la frustración de su crisis personal se filtrara en su crisis profesional—. De todos modos —prosiguió—, esto nos lleva a Darrell y Aideen. Darrell recomendó que enviemos a Aideen a San Sebastián con una agente de la Interpol. Yo aprobé su decisión. Irán en misión secreta para descubrir cómo se hizo la grabación del yate, quién la hizo y por qué.

—¿Quién es la agente de Interpol? —preguntó Herbert.

—María Corneja —respondió Hood.

—Caramba —dijo Herbert—. Eso le va a doler un poco.

Hood recordó su propio encuentro con su ex amante.

—Tendrán un mínimo de contacto —aseguró—. Darrell podrá manejarlo.

—A ella es a quien va a dolerle —dijo Herbert—. Corneja podrá manejar ese asunto tal como los castellanos manejan a los catalanes.

Era una broma, pero estaba de más. María se había enamorado de McCaskey. Ese romance, ocurrido hacía dos años, había ocasionado casi tantos debates como la primera crisis del Op-Center: la búsqueda y desactivación de una bomba terrorista a bordo de la nave espacial *Atlantis*.

—Eso no me preocupa —dijo Hood—. Lo que me preocupa es que Aideen tenga una estrategia de salida si algo anda mal. Llegarán a San Sebastián esta misma noche. Darrell dice que en Interpol están preocupados por lo mismo que ha venido enloqueciendo a toda la policía española: las lealtades étnicas dentro de la organización.

—Eso significa que Aideen y María tendrán que arreglarse solas —dijo Rodgers.

—Casi siempre —admitió Hood.

—En ese caso, creo que debemos mandar al Striker —prosiguió Rodgers—. Puedo hacerlos bajar en el aeropuerto de la OTAN, en las afueras de Zaragoza. Allí estarán aproximadamente cien millas al sur de San Sebastián. El coronel August conoce muy bien la región.

—De acuerdo —dijo Hood—. Ron, tendrás que llevar esto al CIOC. Quiero que Lowell trabaje contigo en este asunto.

Plummer asintió. Martha Mackall siempre había manejado el CIOC de acuerdo con su criterio personal. Pero el abogado del Op-Center, Lowell Coffey, conocía bien al grupo y brindaría a Plummer toda la ayuda que necesitara.

—¿Algo más? —preguntó Hood.

Todos negaron con la cabeza. Hood les agradeció y acordaron volver a reunirse a las seis y treinta, justo antes del recambio nocturno. Aunque el personal diurno permanecía oficialmente a cargo mientras ellos estuvieran en el edificio, la presencia de los reemplazos les permitía descansar si la situación se prolongaba durante toda la noche. Hood sentía que era su deber permanecer en su puesto hasta que las cosas se estabilizaran o escaparan de control y desencadenaran una guerra.

Mi deber, pensó. Cada persona tenía una idea diferente acerca del deber y a quién se debía obediencia y lealtad. Para Hood, el límite del deber era su país. Sentía eso desde que había visto morir por primera vez a Davy Crockett en el Álamo, en un *show* televisivo de Walt Disney. Lo había sentido al ver por televisión a los astronautas volando al espacio durante los Proyectos Géminis, Mercurio y Apolo. Sin esa clase de sacrificio y devoción no habría país. Y sin un país seguro y próspero los chicos no tendrían futuro.

La clave no era convencer a Sharon de eso. Ella era una mujer astuta, inteligente. La clave era convencerla de que su sacrificio valía la pena.

No podía dejar las cosas así. Obrando contra lo que le parecía más acertado, Hood levantó el teléfono y llamó a su casa.

13

Martes, 0:24hs. Madrid, España

Los pequeños ojos de Isidro Serrador se endurecieron como piedras al ver entrar a los hombres.

Estaba nervioso y extenuado. No estaba seguro del motivo de su detención y no tenía idea de qué esperar. ¿Lo habrían vinculado de alguna manera con la muerte de la diplomática norteamericana? Los únicos que lo sabían eran Esteban Ramírez y sus camaradas. Y si ellos lo traicionaban, él los traicionaría a su vez. No tenía el menor sentido.

No reconoció a los hombres. Sabía —por las jinetas sobre las mangas de los uniformes marrones— que uno era general del ejército y el otro general de división. Y también sabía —por la piel trigueña, el cabello oscuro, los grandes ojos negros y la complexión delgada— que el general era de ascendencia castellana.

El general de división se detuvo a varios pasos de distancia. Cuando el general se acercó lo suficiente, Serrador pudo leer las letras blancas de la pequeña placa negra adherida al bolsillo del pecho de su uniforme: «Amadori».

Amadori levantó su blanca mano enguantada. Sin darse vuelta, le hizo un gesto crispado al general de división. El oficial apoyó un grabador sobre la mesa. Después salió, cerrando la puerta tras él.

Serrador miró a Amadori. No pudo descubrir nada en el rostro del general. Era perfectamente impávido e inexpresivo. Todo líneas

formales, como los pliegues de su uniforme.

—¿Estoy arrestado? —preguntó finalmente Serrador, sin perder la calma.

—No. —La voz y los modales de Amadori eran severos… igual que su rostro enjuto, igual que su uniforme impecable, igual que el cuero crujiente y tenso de sus botas nuevas y sus pistoleras gemelas.

—¿Entonces qué está pasando? —exigió Serrador, sintiéndose más a gusto—. ¿Qué hace un oficial del ejército en la estación de policía? ¿Y qué es esto? —Señaló desdeñosamente el grabador con su dedo regordete—. ¿Acaso me está interrogando? ¿Espera que diga algo importante?

—No —replicó Amadori—. Espero que escuche.

—¿Que escuche qué?

—Una grabación que fue emitida por radio hace poco. —Amadori se acercó a la mesa—. Cuando la haya escuchado, tendrá dos opciones: salir de aquí caminando o usar esto. —Sacó de su pistolera la Llama M-82 DA, una Parabellum de 9 × 19mm. Como quien no quiere la cosa, la arrojó al regazo de Serrador, quien la atajó automáticamente y, después de comprobar que no tenía cartucho, la apoyó sobre la mesa.

Había una especie de náusea súbita en el murmullo de Serrador.

—¿Usar eso? —farfulló—. ¿Está loco?

—Escuche la grabación —dijo Amadori—. Y al hacerlo tenga presente que los hombres que escucha se han unido a la diplomática norteamericana en el reino de los benditos. Aparentemente, conocerlo a usted es muy peligroso, diputado Serrador. —Amadori se acercó más y sonrió por primera vez. Se inclinó hacia Serrador y habló casi en un susurro—. También tenga presente esto: su intento de tomar el gobierno de España fracasó. El mío no fallará.

—El suyo —dijo Serrador con voz cansada.

La delgada sonrisa de Serrador se ensanchó.

—Un plan castellano.

—Permítame unirme a usted —le espetó Serrador—. Soy vasco. Esos hombres, los catalanes… jamás quisieron que participara de su plan. Sólo les convenía por mi puesto político. Era un empleado, no un igual. Permítame trabajar con usted.

—No hay lugar para usted —dijo Amadori con frialdad.

—Tiene que haber. Tengo excelentes conexiones. Soy poderoso.

Amadori se irguió y alisó el borde de su chaqueta. Indicó con un gesto el grabador.

—Lo era.

Serrador miró el aparato. La transpiración le empapaba las axilas y el labio superior. Apretó el botón *play* con su dedo regordete.

¿Y el chofer de Madrid?, escuchó decir a alguien. Parecía Carlos Saura, el director del Banco Moderno. *¿También se irá de España?*

No. El chofer trabaja para el diputado Serrador. Ése era Esteban Ramírez, el muy miserable. Serrador escuchó unos minutos más. Los hombres hablaban del auto y decían que el diputado era vasco. Un vasco *ambicioso* y dispuesto a hacer cualquier cosa por la causa y por sus propios intereses.

El estúpido y descuidado bastardo, pensó Serrador. Apagó el grabador y se cruzó de brazos. Miró a Amadori.

—Esto no significa nada —dijo—. ¿No ve? Está destinado a desacreditarme por mi ascendencia. Es una extorsión.

—Esos nombres no sabían que los estaban grabando —le informó Amadori—. Y su chofer ya ha confesado su participación en el hecho a cambio de inmunidad judicial.

—Miente —dijo Serrador con tono de desprecio. Algo le obstruía la garganta. Tragó—. Todavía tengo electores fuertes y leales. Remontaré esto.

Amadori recuperó la sonrisa.

—No, no podrá.

—¡Cerdo piojoso! —Serrador enrojeció súbitamente: el miedo había dado paso a la indignación—. ¿Quién es usted? —Era una imprecación, no una pregunta—. Me trae aquí de noche tarde y me

obliga a escuchar una grabación de fidelidad cuestionable. Luego me acusa de traidor. Lucharé por mi vida y por mi honor. Y le aseguro que no ganará la partida.

Amadori suspiró.

—Pero si ya la he ganado.

Retrocedió un poco, sacó su propia arma y extendió el brazo. La pistola apuntaba directo a la frente de Serrador.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Serrador. Tenía el estómago blando. El sudor le bañaba la frente.

—Usted me quitó la pistola —dijo Amadori—. Y me amenazó.

—*¿Qué?* —Serrador miró el arma. Y entonces comprendió lo que había pasado, y supo por qué lo habían llevado allí.

Tenía razón. Bien podría haber dicho que los catalanes lo habían engañado. Que habían sobornado a su chofer para que testimoniara contra él. Si le hubieran permitido defenderse, podría haber persuadido a los españoles de que no tenía nada que ver con la muerte de la norteamericana. Con la ayuda de un abogado inteligente, habría convencido al tribunal de que lo habían embaucado. De que todo se reducía a poner al pueblo en su contra… y en contra de sus votantes vascos. Después de todo, Ramírez y los demás estaban muertos. Ya no podían defenderse.

Pero no era eso lo que quería Amadori. Necesitaba que Serrador fuera lo que era en realidad: un vasco que se había unido a los catalanes para derrocar al gobierno español. Amadori necesitaba un traidor vasco para seguir con su plan.

—Espere un momento… por favor —dijo Serrador.

Clavó sus aterrados ojos en la pistola sobre la mesa. La había tocado. Otra cosa necesaria para el general. Sus huellas en la maldita…

El general apretó el gatillo. La cabeza apenas girada de Serrador saltó hacia atrás cuando la bala le atravesó la sien. Murió antes de que su cerebro pudiera procesar el dolor, antes de que el sonido del disparo llegara a sus oídos.

La fuerza del impacto lo hizo caer al suelo. Antes de que muriera el sonido del disparo, Amadori retiró la pistola de la mesa, le puso un cartucho lleno y la apoyó en el piso, junto a Serrador. Se quedó mirando cómo la sangre de Serrador formaba un halo rojo bajo su cabeza.

Un momento después, los ayudantes del general y algunos oficiales de policía irrumpieron en el pequeño despacho. Un robusto inspector de policía se paró a su lado.

—¿Qué pasó? —preguntó el inspector.

Amadori guardó su pistola.

—El diputado me quitó el arma —dijo serenamente, señalando la pistola junto al cadáver—. Temí que intentara tomar rehenes o escapar.

El inspector observó el cadáver y después miró fijamente al general.

—Habrá que investigar esto, señor.

El rostro de Amadori era impasible.

—¿Dónde estará… para poder interrogarlo? —preguntó el inspector.

—Aquí —respondió Amadori—. En Madrid. Con mis hombres.

El inspector se dirigió a los hombres que lo acompañaban.

—¿Sargento Blanco? Llame al comisionado e infórmele lo ocurrido. Dígale que espero instrucciones. Y que él se encargue de la prensa. ¿Sargento Sebares? Notifique al forense. Que se ocupe del cuerpo.

Los dos hombres hicieron la venia y salieron. Amadori los siguió lentamente, seguido a su vez por el general de división.

También por las miradas de los hombres que evidentemente le temían, creyeran o no su versión de los hechos. Hombres que aparentemente se sentían testigos de una purga. Hombres que

acababan de ver cómo un militar daba los primeros, audaces pasos para convertirse en dictador militar.

14

Martes, 2:00hs. Madrid, España

Cuando Aideen, Luis García de la Vega y Darrell McCaskey llegaron en un automóvil sin patente de la Interpol, María Corneja ya los estaba esperando en un oscuro y herboso rincón del aeropuerto. El helicóptero que los trasladaría al norte del país se hallaba a unas doscientas yardas, sobre la pista.

El tráfico aéreo era extremadamente liviano. En el discurso que daría al país dentro de seis horas, el primer ministro anunciaría que los vuelos a y desde Madrid serían disminuidos en un sesenta y cinco por ciento para garantizar la seguridad de los aviones que dejaran el aeropuerto de Barajas. Pero los gobiernos extranjeros habían sido informados de esta decisión poco después de la medianoche, y ya habían comenzado a cancelar o modificar las rutas de los vuelos.

Aideen había vuelto a su cuarto en el hotel para juntar algunas ropas y avíos turísticos… incluyendo su cámara y su grabador *walkman*, que podría utilizar para tareas de reconocimiento. Después había ido a los cuarteles generales de Interpol con Luis, mientras McCaskey telefoneaba a Paul Hood. Una vez en Interpol, Luis estudió los mapas de la región, hizo un breve resumen del carácter de los españoles del norte y le transmitió toda la información de inteligencia de última generación. Luego volvieron al hotel, recogieron a McCaskey —que había obtenido la aprobación de Hood

para la participación de Aideen en la misión— y se dirigieron al aeropuerto.

Aideen no sabía qué esperar de María. No conocía nada de ella, excepto lo poco que le había dicho Darrell en el hotel. No sabía si la recibiría con los brazos abiertos, o si el hecho de ser mujer y norteamericana iría a favor o en contra suyo.

María fumaba, sentada a horcajadas de su bicicleta de diez velocidades. Arrojó el cigarrillo al asfalto y abandonó de un salto el sillín de la bicicleta. Se acercó caminando, lentamente, con la cómoda gracia de una atleta. Medía aproximadamente un metro sesenta, pero parecía más alta por su manera de erguir el mentón: alto y firme. Su largo cabello cobrizo le cubría el cuello y ondeaba al viento. Llevaba abiertos los dos botones superiores de su camisa de algodón, dejando a la vista un suéter de lana verde, y los bajos de sus ajustadísimos *jeans* iban metidos a presión en unas trajinadas botas de vaquero. Sus ojos azules apenas se detuvieron en Luis y Aideen, pero miraron fijamente a McCaskey.

—Buenas noches —le dijo con voz ronca.

Aideen no sabía si eso pretendía ser un saludo o un gesto de desprecio. Obviamente, McCaskey tampoco estaba seguro. Se quedó parado junto al automóvil, envarado y con expresión vacua. Luis se había opuesto a que viniera al aeropuerto, pero él había insistido, diciendo que era su deber ver partir a Aideen rumbo a su misión.

Observaron a María, que se acercaba. Sus ojos no parpadeaban ni se dulcificaban. Luis tomó a Aideen del brazo y avanzo en dirección a María, arrastrándola.

—María, ésta es Aideen Marley. Trabaja para el Op-Center y estuvo presente en el atentado.

Los ojos hundidos de María se fijaron en Aideen, pero sólo por un instante. Siguió de largo y se paró frente a Darrell.

—María, Aideen te acompañará a San Sebastián —gritó Luis.

La mujer, de treinta y ocho años, asintió. Pero no apartó los ojos de McCaskey. Sus caras estaban a milímetros de distancia.

—Hola, María —dijo McCaskey.

María respiraba lentamente. Sus tupidas cejas formaban una línea dura y rígida, semejante a un malecón. Sus pálidos y sensuales labios formaban otra.

—Recé para no volver a verte jamás —musitó. Su acento, como su voz, era denso y profundo.

El rostro de McCaskey se endureció.

—Veo que no rezaste lo suficiente —farfulló.

—Tal vez no —replicó ella—. Llorar me llevaba demasiado tiempo.

Esta vez, McCaskey no respondió.

María lo miró de arriba abajo. Impávida. A Aideen le pareció que buscaba algo. ¿El hombre que había amado, el recuerdo que tantas veces había odiado? ¿O acaso buscaba otra cosa? Algo que reviviera su furia. La visión de unos brazos, un pecho, unos muslos y unas manos que alguna vez había besado y acariciado.

Un momento después, María giró sobre sus talones y volvió a su bicicleta. Sacó su mochila de la canasta, detrás del asiento.

—Guárdamela, Luis —dijo, señalando la bicicleta. Se acercó a Aideen y le tendió la mano—. Perdón por mi rudeza, señorita Marley. Soy María Corneja.

Aideen le estrechó la mano.

—Llámeme Aideen.

—Me alegra conocerte, Aideen —dijo María. Miró a Luis—. ¿Necesito saber algo más?

Luis negó con la cabeza.

—Ya conoces las reglas. Si pasa algo, te llamaré al celular.

María asintió y miró a Aideen.

—Vamos —dijo, yendo hacia el helicóptero. No volvió a mirar a McCaskey.

Aideen se colgó la mochila del hombro y la siguió velozmente.

—Buena suerte a ambas —dijo McCaskey, al verlas pasar junto a él.

Aideen fue la única que se dio vuelta y agradeció el buen deseo.

El piloto del helicóptero Kawasaki encendió los motores al ver acercarse a las dos mujeres. Aunque era obvio que no podían conversar sobre el intenso ruido, Aideen sintió que el amargo silencio entre ambas era sumamente inquietante. También se sentía tironeada internamente. Como colega de McCaskey, pensaba que debía decir algo en su defensa. Pero como mujer sentía que también tendría que haberlo ignorado… y, perdida en esas cavilaciones, maldijo en silencio a todos los hombres. Maldijo a su padre por haber sido un alcohólico abusivo. Maldijo a los narcotraficantes que arruinaban vidas y familias y dejaban tendales de huérfanos y viudas en México. Maldijo al ocasional pretendiente que se comportó como un caballero sólo para —y hasta— llegar a la intimidad.

Treparon a bordo del helicóptero y en menos de un minuto estuvieron en el aire. Se sentaron muy juntas en la pequeña y ruidosa cabina. El silencio continuó cubriéndolas como un manto, hasta que finalmente Aideen se hartó.

—Entiendo que no trabajó para la policía durante un tiempo —dijo—. ¿Qué estuvo haciendo?

—Dirigí un teatrito en Barcelona —replicó María—. Me dediqué a esquiar para estimular la adrenalina. Por la misma razón actué en algunas obras. Siempre me gustó actuar, por eso me encantaba ser agente encubierto.

El tono de su voz era cálido, sus ojos no estaban a la defensiva. Los recuerdos que la habían perturbado en el aeropuerto se habían esfumado.

—¿Era ésa su especialidad? —preguntó Aideen.

María asintió.

—Es muy teatral y es lo que más disfruto. —Palmeó su mochila —. Hasta los códigos están sacados de obras de teatro. Luis utiliza números que refieren a actos, escenas, líneas y palabras. Cuando trabajo fuera de la ciudad me los dice por teléfono. Cuando trabajo en la ciudad suele dejarme pedazos de papel bajo las piedras. A veces incluso los escribe en las paredes, como *graffiti*. Una vez me

dejó… ¿cómo los llaman ustedes? Números de pasatiempos en una cabina telefónica.

—Así los llaman en los Estados Unidos —dijo Aideen.

María sonrió apenas, por primera vez. Y esa sonrisa borró las últimas huellas de su enojo. Aideen también le sonrió.

—Has tenido un día terrible —dijo María—. ¿Cómo te sientes?

—Bastante shockeada, a decir verdad —replico Aideen—. Creo que todavía no cayó la ficha.

—Conozco esa sensación —dijo María—. A pesar de ser tan contundente, la muerte nunca parece del todo real. ¿Conocías a Martha Mackall?

—No mucho —respondió Aideen—. Trabajé con ella sólo un par de meses. No era una mujer fácil de llegar a conocer.

—Es verdad —dijo María—. Cuando yo vivía en Washington, nos vimos varias veces. Era inteligente, pero también muy formal.

—Así era Martha —coincidió Aideen.

Tras haber mencionado su estadía en Washington, María volvió a ensombrecerse. Su débil sonrisa se evaporó. Sus ojos se oscurecieron bajo las cejas.

—Lamento lo que pasó en el aeropuerto —murmuró María.

—No te preocupes —dijo Aideen.

María miró al frente.

—Mack y yo estuvimos juntos un tiempo —prosiguió, como si Aideen no hubiera hablado—. Era más cariñoso y entregado que ningún hombre que yo hubiera conocido antes. Pensábamos quedarnos juntos para siempre. Pero él quería que yo dejara mi trabajo. Decía que era demasiado peligroso.

Aideen empezó a sentirse incómoda. Las mujeres españolas hablaban abiertamente de sus vidas con los extraños. Las damas bostonianas jamás se permitían algo semejante.

María bajó la vista.

—También quería que dejara de fumar. Según él, me hacía mal. Quería que me gustara el *jazz* más de lo que me gustaba. Y el fútbol

de los Estados Unidos. Y la comida italiana. Amaba apasionadamente todas sus cosas, yo incluida. Pero como no podía compartirlas tal como deseaba, un buen día decidió que prefería estar solo antes que decepcionado. —Miró a Aideen—. ¿Te das cuenta?

Aideen asintió.

—No espero que lo critiques —dijo María—. Trabajas con él. Pero quería que supieras qué fue lo que pasó… porque también trabajarás conmigo. Recién me enteré de que él estaba aquí cuando supe que vendrías conmigo. Fue algo difícil de aceptar… esto de volver a verlo.

—Comprendo —dijo Aideen. Tuvo que gritar para que María la escuchara por encima del estruendo de la hélice.

María esbozó una semisonrisa.

—Luis me dijo que atrapaste a varios narcotraficantes en México. Eso requiere coraje.

—A decir verdad —dijo Aideen— requirió indignación, no coraje.

—Eres demasiado modesta —le espetó María.

Aideen negó con la cabeza.

—Soy fiel a la verdad. Cuando era niña, las drogas destruyeron mi vecindario. La cocaína mató a una de mis mejores amigas. La heroína se llevó a mi primo Sam, quien también era el brillante organista de nuestra iglesia. Murió en la calle. Cuando tuve suficiente experiencia, quise hacer algo más que levantar las manos al cielo y quejarme.

—Yo sentía lo mismo respecto del crimen —dijo María—. Mi padre tenía un cine en Madrid. Lo asesinaron durante un asalto. Pero nuestros deseos no hubieran sido más que eso, deseos, de no haber estado respaldados por el coraje y la resolución. Y la astucia —agregó—. O la tienes o la adquieres. Pero, sea como sea, la necesitas.

—Me parece bien lo de la resolución y la astucia —dijo Aideen—, pero falta una cosa. Para poder aprender, hay que aprender primero a sofocar el reflejo de la repulsa.

—No comprendo.

—Hay que reprimir las emociones personales —explicó Aideen—. Así pude recorrer las calles como agente encubierto… y observar desapasionadamente y aprender. De lo contrario, te pasas el tiempo odiando. Tienes que fingir que no te importa cuando hablas con los contactos y aprendes los nombres de las «firmas» que representan. En la ciudad de México estaban las Nubes, que vendían marihuana. Los Piratas, que vendían cocaína. Los Ángeles, que vendían *crack*. Los Jaguares, que vendían heroína. Hay que aprender la diferencia entre consumidores y adictos.

—Los adictos son siempre lobos solitarios, ¿no?

Aideen asintió.

—Es igual en todo el mundo —dijo María.

—Y los consumidores siempre andan en grupo. Hay que aprender a reconocer a los *dealers* aunque no abrieran la boca. Hay que saber a quién seguir, quién es el tipo más importante. Los *dealers* eran los que llevaban las mangas de la camisa arremangadas… ahí guardaban el dinero de las ventas. En los bolsillos llevaban cuchillos o pistolas. Pero siempre tuve miedo, María. Miedo por mi vida y miedo por lo que iba a saber sobre la vida clandestina de otros. Si no hubiera estado furiosa por la destrucción de mi antiguo vecindario, si no me hubieran conmovido las familias de las almas perdidas que iba encontrando en el camino, jamás podría haber hecho lo que hice.

María le dedicó una ancha sonrisa. Una sonrisa exquisita, llena de respeto y promesas de futura camaradería.

—El coraje sin miedo es estupidez —dijo María—. Sigo creyendo que tuviste coraje y hasta te admiro más, si cabe. Vamos a ser una excelente dupla.

—Hablando de eso —dijo Aideen—, ¿cuál es el plan cuando lleguemos a San Sebastián?

Estaba ansiosa por cambiar de tema. Siempre se sentía incómoda cuando hablaban de ella.

—Lo primero que haremos será ir a la estación de radio —le dijo María.

—¿Como turistas? —preguntó Aideen, perpleja.

—No. Tenemos que averiguar quién les entregó la grabación. Cuando lo sepamos, encontraremos a esa o esas personas y las vigilaremos vestidas de turistas. Sabemos que los hombres asesinados estaban planeando una conspiración. Lo que necesitamos saber es si murieron por luchas internas o porque alguien descubrió su plan. Alguien que todavía no hemos detectado.

—Lo cual quiere decir que no sabemos si es amigo o enemigo.

Correcto —dijo María—. Como en tu gobierno, en España hay muchas facciones… que no necesariamente comparten información con otras facciones.

Mientras María hablaba, el piloto puso el piloto automático y se echó hacia atrás, quitándose los auriculares.

—¿Agente Corneja? —gritó—. Acabo de recibir un mensaje deljefe. Dice que le comunique que Isidro Serrador fue muerto esta misma noche en la estación municipal de policía, en Madrid.

—¿Cómo?

—Le dispararon cuando trataba de quitarle el arma a un oficial del ejército.

—¿A un oficial del ejército? —preguntó María—. Este caso no pertenece a la jurisdicción militar.

—Ya lo sé —dijo el piloto—. El jefe está averiguando quién fue el que lo mató, y qué estaba haciendo allí.

María le dio las gracias y el piloto retomó el control del helicóptero.

—Algo anda muy, pero muy mal aquí —dijo gravemente María, mirando a Aideen de soslayo—. Tengo la sensación de que lo que le ocurrió a la pobre Martha fue sólo el primer disparo de lo que va a ser un muy largo y mortífero pelotón de fusilamiento.

15

Martes, 2:55hs. San Sebastián, España

La *familia*, es una institución que data de fines del siglo XIX. Forma parte de la misma cultura mediterránea que dio origen a familias criminales en Sicilia, Turquía y Grecia. La variedad creada por los españoles implicaba que los miembros debían lealtad a su empleador legítimo, generalmente dueño de una fábrica o grupo laboral, como albañiles o heladeros. A fin de mantener inmaculadas las manos del patrón, se seleccionaba y entrenaba una cuadrilla de hombres para protegerlo contra actos de violencia o sabotaje y a su vez ejecutar la misma clase de acciones contra sus rivales. Los objetivos eran casi siempre lugares comerciales: los ataques contra las casas y los miembros de la familia se consideraban indignos de hombres civilizados. De vez en cuando, los miembros de una *familia*, participaban de operaciones de contrabando o extorsiones, aunque era bastante inusual.

A cambio de sus servicios, los miembros de la *familia*, recibían en ciertas oportunidades recompensas extraordinarias. Tal vez educación universitaria para sus hijos. No obstante, por lo general su lealtad sólo merecía el agradecimiento del empleador y les garantizaba trabajo de por vida.

Juan Martínez pensaba que el atentado contra el yate no había sido un acto civilizado. Ciertamente, su alcance no tenía paralelo: tantos miembros de la *familia*, muertos de golpe. Juan nunca había

temido la violencia durante sus años de servicio al señor Ramírez. La violencia en las empresas navieras o pesqueras, sobre todo en los primeros años, iba generalmente dirigida a las embarcaciones, maquinarias o edificios. En una o dos oportunidades habían atacado a obreros, pero jamás a los dueños ni a los gerentes de mayor jerarquía. Lo que había pasado esa noche merecía una respuesta contundente. Juan, un chico de la calle de Manresa que había trabajado doce años para el señor Ramírez, estaba dispuesto a darla. Pero primero necesitaba encontrar un blanco. La estación local de radio era un buen lugar para ir a buscarlo.

Se dirigió a la radio, acompañado por tres compañeros de tareas. La estación se hallaba emplazada en la cima de una colina de novecientos pies de altura, una de las tres localizadas al norte de la bahía de la Concha, en San Sebastián. Un angosto camino pavimentado llevaba hasta la mitad de la ladera. Cerca de la cima, habían levantado un enclave de costosas viviendas cercadas que miraban a la bahía.

¿Cuántos cabezas de familia vivirán aquí?, se preguntó Juan, que viajaba en el asiento del acompañante. Llevaba una mochila que había preparado en la fábrica. Nunca había subido allí antes y la vista de la costa, espectacular y serena, lo hacía sentir incómodo. Él era un hombre que disfrutaba del trabajo y la actividad. Allí se sentía tan fuera de lugar como se hubiera sentido en los jardines iluminados por la luna que se veían al pasar junto a las cercas.

Un camino de tierra más angosto, típico recorrido de motocicletas y caminantes, conducía hasta la cima. Una vuelta de la colina bloqueaba la vista de la bahía, y las hierbas no eran prolijas y exuberantes sino achaparradas y esparcidas. A esta clase de lugar pertenecía Juan. Miró el camino que subía hacia el edificio bajo de ladrillos en la cima. Estaba rodeado por un cerco de cadenas de ocho pies de alto, con alambre de púas en el extremo superior.

La Radio Nacional del Público era una pequeña estación de 10 kw que llegaba hasta Pamplona en el sur, y hasta la ciudad francesa de

Burdeos en el norte. Habitualmente, la RNP transmitía música, noticias y servicio meteorológico local durante el día, y temas de interés para la población vasca durante la noche. Sus dueños eran confesos separatistas vascos que habían soportado ataques armados y una bomba incendiaria. Por eso el edificio estaba protegido detrás de la cerca fortificada. La antena de transmisión se erguía justo en el centro del techo. Era una alta y esquelética espiral hecha de vigas blancas y rojas. Tenía aproximadamente ciento cincuenta pies de altura y estaba coronada por una titilante luz roja.

El chofer de la *familia*, Martín, había apagado las luces del auto. Frenó a unas trescientas yardas del portón y estacionó sobre la cumbre abovedada de la colina. Los cuatro nombres abandonaron el vehículo. Juan sacó una bicicleta del baúl, se colgó la mochila del hombro y bañó su rostro con el agua de una botella. El agua corrió como sudor por sus mejillas y su garganta. Después avanzó decidido hacia el portón. Los otros tres activaron los silenciadores de sus pistolas y lo siguieron, conservando una prudente distancia. Juan hacía bastante ruido al caminar, en parte para cubrir los pasos de los otros y en parte para estar seguro de que lo escucharan llegar.

Tal como esperaba, había guardias dentro del perímetro. Tres hombres con pistolas, no profesionales de la seguridad. Indudablemente los habían mandado a vigilar la estación después de la transmisión. Juan y sus compañeros habían decidido de antemano que si había algunas personas patrullando el terreno, tendrían que deshacerse de ellos silenciosa y simultáneamente.

Se obligó a relajarse. No podía permitir que los hombres lo vieran titubear. Ésta era su operación y no quería que los otros miembros de la *familia* pensaran que estaba nervioso.

Se detuvo al ver el portón.

—Hijo de puta —gritó.

Uno de los guardias lo escuchó y se acercó rápidamente, cubierto por los otros dos.

—¿Qué quieres? —preguntó el guardia. Era un hombre muy alto y descarnado, con una mata enrulada de finísimo cabello oscuro.

Juan se quedó inmóvil largo rato, aparentemente pasmado.

—Quiero saber dónde diablos estoy.

—¿Dónde diablos quieres estar? —preguntó el guardia.

—Estoy buscando el campamento Iglesias.

El guardia soltó una risotada estúpida y triste.

—Me temo que tienes un largo camino por delante —bufó—. O, para decirlo con mayor exactitud, a tus espaldas y al este.

—¿Qué dices?

El guardia apuntó el pulgar hacia la derecha.

—Digo que el campamento está en la cima de aquella colina, la del…

Se escuchó una sorda serie *depop-pop-pops* cuando los otros miembros de la *familia* empezaron a disparar contra los guardias, que cayeron silenciosamente con sus frentes ornadas por crudos agujeros rojos.

Los miembros de la *familia* se acercaron y Juan bajó de la bicicleta, tiró la mochila a un costado y se puso a trabajar.

La mejor manera de entrar era anunciarse por el intercomunicador y esperar que abrieran el portón por control remoto. Pero no era una opción ni tampoco la única manera de entrar. Juan sacó de la mochila un trapo y una palanca de hierro. Tenía la camiseta empapada de sudor y el aire frío lo hizo temblar mientras trepaba la cerca, a la izquierda del portón.

Arrojó la barra al otro lado, sosteniendo la otra punta de la camisa con la mano libre. La camisa aterrizó sobre el alambre de púas. Juan introdujo el índice y el dedo medio a través del eslabón más próximo, aferró la manga de la camisa y la hizo deslizarse. Después sacó la barra de hierro e hizo un nudo con las mangas de la camisa. Cuando terminó, sacó la camisa de Fernando, el musculoso guardia nocturno. Repitió el procedimiento, de modo que hubiera dos capas de tela sobre el alambre de púas. Cuando termino, los

tres hombres restantes treparon por la zona segura que había creado en el extremo superior del cerco. Se dejaron caer silenciosamente en el perímetro y esperaron un momento para estar seguros de que nadie los hubiera oído. Cuando estuvieron seguros, avanzaron velozmente hacia la puerta metálica de la entrada. Caminaban con cuidado, atravesando la zona abierta en un relativo silencio.

Los otros tres hombres también portaban barras de hierro, y Fernando tenía un revólver .38 en el bolsillo derecho del pantalón. En el izquierdo llevaba municiones extra, envueltas en un pañuelo para evitar que tintinearan. Juan y los suyos no querían matar más gente. Pero después de lo que le habían hecho al señor Ramírez no vacilarían en hacer lo que fuera necesario para llevar a cabo su misión.

Sabían que la puerta estaría cerrada y habían hecho el plan teniendo en cuenta este aspecto. Juan era el más alto de los cuatro: colocó su barra en el extremo superior izquierdo de la puerta, entre la hoja y el marco. Martín se agachó y metió la barra en el extremo inferior izquierdo. Sancho insertó la suya a la izquierda del picaporte. Fernando sacó el revólver del bolsillo y retrocedió, listo para disparar en caso de que los atacaran.

Los tres hundieron las puntas de sus barras lo más posible. Si no lograban abrirla al primer intento, volverían a empujarlas al unísono y lo intentarían otra vez. Suponían que con dos intentos bastaría. Martín, que había trabajado en la construcción, decía que aunque la puerta tuviera doble cerrojo los marcos no estarían reforzados con acero. Según él, el metal podría interferir las transmisiones radiales.

Juan contó hasta tres y empujaron con fuerza. El marco se resquebrajó en varios lugares y la puerta se abrió de par en par al primer intento. En cuanto Fernando les indicó que no había moros en la costa, entraron corriendo.

Adentro había tres personas. Un hombre en una cabina a prueba de sonido y dos personas, un hombre y una mujer, sentados frente

al panel de control. Tal como habían planeado, Martín buscó la caja de fusibles. La encontró enseguida y cortó la electricidad. La radio murió antes de que el locutor pudiera informar lo que estaba pasando. A la luz de las dos lámparas de emergencia que pendían del cielo raso, Juan y Sancho corrieron hacia los técnicos y los tomaron del cuello. Ambos cayeron al suelo, la mujer gimiendo y el hombre intentando resistirse. Mientras Fernando los cubría, Juan entró a la cabina y se acercó lentamente al locutor.

—Quiero saber quién te dio la grabación que pasaste hoy temprano —dijo.

El esbelto joven, barbudo e indignado, se recostó en su silla giratoria.

—Te lo preguntaré una vez más —insistió Juan, levantando la barra de hierro—. ¿Quién te dio esa grabación?

—No sé quién era —dijo el hombre. Su voz sonaba alta y chillona. Se aclaró la garganta—. No lo sé.

Juan incrustó la barra en el tríceps izquierdo del joven. El muchacho le aferró el brazo y quedó boquiabierto, lanzando aire como un horno. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Quién te dio la cinta? —repitió Juan.

El locutor trató de cerrar la boca. No pudo. La silla se estrelló contra la pared y quedó inmóvil.

Juan no lo abandonó. Miró los dedos de la mano derecha del hombre, clavados en su brazo. Volvió a revolear la barra, esta vez contra los dedos.

La barra de hierro se estrelló contra el dorso de la mano, justo debajo de los nudillos inferiores. Se oyó un crujido, semejante al de los huesos secos de un pollo. La mano cayó sobre el regazo del locutor. La sangre se acumuló e hizo que la piel se hinchara. Esta vez, la víctima pudo gritar.

—¡Adolfo! —gritó con su ancha boca abierta.

—¿Quién?

—¡Adolfo Alcázar! ¡El pescador!

El joven le dio la dirección de Alcázar, y Juan le dio las gracias. Después volvió a golpearlo con la barra, lo suficientemente fuerte como para romperle la mandíbula. Cruzó una rápida mirada con Martín y Sancho. No había tiempo para chequear teléfonos celulares y Juan no quería que nadie llamara al pescador para prevenirlo.

Cinco minutos después los cuatro miembros de la *familia* estaban nuevamente en el camino, rumbo a San Sebastián.

16

Lunes, 20:15hs. Washington D.C.

Hood llamó a su casa, pero ni Sharon ni los chicos atendieron el teléfono. Después de cuatro timbrazos, le respondió el mensaje del contestador automático; era el que había grabado Harleigh el día anterior.

—Hola. Usted se ha comunicado con la casa de la familia Hood. En este momento no estamos. Pero no le pediremos que deje un mensaje, porque si no sabía que no estaríamos en casa, es precisamente porque no queremos hablar con usted.

Hood suspiró. Les había pedido a sus hijos que no dejaran mensajes tan desagradables. Tal vez debería insistir más al respecto. Sharon siempre decía que no era lo suficientemente estricto con ellos.

—Hola, chicos, soy yo —dijo Hood. El tono de su voz era difícil, forzado—. Lamentablemente tendré que quedarme en la oficina hasta tarde. Espero que hayan tenido un buen primer día de vacaciones primaverales, y que hayan ido al cine o al *shopping* o a algún lugar divertido. Sharry, ¿podrías llamarme cuando regresen? Gracias. Los quiero mucho. Hasta pronto.

Hood sintió un ramalazo de desesperación al cortar. Necesitaba hablar con Sharon. Odiaba esa barrera que se había levantado entre ellos y quería que las cosas mejoraran. O al menos hacer las paces hasta poder sentarse y hablar con ella… y hacer que las cosas

mejoraran. Llamó al celular de Sharon, pero también fue derivado al contestador automático. Decidió no dejar mensaje.

Recién había cortado la comunicación cuando sonó su línea privada. Era Sharon. Hood sonrió, sintiendo que le quitaban un peso de encima.

—Hola —dijo. Esta vez, el tono ameno de su voz sonó franco, genuino. Se escuchaba mucho ruido al otro lado de la línea: conversaciones estridentes y anuncios constantes—. ¿Están en el *shopping*?

—No, Paul —respondió Sharon—. Estamos en el aeropuerto.

Hood, hasta el momento apoltronado en su gran sillón de cuero, se irguió de un salto. Por un instante no dijo nada: una buena costumbre adquirida durante su carrera política.

—Decidí llevar a los chicos a Connecticut —prosiguió Sharon—. De todos modos, esta semana no ibas a verlos muy seguido y hace tiempo que mi familia me pide que vayamos.

—Ah —dijo Hood—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

Su voz sonaba serena, pero por dentro era una pila de nervios. Miró la foto familiar que tenía sobre el escritorio. La habían tomado tres años atrás, pero las sonrisas de los cuatro rostros parecían pertenecer a otra vida.

—Honestamente, no lo sé —replicó Sharon.

Justo en ese momento llegaron Ron Plummer y Bob Herbert. Hood levantó un dedo. Herbert vio que estaba en línea privada. Asintió, y los dos hombres abandonaron el despacho. Ann Farris llegó unos segundos después y se quedó con ellos, esperando en el pasillo.

—Supongo que eso depende de… —empezó Sharon, y se interrumpió.

—¿De qué? —preguntó Hood—. ¿De mí? ¿De si yo te quiero aquí? Conoces muy bien la respuesta a esa pregunta.

—La conozco —dijo Sharon—, aunque desconozco tus motivos. Nunca estás con nosotros. Nos vamos de vacaciones y desapareces

al primer día.

—Eso pasó una sola vez.

—Sí, sólo porque no se me ocurrió que volviéramos a salir de vacaciones —dijo Sharon—. Pero yo iba a decirte que mi regreso a Washington depende de mi capacidad de seguir viendo a nuestros hijos decepcionarse una y otra vez… o de mi necesidad de poner punto final a todo esto.

—Eso es lo que quieres *tú* —farfulló Hood. Había levantado la voz y bajó inmediatamente el volumen—. ¿Les has preguntado a ellos qué es lo que quieren? ¿Acaso te importa?

—Por supuesto que me importa —replicó ella—. Ellos quieren a su padre. Y yo también. Pero si no podemos tenerlo, tal vez sea mejor que nos acostumbremos desde ahora en vez de dejar que las cosas empeoren.

Herbert volvió a la oficina. Tenía los labios apretados y las cejas levantadas. Era más que obvio que lo que debía decirle era importante. Cuando Herbert regresó al pasillo, Hood se descubrió deseando poder empezar todo de nuevo. El día, el año, su vida entera.

—No se vayan —murmuró—. Por favor. Ya inventaremos algo en cuanto la situación esté bajo control.

—Supuse que dirías eso —replicó Sharon. Su voz no era dura sino terminante—. Si quieres inventar algo, Paul, ya sabes dónde estaremos. Te amo… y estoy dispuesta a hablar contigo, ¿de acuerdo?

Una vez dicho eso, Sharon cortó la comunicación. Hood tenía la vista clavada en las nucas de sus subordinados, que esperaban en el pasillo. Siempre había considerado a Bob, Mike y Darrell como una especie de familia. Ahora, repentinamente, eran su única familia. Pero no le alcanzaban.

Colgó el teléfono. Bob escuchó el clic y se dio vuelta. Con los ojos fijos en Hood, entró en su silla de ruedas, seguido por los otros dos.

—¿Todo en orden? —preguntó.

Repentinamente, Hood se dio cuenta de lo que había pasado. Su esposa acababa de abandonar el hogar, llevándose a los niños con ella. Pensó en enviar a alguien al aeropuerto para detenerlos. Pero Sharon jamás se lo perdonaría. Y tampoco estaba seguro de poder perdonarse a sí mismo.

—Hablaremos luego —dijo Hood—. ¿Qué tenemos?

—Una tormenta mayúscula, como dicen en mi nativa Filadelfia, Mississippi. Quiero saber si todavía quieres a Darrell y Aideen en el ojo del huracán.

—Paul —dijo Ann, señalando el anotador que llevaba en la mano —, sólo quiero robarte un minuto.

Hood miró a Herbert. El director de Inteligencia asintió.

—¿Puedo quedarme? —preguntó Ann.

—Bueno —respondió Hood.

—Gracias —murmuró Ann.

Los ojos de Hood se detuvieron un instante en los finos dedos de la mano de Ann. Sus largas uñas rojas le parecían muy femeninas. Apartó la vista. Estaba furioso con Sharon y se sentía atraído por Ann, que lo deseaba. Odiaba sentir lo que sentía, pero no sabía cómo manejarlo.

—Acabo de recibir un llamado de la BBC —dijo Ann—. Consiguieron un video grabado por un turista de lo sucedido en el Congreso de Madrid. Se ve cómo retiran el cuerpo de Martha…

—Malditos vampiros —se quejó Herbert.

—Son periodistas —contraatacó Ann—. Y, nos guste o no, esto es noticia.

—Entonces son periodistas vampiros —dijo Herbert.

—Basta, Bob —intervino Hood. No estaba de humor para otra disputa familiar—. ¿Cuál es la noticia, Ann?

Farris revisó sus anotaciones.

—Tomaron una imagen de la cara de Martha —prosiguió—, la metieron en la base de datos, y obtuvieron una foto de Martha cuando se reunió con el rival de Mándela, el jefe zulú Mangosuthu

Buthelezi, en Johannesburgo en 1994. Jimmy George, del *Washington Post*, dice que dará a conocer todo lo que sabe mañana, antes del noticiario de la BBC.

Hood se restregó los ojos con las palmas de las manos.

—¿Alguien sabe que Aideen estaba con ella?

—Todavía no.

—¿Qué nos recomiendas? —preguntó Hood.

—Mentir —dijo Herbert.

—Si hacemos la prueba y mentimos —replicó Ann, un poco enojada—, si decimos, por ejemplo: «Era una mediadora diplomática pero estaba allí de vacaciones»… nadie nos creerá. Seguirán investigando. De modo que sugiero que les digamos la verdad desnuda.

—¿Cuán desnuda? —preguntó Hood.

—Digamos que estaba allí para transmitir su experiencia a los diputados españoles. Ellos estaban preocupados por la creciente tensión étnica y ella tenía experiencia en esa área. Eso es verdad, fin de la historia.

—No puede decirle tanto a la prensa —señaló Herbert.

—Tengo que hacerlo —dijo Ann.

—Si lo hace —prosiguió Herbert—, se darán cuenta de que Martha no estaba sola. Y entonces los miserables que la asesinaron irán a buscar a Aideen.

—Creía que los asesinos estaban en el fondo del mar —dijo Ann.

—Tal vez lo estén —dijo Hood—. Pero ¿qué pasaría si Bob tiene razón? ¿Si no están en el fondo del mar?

—No lo sé —admitió Ann—. Pero si miento también podría ser mortal, Paul.

—¿Hasta qué punto? —preguntó Hood.

—Los periodistas descubrirán que Martha estaba allí con una tal «Señorita Temblón» e intentarán rastrearla. No tardarán mucho tiempo en averiguar que no existe ninguna señorita Temblón. Entonces tratarán de encontrar a la mujer misteriosa. También

querrán saber cómo entró al país y dónde se aloja. Esta búsqueda podría ayudar a los asesinos a localizarla.

—Bien pensado —tuvo que admitir Herbert.

—Gracias —dijo Ann—. Paul, nada es perfecto. Pero si informo todo esto, al menos podrán verificar que les estamos diciendo la verdad. Admitiré que había otra persona y les diré que abandonó el país en secreto por cuestiones de seguridad. Compraran, estoy segura.

—¿Estás segura? —preguntó Hood.

Ann asintió.

—Los periodistas no siempre dicen todo lo que saben. Les gusta pensar que participan de un secreto. Eso los hace sentir importantes en los cócteles, como si fueran parte de los mecanismos internos.

—Reconozco que me equivoqué —acotó Herbert—. No sólo son vampiros. Son unos malditos vampiros *rastreros*.

—Todo el mundo es algo —dijo Ann.

Herbert frunció el entrecejo al escuchar eso, pero Hood comprendió. Su propia integridad había recibido unos cuantos golpes bien aplicados en las últimas horas.

—Está bien —dijo Hood—. Adelante. Pero quiero que la información sea contenida, Ann. No me gustaría que los merodeadores de Darrell o Aideen se enteraran. Dile a la prensa que los haremos regresar al país bajo estrictas medidas de seguridad.

—Eso haré —dijo ella—. ¿Qué digo si me preguntan por el sucesor de Martha? Alguien formulará esa pregunta, estoy segura.

—Diles que Ronald Plummer la suplantará por el momento —respondió Hood sin vacilar.

Plummer le agradeció con la mirada, reconociendo el voto de confianza. El puesto era suyo.

Ann agradeció a Hood y se retiró. Sin mirarla, Hood se dirigió a Herbert.

—¿Entonces cuál es la gran tormenta? —preguntó.

—Motines —dijo Herbert—. Sedición. Por todas partes. —Titubeó —. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Pareces estar en otra parte.

—Estoy bien, gracias Bob. ¿Cuál es la apreciación general?

Herbert lo miró como diciendo «a mí no me engañas», y prosiguió.

—Ya no pueden reprimir los motines en Ávila, Segovia y Soria —dijo—. Ron, tú tienes los últimos datos.

—Acaban de llegar por fax desde el consulado norteamericano en la ciudad —dijo Plummer—, aunque estoy seguro de que varias agencias de noticias ya deben estar enteradas. Se corrió la voz acerca de la cancelación del partido de fútbol en Barcelona… no es para asombrarse, ya que los jugadores alemanes intentaron salir subrepticiamente de la ciudad. Los fanáticos enfurecidos bloquearon la autopista con sus vehículos, para evitar que el ómnibus que los trasladaba llegara al aeropuerto de El Prat. La Policía Nacional fue a rescatarlos… pero los atacaron a pedradas y tuvieron que pedir ayuda a los Mossos d'Escuadra.

—La policía autónoma de Cataluña —explicó Herbert—. Principalmente se ocupan de vigilar los edificios gubernamentales y su política es no arrestar a nadie.

—Pero esta vez sí arrestaron gente —dijo Plummer—. Más de veinte personas. Cuando los Mossos d'Escuadra encerraron al contingente, la estación de policía fue atacada por una turba. Están por imponer la ley marcial en la ciudad, que es donde estamos ahora mismo.

—Bueno, Barcelona está aproximadamente a doscientas millas de San Sebastián —dijo Herbert—, y es como oponer un centro urbano a un conjunto de casitas. No me preocupa que los motines se propaguen allí a la velocidad del rayo. —Se echó hacia adelante y cruzó las manos—. Lo que sí me preocupa, Paul, es que la

declaración de la ley marcial tendrá un fuerte, fortísimo impacto sobre la conciencia colectiva de España.

—¿Y cómo sería eso? —preguntó Hood.

—Una sola palabra basta para definir la situación —replicó Herbert—. Franco. En España abundan amargos y poderosos recuerdos de su partido falangista, de militancia fascista. Teniendo en cuenta que gobernó el país durante casi medio siglo, puedes apostar a que habrá una feroz resistencia.

—La ironía —acotó Plummer— es que los alemanes ayudaron a Franco a ganar la guerra civil. El hecho de que los alemanes desencadenen ahora un nuevo conflicto llevará ese resentimiento a su punto más candente.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestra gente? —preguntó Hood—. ¿Estás insinuando que deben mantener un perfil bajo hasta ver qué sucede?

Herbert negó con la cabeza.

—Estoy diciendo que deberías sacarlos de allí, hacer volver al Striker, y exigirle al presidente que evacué a todo el personal norteamericano que no cumpla funciones esenciales en España. Quienes se queden allí deben prepararse para lo peor.

Hood lo miró largamente. Herbert no era un hombre propenso a las reacciones exageradas.

—¿Hasta dónde piensas que empeorarán las cosas? —preguntó.

—Empeorarán mucho —dijo Herbert—. Se han activado ciertas fallas políticas. Creo que podemos estar frente a la próxima Yugoslavia o a la próxima Unión Soviética.

Hood miró a Plummer.

—¿Ron? —preguntó.

Plummer dobló en dos el fax, apretándolo con la punta de los dedos.

—Lamentablemente coincido con Bob en esto, Paul —musitó—. Es probable que España se divida.

17

Martes, 3:27hs. San Sebastián, España

Adolfo Alcázar estaba exhausto cuando se acostó.

Dormía sobre un colchón aplastado de una plaza, en el rincón de su monoambiente. El vetusto colchón estaba apoyado sobre un elástico de metal muy cerca de la cocina que, todavía encendida, iluminaba el pequeño recinto con su débil llama. La brisa marina que entraba rauda por la ventana había oxidado el viejo elástico.

Alcázar sonrió. Sobre ese mismo colchón había saltado cuando era niño. Ahora, acostado y desnudo, pensaba que había sido un acto de pureza… eso de saltar sobre la cama. Era una actividad que no dependía en absoluto de lo que había pasado antes ni de lo que pasaría después. Era una expresión plena y autocontenida de alegría y libertad.

Recordó que había tenido que dejar de hacerlo cuando creció y empezó a hacer más ruido. Los vecinos de abajo se quejaron. Fue difícil para un niño aprender eso, que no era libre. Y ésa había sido apenas su primera lección de falta de libertad. Hasta conocer al general, su vida había sido una serie de rendiciones y retiradas que habían enriquecido o hecho felices a otros. Tendido en la cama, en esa cama que lo había hecho sentir tan libre, Adolfo volvió a probar el sabor de la libertad. Volvió a sentirse libre. Libre de las regulaciones del gobierno que le decían qué podía pescar, de los magnates pesqueros que le decían cuándo y dónde podía pescar

para no interferir con ellos y de los botes atestados de turistas que invadían los muelles porque la industria del paseo en bote tenía más influencia en Madrid que los pequeños pescadores. Con la ayuda del general, volvería a ser libre y a ganarse la vida en ese país que otrora había pertenecido al pueblo. A *su* gente. Al general no le importaba si uno era castellano como Adolfo o catalán o vasco o gallego o lo que fuere. Si uno quería liberarse de Madrid, si uno quería autonomía para su gente, lo único que tenía que hacer era seguirlo. Si uno quería mantener el *statu quo* o beneficiarse del sudor ajeno, era eliminado.

Tendido de espaldas, contemplando la oscuridad, poco a poco Adolfo fue cerrando los ojos. Había hecho una buena obra. El general estaría satisfecho.

La puerta se abrió con un crujido, sacudiéndolo de su ensoñación. Antes de que despertara del todo, se encontró rodeado por cuatro hombres. Mientras uno de ellos cerraba la puerta, los otros lo pusieron de cara al suelo. Le separaron los brazos del cuerpo y empujaron las palmas de las manos contra el piso. Lo mantuvieron en esa posición con ayuda de sus rodillas y sus manos.

—¿Eres Adolfo Alcázar? —preguntó uno de los cuatro.

Adolfo no respondió. Miraba hacia la izquierda, en dirección a la cocina. Sintió que alguien tiraba del dedo medio de su mano derecha hacia atrás, hasta quebrárselo con un ruido sordo y seco.

—¡Sí! —aulló. Después, empezó a gemir.

—Hoy mataste a muchos hombres —dijo uno de los desconocidos.

Sus pensamientos formaban una confusa mezcla en su cabeza, pero el dolor lo esclarecía. Antes de que pudiera decir nada, alguien le dobló el índice hasta romperlo. Aulló, atravesado por el dolor desde el codo a la espalda. Sintió que le metían algo —uno de sus propios zoquetes— entre los dientes.

—Mataste al jefe de nuestra *familia* —dijo el hombre.

Una vez dicho eso le quebró el dedo anular de la misma mano, que cayó como un peso muerto. Los tres dedos rotos quedaron uno al lado del otro, henchidos de sangre pero insensibles. Su mano temblaba cuando le retorcieron el meñique, que cayó despedazado como los otros. Después sintió algo duro y frío en el pulgar. Lo obligaron a girar la cabeza y vio una barra de hierro en posición vertical, cuyo extremo curvo se apoyaba sobre la punta de su pulgar. Alguien levantó la barra en línea recta y la dejó caer con fuerza. Adolfo sintió arder su pulgar, mientras la piel se abría y los huesos crujían. La barra volvió a subir y a caer, esta vez sobre la articulación de la muñeca. Cayó una vez más sobre el centro de la mano, y otra vez a la izquierda, y otra a la derecha. Cada golpe enviaba una ola de dolor caliente y veloz a lo largo del brazo, hasta el hombro y el cuello. Cuando pasaba, sólo sentía un peso muerto en el antebrazo, como si le hubieran puesto un yunque encima.

—Jamás volverás a levantar la mano contra nosotros —dijo uno de ellos.

Dicho esto, soltaron a Adolfo y lo obligaron a darse vuelta. El pescador trataba de controlar su brazo derecho, pero éste se sacudía como si estuviera dormido. Vio que por el antebrazo le corría un reguero de sangre, pero no la sintió hasta que llegó al codo.

Aunque opuso una débil resistencia, Adolfo fue arrastrado varios metros y arrojado e inmovilizado boca arriba. Todavía tenía el zoquete en la boca. Estaba oscuro y las lágrimas le nublaban los ojos. No podía ver los rostros de sus captores. Luchó para liberarse, pero sus esfuerzos eran como los sacudones de los peces atrapados en sus redes.

—Ahorra tus fuerzas —dijo el hombre—. No irás a ninguna parte… excepto al infierno si no nos dices lo que queremos saber. ¿Entiendes?

Adolfo miró el rostro oscuro que le hablaba. Trató de escupir la media, no para responderle sino en señal de desafío.

El hombre lo aferró por el cabello y atrajo la cabeza de Adolfo hacia él.

—¿Entiendes?

Adolfo no contestó. Un momento después, el hombre le hizo una seña al que estaba arrodillado sobre la rodilla de Adolfo. Segundos después, sintió que le levantaban la pierna derecha. Cada parte de su ser bramó cuando colocaron su pie descalzo en el horno abierto, sobre las ascuas moribundas. Adolfo revivió violentamente y aulló mordiendo el zoquete y tratando de liberarse. Pero los intrusos no se lo permitieron.

—¿Entiendes? —repitió el hombre con voz serena.

Adolfo asintió vigorosamente mientras pateaba y se retorcía e intentaba liberarse. El hombre miró a sus compañeros, que sacaron el pie del horno y dejaron caer al piso la pierna del pescador. La carne tembló y Adolfo se sintió dolorosamente despierto. Pero el dolor le nublaba la mente. Jadeaba a través del zoquete y se retorcía bajo los puños apretados de sus captores. Abrió mucho los ojos, para observar la cara oscura del que hablaba.

El hombre tiró del zoquete y lo sostuvo frente a la boca de Adolfo.

—¿Para quién trabajas? —preguntó.

Adolfo respiraba con dificultad. Sentía un calor helado en el pie, como agua del océano sobre una quemadura.

Los otros levantaron su pierna izquierda.

—¿Para quién trabajas?

—Para un general —musitó el pescador—. Un general de la Fuerza Aérea de apellido Pintos. Roberto Pintos.

—¿Dónde está destinado?

Adolfo no respondió. Convenía esperar un poco antes de volver a mentir. La única vez que había visto al general Amadori —el verdadero general, no ese Pintos imaginario— había sido durante un encuentro de colaboradores no militares en un hangar de Burgos. Allí, el general les había advertido que tal vez tendrían que pasar por

momentos como éste. Que podrían ser descubiertos e interrogados. Había dicho que, una vez que la guerra comenzara ya no importaría lo que ellos dijeran o dejaran de decir. Pero les aconsejó mantener la boca cerrada para salvaguardar el honor.

Es posible quebrar a, la, mayoría, de los hombres, había dicho. *El asunto es no quebrarse hasta, haber confundido al enemigo. Si los capturan, no podrán hacer nada para, evitar la, tortura. Lo que deben hacer es hablar. Mentirle al enemigo. Seguir mintiendo todo lo que puedan. Mentir hasta, que el enemigo no pueda, distinguir mentira, de verdad, información útil de información falsa*.

—¿Dónde está el general Pintos? —insistió el torturador.

Adolfo sacudió la cabeza. El hombre le metió el zoquete en la boca. Sintió que lo empujaban hacia la izquierda y apoyaban su pie sobre las feroces ascuas. Luchó con el mismo frenesí que antes. Pero aunque el dolor era horrible y lo hacía sudar copiosamente, había algo que lo reconfortaba. El dolor del otro pie, el derecho, ya no era tan cegador. Eso lo sostuvo hasta que el dolor del pie izquierdo le atravesó el cerebro y envió ráfagas de angustia a lo largo de todo su cuerpo. Con excepción de la mano derecha. Ahí no sentía nada. Nada en absoluto, ni siquiera dolor… y eso lo aterraba. Lo hacía sentir un poco muerto.

Los torturadores sacaron su pie del fuego y lo dejaron caer. Volvieron a sujetarlo. El rostro oscuro volvió a acercársele. Adolfo tenía los ojos anegados en lágrimas y apenas podía distinguir las formas.

—¿Dónde está Pintos?

Las ráfagas de dolor se habían transformado en un ardor constante, aunque menos intenso. Adolfo sabía que podría resistir hasta la próxima ronda de torturas… fueran las que fuesen. Estaba orgulloso de sí mismo. Se sentía libre. Extrañamente libre. Libre para sufrir, libre para resistir. Pero él elegía.

—Ba… Barcelona —farfulló.

—Estás mintiendo —replicó el torturador.

—¡Nnnoo!

—¿Cuántos años tiene?

—Ccin… cuenta y dos.

—¿De qué color es su cabello?

—Marrón.

El torturador le pegó un cachetazo.

—¡Mientes! —bramó.

Adolfo lo miró y negó una vez con la cabeza.

—No. Digo… la verdad.

El torturador volvió a meterle el zoquete en la boca. Adolfo sintió que lo empujaban de costado. Alguien le aferró el brazo izquierdo y lo obligó a introducir la mano en el horno.

Adolfo aulló sordamente mientras sus dedos se curvaban violentamente y luchaban por alejarse del fuego. Y entonces todo se oscureció.

Despertó inclinado sobre la pileta, mientras el agua le corría por la nuca. Tosió y vomitó, y después lo arrojaron boca arriba sobre el piso. Sus pies y su mano izquierda quemaban como tizones.

Volvieron a taparle la boca con el zoquete.

—Eres fuerte —reconoció el rostro oscuro—. Pero tenemos tiempo y experiencia de sobra. Todos mienten al principio. Seguiremos hasta conocer la verdad. —Se acercó un poco más—. ¿Vas a decirnos para quién trabajas?

Adolfo temblaba violentamente. Las partes de su cuerpo que no estaban quemadas o rotas eran sacudidas por fuertes escalofríos. Le parecía raro sentir algo tan trivial como lo que sentía. Negó dos veces con la cabeza.

Esta vez no lo movieron. Alguien empujó con fuerza el zoquete que le tapaba la boca y lo sostuvo. Otro levantó la barra de hierro y la dejó caer sonoramente sobre el hombro derecho del pescador. El hueso crujió al romperse bajo el impacto. Adolfo gritó, mordiendo la media. El torturador volvió a levantar la barra y golpeó más abajo, entre el codo y el hombro. Otro hueso roto. Adolfo volvió a gritar.

Cada golpe provocaba un estallido agónico y un latido… y luego una especie de sorda insensibilidad.

Cada aullido era un golpe a su orgullo. El dolor era sólo eso, dolor… pero cada grito que daba era una rendición. Y a medida que los fragmentos de su espíritu se iban rindiendo uno a uno, Adolfo tenía menos de qué aferrarse.

—Cuando hables, dejaremos de golpearte —dijo una voz.

Alguien empezó a trabajar sobre el lado izquierdo de su cuerpo. Adolfo saltaba y aullaba de dolor con cada golpe. Sentía que el muro de su resistencia se derrumbaba, cada vez más rápido. Entonces ocurrió algo asombroso. Dejó de sentirse. Su cuerpo estaba destruido, pero él no era su^ cuerpo. Su orgullo estaba hecho pedazos, pero él no era su orgullo. Él era otra cosa. Otra persona. Y esa otra persona quería hablar.

Dijo algo por encima del zoquete. El torturador acercó a él su rostro oscuro y los golpes cesaron. Alguien le sacó el zoquete de la boca.

—Am… Am…

—¿Qué?

—Ama… dori.

—¿Amadori?

—Am… a… do… ri. —Las sílabas salían como jadeos. No podía resistir más. Sólo quería dejar de sufrir—. Ge… ne… ral.

—General Amadori —dijo el torturador—. ¿Trabajas para él?

Adolfo asintió.

—¿Hay alguien más?

Adolfo negó una vez con la cabeza y cerró los ojos.

—¿Le crees? —preguntó alguien.

—Míralo —respondió alguien—. Se ha quedado sin agallas para mentir.

Adolfo sintió que lo liberaban. Era un alivio estar allí tendido, de espaldas. Abrió los ojos y miró las siluetas oscuras que lo rodeaban.

—¿Qué haremos con él? —preguntó uno.

—Mató al señor Ramírez —dijo otro—. Morirá. Lentamente.

Fue lo último que se dijo sobre ese asunto… no por consenso, sino porque el hombre estampó la barra de hierro contra la garganta de Adolfo. El pescador dio un salto hacia adelante y luego cayó pesadamente, con la laringe cortada. Sus brazos muertos no se movieron. Después… quedó tendido allí, tragando sangre y jadeando. Podía respirar el suficiente aire para mantenerse consciente, pero no para satisfacer las necesidades de sus pulmones.

El dolor se transformó en un monótono gruñido que lo ayudaba a permanecer consciente. Había vuelto a ser Adolfo Alcázar, pero la agonía de sus miembros y su garganta le impedía pensar con claridad. No podía decidir si había actuado con valentía al resistir tanto o si había sido un cobarde delator. A veces pensaba que sí, que era un valiente… y otras veces pensaba que no. Y luego todo eso dejó de importarle. Temblaba de pies a cabeza, el dolor no lo dejaba respirar. A veces llegaba como la marea, cubriéndolo. A veces era una débil sacudida, como la que sufren los botes en el océano. Podía controlar los ramalazos tenues, pero los más fuertes lo torturaban. Dios santo, lo hacían temblar de pies a cabeza.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí tirado, tampoco si tenía los ojos cerrados o abiertos. Pero súbitamente abrió los ojos y había luz en el cuarto y alguien estaba de rodillas junto a él.

Era su hermano, Berto.

Lloraba y decía algo. Hacía señales sobre su cara. Adolfo intentó levantar el brazo, pero no le respondió. Trató de hablar…

—A… ma… do… ri —musitó.

¿Norberto lo habría escuchado? ¿Habría entendido?

—Iglesia… la i… glesia de la… ciudad.

—Tranquilízate, Adolfo —dijo Norberto—. Ya llamé al médico… oh, Dios mío.

Norberto siguió rezando.

—A… visa… le al… general… que e… llos saben…

Norberto apoyó la mano sobre los labios de su hermano para obligarlo a callar. Adolfo sonrió débilmente. La mano de su hermano era suave y amorosa. Parecía calmar su dolor.

Y entonces su cabeza cayó de costado y sus ojos se cerraron y el dolor desapareció para siempre.

18

Martes, 4:19hs. San Sebastián, España

El helicóptero dejó a María y Aideen al sur de la ciudad. Aterrizó en la cima de una colina, junto a un solitario brazo del río Urumea, que atravesaba San Sebastián. Cerca de la carretera las esperaba un coche de alquiler, reservado por un oficial de la policía local que trabajaba con Interpol. También las esperaba el mismísimo oficial, de tupido mostacho y mirada inquietante: Jorge Sorel.

Durante el viaje en helicóptero, María se había dedicado a estudiar un mapa que llevaba con ella. Conocía la ruta a la estación de radio y Aideen se dio cuenta de que estaba ansiosa por llegar allí. Desafortunadamente, mientras María encendía un cigarrillo, Jorge le dijo que ya no había razones para ir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Alguien atacó al personal hace poco más de una hora —dijo él.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Todavía no lo sabemos —admitió el oficial.

—¿Profesionales? —preguntó María. Estaba empezando a perder la paciencia.

—Es muy posible —reconoció Sorel—. Los atacantes parecían saber lo que hacían. Dejaron un tendal de huesos rotos y les partieron la mandíbula a todos los presentes.

—¿Qué querían? —preguntó María.

Jorge sacudió la cabeza.

—Nuevamente, ni siquiera podemos empezar a especular. Subimos a la colina porque la radio dejó de transmitir repentinamente.

María lanzó una maldición.

—Esto es maravilloso —farfulló—. Maravilloso. ¿Hay alguna pista?

Jorge seguía negando con la cabeza.

—Las víctimas no pudieron hablar… y después los médicos los sedaron a todos. Suponemos que los atacantes buscaban al que les había entregado la grabación.

—Los muy idiotas —bramó María—. ¿No se les ocurrió prever que eso sucedería? ¿No tomaron precauciones?

—Sí —dijo Jorge—. Lo irónico es que estaban muy bien preparados. La estación siempre ha sido blanco de los descontentos. Por la política que pregona, ya sabes… extremadamente antigubernamental. El edificio está rodeado de alambre de púas y fue construido como un bunker. Hasta tiene una puerta de metal. Todos los empleados portan armas. Pero los métodos disuasivos sólo desalientan a los corazones tímidos. Y estos atacantes no eran tímidos precisamente.

—Oficial —dijo Aideen pacientemente—, ¿tiene alguna idea de quién fue el que les entregó la grabación?

Repentinamente incómodo, Jorge miró de soslayo a María.

—Temo que la respuesta es nuevamente la misma: no —murmuró—. Tenemos dos patrullas investigando las aldeas vecinas. Buscan grupos de personas que puedan estar buscando a los que entregaron la grabación. Pero llegamos relativamente tarde. Hasta el momento, no encontramos a nadie.

—Es muy probable que los atacantes se hayan separado al abandonar el lugar —dijo María—. No querrán arriesgarse a ser atrapados. Tampoco tendrían por qué permanecer juntos una vez que hayan encontrado lo que buscaban. —María dio una profunda pitada a su cigarrillo y exhaló el humo por la nariz. Miró a Jorge con

suspicacia—. ¿Estás seguro de que esto es todo lo que puedes decirnos?

—Estoy seguro —replicó él, con mirada igualmente suspicaz.

—¿Cuántas posibilidades hay de que la persona que tenía la grabación fuera de esta región? —preguntó Aideen.

—Muy bien —dijo María—. El que planeó esto habrá querido a alguien que conociera las aguas donde fue destruido el yate. Alguien que conociera la ciudad y a la gente de la radio. —Miró a Jorge—. Dime por dónde empiezo a buscar.

Jorge se encogió de hombros.

—La ciudad es pequeña. Todo el mundo la conoce de cabo a rabo. En cuanto a los que conocen las aguas, tendrás que hablar con los pescadores.

María miró su reloj.

—Saldrán al mar dentro de una hora, aproximadamente. Hablaremos con ellos en el muelle. —Dio una larga pitada—. ¿Quién bendice las aguas para los pescadores?

—El padre Norberto Alcázar —dijo Jorge—. Pero sólo las bendice para las viejas familias de pescadores, no para las empresas.

—¿Dónde está ahora?

—Probablemente lo encontrarás en la iglesia jesuita, en las colinas al sur de Cuesta de Aldapeta —dijo Jorge—. Sobre la margen oeste del río, justo en la salida de San Sebastián.

María le dio las gracias. Dio una última pitada a su cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo aplastó con el taco de su bota tejana. Exhaló el humo mientras caminaba hacia el coche. Aideen la siguió.

—El padre Alcázar es un hombre muy agradable —dijo Jorge, siguiéndolas a su vez—. Pero tal vez no esté dispuesto a hablar de su rebaño. Protege mucho a sus fieles.

—Esperemos que quiera proteger a uno de ellos de ser asesinado —dijo María.

—Tú ganas —concedió Jorge—. Llámanos por celular cuando hayan terminado. El helicóptero pasará a buscarlas por aquí mismo.

El aeropuerto es pequeño y ha sido reservado para vuelos militares… por precaución.

María se despidió bruscamente, se sentó frente al volante, encendió el motor y aceleró, levantando montones de tierra y briznas de pasto al alejarse de la colina.

—No estás contenta —dijo Aideen, sacando un mapa de su mochila y desplegándolo. También llevaba la .38 cargada que María le había dado durante el vuelo.

—Tuve ganas de pegarle —gruñó María—. Subieron a ver qué pasaba sólo porque la radio dejó de transmitir. La policía tendría que haber sabido que alguien iría a interrogar al personal de la emisora.

—Tal vez la policía quería que la emisora fuera atacada —dijo Aideen—. Es lo mismo que pasa en las guerras entre pandillas. Las autoridades dan un paso al costado y dejan que los chicos malos se maten entre ellos.

—Es más probable que les hayan dicho que no interfirieran —acotó María—. Los hombres asesinados en el yate eran influyentes personalidades del mundo de los negocios. Eran jefes de devotas *familias…* compuestas por empleados capaces de hacer cualquier cosa por ellos, incluso asesinar. Ellos pagan a la policía para que no intervengan.

—¿Crees que el oficial…

—No sé —admitió María—. Pero no puedo estar segura. Una nunca puede estar segura en España.

Aideen recordó que Martha había dicho que la policía madrileña cooperaba con los extorsionadores callejeros. *Tal vez llamen a eso diplomacia*, pensó, *pero apesta*. Tuvo que preguntarse si la policía de Madrid estaría investigando de lleno el asesinato de Martha.

—Ésa es una de las razones por las que me fui de Interpol —prosiguió María, doblando al norte para seguir el curso del río—. Tratar con esa clase de gente es muy frustrante, no vale la pena.

—Pero volviste —interrumpió Aideen—. ¿Por Luis?

—No —replicó María—. Volví por la misma razón que me llevó a irme. Porque hay tanta corrupción, que los que no somos corruptos no podemos darnos el lujo de abandonar el ruedo. Hasta para dirigir mi teatrito de Barcelona tenía que pagarles coimas a la policía, a los recolectores de residuos, a todo el mundo… incluso a los carteros. Tenía que pagarles para asegurarme de que hicieran el trabajo que debían hacer y por el cual ya les habían pagado.

—Entonces… los empleados estatales cobran coimas y los trabajadores de la industria pertenecen a familias —dijo Aideen—. Y los independientes terminan pagándoles a unos o luchando contra la fuerza de los otros.

María asintió.

—Y por eso estoy aquí. Es como el amor —dijo—. No puedes dejarlo todo porque la primera vez no funcionó como esperabas. Aprendes las reglas, empiezas a conocerte mejor, y vuelves al ruedo para otra corrida.

Las primeras luces rosadas del alba comenzaron a iluminar el cielo, y las colinas a recortarse contra las nubes. Mirando al este, Aideen pensó que no dejaba de ser gracioso que ella gustara de María y la admirara, casi sin conocerla. La española no era menos confiada y agresiva de lo que había sido Martha. Pero, excepto cuando había enfrentado a Darrell en el aeropuerto, había algo sumamente generoso en ella. Cierta falta de egoísmo. Y Aideen no podía culparla por haber maltratado a McCaskey. Independientemente de quién tuviera razón y quién no, volver a verlo habría sido un hueso duro de roer.

Llegaron a las afueras de San Sebastián en menos de treinta minutos y cruzaron el puente por María Cristina. Luego giraron al sudoeste, en dirección a la iglesia. Pararon para preguntarle el camino a un pastor, y llegaron a la iglesia justo cuando el aura del sol asomaba sobre la colina.

La pequeña iglesia de piedra estaba abierta. Adentro había dos feligreses —un par de pescadores— pero el cura no estaba.

—A veces va a la bahía con su hermano —les dijo uno de los pescadores. Luego les dijo dónde vivía Adolfo y el camino que tomaba el padre Alcázar cuando iba a visitarlo. Volvieron al auto y partieron rumbo al norte. María bajó el vidrio de la ventanilla, encendió un nuevo cigarrillo y aspiró con furia.

—Espero que no te moleste —dijo, aludiendo al cigarrillo—. Dicen que el humo es malo para los demás, pero puedo asegurarte que salva muchas vidas.

—¿Cómo? —preguntó Aideen.

—Evitando que me enoje demasiado —replicó María. No parecía estar bromeando.

Encontraron la calle Okendo y bajaron dos cuadras al sudoeste. Era una calle angosta, y cuando llegaron al edificio de dos pisos María tuvo que estacionar medio coche sobre la acera. De lo contrario, ningún otro vehículo podría transitar por la calzada. Antes de bajar del coche, Aideen guardó la .38 en el bolsillo de su rompevientos. María arrojó lejos el cigarrillo y deslizó una pistola en la cintura de su *jean*.

La puerta de abajo no tenía cerrojo. Entraron. La escalera, por demás oscura, olía a siglos de pescadores y polvo, y Aideen tuvo ganas de estornudar. Los escalones crujían como árboles vetustos bajo el viento, enclavados en la sucia pared blanca. Había dos departamentos en el segundo piso. La puerta de uno de ellos estaba ligeramente entornada. María la empujó con el pie, y chirrió un poco al abrirse.

Allí estaba el padre Alcázar. Arrodillado junto al cuerpo desnudo de un hombre y llorando desconsoladamente. De espaldas a ellas. María entró sigilosamente, seguida por Aideen. El sacerdote no dio señales de haberlas escuchado.

—¿Padre Alcázar? —lo llamó María, dulcemente.

El sacerdote giró la cabeza. Sus ojos enrojecidos se destacaban contra el rostro rubicundo. Tenía el cuello manchado de lágrimas. Volvió a mirar el cuerpo y luego se puso de pie, lentamente. Bajo la

intensa luz matinal su hábito negro parecía chato, como una silueta. Avanzó hacia ellas, como en trance. Después tomó la chaqueta que pendía del gancho detrás de la puerta, volvió junto al cadáver y lo cubrió con ella.

Mientras lo hacía, Aideen tuvo tiempo de observar el cuerpo. La víctima había sido torturada, aunque no por venganza. No tenía quemaduras ni marcas de cuchillo en el torso. Ojos, orejas, pecho y vientre parecían intactos; sólo habían atacado los miembros. Lo habían torturado para sacarle información. Y le habían aplastado la garganta… para matarlo lentamente, en vez de dispararle a la cabeza. Aideen había visto eso antes, en México. No era un espectáculo lindo de ver, pero menos lindo era lo que los narcotraficantes le hacían a la gente que torturaban por haberlos traicionado. Por raro que pareciera, las terribles torturas no evitaban que otras personas traicionaran a los *señoríos* mexicanos, como solían llamarlos. Los incesantes muertos estaban plenamente convencidos —antes de morir, por supuesto— de que ellos serían los únicos que jamás serían atrapados.

El sacerdote miró a las dos mujeres.

—Soy el padre Alcázar —dijo.

María dio un paso al frente.

—Me llamo María —dijo—. Trabajo con Interpol.

Aideen no se sorprendió cuando María dijo quién era en realidad. Los asesinatos iban en aumento. No era momento para fingir.

—¿Conocía a este hombre? —preguntó María.

El sacerdote hizo un gesto afirmativo.

—Era mi hermano —murmuró.

—Ya veo —dijo María—. Lamento que no hayamos podido llegar antes.

Norberto Alcázar gesticuló débilmente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Traté de ayudarlo. Tendría que haber insistido más. Pero Adolfo… él sabía en qué se había metido.

María se acercó al sacerdote. Era tan alta como él y lo miró directo a los ojos inyectados en sangre.

—Por favor, padre… ayúdenos. ¿En qué se había metido Adolfo?

—No lo sé —dijo el sacerdote—. Cuando llegué estaba malherido y decía incoherencias.

—¿Todavía estaba con vida? —preguntó María—. ¡Trate de recordar lo que dijo, padre! Palabras, nombres, lugares… lo que sea.

—Dijo algo acerca de la ciudad —murmuró Norberto—. Acerca de una iglesia. Mencionó un lugar o un nombre, no sé: Amadori.

Los ojos de María eran dos tizones ardientes.

—¿El general Amadori? —preguntó.

—Puede ser —musitó Norberto—. Él… él dijo algo acerca de un general. No sé. Era difícil entenderlo.

—Por supuesto —susurró María—. Padre, sé que es muy difícil para usted. Pero es importante. ¿Tiene idea de quién puede haber hecho esto?

El sacerdote negó con la cabeza.

—Anoche, Adolfo fue a la estación de radio —sollozó—. Es todo lo que sé. No sé qué otras cosas tendría que hacer allí, pero fue a llevar una grabación. Esta mañana decidí pasar a verlo después de bendecir las aguas. Quería saber si estaba bien. Y lo encontré así.

—¿Vio entrar o salir a alguien?

—A nadie.

María se quedó mirándolo un momento. Tenía el entrecejo fruncido y sus ojos quemaban como brasas.

—Una pregunta más, padre. ¿Puede decirnos dónde encontrar los barcos pesqueros de Ramírez?

—Ramírez —dijo el sacerdote con un temblor, y respiró hondo—. Dolfo lo mencionó. Mi hermano dijo que Ramírez y sus amigos eran responsables de la muerte de una norteamericana.

—Sí —dijo María, señalando con el pulgar por encima del hombro —. Asesinaron a la compañera de esta mujer.

—Oh… lo lamento muchísimo —dijo Norberto dirigiéndose a Aideen, y volvió a mirar a María—. Pero Ramírez está muerto. Mi hermano… se ocupó de eso.

—Ya lo sé —dijo María.

—¿Qué quiere hacer con su gente?

—Quiero hablar con ellos —dijo María—. Saber si están involucrados en esto. —Señaló el cadáver de Adolfo—. Ver si podemos evitar que haya más asesinatos, impedir que se desate el conflicto.

—¿Lo cree posible?

—Sí, si llegamos a tiempo —dijo María—. Si averiguamos qué saben de Amadori y su gente. Pero por favor, padre. Debemos darnos prisa. ¿Sabe dónde está el astillero?

Norberto respiró profundo.

—Al noreste, siguiendo la costa. Permítanme acompañarlas.

—No —dijo María.

—Ésta es mi parroquia y…

—Tiene razón —dijo ella—, y su parroquia necesita desesperadamente su ayuda. Yo no. Si la gente entra en pánico, si el miedo ahuyenta a los turistas, piense lo que pasará en esta región.

Norberto se tomó la frente con las manos.

—Sé que es mucho pedirle, más en este momento —dijo María—. Pero tiene que hacerlo. Yo iré al astillero, quiero hablar con los operarios. Si está pasando lo que creo que está pasando, entonces ya sé quién es el enemigo. Y tal vez estemos a tiempo para detenerlo.

Norberto levantó la vista. Sin darse vuelta, señaló por encima del hombro.

—Dolfo creía saber quién era el enemigo —musitó—. Lo pagó con su vida. Tal vez con su alma.

María clavó sus ojos en los del sacerdote y sostuvo la mirada.

—A miles de españoles les ocurrirá lo mismo si no me doy prisa. Llamaré a la policía local desde el auto. Ellos se ocuparán de su

hermano.

—Me quedaré con él hasta entonces.

—Por supuesto —dijo María, mirando a Aideen.

—Y rezaré por ustedes dos.

—Gracias —dijo María. Iba a salir, pero algo la detuvo—. Ya que va a rezar, padre, rece por quien más lo necesita. Rece por España.

Dos minutos después estaban de vuelta en el auto, rumbo al noreste.

—¿De verdad piensas hablar con los operarios del astillero? —preguntó Aideen.

María asintió una sola vez.

—¿Me harías un favor? —preguntó—. Llama a Luis. Autodiscado estrella-siete. Pídele que localice al general Rafael Amadori. Dile por qué.

—¿No tienen códigos secretos?

María sacudió la cabeza.

—Si por algún motivo Amadori está escuchando y viene a buscarnos, tanto mejor. Nos ahorrará el trabajo de tener que encontrarlo.

Aideen marcó el número. Luis respondió enseguida. Aideen transmitió el pedido de María y le contó que Adolfo había muerto. Luis prometió ocuparse inmediatamente y volver a llamarlas en cuanto tuviera novedades. Aideen cerró el teléfono celular.

—¿Quién es Amadori? —preguntó.

—Un académico —dijo María—. También es un general militar, pero no sé mucho acerca de su carrera. Sólo lo conozco como autor de artículos sobre la España histórica.

—Obviamente, te parecen alarmantes.

—Muy alarmantes —admitió María, encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué sabes acerca de nuestro héroe nacional, el Cid?

—Sólo que rechazó a los moros invasores y ayudó a unificar España, allá por el año 1100. Y hay una película sobre él, protagonizada por Charlton Heston.

—También hay un poema épico y un drama escrito por Corneille —dijo María—. Una vez lo puse en escena en mi teatrito. De todos modos —prosiguió—, en parte tienes razón en cuanto al Cid. Era un caballero: Rodrigo Díaz de Vivar. Desde 1065 hasta su muerte en 1099 ayudó al rey cristiano, Sancho II, y luego a su sucesor, Alfonso VI, a recuperar el reino de Castilla de la dominación mora. Los moros lo llamaban el Cid: el señor.

—Honrado por sus enemigos —dijo Aideen—. Impresionante.

—En realidad —dijo María— le tenían miedo, y eso era lo que él quería. Cuando la fortaleza mora de Valencia se rindió, el Cid violó los acuerdos de paz y pasó a degüello a cientos de personas y quemó vivo al líder. No era el caballero puro que describe la leyenda: era capaz de hacerle cualquier cosa a cualquiera para proteger su tierra natal. También es un mito que haya peleado para unificar España. Peleó por Castilla. Mientras los otros reinos estuvieran en paz con Alfonso, mientras le pagaran tributo, ni Alfonso ni el Cid se interesaban por ellos.

—El general Amadori es una autoridad sobre el Cid —prosiguió María—. Pero en sus escritos siempre he detectado el deseo de ser algo más que eso.

—Quieres decir… que le gustaría ser el Cid —dijo Aideen.

María sacudió la cabeza.

—El Cid fue un soldado glorificado. Al general Amadori le interesa algo más que hacer la guerra. Si lees sus ensayos en los diarios políticos descubrirás su propuesta: el «militarismo benévolo». Así lo ha bautizado.

—Parece el nombre de un estado policial —bromeó Aideen.

—Lo es —admitió María. Dio una larga pitada a su cigarrillo y luego lo arrojó por la ventanilla—. Pero le ha dado un giro al modelo de la Alemania nazi y la Rusia stalinista: el militarismo sin conquista. Amadori cree que si una nación es fuerte, no tiene necesidad de conquistar otras naciones. Esas otras naciones vendrán a él sin que las llame, para comerciar, para buscar protección, para alinearse con

la grandeza. La base de su poder se agrandará por la suma, no por la guerra.

—Entonces, el general Amadori no quiere ser un nuevo Hitler —dijo Aideen—. Quiere ser como el rey Alfonso.

—Exactamente —replicó María—. Tal vez estemos viendo el inicio del esfuerzo destinado a convertir a Amadori en el líder absoluto de Castilla, y a Castilla en el eje militar de una nueva España. Eje que impondrá su dictadura sobre las otras regiones. Y Amadori ha elegido este momento…

—Porque puede movilizar tropas e influir sobre los acontecimientos simulando contrarrestar una contrarrevolución —concluyó Aideen.

María asintió.

Aideen contempló el cielo resplandeciente. Bajó los ojos y recorrió con la vista la hermosa aldea de pescadores. Parecía tan pacífica, tan deseable… y no obstante había sido corrompida. Allí, en menos de un día, habían matado o herido brutalmente a más de una docena de personas. Se preguntó si habría habido una época, desde que los primeros humanos bajaron de los árboles y comenzaron a expoliar el Edén, en que el destino del hombre no se hubiera visto amenazado por el hombre mismo.

—El costo en sangre será muy alto para que Amadori pueda realizar su sueño —dijo María, como si hubiera leído el pensamiento de Aideen—. Soy andaluza. Mi pueblo y otros lucharán… no para mantener a España unificada sino para impedir que Castilla se transforme en el corazón y el alma de una nueva España. Es una rivalidad que data de los tiempos del Cid. Y a menos que encontremos la manera de detener a hombres como Amadori, continuará hasta mucho después de nuestra muerte.

No, decidió Aideen. Jamás había existido una época en que la gente aceptara gentilmente a otras personas y otras costumbres. Todavía estábamos muy cerca de los árboles en cuanto a eso. Y

entre nosotros había demasiados toros de lidia descontentos con el tamaño y el maquillaje de la tribu.

Pensó en el padre Alcázar. Todavía había un hombre que intentaba realizar la obra de Dios, incluso atenazado por su propio sufrimiento. Había buenas personas entre los carnívoros territoriales. Si solamente tuvieran el poder…

Pero si lo tuvieran, se preguntó Aideen amargamente, *¿acaso no serían tan predatorios como los demás?*

No lo sabía… y ése no era el mejor momento para evaluar la cuestión, sobre todo después de haber pasado casi veinticuatro horas sin dormir. No obstante, mientras contemplaba el cielo azul dorado y pensaba en lo que María acababa de decir, otra pregunta le vino a la mente.

Piénsalo, le había dicho Martha en los Estados Unidos. *Piensa cómo controlarías la agenda de alguien*.

Como había dicho Rodgers, pensó Aideen: con una agenda mejor.

La cuestión era conseguirla.

19

Lunes, 21:21hs. Washington D.C.

En el plano intelectual, Paul Hood sabía que las Naciones Unidas eran una buena idea. Pero en lo emocional no sentía demasiado respeto por la institución. Había demostrado su ineficacia en tiempos de guerra, y su absoluta ineficacia en épocas de paz. Era un foro apto para poses y acusaciones, y también para que las opiniones de los países tuvieran prensa con el mayor rédito posible.

Pero admiraba enormemente al nuevo secretario general, el impertérrito Massimo Marcello Manni, oriundo de Italia. Ex funcionario de la OTAN, senador del Parlamento italiano y embajador en Rusia, Manni había trabajado exhaustivamente el año anterior para evitar que Italia sucumbiera a la clase de guerra civil que parecía estar a punto de dividir a España.

Por pedido de Manni, el director de Seguridad Nacional Steve Burkow había gestionado una teleconferencia para las 23:00. Manni había discutido la deteriorante situación que atravesaba España con todos los directores de inteligencia y seguridad de las naciones del Consejo de Seguridad. Burkow, Carol Lanning del Departamento de Estado y el nuevo director de Inteligencia Central Marius Fox —primo de la senadora Barbara Fox— participarían de la teleconferencia.

Poco antes de recibir el llamado de la oficina de Burkow a las 20:50, Hood ya les había informado a Bob Herbert y Ron Plummer

que deseaba que Darrell se quedara en Madrid y Aideen en San Sebastián o donde fuera necesario.

—Si España se está dividiendo —dijo Hood a sus colaboradores —, la presencia de HUMINT es más importante que nunca.

Hood le pidió a Herbert que verificara si Stephen Viens seguía en contacto con sus leales colegas de la NRO —Oficina Nacional de Reconocimiento—, con base en el Pentágono. Viens era un viejo amigo de Matt Stoll, del Op-Center, y había sido un invalorable aliado en cuestiones de vigilancia. Aunque lo habían suspendido temporariamente en su cargo de la NRO por una investigación del Senado sobre malversación de fondos, Hood le había dado una oficina en el Op-Center. A diferencia de la mayoría de la gente en Washington, Hood creía en retribuir la generosidad y la devoción. La NRO había iniciado el reconocimiento satelital de movimientos militares en España hacía aproximadamente cuarenta minutos. Hood quería que la vigilancia fotográfica integrara la base de datos de Herbert. También quería que les enviaran copias de las fotos a McCaskey en España, a través de la embajada de los Estados Unidos en Madrid, y al comando Striker en vuelo. Los directores de otras organizaciones de inteligencia de Washington tendían a escatimar la información para sacar ventaja. Pero Hood creía que la información debía compartirse. Para él y para el personal único que trabajaba con él, el trabajo no era una cuestión de gloria personal. Su deber era proteger a los norteamericanos y los intereses nacionales.

Además del reconocimiento satelital, el Op-Center contaba con la información de los noticiarios internacionales. La cobertura de Raw TV era especialmente valiosa. Provenía de fuentes satelitales y no había sido editada para su emisión. Esta cobertura sin cortes era analizada por el equipo de Herbert y también por Laurie Rhodes, de los archivos fotográficos del Op-Center. Era muy frecuente que se construyeran *bunkers* de armamentos camuflados antes de las acciones militares. Aunque estas facilidades no siempre eran visibles

desde el espacio, solían aparecer como leves alteraciones topográficas en los estudios comparativos terrestres.

Hood tomó una cena liviana, amenizada por la lectura de los chistes del diario del domingo, que alguien había olvidado. Hacía tiempo que no leía los chistes y le sorprendió comprobar que habían cambiado muy poco desde que era niño. *Peanuts* y *B. C*. seguían allí, junto con *Torzón* y *Terryy los piratas y El Mago de Oz*. Encontrarse con los viejos amigos era un consuelo.

Después de cenar, recibió un breve informe de Mike Rodgers en su oficina. Rodgers le dijo que el Striker llegaría a Madrid poco después de las 11:30, hora de España. En cuanto estuvieran disponibles, le presentaría opciones para actividades del Striker.

Después del informe, Hood chequeó los datos de que disponía el personal nocturno. Mientras el equipo diurno seguía monitoreando la situación de España, Curt Hardaway, el teniente general Bill Abram y el resto de la «P. M. Squad» (como se autodenominaban) supervisaban la rutina doméstica y las actividades internacionales del Op-Center. El teniente general Abram, un equivalente de Mike Rodgers, estaba especialmente ocupado con el Op-Center Regional. La facilidad móvil había regresado de un cataclismo en Medio Oriente y atravesaba un período de reparaciones y puesta a punto. Todo estaba bajo control. Hood volvió a su despacho e intentó descansar un poco.

Apagó la luz, se sacó los zapatos y se acostó en el sofá. Mientras contemplaba el cielo raso, su mente volvió a Sharon y sus hijos. Miró su reloj luminoso… Sharon se lo había regalado para el primer aniversario. Pronto llegarían al aeropuerto internacional de Bradley. Jugó con la idea de tomar prestado un helicóptero del ejército y volar hasta Oíd Saybrook. Asustaría a sus parientes políticos y usaría un megáfono para pedirle a su esposa que regresara al hogar. Seguramente lo echarían de todas partes después de eso, pero qué demonios importaba. Así tendría tiempo para quedarse en casa, en su casa, con su familia.

Por supuesto que no tenía la menor intención de hacerlo. Era lo suficientemente romántico como para jugar al caballero moderno, pero no lo bastante inquieto. ¿Y por qué molestarse en ir a Oíd Saybrook si no podía prometerle a Sharon nada de lo que ella quería? A Hood le *gustaba* su trabajo. Y su trabajo no permitiría una reducción del horario. Una parte de él sentía que Sharon se estaba vengando por haber tenido que postergar su carrera para criar a los niños. Pero aunque él hubiera querido dejar de trabajar y ocuparse de la familia —lo cual no deseaba en absoluto—, no podrían haber vivido sólo con el salario de Sharon. Era un hecho.

Cerró los ojos y se tapó la cara con el brazo. *Pero los hechos no siempre cuentan en situaciones como ésta, ¿no es cierto?*

Su mente demasiado agitada le impedía conciliar el sueño. No sabía si sentirse culpable, furioso o profundamente disgustado. Decidió dejar el descanso para otro momento.

Se preparó una jarra de café, vertió un poco en su taza conmemorativa del equipo de béisbol Washington Senators, y volvió a su escritorio. Pasó un rato revisando los archivos computarizados de Manni sobre el movimiento separatista italiano. Sentía curiosidad por ver qué había hecho Inteligencia para impedir el colapso de Italia… si es que había hecho algo.

No había nada en el archivo. Se trataba de un proceso de casi seis años, que comenzó en 1993 como una manifestación del descontento de los votantes frente a los crecientes escándalos de corrupción política. Las comunidades más pequeñas se quejaban de no estar adecuadamente representadas y por eso se empezaron a elegir los miembros del Parlamento por distritos individuales, en lugar de hacerlo proporcionalmente como antes. Eso provocó una fragmentación del poder entre los partidos mayores y permitió que florecieran los grupos más pequeños. Los neofascistas llegaron al gobierno en 1994, los intereses comerciales de la Forza Italia les disputaron el poder un año después, y luego la caída de Yugoslavia causó una profunda inquietud en el norte… inquietud que Forza

Italia, con base en Roma, estaba pésimamente pertrechada para controlar. El premier pidió ayuda a los partidos del norte. Pero esos grupos estaban interesados en edificar su propia fuerza y apoyaron a los rebeldes. En Trieste florecieron la violencia y la propaganda separatista, que luego se trasladaron a Venecia en el oeste, y a Livorno y Florencia hacia el sur.

Manni, nativo de Milán, se vio obligado a regresar de Moscú para negociar una solución a la situación de deterioro. La solución propuesta fue la redacción de un pacto que convirtió a Italia septentrional en una región económica y políticamente autónoma, con un Congreso en Milán que reemplazó al bloque en el Parlamento de Roma. Actualmente, ambos grupos respondían independientemente al premier electo. Y si bien los italianos del norte pagaban impuestos de acuerdo con su capital, utilizaban la misma moneda que los del sur. Por otra parte, las dos regiones permanecieron militarmente intactas y el país siguió llamándose Italia.

Roma no realizó ninguna acción militar y los servicios de inteligencia extranjera prácticamente no se vieron involucrados. Pero la *Entente* Italiana —así la habían denominado— no proporcionaba un modelo para el conflicto español. Y además faltaba el detalle que había hecho funcionar el plan de Manni: él sólo había tratado con dos facciones, norte y sur. El conflicto español abarcaba por lo menos media docena de grupos étnicos que jamás se habían sentido contentos de formar parte de la misma nación.

La llamada entró diez minutos tarde. Hood convocó a Rodgers por el *speaker*. Cuando Rodgers llegó y buscó un lugar donde sentarse, Manni estaba explicando en inglés las razones de su tardanza: Portugal acababa de pedir ayuda a las Naciones Unidas.

—Hubo actos de violencia a lo largo de la frontera entre Salamanca y Zamora —dijo Manni.

Hood miró el mapa de su computadora. Salamanca se localizaba justo debajo de Zamora, al noroeste de España. Ambas regiones

compartían aproximadamente doscientas millas de frontera con Portugal.

—La inquietud empezó hace unas tres horas, cuando grupos anticastellanos organizaron una marcha de antorchas frente al Postigo de la Traición. En ese lugar fue asesinado el rey Sancho en el año 1072, junto a la muralla de la ciudad. Cuando la policía intentó dispersar a los manifestantes, éstos empezaron a arrojar botellas y piedras y la policía hizo varios disparos al aire. Alguien de la multitud devolvió los disparos y un oficial resultó herido. Los policías son en su mayoría castellanos e inmediatamente se lanzaron contra los manifestantes… no como guardianes de la paz sino como castellanos.

—¿Con armas? —preguntó Hood.

—Temo que sí —respondió Manni.

—Lo cual equivale a tirar un fósforo encendido sobre un escape de gas —dijo Steve Burkow, el sagaz asesor de Seguridad Nacional.

—Tiene razón, señor Burkow —dijo Manni—. Los motines se propagaron hacia el oeste, en dirección a Portugal, como una tormenta de fuego. La policía pidió ayuda a los militares de Madrid y en estos momentos la está recibiendo. Pero Lisboa teme que no puedan controlar los combates y quiere impedir por todos los medios que los refugiados crucen la frontera. Acaban de solicitar a las Naciones Unidas la creación de una zona-valla.

—¿Qué opina usted del pedido de Portugal, señor secretario general? —preguntó Carol Lanning.

—Me opongo —replicó Manni.

—No lo culpo —dijo Burkow—. Lisboa tiene ejército, fuerza aérea y armada. Puede hacerse cargo de sus asuntos.

—No, señor Burkow —dijo Manni—. No quiero *ningún* ejército en la frontera. Posicionar una fuerza armada en la frontera equivaldría a legitimar la crisis. Equivaldría a reconocer que existe una crisis.

—¿Acaso no existe? —preguntó Lanning.

—Sí, existe —admitió Manni—. Pero para millones de españoles la crisis está localizada. Es una cuestión provincial, no nacional o internacional. Y oficialmente todavía está bajo control. Si se enteran de que hay un ejército en la frontera —en cualquier frontera—, se generará un estado de confusión, falta de información fehaciente y pánico. Y la situación empeorará indefectiblemente, si cabe.

—Señor Manni —dijo Burkow con voz tensa—, todo eso parece demasiado académico. ¿Usted sabía que el primer ministro Aznar habló con el presidente Lawrence y solicitó presencia militar norteamericana en aguas territoriales españolas?

—Sí —dijo Manni—, lo sabía. Ostensiblemente, los militares estarán allí para defender y evacuar turistas norteamericanos como consecuencia del asesinato.

—Ostensiblemente —coincidió Burkow.

—¿El presidente ha decidido algo al respecto?

—Todavía no —dijo Burkow—, pero lo está pensando. Está esperando que Inteligencia determine si, de hecho, los intereses norteamericanos peligran. ¿Paul? ¿Marius? ¿Tienen algo que agregar al respecto?

Hood fue el primero en responder debido a su jerarquía.

—Excepto el atentado contra Martha —o tal vez por causa de ese atentado—, no se han reportado hostilidades contra turistas norteamericanos —dijo—. Tampoco esperamos que las haya. Los españoles no querrán que se compliquen aún más las relaciones. Además, en todas las regiones, la economía española depende del turismo. Es improbable que hagan algo que conspire contra su principal fuente de ingresos. En cuanto a posibles atentados políticos contra norteamericanos, todos sabemos que Martha fue asesinada porque trabajaba para el Op-Center. Creemos que fue asesinada para evitar que los Estados Unidos hiciera precisamente lo que estamos discutiendo ahora: involucrarse en la política española. Siempre que mantengamos la distancia, política y militar, no tenemos por qué esperar ninguna clase de atentado.

—Paul está en lo correcto en cuanto a la situación de los turistas —dijo Marius—. Hemos monitoreado atentamente las acciones de la policía y los militares españoles. Responden rápidamente y erradican la violencia de los centros turísticos más populares. Por supuesto —agregó—, que todo puede cambiar si el conflicto adquiere vida propia… o si la policía es provocada como sucedió en el Postigo de la Traición.

—Y ése —interrumpió Burkow— es el meollo de la cuestión. Por esa razón el Presidente está considerando el envío de tropas. En todo conflicto interno se llega a un punto en que la protesta se transforma en guerra, lisa y llanamente. Cuando la emoción supera al sentido común. Cuando las expectativas ya no son «quiero preservar mi economía» sino «quiero preservar mi vida». Y cuando eso suceda…

—Si sucede —acotó Marius.

—De acuerdo —dijo Burkow—. Si sucede, los turistas —norteamericanos y de los otros— no tendrán a nadie que se ocupe de ellos.

Mientras Burkow hablaba, Hood recibió un *e-mail* de McCaskey por línea segura. Le hizo señas a Rodgers para que se acercara y lo leyeron juntos.

Paul, decía. *Los FO (Operativos de Campo) informan que el vasco autor del atentado al yate fue asesinado por un grupo catalán. Los FO van a hablar con los autores del asesinato. Evaluación: fue por venganza, no por política. Advertí a los FO que una de ellas podría estar en peligro si es reconocida como sobreviviente de la situación MM. Ella no cree que esta gente se ocupe del tema. Tiendo a pensar también que las circunstancias han cambiado. Avísame si quieres que regrese.*

El que bombardeó el yate estaba respaldado, aparentemente, por un general del ejército llamado Amadori. Lo estamos investigando. No es sorprendente que los archivos locales de la, OTAN sobre el general hayan sido modificadas.

Hood dio por recibido el mensaje y envió sus felicitaciones a Aideen y María por el trabajo de inteligencia. No le gustaba que Aideen estuviera tan lejos con miembros del comando que había asesinado a Martha. Especialmente después de haber tenido la negligencia de dejarlas —a ella y a Martha— a merced de un posible primer atentado. Pero María era una agente excepcional. Estando ella como refuerzo de Aideen —y viceversa—, Hood olvidó sus resquemores e informó a Darrell que las dejara actuar.

—Señor Burkow —dijo Manni—, sus preocupaciones están bien fundadas. Pero creo que debemos esperar y ver si el gobierno español puede resolver el conflicto por sus propios medios.

—Hasta el momento no me han inspirado la menor confianza —dijo Burkow—. Ni siquiera pudieron mantener con vida al diputado Serrador el tiempo necesario para llegar a interrogarlo.

—Se cometieron errores —admitió Manni—. Todos estaban con la guardia baja. Pero no somos nosotros quienes debemos resolverlos.

—Aquí Paul Hood. ¿Qué nos recomienda, señor secretario general?

—Mi recomendación, señor Hood, es concederle al primer ministro un día más para resolver las cosas. Ha convocado a su asesor militar sobre sediciones civiles y están diseñando un plan para enfrentar las posibles contingencias.

Rodgers se acercó al teléfono.

—Soy el general Rodgers, señor, subdirector del Op-Center —dijo —. Si el primer ministro o sus oficiales necesitan apoyo militar o de Inteligencia, mi oficina está en condiciones de ofrecerlo con la mayor discreción.

—Gracias, general Rodgers —dijo Manni—. Tenga la seguridad de que transmitiré su generosa oferta al primer ministro Aznar y al general Amadori.

Mientras Manni hablaba, Hood no le quitaba los ojos de encima a Rodgers. Algo pasó entre ellos al escuchar el nombre de Amadori: una rápida e inesperada contracción del espíritu sólo visible en sus

ojos, un instante de parálisis torpe en los miembros. Hood se sentía como el predador que súbitamente comprende que su presa es mucho más astuta, salvaje y mortífera de lo que esperaba.

La parálisis pasó rápido. Hood tocó el botón «mute».

—Mike…

—Ya sé —dijo Rodgers, poniéndose de pie—. Voy a investigarlo.

—Si es el mismo hombre —dijo Hood—, quiere decir que tienen serios problemas.

—España está en peligro —dijo Rodgers—, igual que todos los países que quieran sacar precipitadamente de allí a sus ciudadanos.

Rodgers abandonó la oficina de inmediato y Hood se quedó escuchando, sin demasiado interés, la jerigonza política de Manni, Burkow y Lanning. Los tres coincidían en la necesidad de permitir que España resolviera el conflicto por sus propios medios, pero con cierto nivel de apoyo discursivo por parte de los Estados Unidos… que podría ser escuchado por las facciones feudales y convertirse en presencia militar si fuera necesario. Una presencia militar que podría transformarse en acción defensiva pero que en realidad era acción ofensiva destinada a preservar el gobierno legítimo de España…

Todo eso era absolutamente necesario, y Hood lo sabía, pero sólo en términos de posturas… como las Naciones Unidas. El verdadero trabajo se haría durante las próximas horas, cuando intentaran averiguar si Amadori estaba detrás del levantamiento. Y, si efectivamente era así, hasta dónde había llegado en su ambición de socavar al gobierno. Si no había ido demasiado lejos, el Ejército y la Inteligencia norteamericanos tendrían que colaborar con los líderes españoles para encontrar la manera de detenerlo. Sería difícil hacerlo discretamente, pero no era imposible. Haití, Panamá y otros países eran modelos viables de esa clase de contención.

Pero la otra alternativa era la que verdaderamente preocupaba a Hood. La posibilidad de que, como un cáncer, la influencia de Amadori se hubiera propagado tenazmente en los cimientos de la nación. Si ése era el caso, tal vez no fuera posible extirpar al general

sin matar al enfermo. El único modelo similar era el colapso de Yugoslavia, una lucha en la que habían muerto miles de personas y cuyas ramificaciones sociopolíticas y económicas todavía se hacían sentir.

España cuadruplicaba la población de Yugoslavia. También tenía amigos y enemigos en las naciones vecinas. Si España se dividía, el resto de Europa quedaría sumido en una profunda inquietud. El colapso también podría servir de ejemplo a otros países con conflictos étnicos, como Francia, el Reino Unido y Canadá.

Tal vez incluso a los Estados Unidos.

La teleconferencia concluyó con la decisión de que los colaboradores del secretario general proporcionarían informes cada hora a la Casa Blanca, en tanto que Burkow informaría a Manni cualquier modificación en la política administrativa.

Hood colgó el teléfono sintiéndose más desolado que nunca desde que trabajaba en el Op-Center. Algunas misiones habían funcionado bien y otras mal. Su equipo había desmantelado golpes militares y aparatos terroristas. Pero jamás había tenido que enfrentar una situación que amenazaba sentar las bases del nuevo siglo: la idea de que la fragmentación era la regla y no la excepción, y de que los países y el mundo sabían que podían hallarse en vísperas de su extinción.

20

Martes, 4:45hs. Madrid, España

La noticia del brutal asesinato de Adolfo Alcázar llegó rápidamente a oídos de Darrell McCaskey, vía Luis García de la Vega. Tal como mandaba la ley, Luis reportó el homicidio al Ministerio de Justicia de Madrid. Desde allí, un funcionario de alto rango del turno noche transmitió discretamente la información al asistente personal del general Amadori, Antonio Aguirre. Aguirre —ex funcionario de Francisco Franco— fue personalmente a la oficina del general, golpeó una vez la puerta y esperó a que lo invitaran a pasar. Una vez adentro, le dio la noticia al general.

Amadori no demostró sorpresa al enterarse del asesinato de Adolfo. Tampoco lo lamentó. Cómo podría… si apenas lo había conocido. Por razones de seguridad, ambos hombres se habían visto y comunicado lo menos posible. De ese modo, si Adolfo era arrestado y obligado a hablar, no habría nada que lo vinculara al general fuera de su propio testimonio. No habría registros telefónicos, anotaciones ni fotografías. Para Amadori, Adolfo Alcázar era un leal soldado de la causa, uno de los tantos revolucionarios a quienes el general no conocía y no podía conocer.

Pero lo que el valiente y devoto Alcázar había hecho era un hito que había ayudado a hacer posible la revolución. El general juró en voz alta frente a Antonio Aguirre que su muerte sería vengada y sus asesinos eliminados. Sabía exactamente dónde buscarlos: en la

familia Ramírez. Nadie más tenía los motivos y los medios para eliminar a Adolfo. Sus muertes servirían de ejemplo, gracias a ellas todos sabrían que el general pretendía borrar toda resistencia del mapa de España.

Y, por supuesto, como le dijo el general a Antonio, la cacería y posterior ejecución de la *familia* Ramírez servirían a otro propósito. Asustarían y disuadirían a otras *familias* que pensaran oponérsele. Precisamente por esa razón el golpe tendría que ser muy público y muy dramático.

El general dio la orden a Antonio de ponerlo en marcha. Antonio hizo la venia, giró sobre sus talones y salió sin decir palabra. Fue directamente a su escritorio y llamó por teléfono al general Américo Hoss a la Base Tajo de la Fuerza Aérea, en las afueras de Toledo. Las órdenes del general fueron comunicadas verbalmente. Igual que Adolfo, el general Hoss estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para servir al general Amadori.

Todavía estaba oscuro cuando los cuatro helicópteros HA-15 abandonaron la base. Como la mayoría de los helicópteros de la Fuerza Aérea española, los HA-15 eran naves de transporte, no de combate. Estos helicópteros, de treinta años de edad, habían sido equipados con un par de cañones de 20mm montados en los laterales, cañones que sólo se habían utilizado en misiones de práctica.

Pero ésta no era una misión de práctica.

Cada helicóptero transportaba un complemento de diez soldados, cada uno de ellos armado con una ametralladora Z-62 o un rifle Modelo L-1-003 adaptado para cartuchos M16 estándar. El comandante de la misión, mayor Alejandro Gómez, tenía órdenes de tomar el astillero y utilizar todos los medios a su alcance para obtener los nombres de los asesinos.

Se esperaba que Gómez regresara con prisioneros. Pero si se negaban a acompañarlo, se esperaba que retornara con cadáveres debidamente embolsados.

21

Martes, 5:01hs. San Sebastián, España

María se acercó a la cabina de seguridad de la fábrica Ramírez y, con la velocidad del relámpago, mostró sus credenciales de Interpol. En el camino había decidido que no quería ser una turista. Confiaba en que el guardia telefonearía para advertirle al gerente que Aideen y ella habían ingresado a la planta. El gerente, a su vez, informaría de su llegada a los asesinos que estuvieran presentes en el edificio. Lo más probable era que los asesinos huyeran o se escondieran. Por eso María había tomado la precaución de decirle al guardia: «No tenemos jurisdicción aquí. Sólo queremos hablar con los miembros de la *familia*».

—Pero señorita Corneja —replicó el fornido centinela de barba gris—, aquí no hay ninguna *familia*.

El tono era frío y desdeñoso. Le recordaba a Aideen a los *dealers* de México, que siempre insistían en decir que jamás habían escuchado hablar del señorío —«el señor de la finca»—, el narcotraficante que proporcionaba toda la heroína que se vendía en la capital del país.

—A decir verdad, usted se está anticipando a los hechos —replicó María, poniendo el motor del coche en punto muerto—. Tengo la fuerte sospecha de que dentro de un rato *ya no habrá familia*.

El guardia la observó con una mirada entre velada y confundida. Ostentaba orgullosamente la cinta del valor y el porte ceñudo e

inmutable de un sargento avezado. En España, como en todas partes del mundo, los puestos de vigilancia eran la panacea laboral de ex militares y policías. Muy pocos de ellos toleraban recibir órdenes de civiles. Y mucho, muchísimo menos les gustaba estar por debajo de una mujer. Tal como había sospechado María desde que había posado los ojos en él, éste necesitaría un empujoncito extra.

—Amigo —dijo—, confíe en mí. Dentro de poco no habrá *familia* si no logro hablarles. Algunos de ellos asesinaron a un hombre en la ciudad. Ese hombre tenía amigos muy poderosos. No creo que esos amigos vayan a dejar las cosas así.

El centinela la miró largamente. Luego, dándoles la espalda, hizo un llamado telefónico. Era imposible escuchar lo que decía. Pero después de una breve conversación, el centinela cortó y les permitió pasar a la playa de estacionamiento. María le dijo a Aideen que ya no dudaba de que serían recibidas por uno o varios miembros de la *familia*. Y Aideen sabía que los presionaría para que le dijeran todo lo que sabían sobre el general Amadori. Con Ramírez y los suyos muertos, el plan que pensaban llevar a cabo —cualquiera fuere— también habría muerto probablemente. Ahora tenían que preocuparse por lo que podía hacer Amadori. Necesitaban saber, lo más pronto posible, *cuánto* debían preocuparse.

Dos hombres salieron a recibirlas a la puerta de entrada del astillero. Las dos mujeres estacionaron el coche de trompa y salieron con los brazos extendidos hacia abajo y las palmas de las manos abiertas y hacia el frente. María se quedó parada del lado del volante y Aideen del lado del acompañante. Los hombres avanzaron hacia ellas y se detuvieron a pocos metros. Mientras uno vigilaba, el otro —un sujeto fornido y grandote— tomó las armas y el teléfono de las mujeres y los arrojó dentro del coche. Después las revisó para verificar si traían micrófonos. El chequeo fue exhaustivo pero completamente profesional. Cuando concluyó, los dos hombres caminaron en silencio hacia una camioneta grande, estacionada muy cerca de allí. Las mujeres los siguieron. Los cuatro subieron por la

puerta trasera y se sentaron en el piso, entre latas de pintura, escaleras y ropas de trabajo. Los hombres ocuparon dos lugares estratégicos al lado de la puerta.

—Yo soy Juan y él es Fernando —dijo el que había vigilado el escrupuloso chequeo—. Identifíquense, por favor.

—María Corneja y Aideen Sánchez —dijo María.

Aideen aprobó inmediatamente el «cambio» de nacionalidad. Fue una jugada inspirada por parte de María. Era probable que esos dos no confiaran en sus compatriotas, pero mucho menos confiarían en una extranjera. Los conflictos internos eran un perfecto caldo de cultivo para que las potencias extranjeras repartieran armas, dinero… e influencia. Era difícil, sino imposible, modificar esas arraigadas convicciones.

Aideen observó a los hombres. Juan era el más viejo de los dos. Parecía cansado. Sus ojos nerviosos estaban rodeados de arrugas profundas y sus esbeltos hombros caían hacia adelante, como abatidos por un peso. El otro era un coloso de ojos hundidos y cejas tupidas. Tenía la carne suave y tirante como la cara de una moneda y sus hombros anchos se erguían majestuosamente.

—¿Por qué han venido aquí, María Corneja? —preguntó Juan.

—Quiero hablar con ustedes acerca de un general del ejército llamado Rafael Amadori —dijo María.

Juan se quedó mirándola.

—Adelante —murmuró.

María sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta. Tomó uno y ofreció el paquete a los demás. Juan fue el único que aceptó el convite.

Ahora que estaban allí, Aideen se sentía incómoda ante la posibilidad de estar colaborando con asesinos. Pero como decía Martha, cada país tenía sus propias reglas. Aideen sólo podía confiar en que María supiera lo que estaba haciendo.

María le dio fuego a Juan y luego encendió su cigarrillo. Su manera de darle fuego —colocando el fósforo bajo el cigarrillo de

Juan, invitándolo a que le tomara las manos para acercar la llama— hizo de un simple ofrecimiento una acción muy íntima. Aideen admiró la habilidad de María para establecer contacto con el hombre.

—El señor Ramírez y los cabezas de otros grupos económicos y *familias* fueron asesinados ayer por un hombre que trabajaba para Amadori —dijo María—. Creo que ustedes lo han visto. Adolfo Alcázar.

Juan no dijo nada.

La voz de María era más suave que nunca. Estaba seduciendo a Juan.

—Amadori es un general muy poderoso —prosiguió María—, que aparentemente ocupa un lugar clave en la reciente cadena de acontecimientos. Le diré cómo veo yo las cosas. En el día de ayer, Ramírez hizo matar a una norteamericana. Amadori sabía que eso iba a suceder, y dejó que sucediera. ¿Por qué? Para poder presentarle al país una grabación que comprometía al diputado Serrador. ¿Por qué? Para que Serrador y los vascos que él representaba quedaran desacreditados en casa y en el exterior. Después hizo que Alcázar asesinara a su empleador y sus cómplices. ¿Por qué? Para desacreditar a los catalanes y destruir su centro de poder. Si Serrador y los líderes económicos estaban planeando alguna clase de maniobra política, es obvio que esa maniobra ya no existe.

Y lo que es más importante —prosiguió María—, la presencia de una conspiración debilita considerablemente al gobierno. Ellos no saben en quién confiar o a quién acudir para mantener la estabilidad. Las palabras no tranquilizan a la gente. Están peleando unos contra otros desde el Atlántico hasta el Mediterráneo, desde la bahía de Vizcaya al estrecho de Gibraltar. El gobierno necesita una mano fuerte para poner orden. Creo que Amadori ha orquestado las cosas para ser esa mano fuerte.

Juan la contempló a través del humo de su cigarrillo.

—¿Y? —dijo—. Se restaurará el orden.

—Pero tal vez no como era antes —dijo María—. Sé unas cuantas cosas de Amadori… pero no lo suficiente. Es un nacionalista castellano y, por lo que pude comprobar, un megalómano. Aparentemente ha utilizado estos incidentes para colocarse en posición de declarar la ley marcial en todo el territorio español… y después aplicarla. Me preocupa que no se retire después de haber hecho eso. Necesito saber si ustedes tienen o pueden conseguir inteligencia que me ayude a detenerlo.

Juan dio un respingo.

—¿Está sugiriendo que Interpol y la *familia* Ramírez trabajen juntos en esto? —preguntó.

—Sí.

—Eso es ridículo —dijo Juan—. ¿Quién nos garantiza que simultáneamente no reunirán inteligencia sobre nosotros?

—Nadie —admitió María.

Juan frunció el ceño.

—Entonces admite que podría hacerlo.

—Sí, lo admito —dijo María—. Pero si no detenemos al general Amadori, cualquier clase de inteligencia sobre la *familia* que yo llegue a reunir será perfectamente inútil. El general los atrapará y destruirá. Si no los castiga por haber asesinado a su agente, los eliminará por la amenaza que ustedes representan para él. Por la posibilidad de reclutar otras *familias* que se opongan a él.

Juan miró a Fernando. El vigía sólido como el granito lo pensó un momento y luego asintió, una sola vez. Juan observó a María. Aideen hizo lo mismo. María había seducido a Juan honestamente… y bellamente.

—La adversidad ha creado compañeros de trincheras todavía más extraños —dijo Juan—. Está bien. Estuvimos investigando a Amadori desde que volvimos al astillero. —Rió con desprecio—. Todavía tenemos algunos aliados en el gobierno y entre los militares, aunque no muchos. La muerte del señor Ramírez asustó a mucha gente.

—Ése fue el propósito, precisamente —señaló María.

—Amadori tiene base en Madrid, en la oficina del Ministerio de Defensa —prosiguió Juan—. Pero sabemos que estableció sus cuarteles generales en otro lugar. Estamos tratando de averiguar dónde. Tiene poderosos aliados castellanos en la Cámara de Diputados y en el Senado. Ellos lo respaldan con hechos… y con su silencio.

—¿Qué quiere decir con eso?

—El primer ministro tiene derecho a declarar la ley marcial —dijo Juan—, pero si el Parlamento no aprueba la medida puede bloquearla eficazmente cortando los fondos.

—Y en este caso no lo harían —sugirió María.

—No —dijo Juan—. Un informante de la *familia* Ruiz me dijo que…

—¿Los fabricantes de computadoras? —preguntó María.

—Sí —respondió Juan—. Bien, me dijeron que de hecho el presupuesto superaba con creces lo que había pedido el primer ministro. Era cinco veces más de lo requerido.

María dio un silbido.

—¿Pero por qué no habrían de respaldarlo? —preguntó Aideen—. España está enfrentando un grave peligro.

Juan miró a Aideen.

—Generalmente, el presupuesto se aprueba por parcelas —explicó—. Se hace así para prevenir precisamente un golpe de esta clase. Hay muchos poderosos detrás de esto. Tal vez ellos, o sus familias, han sido amenazados. Tal vez les han prometido puestos más importantes en el nuevo régimen.

—Con todo —dijo María—, le han dado a Amadori el poder y el dinero para hacer lo que estime necesario. —Dio una lenta pitada a su cigarrillo—. Simple… y brillante. Con el ejército bajo control y el gobierno baldado por sucesivos o simultáneos actos de traición, el general Amadori no podrá ser detenido por medios legales.

—Exactamente —dijo Juan—. Por esa razón la *familia* tuvo que ocuparse de esto a su manera.

María miró a Juan un instante y estampó el cigarrillo contra el piso.

—¿Qué pasaría si lo eliminaran? —preguntó.

—¿Quiere decir si lo destituyeran?

—Si hubiera querido decir «destituyeran», hubiera dicho «destituyeran» —replicó María con agudeza.

Juan se dio vuelta y apagó el cigarrillo contra la pared metálica.

—Todos nos beneficiaríamos —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero habría que hacerlo rápido. Si Amadori tiene tiempo para postularse como el salvador de España, lo que él invente continuará… con o sin él.

—Obviamente —dijo María—. Y se autopresentará como el héroe de la jornada a la velocidad de la luz.

Juan asintió.

—El problema es que no será fácil acercarse a él. Si se queda en un lugar, habrá seguridad extrema. Si se traslada, su itinerario estará vigilado. Tendríamos que tener mucha suerte para…

Aideen levantó la mano.

—¡Silencio! —ordenó.

Los otros la miraron. Un momento después, María también los escuchó. Todos podían sentirlo en las entrañas… el sonido bajo y constante de unas hélices lejanas.

—¡Helicópteros! —dijo Juan. Saltó al fondo de la camioneta y abrió la puerta.

Aideen miró hacia afuera. Sobre las colinas más próximas se veían las luces de navegación de cuatro helicópteros. Estaban aproximadamente a una milla de distancia.

—Se dirigen al astillero —dijo Juan. Luego miró a María—. ¿Son de ustedes?

María negó con la cabeza, lo empujó, saltó al asfalto y se quedó mirando el helicóptero.

—Saque a su gente de aquí y envíelos a zonas seguras —dijo—. Que vayan armados.

Aideen asomó entre los hombres.

—Un momento —dijo—. ¿Les estás diciendo que disparen contra soldados españoles?

—¡No lo sé! —farfulló María, corriendo hacia el auto—. Probablemente sean hombres de Amadori. Si algún miembro de la *familia* es capturado o asesinado, pasará lo que tanto tememos. Adquirirá fuerza a los ojos de la gente si elimina los focos de discordia.

Aideen salió corriendo tras ella. Trató de imaginar otro teatro de operaciones. Pero en San Sebastián no había levantamientos y la policía estaba manejando la investigación sobre la explosión de la bahía. Sólo había campos y casitas entre el lugar donde estaban y las montañas: el astillero de Ramírez era el único blanco lo suficientemente grande como para ameritar cuatro helicópteros.

Éste es un país civilizado que se prepara para la guerra civil, dijo para sus adentros. Aunque era un hecho difícil de aceptar, con cada momento que pasaba todo se tornaba para él más real, muy real.

Juan bajó de la camioneta, seguido por Fernando.

—¿Adónde van? —les gritó.

—¡A llamar a mi superior! —respondió María—. Si averiguo algo se lo haré saber.

—¡Dígale a su gente que no dispararemos a menos que seamos atacados! —aulló Juan, corriendo con Fernando en dirección al astillero. Los helicópteros estaban a menos de un cuarto de milla de distancia—. ¡Dígales que no queremos luchar contra los soldados honestos ni contra la gente de…

Sus palabras fueron ahogadas por el zumbido de los rotores de los helicópteros que sobrevolaban el astillero. Un instante después, el crispado sonido de los cañones modelo L-1-003 se sumó al bullicio… y Juan y Fernando cayeron de bruces en la tierra.

22

Martes, 5:43hs. Madrid, España

Darrell McCaskey no podía dormir.

Después de llevar a Aideen al aeropuerto había regresado con Luis a la oficina de Interpol en Madrid. El pequeño complejo ocupaba un solo piso en la estación de policía. El edificio de ladrillos, que databa de principios de siglo, estaba localizado cerca de la Gran Vía, sobre la calle de Hortaliza. Habían retornado a la ciudad en silencio, mientras McCaskey reflexionaba sobre los meses que había compartido con María.

Al volver se había sentido repentinamente exhausto y se había acostado sobre un mullido sofá en el pequeño comedor. Y aunque había cerrado alegremente sus pesados párpados, su corazón no quería acallarse. El enojo de María lo había perturbado, si bien era de esperar. Pero lo peor de todo había sido volver a verla. Ese simple hecho le había recordado el error más grande de su vida: dejar que se fuera dos años atrás.

Y lo más triste era que ya en aquel entonces lo sabía.

Tendido allí, McCaskey recordó vívidamente todas las diferencias que habían emergido entre ellos cuando María estuvo en los Estados Unidos. Ella vivía el presente y no se preocupaba mucho por la salud, el dinero o el peligro de algunas misiones que aceptaba. Tenían diferentes gustos en música y en los deportes que les encantaba mirar o practicar. A ella le agradaba ir en bicicleta a todas

partes y él prefería caminar o conducir. Él amaba las ciudades y los lugares de mucha energía, ella adoraba el campo.

Pero más allá de sus diferencias —que por otra parte eran considerables—, una cosa era cierta. Se habían amado. Y eso debería haber pesado más de lo que pesó. Y ahora pesaba como el infierno.

McCaskey todavía recordaba la expresión de María cuando él le dijo que la relación no funcionaba. Siempre recordaría esa cara, dura pero profundamente lastimada… como un soldado que ha sido herido y se rehúsa a creerlo y decide seguir combatiendo. Era una de esas imágenes que se graban para siempre en el alma y vuelven algunas veces, tan vívidas como cuando sucedieron. «Malaria emocional»: así las había denominado una vez Liz Gordon, la psicóloga del Op-Center, mientras hablaban acerca de las relaciones fracasadas.

Tenía razón.

McCaskey abrió los ojos. Mientras estaba allí tendido, observando las luces fluorescentes, Luis entró corriendo y se abalanzó sobre uno de los teléfonos, en una de las cinco mesas redondas del comedor. Chasqueó los dedos y le hizo señas a McCaskey para que levantara el tubo de otro.

—Es María —dijo Luis—. Por línea cinco. Los están atacando.

McCaskey saltó del sofá y corrió a la mesa más próxima.

—¿Están bien?

—Están en un auto —dijo Luis—. María opina que es mejor que se queden donde están.

Luis levantó el tubo y McCaskey hizo otro tanto y marcó el número cinco.

—¿María? —dijo Luis—. Darrell está en línea y Raúl está investigando los helicópteros. ¿Qué está pasando allí?

McCaskey decidió no pedir un informe. Si no entendía algo, Luis se encargaría de desasnarlo.

—Dos de los helicópteros están sobrevolando en círculo el predio del astillero —dijo María—. Los otros dos están sobre el techo y los efectivos están descendiendo. Algunos soldados toman posiciones al borde del techo. Otros utilizan escaleras de aluminio para bajar a las puertas. Todos están armados con ametralladoras.

—Dijiste que ya les dispararon a dos hombres…

—Les dispararon a dos miembros de la *familia* Ramírez, Juan y Fernando —explicó María—. Los dos participaron en la venganza del atentado al yate. Pero cayeron al suelo y se rindieron… creo que se encuentran bien.

Su voz era serena y fuerte. McCaskey se sentía orgulloso de ella. Y sentía un hondo deseo de borrar aquellas palabras estúpidas y egoístas que le había dicho en el pasado.

—Cuando se inició el ataque estábamos hablando con esos hombres —prosiguió María—. No sé si las tropas los buscaban a ellos específicamente o si los helicópteros tenían orden de abrir fuego contra el blanco más próximo.

—El centinela… —dijo Aideen.

—Sí, tienes razón —agregó María—. Aideen advirtió que el guardia del astillero desapareció cuando empezó el ataque. Es un ex militar. Tal vez les haya dado indicaciones a los helicópteros.

Un oficial alto y musculoso entró corriendo al comedor. Luis se dio vuelta y lo miró interrogante. El hombre sacudió la cabeza.

—No se llenó ningún plan de vuelo para helicópteros —dijo el oficial.

—Entonces esto no ha pasado por la cadena regular de órdenes militares —dijo Luis a María.

—No me sorprende —respondió ella.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy convencida de que el general Rafael Amadori está manejando esta operación disuasiva como una guerra privada —dijo María—. Aparentemente se las ha ingeniado para que el Parlamento le otorgue poderes de emergencia. También tiene una mira muy

estrecha para eliminar a la oposición. Cuando por fin alguien decida detenerlo, tal vez sea demasiado tarde.

—¿Sabemos dónde está la base del general? —preguntó McCaskey.

—Todavía no —replicó ella—. Pero estoy segura de que será difícil acercársele. Tengo que admitir que Amadori parece estar muy bien preparado.

McCaskey advirtió un cambio en la voz de María. Lo reconoció porque siempre lo había hecho sentir un poco celoso. Ella no aprobaba los motivos ni los actos de Amadori, pero sentía un dejo de admiración por el hombre.

María se quedó callada. Se escucharon disparos a lo lejos.

Aideen dijo algo que McCaskey no alcanzó a comprender.

—¡María! —aulló McCaskey—. ¡Dime algo!

Pasaron varios segundos hasta que María reaccionó.

—Lo siento —dijo—. Las tropas han ingresado al astillero. Estábamos tratando de ver qué hacían… pero hay coches estacionados en el camino. Escuchamos unas ráfagas de ametralladora provenientes de los soldados y luego… ¡maldición!

—¿Qué pasa? —bramó McCaskey.

Se oyeron varios disparos aislados, seguidos por el constante zumbido del fuego automático.

—¡María! —aulló McCaskey.

—Dejaron que los soldados los provocaran —dijo María.

—¿Quiénes? —preguntó Luis.

—Probablemente algunos miembros de la *familia* y tal vez algunos obreros —dijo María—. Hubo disparos en el interior del astillero. Deben haber disparado contra los soldados. Los obreros salen corriendo… y caen. Los que tienen armas las arrojan. Juan les grita que se rindan.

McCaskey miró a Luis. El oficial de Interpol empalideció.

—Esto es increíble —dijo María—. Los soldados disparan contra todo aquel que no depone sus armas. ¡Aunque sean barras de

hierro! Adentro todos gritan. Parece que les dicen que se rindan.

—¿Los soldados están cerca de ustedes? —preguntó McCaskey.

—A unas cuatrocientas yardas aproximadamente. Pero hay otros vehículos en los alrededores… no creo que sepan que estamos aquí.

La transpiración bañaba el labio superior de McCaskey. El edificio de la ley se estaba desmoronando. Deseaba encontrar una manera de sacarlas de ese infierno. Miró a su compañero. Los ojos de Luis se movían rápidamente, sin fijarse en nada. Él también estaba ansioso.

—Luis —preguntó McCaskey—, ¿qué pasa con el helicóptero policial?

—Todavía está allí…

—Ya lo sé. ¿Puedes conseguir un permiso para que vayan a buscarlas?

Luis alzó las manos, desolado.

—Aunque pudiera, dudo que fueran —musitó—. Los soldados podrían sospechar una represalia de la *familia*.

Fuerte ofensiva militar y paranoia. Esa combinación hacía que los líderes se apartaran de todos, excepto de sus asesores más íntimos. También era una mezcla capaz de transformar a los soldados en verdugos indiscriminados. McCaskey anhelaba tener allí al Striker. Pero el fabuloso comando sobrevolaba el océano Atlántico, a varias horas de distancia.

Ninguno de los dos hablaba. McCaskey seguía mirando a Luis. Había tres opciones. Las mujeres podían quedarse donde estaban, tratar de escapar, o intentar rendirse. Si trataban de huir y eran detectadas, probablemente las eliminarían. Aparentemente lo más seguro era quedarse donde estaban y presentar su documentación falsa si las descubrían. McCaskey se preguntaba si Luis llamaría para hacerse cargo de ellas. El oficial de Interpol no eludía responsabilizarse por los actos de sus subordinados y asumía las consecuencias de esos actos. Pero aquí no se trataba de culpas o créditos. Aquí se trataba de vidas humanas.

—María —dijo Luis—, ¿qué quieres hacer?

—Justamente estaba pensando en eso —dijo María—. No sé qué buscan los atacantes. Ahora están tomando prisioneros. Docenas. Pero no tenemos la menor idea de dónde los llevarán. Posiblemente van a interrogarlos. Me pregunto…

—¿Qué? —insistió Luis.

Se escuchó una conversación ahogada del otro lado de la línea. Después, sólo silencio y algunos débiles disparos.

—¿María?

La conversación concluyó. Ahora sólo se escuchaban disparos.

—¡María! —repitió Luis.

Un momento después, Aideen respondió.

—No está aquí.

—¿Dónde está entonces? —preguntó Luis.

—Camino al astillero, con las manos en alto —replicó Aideen—. Intentará rendirse.

23

Lunes, 22:45hs. Washington D.C.

El llamado telefónico de Steve Burkow, director de Seguridad Nacional, fue breve y sorprendente.

—El Presidente está considerando un cambio radical en la política de su administración con respecto a España —le informó a Paul Hood—. Preséntese en la Sala de Situaciones de la Casa Blanca esta noche a las once y treinta. Y… ¿tendría la amabilidad de enviarnos la última información de inteligencia sobre la situación militar del país?

Había pasado menos de una hora desde la teleconferencia con el secretario general de la ONU. En aquel momento habían decidido mantener el *statu quo*. Hood había podido recostarse y dormir un poco. Se preguntó qué podría haber cambiado tanto desde la teleconferencia.

Hood dijo que allí estaría, por supuesto. Después entró al pequeño baño privado, en el fondo de su despacho. Había un teléfono empotrado en la pared, debajo del interruptor de la luz. Hood se mojó la cara con agua fresca y llamó a Bob Herbert. El asistente de Herbert le informó que estaba hablando con Darrell McCaskey y preguntó si el suyo era un llamado prioritario. Hood replicó que no lo era y pidió que Herbert lo llamara en cuanto terminara.

Había concluido de lavarse la cara y empezaba a enderezar el nudo de su corbata cuando sonó la línea interna. Se alegró de oírla.

Como un buitre atraído por la carroña, su mente exhausta había vuelto a pensar en Sharon y los chicos. No sabía por qué —¿acaso para castigarse?—, pero ya no quería pensar más en ellos. Una crisis en ciernes no era ciertamente el mejor momento para replantear la propia vida y los objetivos personales.

Apretó el *speaker* y se apoyó sobre el lavabo de acero inoxidable.

—Hood —respondió.

—Soy Bob, Paul —dijo Herbert—. De todos modos iba a llamarte.

—¿Qué te dijo Darrell?

—Algo bastante horrible de escuchar —replicó Herbert—. La inteligencia de la NRO confirmó que cuatro helicópteros, aparentemente enviados por el general Amadori, atacaron el astillero Ramírez a las 5:20 hora local. Durante el ataque, Aideen Marley y María Corneja se encontraban en la playa de estacionamiento, refugiadas en su automóvil. Las tropas españolas abatieron aproximadamente a veinte personas antes de lograr el control del astillero y rodear al resto de los obreros. Según Aideen —que todavía está en el auto y en contacto con Darrell—, María se rindió a los militares en la esperanza de poder averiguar dónde está acuartelado Amadori y transmitirnos esa información.

—¿Aideen se halla en peligro inmediato?

—Creemos que no —dijo Herbert—. Las tropas no están registrando la playa de estacionamiento. Ella cree que quieren tomar algunos prisioneros más y salir de allí lo antes posible.

—¿Y María? —preguntó Hood—. ¿Intentará detener a Amadori?

Sabía que la Casa Blanca ya tenía conocimiento de parte de esa información. Ésa era probablemente una de las razones por las que fue convocado con tanta celeridad. También sabía que el Presidente haría esa misma pregunta.

—Sinceramente, no lo sé —admitió Herbert—. Apenas termine contigo le pediré a Liz la evaluación psicológica que hizo cuando María estuvo trabajando aquí. Tal vez nos sirva para algo.

—¿Qué opina Darrell? —preguntó Hood, a punto de perder la paciencia—. Si alguien conoce a María Corneja es él.

Hood no confiaba demasiado en los perfiles psicoanalíticos. Los estudios fríos y calculados le parecían menos valiosos que la intuición y las sensaciones humanas.

—¿Acaso algún hombre conoce a una mujer? —preguntó Herbert.

Hood estaba a punto de decirle a Herbert que le ahorrara sus devenires filosóficos… pero su mente volvió a Sharon en un relámpago de conciencia. No dijo nada. Bob tenía razón.

—Pero, respondiendo a tu pregunta —prosiguió Herbert—, Darrell dice que no descontaría la posibilidad de que ella lo mate. Puede ser muy decidida y muy, pero muy obcecada. Dice que es capaz de encontrar un gancho para papel o el capuchón de una lapicera y abrirle un agujero en la arteria femoral. También dice que María aborrece la barbarie del general, pero aplaude su fuerza y su coraje.

—¿Y eso qué significa?

—Que podría pensarlo mucho o durante demasiado tiempo —dijo Herbert—. Vacilar y perder la oportunidad de acabar con él.

—¿Existe la posibilidad de que se una al general? —preguntó Hood.

—Darrell asegura que no. Enfáticamente no —agregó Herbert.

Hood no estaba tan seguro, pero aceptaría el parecer de Darrell en esto. Herbert no tenía información adicional sobre la muerte de Serrador ni tampoco la confirmación de su participación en el asesinato de Martha. Pero dijo que seguía trabajando sobre ambas cosas. Hood le dio las gracias y pidió que enviara los últimos informes al Presidente. Después abandonó su despacho y se dirigió a la Casa Blanca.

A esa hora había muy poco tránsito y llegó en menos de media hora. Dobló por Constitution Avenue, tomó la calle 17 y giró a la derecha para seguir por la calle E. Luego dobló a la izquierda y paró frente a la Southwest Appointment Gate. Lo autorizaron a entrar y,

después de estacionar su auto, ingresó a la Casa Blanca por el Ala Oeste. Despierto y decidido, avanzó por los espaciosos corredores.

Fueran cuales fuesen el estado de su mente, la crisis que tenía entre manos o su nivel de cinismo, Paul Hood jamás dejaba de conmoverse y maravillarse ante el poder y la historia de la Casa Blanca. Era un nexo con el pasado y el futuro. Dos de los Padres de la Patria habían vivido allí. Desde allí, Lincoln había preservado y consolidado la nación. Desde allí se había ganado la Segunda Guerra Mundial. La decisión de conquistar la Luna se había tomado allí. Con la mezcla justa de sabiduría, coraje y sentido común, desde ese púlpito se podía guiar a la nación —y, por ende, al mundo entero— a obtener cualquier cosa. Cuando estaba allí le era difícil recordar las falencias de los hombres que habían gobernado su país. Sólo sentía el fuego de la esperanza, alimentado por los portentosos fuelles del poder.

Tomó el ascensor principal y bajó a la Sala de Situaciones, en el primer subsuelo. Debajo de ese nivel había otros tres subsuelos que incluían una sala de guerra, una sala médica, una habitación segura para la primera familia y el personal, y una cocina. Fue recibido por un guardia joven y atento que chequeó la huella de la palma de su mano sobre un escáner láser horizontal. Cuando el aparato sonó, Hood pasó a través del detector de metales y fue recibido por el ujier presidencial, que lo condujo a la Sala de Situaciones.

Steve Burkow ya estaba allí. También se hallaban presentes el imponente Chairman de Directores Asociados del Staff General Kenneth VanZandt, Carol Lanning —en reemplazo del secretario de Estado Av. Lincoln, quien se encontraba en Japón— y el director de la CIA Marius Fox. Fox —que frisaba la cincuentena— era un hombre de complexión y estatura medianas, rizado cabello cobrizo y trajes impecables de corte exquisito. Siempre llevaba un pañuelo de color vivo en el bolsillo del pecho, que jamás lograba superar la luminosidad de sus ojos pardos. Era un nombre que disfrutaba sinceramente su trabajo.

Pero es nuevo en el puesto, pensó Hood con un dejo de cinismo. Sería interesante ver cuánto tiempo tardarían en agobiarlo la burocracia y las presiones laborales.

El centro de la sala estaba ocupado por una larga mesa rectangular de caoba. Frente a cada una de las diez sillas había un teléfono seguro STU-3 y un monitor de computadora con tablero deslizante. El sistema de computación tenía circuito cerrado. Todo *software* de origen externo, aunque proviniera de los departamentos de Defensa o Estado, era escrupulosamente revisado antes de ser ingresado al sistema. De las paredes color marfil pendían mapas con puntos coloreados que indicaban las posiciones de las fuerzas militares norteamericanas y extranjeras y también banderas que señalaban los lugares de conflicto. Las banderas rojas indicaban conflictos declarados y las verdes conflictos latentes. No había banderas en el territorio español, y sólo una de color verde en las aguas territoriales. Aparentemente, el cambio de política no incluía enviar tropas terrestres norteamericanas a la región. La bandera verde indicaba la presencia de un portaaviones norteamericano destinado a trasladar funcionarios norteamericanos si fuera necesario.

Hood apenas había saludado a los presentes cuando entró el Presidente.

El presidente Michael Lawrence era un hombre alto y corpulento, de hombros anchos. Su aspecto y el tono de su voz eran rotundamente presidenciales. Cualquiera fuera la combinación de encanto, serenidad y carisma que creara esa impresión, Lawrence la tenía. Llevaba su largo cabello platinado dramáticamente peinado hacia atrás y su voz resonaba como la de Marco Antonio en las escalinatas del Senado romano. Pero también parecía más cansado que cuando asumió la presidencia. Tenía los ojos más hundidos, las mejillas más chupadas. El cabello parecía platinado porque era más blanco que gris. Eso era bastante común entre los presidentes norteamericanos, aunque no eran sólo las tremendas presiones del

oficio las que los hacían envejecer prematuramente… sino el hecho de que cada decisión que tomaban afectaba sus vidas de manera profunda y permanente. También los agotaba el flujo constante de crisis a toda hora, extenuantes viajes al extranjero, y lo que Liz Gordon había descripto en cierta oportunidad como «el efecto posteridad»: la presión de asegurarse una reseña positiva en los libros de historia ya la vez agradar al pueblo, ya que habían sido elegidos para servir. Ésa era una tremenda carga emocional e intelectual que muy pocas personas debían enfrentar.

El Presidente les agradeció su presencia y se sentó. Mientras se servía un café, le ofreció a Hood sus condolencias por la muerte de Martha Mackall. Lamentó la pérdida de una diplomática tan joven y talentosa y anunció que ya había asignado la tarea de organizar un discreto homenaje en su memoria. Hood le dio las gracias. El presidente Lawrence era muy bueno y también muy sincero cuando se trataba de detalles humanos.

Después acometió abruptamente el asunto que tenían entre manos. El Presidente también era imbatible cuando se trataba de cambiar de tema.

—Acabo de hablar por teléfono con el vicepresidente y con el embajador español, señor García Abril —empezó Lawrence. Acto seguido, bebió un sorbo de café negro—. Como algunos de ustedes saben, la situación en España es muy confusa desde el punto de vista militar. La policía ha sofocado algunos levantamientos e ignorado otros. ¿Podría hacernos un resumen de ese tópico, Carol?

Lanning asintió, consultando sus notas.

—La policía y el ejército han ignorado acciones violentas de los castellanos contra otros grupos étnicos —dijo—. Todas las iglesias del país se han visto obligadas a contener a miles de personas, literalmente, que acuden a ellas en busca de refugio.

—¿Y les han dado refugio? —preguntó Burkow.

—En un principio sí —replicó Lanning, estudiando sus papeles—, hasta que las multitudes se tornaron demasiado numerosas en

algunos lugares… como la parroquia María Reina en Barcelona y la iglesia del Señor en Sevilla. Ahora han cerrado, literalmente, las puertas y se rehúsan a admitir nuevos refugiados. En algunos casos han llamado a la policía local para echar gente de las iglesias… movimiento, debo agregar, que está siendo denunciado en forma privada por el Vaticano, aunque van a pedir «restricción y compasión» en una declaración pública hoy por la noche.

—Gracias —dijo el Presidente—. Aparentemente, en este momento hay tres facciones completamente divididas en España. Según el embajador García Abril —que siempre ha sido muy franco conmigo—, los representantes en el Parlamento están trabajando duro sobre sus distritos y le piden a la gente que no participe en las luchas y siga haciendo su trabajo. Le están prometiendo cualquier cosa a la gente a cambio de su apoyo. Claro, una vez que pase la crisis. Esperan salir de esto con bloques de votantes que utilizarán como palanca para formar un nuevo gobierno.

—¿Se refiere a formar un nuevo gobierno dentro del sistema actual? —preguntó Lanning—. ¿O hablan de crear un nuevo gobierno con un sistema diferente?

—Lo estoy averiguando —dijo el Presidente—. El primer ministro se ha quedado virtualmente sin respaldo… en el Parlamento y entre la gente. Se espera que renuncie dentro de uno o dos días. García Abril dice que el rey, que reside en Barcelona, contará con el apoyo de la Iglesia y la mayoría de la población, aparte de los castellanos.

—Lo que equivale a menos de la mayoría —señaló Burkow.

—Aproximadamente el cuarenta y cinco por ciento de la población —dijo el Presidente—. Esto coloca al rey en una posición muy débil. Nos han dicho que su palacio en Madrid está atestado de soldados, aunque nadie sabe si están allí para proteger el lugar o para evitar que el rey vuelva.

—O para ambas cosas a la vez —remarcó Lanning—. Como el Palacio de Invierno cuando el zar Nicolás fue forzado a abdicar.

—Es muy posible —dijo el Presidente—. Pero será peor. Paul… Bob Herbert y Mike Rodgers han enviado información de última generación sobre los militares. ¿Podría resumirla?

Hood cruzó las manos sobre la mesa.

—Aparentemente, hay un general al frente de este espectáculo: Rafael Amadori. Según nuestra inteligencia, orquestó la destrucción del yate en la bahía de Vizcaya, donde murieron varios hombres de negocios importantes que también planeaban derrocar al gobierno. También parece ser el responsable de la muerte del diputado Serrador. Serrador era el hombre que mi asesora política, Martha Mackall, iba a ver cuando fue asesinada esta mañana —Hood bajó los ojos y la voz—. Tenemos razones para creer que Serrador le tendió una emboscada en colaboración con la gente del yate.

—Bob Herbert está trabajando para confirmarlo —dijo el Presidente—. El problema es que, aunque descubramos que esa parte del gobierno legítimamente elegido estaba involucrada en una conspiración, el resto tal vez no esté dispuesto a escuchar nuestro justo reclamo. Ahora bien, la política de los Estados Unidos, y la de esta administración, siempre ha sido no interferir en los problemas internos de los otros países. Las excepciones —como Panamá y Grenada— comprometían temas de seguridad nacional. En este caso el problema, que preocupa especialmente al general VanZandt, es que España es aliada de la OTAN. El resultado de la contienda provocará, probablemente, la reestructuración del gobierno… pero no podemos permitir que un tirano gobierne el país. Dejamos en paz a Franco porque no tenía ambiciones sobre el destino de otras naciones.

—Eso fue así porque vio desde las trincheras lo que hicimos con Hitler y Mussolini —acotó Burkow.

—Por lo que fuera, se mantuvo al margen —dijo el Presidente—. Pero éste tal vez no sea el caso. ¿General VanZandt?

El alto y distinguido oficial afronorteamericano abrió la carpeta que tenía frente a sí.

—Aquí tengo un resumen de la carrera de Amadori. Se alistó en el ejército hace treinta y dos años y fue ascendiendo de rango sin prisa y sin pausa. Estuvo en el lado correcto, más bien en el lado izquierdo, del golpe derechista que intentó derrocar al rey en 1981. Fue herido en acción y recibió una medalla por su valentía. Después de la condecoración ascendió velozmente. Es interesante observar que jamás se opuso a la OTAN, pero tampoco participó en maniobras conjuntas. En sus cartas a oficiales superiores abogó siempre por una fuerte defensa nacional que no dependiera de la ayuda extranjera, que él denominaba «interferencia». No obstante, pasó mucho tiempo entrenando, y entrenándose, con militares soviéticos en la década de 1980. Los informes de inteligencia de la CIA lo consignan como observador en Afganistán, en 1982.

—Indudablemente estuvo observando cómo oprimir a la gente —sugirió Carol Lanning.

—Es muy posible —replicó VanZandt—. Durante esa época, Amadori estuvo muy involucrado en la inteligencia militar española y aparentemente usó sus viajes al extranjero para establecer contactos. Su nombre aparece por lo menos en dos declaraciones de espías soviéticos capturados por la CIA.

—¿Dentro de qué contexto? —preguntó Hood.

VanZandt leyó el informe.

—En uno de los casos, como un hombre que el espía vio en una reunión con un oficial soviético, ya que Amadori llevaba una placa con su nombre, y en el otro como alguien a quien debía reportarse inteligencia concerniente a un hombre de negocios de Alemania Occidental que pretendía comprar un diario español.

—Entonces —dijo el Presidente—, estamos frente a alguien vinculado a un golpe fallido en su propio país y a tácticas anti-rebeldes en otras naciones. También se ha pasado la vida estableciendo contactos, reuniendo inteligencia y ejerciendo el control virtual del ejército español. El embajador Abril teme, y no sin razón, que Portugal y Francia estén en peligro. Si gobierna España

como un Estado militar, Amadori estará en la posición ideal para minar ambos gobiernos y enviar sus tropas.

—Para eso tendrá que pasar sobre el cadáver de la OTAN —dijo VanZandt.

—Usted olvida, general —replicó el Presidente—, que Amadori ha estructurado la toma del gobierno como una acción en favor del gobierno. Permitió que prosperara una conspiración y luego la aniquiló. Es una estrategia brillante: permitir que el enemigo asome la cabeza y aplastarlo. Y mientras se lo derrota, hacer que el gobierno parezca corrupto y aplastarlo también.

—Y aunque gobierne Francia y Portugal en persona o mediante un régimen marioneta —agregó Lanning—, él siempre manejará los hilos.

—Exactamente —dijo el Presidente—. Mi conversación con Abril y el vicepresidente dejó una cosa en claro: habrá un nuevo gobierno en España. Es una verdad indiscutible. Pero también coincidimos en que Amadori no puede llegar al poder. De modo que la primera pregunta es: ¿tenemos el tiempo y los hombres suficientes para hacer que alguien luche contra él? Y si no los tenemos, ¿hay alguna manera de que podamos combatirlo nosotros mismos?

VanZandt sacudió la cabeza y se recostó en su silla.

—Éste es un asunto podrido, señor Presidente —murmuró—. Un asunto sucio y podrido.

—Yo pienso lo mismo, general —replicó el Presidente. Se lo escuchaba asombrosamente contrito—. Pero a menos que alguien tenga otra idea, no veo manera de esquivarlo.

—¿Y si esperamos? —preguntó Fox—. Este Amadori podría autodestruirse. O la gente podría rechazar su propuesta.

—Todo indica que se fortalece con cada hora que pasa —dijo el Presidente—. Tal vez sea por defecto: está asesinando a la oposición. ¿Acaso me equivoco al respecto, Paul?

Hood negó con la cabeza.

—Uno de mis colaboradores estaba presente cuando ejecutó a obreros fabriles que tal vez, tal vez, se oponían a él.

—¿Cuándo pasó eso? —preguntó Lanning, abiertamente horrorizada.

—Hace menos de una hora —dijo Hood.

—Este hombre tiene el estilo de un maníaco genocida —agregó ella.

—No lo sé —señaló Hood—, pero indudablemente está decidido a apoderarse de España.

—Y nosotros estamos decididos a impedírselo —dijo el Presidente.

—¿Cómo? —preguntó Burkow—. Oficialmente no podemos hacerlo. Paul, Marius… ¿tenemos infiltrados *in situ* con quienes podamos contar?

—Tendré que preguntarle a nuestro contacto en Madrid —dijo Fox—. Esa clase de tareas no ha formado parte de nuestro repertorio últimamente.

Burkow miró a Hood. El Presidente hizo otro tanto. Hood no dijo nada. Si Fox quedaba fuera de la primera línea, ya sabía lo que le esperaba.

—Paul, su comando Striker va camino a España —dijo el Presidente— y Darrell McCaskey ya está allí. También está trabajando con una agente de Interpol que se entregó a las tropas que perpetraron la masacre en el astillero. ¿Qué sabe de ella, Paul? ¿Es confiable?

—Se entregó para localizar a Amadori —admitió Hood—. Pero no sabemos qué hará si logra llegar a él. No sabemos si retrocederá o intentará neutralizarlo.

Hood se odió por haber utilizado ese eufemismo. Estaban hablando de asesinato… la misma acción que todos habían deplorado cuando su víctima fue Martha Mackall. Y exactamente por la misma razón: política. Verdaderamente, tenían entre manos un

asunto sucio, apestoso. Deseó ardientemente estar con su familia, no allí.

—¿Cómo se llama esa mujer? —preguntó el Presidente.

—María Corneja, señor Presidente —replicó Hood—. Tenemos un archivo sobre ella. Estuvo vinculada varios meses al Op-Center. Ella aprendió de nosotros, y nosotros de ella.

—¿Qué haría la señorita Corneja si tuviera el apoyo de un comando como el Striker? —preguntó el Presidente.

—No estoy seguro —se sinceró Hood—. No sé si la presencia del Striker marcaría una diferencia. Es una mujer fuerte y muy independiente.

—Averígüelo, Paul —dijo el Presidente—. Discretamente. No quiero que este tema salga del Op-Center, desde ahora hasta que haya finalizado.

—Entiendo —dijo Hood. Su voz era baja y monótona. Su espíritu se hallaba a un nivel aún más bajo. Nadie se había ofrecido a saltar al vacío con él.

No era un niño. Sabía que podía llegar el momento en que fuera necesario llevar a cabo una operación en negro como ésa: usar al Striker o a uno de sus agentes para detectar y eliminar al enemigo. Pero ahora que estaba ocurriendo, no le gustaba. En absoluto. Ni el trabajo ni el hecho de que el Op-Center tuviera que arreglárselas solo. Si triunfaban, un hombre habría muerto. Si fracasaban, pesaría sobre sus conciencias por el resto de sus vidas. No había manera de salir limpio de una situación semejante.

Carol Lanning también lo entendía así. Hood y ella se quedaron sentados, uno junto al otro, cuando el Presidente y los demás se marcharon. Todos ellos le dijeron buenas noches a Hood, pero nada más. ¿Qué otra cosa podían decir? ¿Buena suerte? ¿Rómpele una pierna? ¿Dispárale una vez por mí?

Cuando la sala quedó vacía, Carol apoyó su mano sobre la de Hood.

—Lo lamento —dijo—. No es divertido quedarse solo.

—Ni ser empujado al abismo —murmuró Hood.

—Hmmm —replicó Lanning—. ¿No le parece que alguien más sabía lo que planeaba el Presidente?

Hood negó con la cabeza.

—Y cuando salgan de aquí, olvidarán que lo insinuó. Como él mismo dijo, esto es cosa del Op-Center. —Volvió a negar con la cabeza—. Lo peor de todo es que ni siquiera habrá retribución. Los que asesinaron a Martha están muertos.

—Lo sé —dijo Carol—. Nadie dijo que esto era una cuestión de justicia.

—No, nadie lo dijo. —Hood quería irse. Pero estaba demasiado cansado y disgustado como para siquiera pensar en moverse.

—Si puedo hacer algo por usted, extraoficialmente, hágamelo saber —dijo Lanning, palmeándole la mano antes de levantarse—. Paul… es un trabajo. No puede permitirse considerarlo desde otro punto de vista.

—Gracias —replicó Hood—. Pero si lo hago, no veo en qué me diferenciaré de Amadori.

Lanning sonrió.

—Oh, claro que se diferenciará, Paul —musitó—. Usted jamás intentará convencerse de que lo que hace es correcto. No es correcto, sino necesario.

Hood no veía la diferencia, pero no era momento de descubrirla. Porque, le gustara o no, tenía que cumplir con su deber. Y tendría que ayudar al Striker y a Aideen Marley y a Darrell McCaskey a cumplir el suyo.

Lentamente, se puso de pie y salió con Carol. Era irónico. Alguna vez había pensado que gobernar Los Ángeles era difícil, que gobernar equivalía a ofender intereses particulares con cada cosa que se hacía y a vivir bajo la mirada pública. Ahora trabajaba encubierto y se sentía más solo que nadie, personal y profesionalícente.

No recordaba quién había dicho que para liderar a los hombres había que darles la espalda. Pero el que lo había dicho tenía toda la razón: por eso Michael Lawrence era presidente y él no. Por eso alguien como Michael Lawrence tenía que ser presidente.

Hood haría su trabajo porque debía hacerlo. Después de eso, juró, no haría nada más. Allí, en la Casa Blanca —en el mismo lugar que lo había conmovido hacía menos de una hora— juró que, sin importar cómo terminara todo, abandonaría el Op-Center… y recuperaría a su familia.

24

Martes, 6:50hs. San Sebastián, España

La dormida San Sebastián fue brutalmente despertada por el estrépito del tiroteo en el astillero.

El padre Norberto se había quedado en el departamento de su hermano después de que la policía retirara el cadáver. Permaneció allí, de rodillas sobre el piso de madera, rezando por el alma de Adolfo. Pero al escuchar los disparos, seguidos por el llanto de la gente en la calle y los gritos de «¡el astillero!», volvió inmediatamente a la iglesia.

Rumbo a San Ignacio, observó el campo extenso y bajo. A lo lejos, pudo ver los helicópteros que sobrevolaban el astillero. Pero no tenía tiempo para pensar en eso. La vereda de la iglesia estaba colmada de madres, niños y ancianos. Pronto llegarían los pescadores, que habrían vuelto a tierra para ver si sus familias estaban a salvo. Tenía que ocuparse de esa gente, no de sus heridas personales.

La llegada de Norberto fue recibida por el llanto aliviado de la gente y los agradecimientos a Dios. Por un instante —un breve instante que le tocó el alma—, el sacerdote sintió el mismo amor y compasión por los pobres que seguramente sintió el Hijo del Hombre. Y aunque eso no alivió su dolor, renovó sus fuerzas y su decisión.

Lo primero que hizo al llegar fue sonreír y hablar suavemente. Cuando lo hacía, la gente se tranquilizaba. Se veía obligada a controlar el miedo. El sacerdote los hizo entrar a la iglesia. Después, mientras encendía las velas del púlpito, le pidió al abuelo José que hiciera pasar ordenadamente a quienes fueran llegando. El ex capitán de barco, un católico piadoso, aceptó humildemente la tarea con una mirada llorosa en sus ojos grises.

Cuando las velas estuvieron encendidas y la iglesia fue bañada por su consoladora luz, el padre subió al altar y guardó un momento de silencio para serenarse. Después celebró la misa para su congregación, en la esperanza de que el ritual conocido los reconfortara tanto como la presencia de Dios. También abrigaba la esperanza de hallar, él mismo, consuelo. Pero, a medida que avanzaba en la liturgia, se sentía más desamparado. Su único consuelo residía en el hecho de dárselo a otros.

Cuando concluyó el servicio el padre Norberto miró a la apretujada multitud, que ya superaba el centenar de almas. El calor de sus cuerpos y su miedo llenaba la iglesia pequeña y oscura. El olor del mar, que entraba en ráfagas por la puerta abierta, lo inspiró para leerle a la multitud el Evangelio según San Mateo.

Con voz fuerte y sonora, leyó para sus fieles:

—Y Él les dijo, ¿a qué teméis tanto, hombres de poca fe? Luego se levantó, e increpó a los vientos y al mar, y se hizo la calma.

Las palabras del Evangelio, sumadas a la necesidad de la gente, le dieron fuerza. Cada vez llegaban más personas a la iglesia en busca de consuelo en medio de la confusión, incluso después de haber cesado los disparos.

El padre Norberto no oyó sonar el teléfono en la rectoría. Pero el abuelo José sí. El anciano atendió y fue corriendo a buscar al sacerdote.

—¡Padre! —le murmuró al oído—. Padre, rápido… ¡venga!

—¿Qué pasa? —preguntó Norberto.

—¡Es un asistente del general superior González, de Madrid! —dijo José—. Quiere hablar con usted.

Norberto lo miró, confundido.

—¿Estás seguro de que quiere hablar conmigo?

José asintió vigorosamente. Anonadado, Norberto fue al púlpito y recogió su Biblia. Se la entregó al fiel más viejo de la iglesia y le pidió que siguiera leyendo Mateo a la multitud. Después abandonó rápidamente el recinto, preguntándose qué querría de él el líder de los jesuitas españoles.

Norberto cerró la puerta de la rectoría y se sentó frente a su viejo escritorio de roble. Juntó las manos y atendió el teléfono.

El que había llamado era el padre Francisco. El joven sacerdote le informó que su presencia era requerida —no solicitada, sino requerida— en Madrid lo más pronto posible.

—¿Por qué motivo? —preguntó Norberto. El hecho de que el general superior González lo quisiera allí debía ser motivo suficiente. González tenía contacto directo con el Papa y su palabra conllevaba la autoridad del Vaticano. Pero cuando se trataba de algo que comprometía a su provincia y a sus cinco mil jesuitas, González solía consultar el parecer de su viejo amigo el padre Iglesias, en la vecina Bilbao. Y eso era lo que Norberto prefería. Le importaba trabajar para su parroquia, no para su propio beneficio.

—Sólo puedo decirle que lo ha convocado a usted y a varios otros, exclusivamente —replicó el padre Francisco.

—¿Mandó llamar al padre Iglesias?

—No está en mi lista —replicó Francisco—. Un avión pasará a buscarlo a las 8:30. Es el avión privado del general superior. ¿Me autoriza a confirmar que subirá a ese avión?

—Si ésas son las órdenes —dijo Norberto.

—Es el deseo del general superior —lo corrigió amablemente el padre Francisco.

Pero, tratándose de eufemismos eclesiásticos, Norberto sabía que era lo mismo. Aseguró que tomaría el avión. El padre Francisco le

agradeció rutinariamente y cortó. Norberto volvió a la iglesia.

El abuelo José le devolvió la Biblia, y el sacerdote siguió leyendo el Evangelio de Mateo para sus fieles. Y aunque las palabras salían, acogedoras y familiares, de su boca… su mente y su corazón estaban en otra parte. Estaban con su hermano y con su gente. La mayoría de ellos estaban allí, en la iglesia, llenando los bancos o parados codo a codo a lo largo de las tres paredes. Norberto tenía que decidir a quién dejar a cargo de la gente durante el día y la noche. Sería muy importante que alguien los ayudara, especialmente si habían perdido parientes o amigos en el astillero… y si ese combate había sido apenas el comienzo de algo terrible. Por la manera en que había hablado Adolfo la noche anterior, el drama apenas estaba comenzando.

Cuando los fieles se tranquilizaron —después de siete años al frente de la congregación, Norberto podía sentir esa clase de cosas —, cerró la Biblia y les habló en términos generales sobre los pesares y peligros que tal vez deberían enfrentar. Les pidió que abrieran sus casas y sus corazones a todos aquellos que hubieran sufrido una pérdida. Después les dijo que debía ir a Madrid, a conversar con el general superior sobre la crisis que estaba atravesando el país. Les anunció que partiría esa misma mañana.

Los fieles guardaron silencio después del anuncio. Norberto sabía que la gente jamás se sorprendía cuando el gobierno la abandonaba. Así había sido en la época de Franco, así había sido durante la violación de los mares territoriales en la década del 70 y, a juzgar por las apariencias, así sería ahora. Pero no era lo mismo que el padre los abandonara en un momento de crisis.

—Padre Norberto, lo necesitamos —dijo una joven de la primera fila.

—Querida Isabel —dijo Norberto—, no me voy porque quiera hacerlo. Es la voluntad del general superior.

—Pero mi hermano trabaja en el astillero —prosiguió Isabel— y no hemos sabido nada de él. Estoy asustada.

Norberto se acercó a la muchacha y vio miedo y dolor en sus ojos. Se obligó a sonreír.

—Isabel, sé lo que sientes —dijo—. Lo sé, porque hoy perdí a mi hermano.

Los ojos de la joven acusaron el impacto.

—Padre…

La sonrisa de Norberto se mantuvo firme, tranquilizadora.

—Mi querido Adolfo fue asesinado esta mañana. Espero que yendo a Madrid pueda ayudar al general superior a terminar con lo que sea que esté sucediendo en España. No quiero que mueran más hermanos, ni tampoco más padres o hijos o esposos. —Acarició la mejilla de Isabel—. ¿Podrás, *serás* fuerte por mí?

Isabel le tocó la mano. Le temblaban los dedos y había lágrimas en sus ojos.

—Yo… yo no sabía lo de Dolfo —dijo dulcemente—. Lo siento muchísimo. Trataré de ser fuerte.

—Traten de ser fuertes por ustedes, no por mí —dijo Norberto, mirando los ojos aterrados de jóvenes y viejos—. Necesito que todos ustedes sean fuertes, que se ayuden unos a otros.

Luego se dirigió al abuelo José, que estaba mezclado con la multitud junto a la pared. Le preguntó al viejo marinero si se quedaría en la iglesia hasta su regreso como «sacerdote de emergencia», leyendo la Biblia y hablando con la gente sobre sus temores. La definición escogida por el padre agradó a José. El abuelo bajó la cabeza y aceptó, humildemente agradecido. Norberto le agradeció y acto seguido se dirigió a sus amados fieles.

—Enfrentamos tiempos difíciles —dijo—. Pero esté yo donde esté, ya sea en San Sebastián o en Madrid, los enfrentaremos juntos… con fe, esperanza y coraje.

—Amén, padre —dijo Isabel con voz decidida.

La congregación repitió sus palabras, como si una gran voz llenara el recinto de la iglesia. Aunque Norberto seguía sonriendo, caían lágrimas de sus ojos. No eran lágrimas de tristeza sino de

orgullo. Allí, frente a él, había algo que los militares y los políticos jamás conseguirían, por mucha sangre que derramaran: el amor y la confianza de la buena gente. Mirando sus rostros, pensó que Adolfo no había muerto en vano. Su muerte había ayudado a reunir a los fieles y le había dado fuerza a la gente.

Norberto abandonó la iglesia acompañado por los buenos deseos y las plegarias de los fieles. Mientras caminaba hacia la rectoría bajo la cálida luz del sol no pudo evitar pensar que Adolfo se hubiera divertido mucho con lo que acababa de ocurrir. Que hubiera sido él, un ateo, y no Norberto el que había inspirado y unificado a una congregación asustada.

Se preguntó si Dios habría concedido esta gracia santificadora para que Adolfo superara el pecado mortal. No tenía ninguna razón para creerlo, ningún precedente teológico. Pero lo sucedido esa mañana había demostrado que la esperanza era un faro poderoso.

Tal vez, pensó, *se deba a que muchas veces la esperanza es el único faro*.

25

Martes, 8:06hs. Madrid, España

Una vez tomado el astillero Ramírez, los soldados hicieron formar fila a las tres docenas de empleados sobrevivientes y verificaron sus identidades. Observando los movimientos, María comprobó que todos los líderes principales de la *familia* seguían con vida. El guardia del astillero y otros informantes debían haber proporcionado registros impecables, con fotografía incluida. Amadori tendría a la *crema* de la *familia* para sus juicios ejemplares. Le mostraría a la nación, y al mundo, que ciudadanos españoles comunes y corrientes estaban complotando contra otros españoles. Que él había puesto orden frente al caos imperante. Los que habían muerto no eran probablemente culpables de nada. En vida, podrían haber sostenido que no eran miembros de la *familia*. Muertos, serían lo que Amadori quisiera que fueran. El cuidado con que había planeado esta acción relativamente pequeña y remota era escalofriante.

Los obreros del astillero cuyos nombres figuraban en la lista del ejército fueron trasladados al techo del edificio. Uno de los helicópteros fue utilizado para transportar a los prisioneros al pequeño aeropuerto de las afueras de Bilbao. Allí, María y los quince obreros fueron ingresados a un hangar a punta de pistola.

Juan y Fernando estaban entre los cautivos. Les habían atado las manos y los pies. Ninguno de los dos hablaba. Ninguno de los dos la

había mirado. Esperaba que no sospecharan que ella los había entregado.

Pero ahora no podía ocuparse de ese tema. El tiempo y los hechos esclarecerían su participación, no los discursos. Se sentía contenta de estar allí. En el momento de rendirse, no sabía si tomarían prisioneros. Se acercó al astillero con los brazos en alto, esperando que los soldados dejaran de disparar al ver que era una mujer. María podía tener una ríspida historia en cuanto a sus relaciones íntimas con los hombres, pero jamás se había equivocado al apostar al orgullo de los españoles. Ni bien la detectaron —a medio camino, en el estacionamiento— le ordenaron quedarse donde estaba. Dos soldados salieron corriendo del astillero. Uno de ellos la palpó de armas con entusiasmo hasta que María les informó que tenía algo que decirle al general Amadori. No estaba segura de lo que iba a decirle, pero ya pensaría algo. El hecho de que conociera el nombre del general los sorprendió con la guardia baja. Después de eso no la trataron amablemente, pero se abstuvieron de abusar de ella.

Los prisioneros formaban un grupo silencioso y compacto. Algunos fumaban y otros se curaban las heridas mientras esperaban ver si los trasladarían a otra parte o alguien vendría a hablar con ellos. Al poco rato llegó un avión de Madrid y el grupo fue obligado a abordarlo.

El vuelo a Madrid duró menos de cincuenta minutos. Aunque las heridas de los prisioneros estaban vendadas, ninguno de ellos habló y ninguno de los soldados se dirigió a ellos. Sentada en uno de los veinticuatro asientos, contemplando el brillante entramado de campos y ciudades, María intentaba pergeñar un plan. No hablaría con nadie excepto con Amadori, quien aceptaría recibirla —al menos, eso esperaba— porque ella le informaría cuánto sabía la fraternidad mundial de inteligencia acerca de sus crímenes. Tal vez llegarían a un arreglo que limitaría las ambiciones del general de formar parte de un nuevo gobierno.

También imaginó que a Amadori podía no importarle lo que los demás supieran o pensaran. Si quería gobernar una Castilla independiente o a la totalidad de España, poseía las armas y la ocasión. También tenía a los miembros de la *familia…* no sólo para interrogarlos sino para tomarlos como rehenes cuando fuera necesario.

Y había que tener en cuenta otra cosa. La posibilidad, muy real por otra parte, de que al hablar con Amadori María alimentara su ambición. La proximidad de una amenaza, de un desafío, podría ponerlo a la defensiva, e incluso más agresivo. Después de todo, él también era un español orgulloso.

El avión carreteó hasta un rincón desierto del aeropuerto… lugar que, irónicamente, no estaba demasiado lejos de donde María había despegado ese mismo día. Dos grandes camiones con techos de lona los estaban esperando. A lo lejos, pudo ver grupos de ajetreados *jeeps*, helicópteros y soldados. Desde que Aideen y ella habían salido de allí —hacía sólo siete horas—, el aeropuerto de Barajas parecía haberse convertido en área de preparativos para nuevos ataques. Eso tenía sentido táctico. Desde allí, todas las regiones de España estaban a menos de una hora de distancia.

Sentía un peso en el estómago. Tenía la sensación de que sería imposible detener lo que se había puesto en marcha, sea lo que fuere. La única posibilidad era eliminar al cerebro que estaba detrás del plan. En ese caso, tendría que preguntarse si era posible detener al general Amadori. Y si era posible, ¿cómo?

Los prisioneros se sentaron en hileras de bancos enfrentados y los camiones partieron rumbo al centro de la ciudad. Cuatro guardias los vigilaban, dos en cada extremo del camión. Estaban armados con pistolas y garrotes. El tránsito era inusualmente liviano en la autopista, aunque cuanto más se acercaban al centro de Madrid más densa se volvía la actividad militar. María podía ver camiones y *jeeps* a través del parabrisas. Al entrar a la *city*, había muchísimo tránsito cerca de los principales edificios de gobierno y centros de

comunicación. María se preguntó si los soldados estarían allí para mantener fuera a la gente… o para mantenerla dentro.

La pequeña y anónima caravana atravesó lentamente la calle de Bailen y finalmente se detuvo. El chofer tuvo una breve conversación con un guardia y los camiones volvieron a ponerse en marcha. María se inclinó hacia adelante y el guardia le ordenó enderezarse. Pero ya había visto lo que quería ver. Habían llegado al Palacio Real.

El palacio había sido construido en 1762, en el antiguo emplazamiento de una fortaleza mora del siglo IX. Cuando los moros fueron expulsados de España, la fortaleza fue destruida y en su lugar erigieron un glorioso castillo. Pero el castillo se incendió en la Navidad de 1734, y en su lugar construyeron un hermoso palacio. Más que cualquier otro lugar de España, ese predio —sagrado para algunos españoles— simbolizaba la destrucción del invasor y el nacimiento de la España moderna. La catedral de Nuestra Señora de la Almudena, localizada al sur del palacio, completaba la consagración simbólica del predio.

De cuatro pisos de altura y construido en granito blanco extraído de la vecina sierra de Guadarrama, el espléndido edificio se yergue en el «balcón de Madrid», una loma que desciende majestuosamente hacia el río Manzanares. Desde allí, la vista hacia el norte y el este es absolutamente abarcativa y espectacular.

El general Amadori se estaba preparando con estilo. El palacio no era la residencia del rey. Su Alteza vivía en el Palacio de la Zarzuela, en El Pardo, al norte de la ciudad. María se preguntó si el rey estaría allí y qué pensaría de lo que estaba ocurriendo. Tuvo una fuerte sensación de *déjà vu* al pensar en el monarca y su joven familia encerrados en una habitación del castillo… o algo peor. ¿Cuántas veces y en cuántos países se había repetido esa escena? Ya se tratara de reyes tiranos o monarcas constitucionales, ya les arrancaran la cabeza o solamente la corona, ésta era la historia más vieja de la civilización.

Sintió asco. Por una vez, deseó que la historia terminara con un giro imprevisto.

Los condujeron a la Plaza de la Armería. En lugar de las habituales filas de turistas, la ancha plaza estaba repleta de soldados. Algunos estaban descansando y otros de servicio, vigilando las casi dos docenas de entradas del palacio. Los camiones frenaron junto a un par de puertas dobles, debajo de un balcón angosto. Los prisioneros bajaron de los camiones y entraron al palacio. Atravesaron un largo corredor y se detuvieron frente a la gran escalera, justo en el centro del palacio. Se abrió una puerta. María encabezaba la hilera de prisioneros y miró lo que había detrás.

Por supuesto, pensó. Estaban en la magnífica Sala de las Alabardas. Habían retirado las espeluznantes armas en forma de hacha de paredes y bastidores y transformado el enorme salón en un centro de detención. Contra la pared del fondo había una docena de guardias, y por lo menos trescientas personas sentadas sobre el piso de parqué.

María notó la presencia de varios niños y mujeres. Pasando este recinto se hallaba el corazón del Palacio Real: la Sala del Trono. Había dos guardias adicionales, uno a cada lado de la inmensa puerta. María no dudó ni por un instante de que el general Amadori había establecido su cuartel general detrás de esa puerta cerrada. También estaba convencida de que algo más que la vanidad lo había llevado a elegir ese lugar. Ninguna fuerza exterior podría atacar al general sin lastimar a los prisioneros. Los detenidos formaban un compacto y eficacísimo escudo humano.

Un sargento salió de la Sala de las Alabardas y les gritó que entraran. La fila empezó a moverse. Cuando María llegó a la puerta, se detuvo y miró al sargento.

—Debo ver inmediatamente al general —dijo—. Tengo información importante para él.

—Podrá decirnos lo que sabe cuando llegue su turno —dijo el soldado—. Y tal vez hagamos cola para agradecerle —murmuró

lascivamente.

Aferró su brazo derecho justo sobre el codo y la empujó. María dio un paso adelante para recuperar el equilibrio. Al mismo tiempo se volvió ligeramente y estrelló su mano derecha contra el dorso de los dedos que la aferraban. La sorpresa del golpe hizo que el puño del sargento se aflojara momentáneamente. Ése era el tiempo que María necesitaba. Aferró los dedos con el puño y dio la vuelta hasta quedar cara a cara con el soldado. Al mismo tiempo lo obligó a girar la palma de la mano hacia arriba, dobló los dedos en dirección al codo y golpeó los cuatro nudillos con fuerza. Mientras el sargento se sacudía de dolor, María deslizó hábilmente su mano izquierda y le sacó la pistola 9mm de la cartuchera. Después liberó los dedos rotos, lo aferró del cabello y lo atrajo hacia ella. Apoyó el caño de la pistola bajo la oreja derecha del sargento. La frente del militar descansaba contra el mentón de María y las piernas le temblaban visiblemente.

Toda la maniobra llevó menos de tres segundos. Un par de soldados avanzaron en dirección a ella. Pero María se apoyó contra el marco de la puerta, escudada por el cuerpo del sargento. No había manera de dispararle sin matarlo a él primero.

—¡Deténganse! —les gritó a los soldados.

Ellos le obedecieron.

Los prisioneros que venían detrás de María quedaron congelados. Juan estaba entre ellos. Algunos festejaron. Juan parecía confundido.

—Ahora —le dijo María al sargento— vas a prestar mucha atención, ¿o quieres que te limpie las orejas?

—Yo… prestaré atención —balbuceó el hombre.

—Bueno —dijo María—. Quiero ver a algún miembro del equipo del general.

En realidad no quería eso. Quería ver al general. Pero si lo exigía ahora, jamás lo conseguiría. Tendría que darle información a algún otro para ascender en la cadena de comando.

Se abrió una puerta a pocos pasos, sobre el amplio corredor. Un joven capitán de cobrizo cabello enrulado emergió al otro extremo del área de detención. Apenas salió, su expresión pasó rápidamente de la confusión al disgusto y de éste a la furia. Avanzó en dirección a María blandiendo una .38 en el puño.

María lo miró. Los ojos verdes del capitán sostuvieron su mirada. Decidió no decirle nada; todavía no. Las negociaciones de rehenes eran lo opuesto del ajedrez: el que hacía la primera movida siempre quedaba en desventaja. En esa clase de negociaciones siempre se filtraba información, aunque más no fuera por el tono de la voz al comentarle al oponente el propio nivel de confianza en una situación determinada. Con frecuencia esa información bastaba para que uno supiera si el otro estaba decidido a matarlo, preparado para negociar, o esperaba demorar las cosas hasta decidir el paso siguiente.

El uniforme color tostado del oficial estaba extremadamente prolijo y limpio. Sus botas negras relucían y las suelas nuevas producían un sonido agudo al rozar las baldosas del piso. Su cabello estaba perfectamente peinado y su mentón cuadrado cuidadosamente afeitado. Se trataba, en definitiva, de un militar de escritorio. En opinión de María, hubiera sido asombroso que tuviera experiencia en acción, incluso en simulacros de guerra. Esa falta de conocimiento práctico podría beneficiarla: era improbable que el oficial tomara una decisión importante sin consultar con un oficial superior.

—Entonces —dijo el militar—. Aquí hay alguien que no desea cooperar.

Su voz era muy fuerte. María observó su mano. Era improbable que desenfundara el arma. Mucho menos tratándose de un militar de escritorio que jamás había tenido que mirar a alguien a los ojos mientras apretaba el gatillo. Por otra parte, podría querer impresionar a sus soldados y al resto de los prisioneros dándole una

lección. Si lo intentaba, ella dispararía primero y subiría corriendo las escaleras.

—Al contrario, capitán —replicó María.

—Explíquese —bramó él. Estaba a menos de un metro de distancia.

—Estoy con la Interpol —dijo ella—. Tengo la credencial en el bolsillo. Estaba trabajando encubierta y fui arrestada por equivocación con el resto de esta *familia*.

—¿Con quién trabajaba usted?

—Con Adolfo Alcázar —dijo María—. El hombre que voló el yate. Lo asesinaron esta mañana. Yo estaba siguiendo el rastro de sus asesinos cuando me apresaron.

Lo que decía tenía mucho de cierto, desde ya. Pero lo que no decía era que estaba buscando información acerca de Amadori.

María había hablado en voz muy alta y, tal como esperaba, Juan la había escuchado y reaccionó.

—¡El traidor! —gritó.

El capitán le hizo señas a un soldado, quien golpeó a Juan en la espalda con su cachiporra. Juan gimió de dolor y se dobló en dos, pero María no reaccionó. El capitán la estaba vigilando.

—¿Usted sabe quién cometió el crimen? —preguntó el capitán.

—Sé mucho más que eso —replicó María.

El capitán avanzó unos pasos en dirección a ella y la escrutó durante un largo momento.

—Señor —dijo María—. Voy a liberar al sargento y a entregarle el arma. Después, tengo una petición que hacer.

María no le dio tiempo para pensar. Bajó la pistola, empujó al sargento a un costado y luego le entregó el arma al capitán. El capitán le hizo una seña al sargento para que la recuperara. El sargento tomó su pistola y titubeó antes de regresarla a la pistolera.

El capitán no apartaba los ojos de María.

—Venga conmigo —dijo por fin.

Había mordido el anzuelo. El militar giró sobre sus talones y María lo siguió a su oficina. Había logrado su objetivo. Entraron al Salón de las Columnas, que era precisamente lo que su nombre indicaba. Pero estaba colmado de escritorios, sillas, teléfonos y computadoras. Habían transformado el enorme salón en un centro de comando. Apenas entraron, el capitán se dirigió a María.

—Lo que hizo allá afuera fue muy temerario —murmuró.

—Mi misión lo exigía —replicó ella—. No puedo permitir que me detengan.

—¿Cuál es su nombre?

—María Corneja.

—Ya estaba enterado de que Alcázar había muerto, María —dijo el capitán—. ¿Quién lo mató?

—Miembros de la *familia* —replicó ella—. Pero ése es un problema menor. No actuaron solos.

—¿Qué está insinuando?

—Que reciben ayuda de los Estados Unidos —dijo ella—. Tengo nombres y detalles de sus próximos planes.

—Quiero conocerlos —dijo el capitán.

—Sabrá todo —dijo María— en el mismo momento en que lo sepa el general.

El capitán sonrió tontamente.

—No se propase conmigo —murmuró—. Podría entregarla a mi equipo de interrogadores y obtener toda la información que quisiera.

—Tal vez —replicó ella—. Pero perdería a una valiosa aliada. Y además, capitán, ¿está tan seguro de que obtendría la información a tiempo?

La sonrisa burlona no se borró de su rostro mientras consideraba lo que la mujer acababa de decir. Súbitamente, le hizo señas a un soldado que estaba entrando un par de sillas. El soldado las apoyó en el piso, se acercó corriendo e hizo la venia.

—Quédese con ella —ordenó el capitán.

—Sí, señor —replicó el joven soldado.

El capitán abandonó el salón. María encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete al soldado. El joven lo rechazó respetuosamente. Mientras fumaba, María consideró los pasos a seguir si el capitán decía que el general no quería recibirla. Tendría que intentar huir. Informarle a Luis, de algún modo, dónde se ocultaba «el loco que quería ser rey». Y después esperar que alguien llegara a destronarlo.

Intentar huir. Informarle a Luis, *de algún modo. Esperar* que alguien llegara. Demasiados «tal vez» en una sola frase. Indudablemente demasiados, cuando se trataba del destino de un país de más de cuarenta millones de habitantes.

Evaluó la posibilidad de quitarle el arma al capitán, atravesar la sala de detención a punta de pistola, entrar al salón del trono y plantar una bala en la frente de Amadori.

Probablemente no muy buena. No con veinte o treinta soldados entre el salón del trono y el lugar donde se hallaba ahora. Tendría que ingeniárselas para entrar legítimamente y hablar con el general. Decirle algo que lo detuviera momentáneamente. Y después reunirse con Luis y diseñar una maniobra para acabar con el bastardo.

El capitán regresó antes de que María terminara el cigarrillo. Atravesó el portal del Salón de las Columnas y se detuvo. Sonrió dulcemente y ella supo que había ganado.

—Acompáñeme, María —dijo—. Le han concedido audiencia.

María le agradeció —siempre hay que agradecer a los mensajeros por si uno necesita otro favor más adelante— y levantó el pie. Apagó el cigarrillo contra la suela de su bota. Mientras caminaba en dirección al capitán, volvió a guardar el cigarrillo en el paquete. Él le dedicó una mirada curiosa.

—Es un hábito que adquirí en acción —dijo ella.

—¿No desperdiciar los recursos? —preguntó él—. ¿O no arriesgarse a provocar un incendio que podría llamar la atención?

—Ninguna de las dos cosas —replicó María—. No dejar rastro. Uno nunca sabe quién puede venir detrás.

—Ah —el capitán sonrió con conocimiento de causa.

María le devolvió la sonrisa, aunque por razones diferentes. Acababa de probar al oficial con una treta y él había fallado. Había insinuado que tenía experiencia en infiltración, que sabía más que él, y el capitán no había reaccionado. No se había detenido a mirarla. La llevaba directamente a ver al general.

Tal vez Amadori habría cometido un par de errores más en la preparación de su golpe de Estado. Con un poco de suerte, María podría descubrirlos.

Y luego, de algún modo, por alguna vía impensada, salir para comunicarlos.

26

Martes, 8:11hs. Zaragoza, España

El C-141B aterrizó pesadamente en la larga pista de la Base Aérea Zaragoza, la estructura más grande de la OTAN en España. Los cuatro turboventiladores Pratt & Whitney de veintiún mil libras aullaron cuando la nave se detuvo. El avión había bajado para cargar combustible en la base de la OTAN en Islandia antes de completar el viaje de ocho horas contra intimidantes vientos de frente.

Durante el vuelo, el coronel August y su comando Striker habían recibido informes regulares de Mike Rodgers, incluyendo un reporte completo de la reunión en la Casa Blanca. Rodgers les había dicho que las instrucciones respecto del general Amadori les serían transmitidas personalmente por Darrell McCaskey. El hecho de recibirlas cara a cara no era tanto por cuestiones de seguridad cuanto por una vieja tradición entre las fuerzas de élite: el que enviaba a un comando en misión peligrosa debía mirar al líder a los ojos al comunicársela. El comandante que no podía hacerlo carecía del temple, y por lo tanto del derecho, de enviar a sus subordinados a enfrentar un peligro.

El coronel August también había pasado unas horas estudiando el *dossier* de la OTAN sobre el general Amadori. Aunque Amadori nunca había participado en ninguna maniobra de la OTAN, era un oficial de rango superior de un país miembro. Como tal, su archivo era breve pero completo.

Rafael Leoncio Amadori se había educado en Burgos, otrora capital del reino de Castilla y sitio del sepulcro del legendario Cid. Se alistó en el ejército en 1966, a los veinte años. Después de cuatro años fue destinado a la guardia personal de Francisco Franco debido a la duradera amistad de éste con el padre de Amadori, don Jaime, quien le hacía las botas a medida al Generalísimo. Cuando Amadori ascendió a teniente en 1972, se convirtió en uno de los principales oficiales a cargo del equipo de contrainteligencia de Franco. Allí fue donde conoció a Antonio Aguirre, diez años mayor que él, quien posteriormente se transformaría en su principal aliado y más confiable asesor y consejero. Aguirre era el asesor de Franco en cuanto a cuestiones internas.

Una vez incorporado al círculo íntimo de Franco, Amadori fue personalmente responsable de la detección y eliminación de los opositores al régimen franquista. Con la muerte de Franco en 1975, Amadori volvió a ser un militar ordinario. Sin embargo, sus años en el servicio de inteligencia no habían pasado en vano. El general ascendió rápidamente. Con más celeridad que lo ameritado por sus logros. Si debía conjeturar, August apostaba a que sus veloces promociones eran probablemente el resultado de haber juntado información comprometedora sobre todos aquellos que estaban en posición de ayudar u obstruir sus progresos.

August estaba convencido de que si efectivamente había un golpe de Estado en ciernes —y, ciertamente, ése parecía ser el caso —, no se había producido de la noche a la mañana. Como el niño norteamericano que creció queriendo ser presidente, el general Amadori obviamente había crecido soñando ser un nuevo Franco.

August y otros seis Strikers habían viajado a España. Debido a que en Cuba se estaba desarrollando un conflicto que podía requerir HUMINT, el sargento Chick Grey había quedado atrás con un contingente de Strikers por si los necesitaban. Grey era un líder brillante y sumamente capaz que muy pronto recibiría sus jinetas de teniente segundo.

En España, el segundo de August sería el cabo Pat Prementine. El joven y serio NCO, experto en tácticas de infantería, se había destacado en el rescate de Mike Rodgers y su equipo durante la operación del Valle del Bekaa. Prementine estaba más que capacitado para hacerse cargo del comando si algo le sucedía a August. Walter Pupshaw, Sondra DeVonne, David George y Jason Scott también se habían desempeñado brillantemente en esa operación, así como en las misiones anteriores. El hombre de comunicaciones, Ishi Honda, también estaba allí. Ni el coronel August ni su predecesor, el difunto teniente coronel Charlie Squires, hubieran ido a ninguna parte sin su excelso operador de radio.

Los Strikers se vistieron de civiles antes de aterrizar. En la base aérea fueron recibidos por un helicóptero de la Interpol no identificado, que los trasladó directamente al aeropuerto de Madrid. Llevaban con ellos sus uniformes y equipos en enormes mochilas. Al llegar al aeropuerto abordaron un par de camionetas cerradas que los trasladaron a la oficina de Luis García de la Vega. August y su equipo fueron recibidos por Darrell McCaskey, quien estaba esperando el regreso de Aideen Marley.

McCaskey y August se retiraron a la pequeña y atiborrada oficina de un agente que en ese preciso momento se encontraba en una misión. McCaskey, que se había adueñado de una cafetera portátil, la llevó con ellos.

—Me alegra verlo —dijo McCaskey, cerrando la puerta.

—Lo mismo digo —replicó August.

—Siéntese, por favor —dijo McCaskey.

August miró a su alrededor. Las dos sillas junto a la puerta estaban literalmente cubiertas de enormes carpetas, de modo que se acomodó en una punta del escritorio. McCaskey encendió la cafetera y le sirvió una taza de café.

—¿Cómo lo prefiere? —preguntó.

—Negro, sin azúcar —replicó August.

McCaskey le pasó la taza y se sirvió otra. August bebió un sorbo y apoyó la taza sobre la alfombra deslizante del mouse.

—Es una verdadera porquería, ¿no le parece? —preguntó McCaskey, señalando el café.

—Tal vez —dijo August—. Pero el precio, por lo menos, es correcto.

McCaskey sonrió.

El coronel August no había tardado mucho en descubrir que McCaskey era lo que las fuerzas de élite denominaban «CPE»: «cansado pero eléctrico». El hombre estaba exhausto pero ansioso, y funcionaba a base de adrenalina y cafeína. Cuando todo terminara, McCaskey sufriría una crisis violenta.

—Permítame ponerlo al tanto de los últimos acontecimientos —dijo McCaskey, bebiendo un sorbo de café y cayendo con todo su peso en la silla giratoria. El «huevo electromagnético» de Matt Stoll estaba entre ambos para garantizar la seguridad de la conversación que mantendrían—. Aideen Marley está volviendo a Madrid. Estaba en el astillero de Ramírez en San Sebastián cuando fue atacado por las fuerzas del general Amadori. ¿Usted estaba enterado de eso?

August asintió.

McCaskey miró el reloj.

—Su helicóptero aterrizará dentro de cinco minutos aproximadamente y la traerán aquí. Marley fue al astillero para obtener más información sobre las fuerzas opositoras a Amadori. Su compañera de misión, María Corneja, se las ingenió para ser capturada por los soldados de Amadori. No sabemos exactamente dónde está la base de Amadori. Estamos esperando que María lo averigüe y nos lo haga saber de algún modo. ¿Usted habló con Mike?

August asintió nuevamente.

—Entonces ya tiene una idea de la misión que los espera.

August volvió a asentir.

—Una vez que encuentren a Amadori —dijo McCaskey, con la mirada fija en August—, deben capturarlo o eliminarlo por fuerza terminal.

August asintió por cuarta vez. Su rostro permaneció impasible, como si McCaskey acabara de transmitirle la rutina del día. Había matado hombres en Vietnam y había sido torturado al borde de la muerte. La muerte era el límite, pero se trataba de un límite deseable si venía acompañada por el uniforme. Además, era la moneda corriente de la guerra. Y no había dudas de que Amadori estaba en guerra.

McCaskey cruzó las manos, sin apartar sus ojos extenuados de los de August.

—El Striker jamás ha enfrentado una misión como ésta —dijo—. ¿Tiene algún problema con eso?

August negó con la cabeza.

—¿Cree que algún miembro de su equipo tendrá problemas con eso?

—No lo sé —dijo August—. Pero lo averiguaré.

McCaskey bajó la vista.

—En otras épocas, esta clase de cosas eran un procedimiento operativo estándar.

—En otras épocas —admitió August—. Pero en aquel entonces se trataba de la primera opción, no del último recurso. Creo que nos hemos metido en el ríspido terreno de la moral elevada.

—Supongo que sí —dijo McCaskey, restregándose los ojos—. De todos modos, ustedes dependerán en todo de mí. En cuanto tengamos novedades, se las haré saber.

Se puso de pie y vació la taza de café. August se levantó y bebió otro sorbo de su taza. Después, se la devolvió a McCaskey. McCaskey sonrió y la aceptó de buena gana. Bebió un trago.

—¿Darrell? —dijo August.

—¿Sí?

—Parece estar al borde del colapso.

—Estoy al borde —admitió McCaskey—. Ha sido un largo día.

—¿Sabe una cosa? —dijo August—. Si debemos actuar, usted tendrá que estar lúcido. Yo me sentiría mucho más cómodo si, después de que llegue Aideen, usted se acuesta un poco en algún lado. Yo puedo recibir su informe, hablar con Luis, y diseñar algunos teatros de operaciones.

McCaskey dio la vuelta al escritorio y palmeó la espalda de August.

—Muchísimas gracias, coronel. Creo que me tomaré un descanso. —Sonrió burlonamente—. ¿Sabe qué es lo que más me molesta?

August negó con la cabeza.

—No poder hacer las cosas que podía hacer fácilmente a los veinte años —dijo McCaskey—. Eso me molesta. Pasar la noche en vela era una diversión para mí. Igual que comer comida chatarra sin que me ardiera el estómago como un tizón endiablado. —La sonrisa desapareció—. Pero la edad marca la diferencia. Perder un compañero de tareas marca la diferencia. Y además hay otra cosa que marca la diferencia: comprender que tener razón no importa. Que uno puede tener de su lado la ley y los tratados y la justicia y la humanidad y las Naciones Unidas y la Biblia y todo lo demás y, no obstante, perder la batalla. ¿Sabe lo que nos ha costado la moral elevada, coronel? Nos ha costado la capacidad de hacer lo correcto. Es horriblemente irónico, ¿no cree?

August no respondió. No tenía sentido. Los soldados no tenían filosofías, no podían permitírselas. Tenían objetivos, blancos. Y si fallaban al apuntar a sus objetivos debían enfrentar la muerte, la captura o la deshonra. No había lugar para la ironía. Al menos, no en eso.

El oficial se dirigió a la comisaría, donde lo estaba esperando su equipo. Cuando llegó, abrió el «registro» computarizado que estaba llevando. Incluyó el plan que había presentado McCaskey y luego testeó a sus subordinados para asegurarse de que todos estaban dispuestos a entrar en acción, dispuestos a jugar.

Estaban dispuestos a todo.

August les agradeció y sus subordinados fueron a descansar. Todos, excepto Prementine y Pupshaw, que se dedicaron a descubrir dónde y cuánto pegarle a la máquina de gaseosas para que prodigara un río de latas gratuitas.

August aceptó una 7-Up y se recostó en la silla de plástico. Bebió la gaseosa para borrar el sabor amargo del café español. Al hacerlo, pensó en lo que había ocurrido el día anterior. En el hecho de que los políticos de España hubieran recurrido a Amadori para parar una guerra. En cambio, él había utilizado esa confianza como detonante de una guerra mayor. Ahora los políticos recurrían a otros militares para detener esa guerra.

August era soldado, no filósofo. Pero si había algo irónico en todo esto, estaba absolutamente seguro de que pronto lo descubriría.

Escrito con sangre y envuelto en atroces sufrimientos.

27

Martes, 1:35hs. Washington D.C.

Hood despertó sobresaltado.

Al volver de la Casa Blanca había llamado inmediatamente a Darrell McCaskey para transmitirle las órdenes presidenciales. McCaskey las había aceptado en silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer? Luego, sabiendo que quería estar despierto cuando comenzara la operación Striker, Hood apagó las luces y se acostó en el sofá de su despacho para descansar un poco.

Se puso a pensar en el compromiso, doble e inédito, del Op-Center en esa operación. Primero estaba la eliminación de Amadori. Después, «el después»: ayudar a ordenar el caos. Con la desaparición de Amadori muchos políticos, hombres de negocios y militares lucharían para llenar el vacío de poder. Para hacerlo, tomarían regiones individuales: Cataluña, Castilla, Andalucía, el País Vasco, Galicia. La oficina de Bob Herbert estaba compilando una lista para la Casa Blanca. Hasta el momento, había por lo menos veinticuatro contendientes viables para un pedazo del poder. Dos docenas. En el mejor de los casos, lo que había sido España se transformaría en una inerme confederación de estados similar a la ex Unión Soviética. En el peor de los casos, esos estados pelearían entre sí como las ex repúblicas de Yugoslavia.

Los ojos le pesaban y las ideas se iban desvaneciendo… y Hood se durmió rápidamente. Pero su descanso se vio perturbado. No

soñó con España. Soñó con su familia. Viajaban en automóvil y reían, los tres juntos. Después estacionaban y caminaban por la anónima calle principal de un lugar ignoto. Sharon y los chicos comían cucuruchos de helado. Y seguían riendo. El helado se derretía rápido, y cuanto más les manchaba las manos y la ropa más se reían ellos. Hood iba unos pasos atrás, malhumorado, sintiéndose triste y después furioso. Repentinamente se detenía junto a un coche estacionado y estrellaba el puño contra el baúl. Su familia seguía riéndose, no de él sino de los desastres provocados por el helado derretido. Los tres lo ignoraban y Hood empezó a gritar. Abrió los ojos de golpe…

Miró a su alrededor. Después posó los ojos en el reloj iluminado sobre la mesa ratona, junto al sofá. Habían pasado apenas veinte minutos desde que había cerrado los ojos. Volvió a recostarse, descansando la cabeza en el mullido apoyabrazos. Volvió a cerrar los ojos.

No había nada semejante a despertar de un mal sueño. Siempre sentía un alivio tremendo al comprobar que ese mundo no era real. Pero las emociones que producía eran genuinas y eso hacía que la sensación de bienestar fuera más profunda. Y además estaban los protagonistas de sus sueños. Éstos siempre los volvían más reales, más deseables.

Ya había tenido bastante. Necesitaba hablar con Sharon. Se levantó, encendió la luz del escritorio y se sentó. Se frotó los ojos con las palmas de las manos y marcó el número del celular de su esposa. Ella atendió enseguida.

—¿Hola?

Su voz sonó definida; era obvio que no estaba durmiendo.

—Hola —dijo Hood—. Soy yo.

—Ya sabía —dijo Sharon—. Es un poco tarde para que cualquier otra persona llame por teléfono.

—Supongo que sí —dijo Hood—. ¿Cómo están los chicos?

—Bien.

—¿Y cómo estás tú?

—No tan bien —respondió su esposa—. ¿Y tú?

—Igual.

—¿Por el trabajo —preguntó ella sagazmente—… o por nosotros?

La pregunta lo hirió. ¿Por qué peregrina razón las mujeres siempre pensaban lo peor de los hombres, que exclusivamente se preocupaban y molestaban por sus trabajos?

Porque generalmente es así, se dijo Hood. Por algún motivo, cuando era tan tarde y todo estaba tan oscuro y tan silencioso… uno debía ser sincero consigo mismo.

—El trabajo es lo de siempre —respondió—. En este momento estamos frente a una crisis. A pesar de eso, lo que más me perturba eres tú. Somos nosotros.

—En cambio, a mí sólo me perturbas tú —replicó Sharon.

—De acuerdo, querida —dijo Hood serenamente—. Tú ganas.

—Yo no quiero «ganar» nada —dijo ella—. Sólo quiero ser sincera. Quiero saber qué vamos a hacer al respecto. Las cosas no pueden seguir como están. Es imposible.

—Estoy de acuerdo —admitió Hood—. Por eso he decidido renunciar.

Sharon se quedó callada largo rato.

—¿Vas a dejar el Op-Center?

—¿Acaso tengo otra opción?

—¿La verdad?

—Por supuesto.

—No necesitas renunciar —dijo ella—. Lo que necesitas es pasar allí menos tiempo.

Hood estaba realmente molesto. Había sido sincero. Había jugado su mejor carta: un as. Y en lugar de darle a su maridito un gran beso húmedo, Sharon le decía que otra vez se había equivocado.

—¿Cómo podría? —preguntó Hood—. Nadie puede predecir lo que va a pasar entre estas paredes.

—No, pero tienes reemplazantes —dijo Sharon—. Está Mike Rodgers. Está el equipo nocturno.

—Todos ellos son muy capaces —replicó Hood—, pero sólo se ocupan de las cosas cuando todo marcha según lo esperado. Soy yo quien debe estar al frente de una situación como la que enfrentamos ahora, o como la que enfrentamos la última vez…

—¡Cuando casi te matan! —bramó ella.

—Sí, cuando casi me matan, Sharon —dijo Hood sin perder la calma. Su esposa estaba empezando a enfadarse y su propio enojo sólo serviría para alimentar su furia concentrada—. A veces corremos peligro. Pero también se corre peligro aquí, en Washington.

—Oh, Paul, por favor. No es lo mismo.

—Está bien. Es diferente —admitió Hood—. Pero también hay recompensas por lo que hago. No sólo estoy hablando de una buena casa, sino de las experiencias. Los chicos han viajado al extranjero con nosotros, han estado expuestos a cosas que otra gente jamás llega a hacer o a ver. ¿Podemos prescindir de todo eso? ¿Acaso puedes decir: «Por este viaje a una capital del mundo no valió la pena perder diez cenas con Paul»? ¿O: «De acuerdo, vamos a visitar el Salón Oval, pero papá no estará presente en el concierto de violín de la escuela»?

—No lo sé —admitió Sharon—. Pero sé que una «buena casa» es algo más que una casa linda y cómoda. Y que una familia se hace de un montón de pequeñas cosas, cosas vulgares. No sólo de cosas grandes, espectaculares.

—Participé en muchas de esas pequeñas cosas —señaló Hood.

—No, Paul —contraatacó Sharon—. Cuando suceden esas pequeñas cosas, tú sueles estar *allí*, donde estás ahora. Las cosas han cambiado. Cuando aceptaste ese trabajo la mayoría de las tareas iban a ser internas, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Entonces se produjo tu primer conflicto internacional y todo cambió.

Sharon tenía razón. Originalmente, el Op-Center había sido creado para manejar crisis internas. Ingresaron a la arena internacional cuando el Presidente nombró a Hood para dirigir la fuerza de tareas que investigaría un atentado terrorista en Seúl, Corea. Hood no se sintió halagado por la designación. Como el asesinato de Amadori, se trataba de una tarea que nadie quería hacer.

—Las cosas cambiaron —admitió Hood—. ¿Qué se suponía que debía hacer yo? ¿Irme?

—Fue lo que hiciste en Los Ángeles, ¿no? —insistió Sharon.

—Es verdad —dijo Hood—. Y me costó. Tuve que pagar un alto precio.

—¿Cuál? ¿La pérdida del poder?

—No —replico Hood—. La pérdida de la autoestima.

—¿Por qué? ¿Porque cediste a un reclamo de tu esposa?

Ay, Dios, pensó Hood. Le estaba dando lo que quería y aun así no podía ganarle.

—Ésa no es la razón, en absoluto —replicó—. Porque por muy horrible que fuera la política, y por muy largas que fueran las horas que debía dedicarle, y aunque la intimidad fuera para nosotros una utopía, abandoné algo… un lugar donde creía estar marcando una diferencia. —Su voz sonaba tensa. Estaba más enojado por aquello de lo que creía—. Así que abandoné la política y volví a quedar atrapado por los horarios interminables. ¿Sabes por qué? Porque una vez más estoy marcando una diferencia. Tengo la esperanza de mejorar las cosas para la gente. Eso me gusta, Sharon. Me gusta el desafío. La responsabilidad. La satisfacción posterior.

—¿Sabes una cosa? Antes de ser madre, a mí también me gustaba mucho lo que hacía —dijo Sharon—. Pero tuve que abandonarlo todo por el bien de los chicos. Por nuestra familia. Tú, por lo menos, no tienes que hacer nada tan extremo. Pero no te avienes a los microemprendimientos, Paul. Tienes asistentes,

reemplazantes. Déjalos ayudarte y así podrás darnos lo que necesitamos para seguir siendo una familia.

—Siempre de acuerdo con tu definición de familia…

—No. Te necesitamos. Es un hecho.

—Me *tienen* —dijo Hood, cada vez más furioso.

—No lo suficiente —disparó Sharon. Su voz sonaba decidida y firme. Ahí estaban otra vez, en los roles que siempre asumían cuando las discusiones bien intencionadas degeneraban en debates desagradables. Paul Hood en el papel del ofensor furioso, su esposa Sharon en el papel del defensor sereno.

—Dios santo —dijo Hood. Quería colgar el teléfono y aullar. Se limitó a apretar con fuerza el receptor—. Te prometí renunciar, tengo una crisis aquí y no puedo dormir pensando en ustedes. Y tú me dices todo lo que hago mal mientras tienes allí a los chicos como rehenes.

—No son mis rehenes —dijo Sharon con tono cortante—. Volveremos contigo si nos llamas.

—Claro —dijo Hood—. En tus términos.

—Éstos no son *mis términos*, Paul. Aquí no se trata de que yo gane y tú pierdas. No se trata de que abandones tu trabajo o tu carrera. Se trata de hacer algunos cambios. De pedir algunas concesiones. Se trata de que los chicos *ganen*.

Sonó la línea interna. Hood miró el LCD: era Mike Rodgers.

—Sharon, por favor —dijo—. Espera un segundo. —Enmudeció la línea y atendió el otro teléfono—. ¿Sí, Mike?

—Paul, estoy con Bob Herbert. Revisa tu computadora. Te estoy enviando una foto de la NRO. Tenemos que hablar, ahora.

—Está bien —dijo Hood—. Enseguida estoy contigo. —Volvió a Sharon—. Querida, tengo que cortar. Lo siento.

—Sé que lo sientes —dijo ella con dulzura—. Pero no tanto como yo. Adiós, Paul. Te amo.

Sharon cortó y Paul corrió a la computadora. No quería pensar en lo que acababa de ocurrir. Su familia se estaba desintegrando y

aparentemente no podía hacer nada para evitarlo. Lo que más lo enojaba era que Sharon pareciera creer que era mejor no tenerlo en absoluto a tenerlo parte del tiempo. Eso no tenía sentido.

A menos que esté tratando de presionarme, pensó.

Sintió una oleada de resentimiento. Pero ¿acaso Sharon tenía otra arma que ésa? Y tenía razón: él les había fallado, y más de una vez. Los había abandonado el primer día de las vacaciones en California. Había olvidado cumpleaños, aniversarios y conciertos escolares. No se había preocupado de mirar los boletines de calificaciones de sus hijos ni de sus visitas al médico y sabe Dios de cuántas cosas más.

Atendió la línea interna mientras la foto satelital en blanco y negro ingresaba en la pantalla de su computadora. No era momento de autoflagelarse. Millones de vidas corrían peligro. Todavía tenía responsabilidades, por desagradable que sonara esa palabra a oídos de Sharon.

—Aquí estoy, Mike —dijo—. ¿Qué es lo que estoy viendo?

—El Palacio Real de Madrid —dijo Rodgers—. La foto fue tomada aproximadamente a las dos en punto, desde veinticinco pies de altura. Ése es el patio principal del palacio.

—No creo que ésas sean camionetas de turistas —acotó Hood.

—No —dijo Rodgers—. Te diré cómo llegamos hasta aquí. Después del ataque al astillero de Ramírez, Steve Viens hizo que un satélite de la NRO siguiera a los prisioneros. Fueron trasladados desde la playa de estacionamiento al aeropuerto de Bilbao, y de allí al aeropuerto de Madrid. Desde ese lugar los llevaron en ómnibus al palacio. Creemos que la mujer que encabeza la fila es María Corneja.

Hood aumentó la figura indicada por Rodgers. La computadora limpió la imagen automáticamente. No conocía bien a María y no estaba seguro de poder reconocerla. Pero ciertamente podía ser ella, sobre todo teniendo en cuenta que era la única mujer que se veía.

La escena se clarificó. Empezaron a aparecer otras fotografías.

—Éstas fueron tomadas desde más arriba —dijo Rodgers—. Cincuenta pies, cien pies, doscientos pies. Por la cantidad de soldados y los oficiales jerárquicos que entran y salen pensamos que Amadori puede estar acuartelado allí. Pero hay un problemita.

—Ya veo —dijo Hood, analizando las nuevas fotos—. Un edificio cuadrado con un patio en el centro y nada más alto alrededor. Será un problema infiltrarse durante el día.

—Bingo —dijo Rodgers—. Y esperar doce horas hasta que oscurezca tal vez no sea aceptable.

—¿Y los uniformes españoles? —preguntó Hood—. ¿Los Strikers no pueden usarlos para entrar?

—En teoría, puede ser —dijo Rodgers—. El problema es que aparentemente ninguno de los soldados que trasladan prisioneros al palacio o patrullan los alrededores ha ingresado en el edificio. Ése es otro de los motivos que nos inducen a cree que Amadori está allí. Probablemente tiene una guardia de élite en el interior del edificio, encargada de patrullar los pasillos y ocuparse de la seguridad. Ésos son los únicos que tienen acceso.

—¿No hay pasajes subterráneos?

—Estamos investigando —dijo Rodgers—. Aunque los hubiera, entrar a esos luminosos y soleados corredores será muy riesgoso.

Los ojos de Hood ardían y su mente era un torbellino. Una parte de él anhelaba bombardear el palacio y después volar a Connecticut a recuperar a su familia. O tal vez quedarse allí y abrir un puesto de pescado frito a orillas del mar.

—¿Entonces debemos esperar? —preguntó.

—Nadie se ha manifestado a favor de esperar, ni aquí ni en Madrid —replicó Rodgers—. Pero Aideen acaba de llegar a la oficina de Interpol. Darrell y ella están analizando la situación con Brett y algunos integrantes del equipo de la Interpol y adaptando las estrategias al palacio. Hay un comando de detectores de Interpol en el techo del Teatro Real, al otro lado de la avenida. Están escaneando el palacio con un LDE para detectar la voz de Amadori.

El LDE —«Oído a Larga Distancia»— era un radar en forma de embudo que captaba todos los sonidos de un área reducida y se concentraba en aquellos que presentaban determinada escala de decibeles. En el caso de una habitación en el interior de un castillo, filtraba automáticamente los sonidos externos como coches, pájaros y peatones. Sólo «escuchaba» sonidos de intramuros de muy baja intensidad y luego los comparaba con los sonidos almacenados digitalmente en su memoria… en este caso, con la voz de Amadori.

—¿Cuánto tardarán en escanear la totalidad del castillo? —preguntó Hood.

—Hasta las cuatro en punto, aproximadamente —dijo Rodgers.

Hood miró el reloj de la computadora.

—Faltan casi dos horas —murmuró.

—Tampoco me gusta la idea de tener al Striker esperando sentado —dijo Rodgers—, pero es lo mejor que pueden hacer.

—¿A qué distancia está el palacio de la oficina de Interpol? —preguntó Hood.

—Estoy viendo el mapa —dijo Rodgers—. A unos quince minutos en automóvil… si no hay tráfico ni requisas militares.

—Lo cual significa que si los Strikers se quedan esperando sentados los hallazgos del LDE, estarán a dos horas y quince minutos de distancia —dijo Hood—. Si Amadori decidiera abandonar el área antes de que lo detectemos, tendremos un serio problema.

—Es cierto —admitió Rodgers—. Pero aunque los Strikers estuvieran en el palacio no podrían hacer nada. No pueden decidir una estrategia sin saber dónde está Amadori exactamente. Además, si Amadori no está allí, los estaríamos enviando en la dirección equivocada.

Hood miró la fotografía de las tropas en el patio del palacio. Había por lo menos doscientos hombres, divididos en grupos pequeños. Los soldados parecían estar ejercitándose, tal vez para defender el edificio, tal vez para servir como pelotones de tiro. En cualquier caso, le hicieron recordar las fotos de la Guardia

Republicana de Saddam Hussein ejercitándose frente a *su* residencia antes de Desert Storm. Flexiones musculares, nada más.

Amadori tenía que estar allí.

—Mike —dijo Hood—, somos responsables por María. No tiene ninguna clase de apoyo. No puedo tolerar eso.

Rodgers se quedó callado un instante.

—No disiento. Pero hemos analizado esas fotografías y ahora estudiaremos los planos de planta del palacio. No será fácil entrar allí.

—No tienen que entrar —dijo Hood—. Sólo quiero tiradores en el área. Darrell podrá mantenerse en contacto con ellos a través de Ishi Honda.

—Correcto —dijo Rodgers—. Pero el objetivo de la misión sigue siendo Amadori y no estamos seguros de que esté en el palacio. Todavía no conseguimos nada de ELINT. Recién dentro de una hora obtendremos algo.

Hood no se impacientó con Rodgers. El general estaba haciendo exactamente lo que se suponía que debía hacer: ofrecer opciones y señalar posibles fracasos.

—Si Amadori está en otra parte, retiraremos al Striker —dijo Hood—. ¿Pero quién sabe? Tal vez el hijo de puta decida salir a escena y ahorrarnos el trabajo de entrar a buscarlo.

Rodgers resopló audiblemente.

—Es bastante improbable, Paul —murmuró—. Pero le diré a Brett que se mueva. También quiero recordarte que, si bien nosotros metimos a María en esto, ella actuó sin haber recibido ninguna orden. Ella misma se colocó en su situación actual. Y no en beneficio nuestro sino en el de su propio país. No estoy a favor de arriesgar las vidas del comando para evacuar a María Corneja.

—Entendido —dijo Hood—. Y gracias.

Rodgers cortó la comunicación y Hood hizo otro tanto. Cerró el archivo fotográfico de la computadora y apagó la lámpara del escritorio. Después, cerró los ojos.

No tenía sentido, ningún sentido. Aferrarse a un trabajo que por su propia naturaleza lo dejaba solo, apartándolo de su familia y de sus subordinados. Tal vez por eso la situación de María lo conmovía. Ella también estaba sola.

No, Hood jamás olvidaría el objetivo de la misión. Y tampoco olvidaría lo que Mike Rodgers había tenido la delicadeza de no mencionar: que los Strikers también estaban vivos y tenían seres queridos, exactamente igual que María.

Pero tampoco podía olvidar a Martha Mackall. Y maldito sea si no hacía nada mientras otra colega desarmada enfrentaba el peligro en las sangrientas calles de Madrid.

28

Martes, 8:36hs. Madrid, España

María siguió al joven capitán por el corredor, segura de que la conduciría a los cuarteles generales de Amadori. Ni el capitán ni el general ganarían algo engañándola. Tendrían curiosidad por conocer la información que, según les había dicho, poseía. Y si el capitán no confiara en ella, María no estaría caminando a sus espaldas. Él iría tras ella, apuntándole con una pistola.

No obstante, la relativa facilidad con que había embaucado al capitán la asombraba un poco. O bien carecía de experiencia, o bien era mucho más inteligente de lo que ella creía.

El capitán dobló a la izquierda. María se detuvo en seco.

—Pensé que íbamos a ver al general —dijo.

—Y allá vamos —replicó el capitán. Estiró el brazo y señaló el Salón de las Alabardas, al fondo del pasillo.

—¿No está en el Salón del Trono? —preguntó María.

—¿El Salón del Trono? —el capitán lanzó una estridente carcajada—. ¿No le parece que sería demasiado presuntuoso?

—No lo sé —replicó ella—. ¿Acaso estar en este palacio no es de por sí presuntuoso?

—No lo será cuando el rey regrese a Madrid y tengamos que protegerlo —dijo el capitán—. Queremos proteger los dos palacios reales.

—Pero había guardias…

—Protegiendo el Salón de una posible incursión de los prisioneros. —El capitán señaló con la cabeza, siguiendo la dirección de su brazo extendido—. El general está en el comedor, con sus consejeros.

María lo miró. No le creía. No sabía por qué, pero no le creía.

—Pero lo importante no es saber dónde está el general —prosiguió el capitán—. Lo importante es saber si usted tiene o no algo para decirle. ¿Me acompaña, señorita Corneja?

María bajó los ojos. Por el momento, no tenía más alternativa que hacer lo que le ordenaran.

—Lo acompaño —musitó, avanzando en dirección al capitán.

El oficial dio la vuelta y marchó velozmente por el corredor iluminado. Al llegar al final del corredor, dobló. María caminaba un poco más despacio, a varios pasos de distancia. Otros soldados atravesaron rápidamente el pasillo. Algunos llevaban prisioneros, otros teléfonos. Unos pocos llevaban computadoras. Ninguno de ellos le prestó atención.

Todo le parecía muy extraño, pero no tenía más remedio que seguir el juego. Sí, claro que lo acompañaba… pero con las debidas precauciones.

—¿Quiere un cigarrillo? —le preguntó al capitán. Ya había metido la mano en el bolsillo del pecho de su blusa. Sacó el paquete y eligió un cigarrillo, y luego sacó un fósforo de la cajita.

—No, gracias —dijo el capitán—. En realidad, sería mejor que no fumara aquí. Hay tantos tesoros. Una chispa, un descuido y…

—Entiendo —dijo María.

El capitán había dicho exactamente lo que María esperaba que dijese. Empezó a guardar el paquete pero primero golpeó el cigarrillo contra la palma de la mano. Como el capitán miraba hacia adelante, no la vio introducir un fósforo entre el tabaco del cigarrillo, que luego guardó en la entrepierna de sus pantalones. Después, volvió a guardar el paquete en el bolsillo de la blusa.

Por lo menos, ahora tenía un arma.

El comedor del palacio estaba al otro lado de la sala de música, sobre la Plaza Incógnita. Al otro lado de la plaza estaba el Campo del Moro. El parque indicaba el sitio donde habían acampado las tropas del poderoso emir Alí bin-Yusuf en el siglo XI, durante el intento moro de conquistar España.

Llegaron a la puerta de la sala de música y el capitán golpeó suavemente con los nudillos para anunciarse. Miró a María y sonrió. Ella se paró junto a él pero no le devolvió la sonrisa. La puerta se abrió.

El capitán extendió la mano y dijo:

—Después de usted.

María dio un paso y miró adentro.

El salón sin ventanas estaba a oscuras y sus ojos tardaron un poco en adaptarse. Algo se movió hacia ella desde las sombras, a su derecha. María retrocedió de un salto… sólo para estrellarse contra el capitán, que estaba parado con la firmeza y estolidez de una torre a sus espaldas. De pronto, la obligó a entrar de un empujón. Al mismo tiempo, dos pares de manos le aferraron los antebrazos. La levantaron en el aire y la arrojaron al suelo, boca abajo. Dos botas se plantaron decididas sobre sus escápulas.

Se encendió una luz, que arrojó su suave resplandor ambarino sobre la habitación. María se dedicó a escrutar un mural bucólico mientras un tercer par de manos palpaba sus piernas, brazos, cintura y pecho en busca de armas ocultas. Le quitaron el cinturón y el reloj y también el paquete de cigarrillos.

Cuando la búsqueda terminó, el par de manos extra le tiró brutalmente del cabello. El tirón fue violento y María se encontró mirando hacia arriba. Con los hombros empujados hacia abajo y la cabeza tirada hacia atrás, el dolor en el cuello era más que intenso.

El capitán se acercó a observarla. Sonrió complacido y le apoyó el duro tacón de su bota sobre la frente. Empujó un poco, obligándola a echar la cabeza todavía más atrás.

—Usted me preguntó si estaba seguro de conseguir la información a tiempo —dijo el capitán, esbozando una sonrisa cruel —. Sí, señorita. Estoy seguro. Así como estoy seguro de que la mayoría de la gente que hemos traído al palacio será eliminada del sistema. Así como estoy seguro de que ganaremos. Los nuevos países no se gestan sin sangre, sacrificio y algo más: voluntad. La voluntad de hacer lo que sea necesario para obtener lo que se quiere.

Las cuerdas vocales de María se clavaron contra la rígida carne de su garganta. Densos espasmos de dolor le recorrían el cuerpo, desde las orejas hasta la cintura.

—Podría romperle el cuello —dijo el capitán—, pero en ese caso moriría y no me serviría de nada. En cambio, le daré cinco minutos para que reflexione sobre su situación y luego me diga todo lo que sabe. Si habla, seguirá siendo nuestra huésped pero no le haremos daño. Si elige no hablar, la dejaré en manos de estos exquisitos hombres. Créame, señorita. Son muy buenos en lo suyo.

El capitán retiró la bota. María padeció unas violentas arcadas al relajarse su garganta. El dolor de la nuca fue reemplazado por una sensación fría y espasmódica que le recorría la espina dorsal. Tragó con dificultad e intento moverse, pero los hombres todavía tenían las botas sobre su espalda.

El capitán se dirigió a sus esbirros.

—Háganle probar algo de lo que la espera —dijo—. Es probable que después piense de otra manera.

El capitán retrocedió y María sintió que las botas abandonaban sus hombros. La levantaron de los brazos. Mientras trataba de pararse, le dieron un fuerte puñetazo en el vientre. Se dobló en dos, el aire abandonó sus pulmones. Las piernas se negaban a sostenerla, pero los hombres la tenían de los brazos. Uno de los torturadores la aferró del cabello obligándola a erguirse, y otro le propinó un segundo puñetazo. María pudo sentir el contorno del puño contra la espalda. Sus piernas oscilaban como cintas y no

podía parar de gemir. El siguiente golpe le acertó en el mentón. Afortunadamente no tenía la lengua entre los dientes, que crujieron sonora y dolorosamente. Después de un segundo golpe, que le hizo girar la cabeza a la derecha, la mandíbula inferior le quedó colgando. Sintió cómo se deslizaban la sangre y la saliva a lo largo de su lengua extendida.

Los hombres la soltaron y cayó al suelo con un golpe seco. Aterrizó de espaldas, con los brazos abiertos y las rodillas levantadas. Lentamente, sus piernas encogidas giraron a la derecha. No sentía dolor, aunque sabía que vendría después. Pero se sentía completamente extenuada, como cuando subía una colina en bicicleta y no le quedaba fuerza en las piernas. Y, aunque se sentía muy débil, se obligó a abrir los ojos y mirar a sus torturadores. Quería ver dónde tenían las armas.

Todos eran diestros. Eso facilitaría las cosas.

Los soldados salieron al pasillo, arrojando al suelo el paquete de cigarrillos. Cerraron la puerta y apagaron la luz. María conocía esa artimaña: quebrar el cuerpo y después dejar sola unos minutos a la mente shockeada y desorientada para incitarla a contemplar su propia mortalidad.

En cambio, obligó a su mano temblorosa a bajar por la parte delantera de sus *jeans*. Encontró el cigarrillo y lo sacó. Se puso de costado y arrancó el papel para llegar al fósforo. Era un truco que había aprendido hacía años, antes de empezar a trabajar como agente secreto. Cuando la atrapaban, generalmente le sacaban los cigarrillos. De esa manera podía conservar un fósforo al menos. En un apuro, el fuego solía ser un arma defensiva cercana al ideal.

Sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y pudo mirar a su alrededor. Había un grupo de atriles de música en un rincón. Miró adelante y vio lo que esperaba ver: un par de matafuegos. Uno en la puerta del frente y otro junto a la puerta que conducía al comedor.

Perfecto.

Fue gateando hasta los atriles, las piernas todavía le temblaban. Se juró no pedir mucho de ellas, sólo la fuerza necesaria para sostenerla durante una hora más.

Al llegar al rincón se irguió sobre sus rodillas y luego se puso de pie. Temblaba como una hoja, pero podía mantenerse parada. La mandíbula empezaba a dolerle y se alegró: el dolor la mantendría alerta. Avanzó hacia la puerta, bajó la tarima y se quitó el suéter. Luego se quitó la camisa de algodón, volvió a ponerse el suéter y arrojó la camisa cerca de la puerta.

En cierta oportunidad, cuando investigaba los abusos de la policía barcelonesa, María fue arrestada con un grupo de ladrones y usó su fósforo oculto para derretir las suelas de sus zapatos. El olor atrajo a los guardias, que estaban a punto de violar a una mujer en una de las celdas del pasillo. María literalmente arrestó a uno de ellos con los pantalones bajos. Pero esta vez necesitaría algo más que el olor de la goma quemada. Necesitaría algo que atrajera sus miradas.

Colocó el atril junto a la puerta y se arrodilló al lado de la camisa. Con sumo cuidado, encendió el fósforo contra la suela de su bota. Caviló un momento en cuanto a la utilidad de las suelas de los zapatos. El fósforo se encendió. María lo protegió con la mano para acercarlo a la camisa. Lo acercó a la punta del cuello y la camisa empezó a chamuscarse. Un instante después, ardía en llamas.

María volvió al atril, arrastrándose. Luchó para ponerse de pie y empujó el atril contra la pared, junto a la puerta. Respiraba profundo para reprimir las náuseas provocadas por los golpes en el vientre. No era la primera vez que la golpeaban. Había sido atacada por sediciosos, drogadictos, un motociclista furioso y una vez —sólo una vez— por un amante celoso. A la mayoría le había devuelto el golpe; y había mandado a su amante al hospital. Pero sí era la primera vez que recibía una paliza. Lo indigno del ataque y la cobardía de sus perpetradores sabían peor que la sangre que se le había juntado en las mejillas.

Las llamas consumieron rápidamente la camisa. Una espesa columna de oscuro humo gris ascendió detrás de la puerta. Pero el humo no ascendía lo suficiente, ni con la velocidad necesaria. María abandonó el atril y agitó la pira ardiente. Se oyó un silbido suave. Chispas feroces y oscuras cenizas de bordes rojos volaron en todas direcciones. Se agitaron en el aire un instante y cayeron. Pero el humo de la camisa quemada ascendía más y más.

Ahora sí. Un instante después se activó la alarma, seguida por los dos matafuegos.

Cuando empezó a caer el agua, María empujó la camisa con el atril y la arrastró de un lado a otro como un lampazo. La camisa se hizo pedazos y ella desparramó las cenizas por el piso.

Escuchó pasos y se paró junto a la puerta, del lado derecho. Todavía llevaba el atril. Los pasos se detuvieron.

—Ustedes dos esperen aquí —dijo uno de los hombres—, por si intenta escapar.

Bien, pensó María. Entraría uno solo. Eso facilitaría las cosas. La puerta se abrió de golpe y el soldado entró corriendo. Al entrar resbaló sobre las cenizas mojadas y cayó de espaldas con un fuerte golpe. Inmediatamente María levantó el atril sobre su cabeza y le clavó las cortas patas metálicas del trípode en la cara. El soldado aulló de dolor. Su caída y sus deshonrosos gemidos sorprendieron a los que esperaban en el pasillo y los hicieron titubear.

Ésa, era, la, belleza, de los soldados de élite, pensó María. Eran jóvenes y estaban bien entrenados, pero carecían de la experiencia y la astucia de los viejos guerreros.

Su vacilación era todo lo que María necesitaba. Arrojó a un lado el atril y dejó que sus débiles piernas se abrieran paso: literalmente cayó de bruces encima del soldado. Aterrizó directamente sobre su cintura.

Sobre la pistolera.

María sabía que los dos hombres del pasillo no dispararían contra ella. Todavía no. Mientras la alarma seguía sonando y el agua de los

extinguidores seguía cayendo sobre ella, los dos soldados entraron de golpe. Al mismo tiempo, entre maldiciones y amenazas de futura violación, el soldado herido intentaba sacársela de encima a empujones. María lo dejó. Y, cuando el corpulento soldado rodó encima de ella, le quitó la pistola de 9mm de la pistolera. Retiró el seguro y sin vacilar le pegó un tiro en la rodilla. Él se encogió y la sangre de su herida salpicó la cara de María. Pero ella no se dio cuenta. Irguiéndose sobre una rodilla, apuntó bajo a los otros dos soldados y disparó. La pistola escupió dos veces y la sangre empezó a salir a borbotones de las rodillas de los otros dos… que gritaban y se retorcían en el pasillo.

Todavía bajo el agua de los extinguidores, María guardó la pistola en la cintura del *jean*. Después cayó de rodillas y les quitó el arma a los soldados jadeantes. Las heridas en la rodilla eran de su agrado. No pasaría un día en la vida de esos hombres sin que pensaran en ella. El dolor y la invalidez serían un recordatorio constante de su propia brutalidad.

Sin vacilar, les ató las muñecas con sus propios corbatines. Después les tapó la boca con los pedazos de camisa que se habían salvado. Las ataduras y mordazas no eran tan eficaces como ella hubiera deseado, pero no tenía mucho tiempo. Se puso de pie, apoyándose en el marco de la puerta. En cuanto estuvo segura de que sus piernas todavía podían sostenerla, empezó a avanzar rápidamente por el pasillo en la dirección opuesta. El pasillo circundaba el piso principal, en el centro del palacio. Si seguía avanzando en esa dirección, volvería a la Sala de las Alabardas y al Salón del Trono.

Mientras les quitaba el seguro a las dos pistolas que llevaba en la mano, juró que esta vez sí tendría su esperada entrevista con Amadori.

29

Martes, 9:03hs. Madrid, España

Luis García de la Vega entró en la comisaría. Iba acompañado por su padre, el general retirado de la Fuerza Aérea española Manolo de la Vega. Como Luis no sabía si algunos miembros de su equipo simpatizaban con la facción rebelde, quería un ladero en quien realmente pudiera confiar. Como le había dicho a McCaskey, rara vez coincidía políticamente con su alto y canoso padre: Manolo se inclinaba a la izquierda, y Luis a la derecha.

—Pero en una crisis —dijo Luis—, donde España misma corre peligro, no confío en nadie más.

La habitación estaba vacía, excepto por la presencia de los siete Strikers, Aideen y McCaskey. El oficial de Interpol se acercó a Darrell, quien estaba ayudando a Aideen a ordenar su informe. Los Strikers ya habían empacado sus equipos y estaban marcando y estudiando mapas turísticos de la ciudad.

—¿Alguna novedad? —preguntó McCaskey con voz cansada.

—Sí —replicó Luis, apartando a Darrell del grupo—. Hace aproximadamente diez minutos se activó la alarma contra incendios en el palacio.

—¿Exactamente dónde?

—En una sala de música, en el ala sur del edificio —dijo Luis—. El palacio llamó a los bomberos para avisar que se trataba de una falsa alarma. Pero no es verdad. Uno de nuestros detectores utilizó lentes

caloríficos y descubrió el sitio del incendio. El fuego se había extinguido.

—Quienquiera que sea el que esté manejando el palacio, corrió un gran riesgo —acotó McCaskey—, sobre todo teniendo en cuenta todos los tesoros que hay allí adentro. No creo que se trate de un procedimiento operativo estándar.

—En absoluto —dijo Luis—. Los miserables no quieren que entre nadie. Media hora antes habían expulsado a una patrulla de la Guardia Civil que pretendía hacer su inspección diaria.

—Si Amadori está en el palacio, le aseguro que no expulsarán a los Strikers —prometió McCaskey—. Demonios, ni siquiera sabrán qué fue lo que los atacó. ¿Qué tiene para decir la oficina del primer ministro sobre la situación?

—Todavía no reconocen oficialmente que Amadori ha tomado el poder —replicó Luis.

—¿Y extraoficialmente?

—La mayoría de los funcionarios importantes ha enviado a sus familias a Francia, Marruecos y Túnez. —Luis frunció el ceño. Un instante después, el gesto adusto se disolvió en una sonrisa estúpida —. ¿Sabe una cosa, Darrell? Apuesto a que, esta noche, mi familia y yo podríamos conseguir mesa en el mejor restaurante de la ciudad.

—Apuesto a que sí —dijo McCaskey, sonriendo débilmente. Volvió a la mesa donde Aideen estaba chequeando el equipo que le había destinado la Interpol. El equipo incluía un *camcorder* conectado a un receptor en la oficina de comunicaciones—, un kit de primeros auxilios, un teléfono celular y un arma.

Aideen se aseguró de que la batería del *camcorder* estuviera cargada. Mientras lo hacía, McCaskey chequeó el gatillo de la pistola Parabellum Super Star 9 × 19 que le habían destinado. Aideen ya lo había inspeccionado, pero se dio cuenta de que McCaskey estaba ansioso y necesitaba mantenerse ocupado. Después de examinar el arma, McCaskey volvió a guardarla en la mochila de Aideen.

Mientras los Strikers se calzaban sus mochilas, Darrell estudió a Aideen para comprobar si efectivamente parecía un miembro de un contingente turístico. La joven llevaba puesto un par de Nike, anteojos oscuros y una gorra de béisbol. Además de la mochila, llevaba una guía turística y una botella de agua. Parecía una turista recién bajada del avión, todavía víctima del *jet lag*. Mientras McCaskey la observaba, Aideen miró con nostalgia la mesa vacía a sus espaldas. Había podido dormir un poco durante el vuelo de regreso de San Sebastián. Pero el breve sueño sólo había servido para llevarla al borde del agotamiento. Sabía que en algún momento caería. Miró las máquinas expendedoras de gaseosas y contempló una Pepsi Diet. Sopesó el valor de la cafeína contra el riesgo de tener que buscar un baño antes de que terminara la misión. Era algo que había aprendido a tomar en cuenta durante las largas recorridas que había realizado en la ciudad de México. Dos horas podían parecer muy muy largas cuando uno no podía abandonar su puesto.

Decidió olvidarse de la gaseosa.

McCaskey, por su parte, parecía estar al borde del colapso. Aideen recordó haber pensado que su voz era particularmente serena cuando ella le dio el primer parte sobre el asesinato de Martha. Ahora comprendía que aquello no era serenidad sino concentración. Dudaba de que hubiera podido cerrar los ojos desde la muerte de Martha Mackall. Se preguntó si esa tenacidad reflejaba su decisión de vengar esa muerte, su determinación de autocastigarse, o ambas cosas a la vez.

Cuando McCaskey terminó con Aideen, se dirigió al coronel August. El militar estaba mascando chicle y usaba barba. Llevaba sobre la frente un par de anteojos para sol con marco verde Day-Glo y lentes reflexivas. Vestía *shorts* Massimo color caqui y una arrugada camisa blanca de manga larga arremangada hasta el codo. Parecía un hombre completamente diferente del soldado tranquilo y conservador que Aideen había visto varias veces en Washington. August tenía una radio «disfrazada» de *walkman* para comunicarse

con McCaskey. El dial del volumen era en realidad un micrófono. El coronel también llevaba su botellita de agua mineral. Si la volcaba sobre la casete del *walkman*, la cinta —bañada con difenilcianoarsina — produciría una nube de gas lacrimógeno durante casi cinco minutos.

—Está bien —dijo McCaskey—. Van a esperar en el lado oeste del teatro. ¿Y si los echan?

—Iremos a la calle de Arenal, al norte —replicó August—. Seguiremos en dirección este, daremos la vuelta al palacio y entraremos al Campo del Moro. Si el sector está bloqueado, la siguiente posición es el Museo de Carruajes.

—¿Y si los expulsan de allí?

—Volveremos al teatro —dijo August—. Por el lado norte.

McCaskey asintió.

—En cuanto tenga noticias de los detectores, le haré saber dónde está Amadori —prometió—. Usted consultará el mapa y me dirá en qué página del «libro de estrategias» se encuentran.

McCaskey aludía al «libro de estrategias» SITs & SATs del comando Striker: Tácticas de Infiltración Estándar y Tácticas de Asalto Estándar. El coronel August y el cabo Prementine las habían adaptado para el palacio. Cada categoría comprendía un total de diez opciones. La selección de una de ellas dependería del tiempo disponible y de la cantidad y el tipo de resistencia esperada. No obstante, había una constante en todas las estrategias: no todos los Strikers entraban. Después de la muerte del líder del comando, teniente coronel Squires, August había rediseñado todas las estrategias para asegurar que siempre hubiera efectivos para llevar a cabo el plan de salida.

—Como todos saben —prosiguió McCaskey—, Aideen irá con ustedes exclusivamente para identificar a María y colaborar en su rescate. No combatirá a menos que sea necesario. Si las cosas se nos van de las manos, tendremos un helicóptero en el techo y fuerzas policiales listas para entrar en acción. Luis me dijo que una

vez que estén adentro, el único problema serio de seguridad que deberán enfrentar es el RSS.

—Maldición —dijo August en voz baja—. ¿Cómo sabe que Amadori tiene uno de ésos?

—El rey hizo instalar el sistema en todos los palacios —explicó McCaskey—. Se lo compró al mismo contratista norteamericano que los instaló en Washington. Ésa es, probablemente, una de las razones que llevaron a Amadori a elegir este palacio como cuartel general.

El RSS —Sistema de Vigilancia a Control Remoto— era un visor personal conectado al sistema de videos de seguridad de los edificios. Este aparato —que poseía un teclado y lentes de cristal líquido— permitía al usuario ver todo lo que estaban registrando las cámaras de seguridad. A eso se agregaban, en las unidades de fabricación más reciente, unas pequeñas cámaras de video que posibilitaban que la información audiovisual fuera compartida también por los guardias.

—Informe a su equipo —advirtió McCaskey—. Si Amadori sale del Salón del Trono, la persecución será muy muy riesgosa.

August asintió el silencio.

Los otros seis Strikers estaban formados detrás del coronel August. McCaskey los miró mientras hablaba. Sus ojos se detuvieron en la privado DeVonne, la última de la fila. La muchacha afronorteamericana vestía *jeans* ajustados y un rompevientos azul. Aideen se asombró —como seguramente se habría asombrado McCaskey— al ver que parecía una Martha Mackall joven.

McCaskey bajó la vista.

—Todos ustedes, hombres y mujeres, conocen la misión y los riesgos —empezó—. El coronel August me ha dicho que también conocen los temas legales y morales implícitos. El Presidente nos ha ordenado apartar del poder a un temible déspota. Para ello, debemos utilizar todos los medios a nuestra disposición. No contaremos con el respaldo público del Presidente. Tampoco con el

del gobierno español legal, que está sumido en el caos. Si alguno de ustedes es capturado, no será reconocido ni asistido por ninguno de los dos países, excepto a través de los canales diplomáticos tradicionales. Sin embargo, contamos con algo muy importante: la oportunidad, y el deber, de salvar miles de vidas. Yo lo considero un privilegio. Espero que ustedes también lo consideren así.

Luis dio un paso al frente.

—Todos ustedes, hombres y mujeres, también contarán con la gratitud de muchos españoles que jamás sabrán lo que hicieron por ellos —dijo sonriendo—. Y ya tienen la gratitud eterna de los pocos españoles que saben lo que están por hacer. —Se paró al lado de McCaskey y los saludó uno por uno—. Vayan con Dios, amigos míos. Vayan con Dios.

30

Martes, 9:45hs. Madrid, España

El padre Norberto voló a Madrid en el avión privado del general superior, un Cessna Conquest de veinte años de antigüedad pintado de lavanda y rojo, con vidrios polarizados y una pequeña sacristía en la parte de atrás. La nave, de once asientos, era muy ruidosa y se sacudía bastante.

Igual que casi todas las cosas en España, en estos días, pensó amargamente Norberto, apretando los mullidos apoyabrazos.

Pero en el mismo momento de pensarlo, supo que no era cierto. No del todo. Norberto viajaba acompañado por otros cinco sacerdotes de la costa norte. Y, aunque su alma era un torbellino, los demás estaban serenos.

Respiró hondo, deseando que la compostura de los otros curas pudiera tranquilizarlo. Deseaba apartar de su espíritu la sensación de pérdida personal y concentrarse en la monumental tarea que le esperaba. Ayudar a mantener la paz espiritual en una ciudad de más de tres millones de habitantes era un desafío que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Pero tal vez fuera justamente lo que necesitaba. Algo que le impidiera cavilar sobre la terrible pérdida que había sufrido.

El anciano padre Jiménez era su compañero de butaca, en la última fila. Jiménez provenía de Laredo, al oeste de la costa norte.

Poco después de despegar, Jiménez se apartó de la ventana y se arrimó a Norberto.

—Dicen que vamos a reunirnos con prelados de otras denominaciones —dijo en voz muy alta, para superar el ruido de los motores—. Seremos por lo menos cuarenta.

—¿Tiene idea de por qué nos eligió a nosotros? —preguntó Norberto—. ¿Por qué no el padre Iglesias de Bilbao, o el padre Montoya de Toledo?

Jiménez se encogió de hombros.

—Supongo que es porque nuestras parroquias son muy pequeñas. Nuestros feligreses se conocen entre sí y pueden ayudarse unos a otros durante nuestra ausencia.

—Eso fue lo que pensé al principio —dijo el padre Norberto—. Pero mire a su alrededor. También somos los miembros más viejos de la orden.

—Y por consiguiente los más experimentados —dijo Jiménez—. ¿Quién mejor que nosotros para confiarle una misión de tamaño calibre?

—¿Los jóvenes? —sugirió Norberto—. ¿Los enérgicos?

—Los jóvenes cuestionan demasiado —dijo Jiménez, palmeando a Norberto en el brazo—. Son un poco como usted, mi viejo amigo. Probablemente, el general superior quiere hombres. Hombres en quienes pueda confiar. Hombres a los que pueda decirles que hagan algo sabiendo que lo harán, sin demoras y sin quejas.

Norberto no estaba tan seguro de eso. Ni siquiera sabía por qué sentía de esa manera. Tal vez se debiera al espantoso dolor que padecía o al tono imperativo con que le habían ordenado viajar a Madrid. O tal vez, pensó en un arranque portentoso, Dios le estuviera palmeando el brazo tal como lo había hecho el padre Jiménez.

—¿Sabe dónde vamos a juntarnos? —preguntó.

—Cuando el padre Francisco llamó —replicó Jiménez—, dijo que nos llevarían a Nuestra Señora de la Almudena. —Las mejillas suaves

y blancas del sacerdote enmarcaron una amable sonrisa—. Es raro, ¿no cree? Dejar una pequeña parroquia por un lugar como ése. Me pregunto si nuestro Señor habrá sentido lo mismo cuando salió de Galilea. «Debo predicar el Reino de Dios a otras ciudades, porque para eso he sido enviado» —concluyó Jiménez, citando los Evangelios. Después se recostó en la butaca, todavía sonriendo—. Es raro, Norberto, pero también es agradable ser enviado.

Norberto observó a los demás sacerdotes. No compartía el optimismo de Jiménez. Los sacerdotes tendrían que haber intervenido antes de que los españoles se enfrentaran entre sí. Antes de las sediciones… y los asesinatos. Tampoco pretendía saber qué sintió Jesús al ser enviado a predicar. No obstante, pensándolo un poco, imaginó que Jesús probablemente se sintió un poco perturbado y superado por una sociedad minada por el prejuicio y la desconfianza, la violencia y la inmoralidad, la codicia y la discordia. Enfrentado a eso, había sólo un lugar al que recurrir para renovar las fuerzas.

Víctima de la perturbación, Norberto había perdido de vista momentáneamente ese lugar. Cerrando los ojos y bajando la cabeza, rezó a Dios para tener el coraje de llevar su carga. Pidió la sabiduría necesaria para saber qué estaba bien y qué no, y la fuerza necesaria para superar su inesperado rencor. Necesitaba aferrarse a la fe que se le estaba escapando como arena entre los dedos.

El avión llegó temprano a Madrid, pero el piloto fue obligado a sobrevolar el aeropuerto durante casi media hora. La torre de control le informó que el tráfico militar tenía prioridad. Y a juzgar por lo que veían desde la ventana, había mucho. Cuando por fin les permitieron aterrizar (a las diez en punto) ingresaron en la terminal dos, donde se reunieron con sacerdotes de todo el país. El padre Norberto reconoció a unos pocos: Alfredo Lastras de Valencia, Casto Sampedro de Murcia y César Flores de León. Pero apenas pudo estrecharles la mano e intercambiar un breve saludo con ellos, ya que el grupo fue conducido a un viejo ómnibus y trasladado a la

Catedral de la Almudena. Norberto se sentó junto a la ventanilla abierta y el padre Jiménez se dejó caer a su lado. El tráfico era muy liviano por la Avenida de América y pronto llegaron a la famosa —e infame— catedral.

La construcción de la inmensa Catedral de la Almudena fue iniciada en el siglo IX. Apenas habían terminado los cimientos cuando las obras fueron interrumpidas por la llegada de los moros. Los invasores erigieron su poderosa fortaleza a la vera de la futura catedral. Cuando los moros fueron expulsados de España y la fortaleza desmantelada para construir el Palacio Real, se dieron órdenes de proseguir los trabajos en la Catedral. No obstante, el envidioso y poderosísimo arzobispo de Toledo, quien no quería que ninguna iglesia fuera más imponente que la suya, determinó que todos aquellos que dieran dinero para levantar una catedral en un lugar desacralizado por la presencia de los moros se exponían a la excomunión y la muerte. Pasaron casi setecientos años para que se retomaran las obras. Aun entonces, el dinero y los recursos escaseaban. Se terminaron algunos sectores y la obra fue nuevamente abandonada, lo que dio por resultado una caótica variedad de estilos. Por último, en 1870, la iglesia *collage* fue derribada y se planeó construir un templo neogótico en su reemplazo. Las obras empezaron en 1883, pero los fondos se agotaron con regularidad y la empresa fue definitivamente abandonada en 1940. Recién en 1990 se iniciaron las obras de terminación de la catedral. Pero, una vez más, los billones de pesetas necesarios para ejecutarla se demoraron. Irónicamente, hacía sólo tres semanas que habían aplicado la última mano de pintura a los frisos del entablamento principal.

Los frenos gimieron sonoramente cuando el ómnibus se detuvo. Acababan de doblar por la Calle Mayor para entrar a la Calle de Bailen, donde había literalmente miles de personas reunidas en torno de las espiras gemelas de la catedral. Más allá se veían grupos de periodistas y cámaras de televisión. Los reporteros gráficos

andaban a pie y los comentaristas de TV se habían subido a los techos de sus camionetas estacionadas. Aunque la multitud era mantenida a raya por una falange de la policía metropolitana, la llegada del ómnibus y la visión de los sacerdotes pareció inflamarla. La gente empezó a llorar a los gritos y a pedir ayuda y refugio. El calor del interior del ómnibus parecía amplificar las voces y llevarlas a todos los oídos, como la campana de una iglesia en la quietud de la mañana. No eran refugiados políticos sino ancianos, madres con bebés y escolares. Estaban en pánico y su número —como su pasión — parecía aumentar a medida que el ómnibus pasaba junto a ellos, rumbo a la entrada principal de la iglesia. Los sacerdotes se miraban en silencio. Esperaban manifestaciones de necesidad, pero no esa clase de desesperación.

Un grupo de policías tomados del brazo logró por fin interponerse entre el ómnibus y la multitud. El padre Francisco salió de la iglesia y usó el megáfono para implorar paciencia a la multitud. Al mismo tiempo, hizo señas a los cuarenta y cuatro sacerdotes para que ingresaran en el templo. Avanzaron lentamente, en fila india, entre los gritos y las súplicas de la gente. El padre Norberto recordó entonces a las masas hambrientas que había ayudado a alimentar en Ruanda y a los sin techo que había servido en Nicaragua. Era asombroso el poder que podían tener los débiles en masa.

Cuando el último sacerdote entró al recinto, las puertas se cerraron tras él. Después del viaje en avión, el chirrido de los frenos y los alaridos de la multitud, el pesado silencio de la iglesia fue un verdadero alivio para los oídos.

Pero no es real, pensó Norberto. El miedo y el dolor que había afuera… *eso* era lo real, e iban en aumento. Tendrían que ocuparse enseguida de la masa sufriente.

El general superior González ya estaba en el ábside de la catedral, rezando en silencio. Mientras el grupo llenaba la nave, el único sonido audible era el roce de los zapatos contra el suelo y el susurro de los hábitos. El padre Francisco encabezaba la fila de

sacerdotes. Cuando llegaron al crucero, se dio vuelta y tendió las manos hacia ellos. Todos se detuvieron y el padre Francisco siguió avanzando solo.

Norberto no era un gran admirador del general superior González. Algunos decían que el líder jesuita de cincuenta y siete años era bueno para la orden porque tenía el favor del Vaticano y la atención del mundo. Pero si los sacerdotes españoles no alababan sus ideas o no apoyaban a sus candidatos políticos conservadores o no recaudaban onerosas donaciones de los fieles, nada de la riqueza y el respaldo que González conseguía llegaba a sus manos. Norberto creía que el general superior estaba interesado en aumentar el poder y la influencia de su persona antes que los de los jesuitas españoles.

Pero González era el general superior y Norberto jamás lo desafiaría ni criticaría abiertamente. Allí, en su presencia, en una catedral antigua y magnífica, no sentía la piedad que alimentaba el alma que tanto quería… que tanto *necesitaba* sentir. Seguía angustiado y cínico y ahora experimentaba además una extraña suspicacia. ¿González se preocupaba por la gente? ¿Temía que la revolución debilitara su poder? ¿O acaso esperaba que el nuevo líder acudiera a él para obtener el respaldo de los jesuitas españoles?

Después de tres o cuatro minutos de plegaria silenciosa González se dio vuelta y miró a los sacerdotes, que se persignaron piadosamente cuando los bendijo. Después fue hacia ellos lentamente, elevando al cielo su oscuro y alargado rostro patricio de ojos de color azul claro.

—Perdónanos, Señor —dijo—, porque este día es el primer día en más de mil años en que las puertas de esta catedral fueron cerradas desde el interior. —Miró a los sacerdotes—. Dentro de un instante voy a abrir esas puertas. Yo debo irme, pero el padre Francisco le asignará a cada uno de ustedes un sector de la catedral. Les pido que hablen con la gente y le digan que ésta no es su pelea. Que Dios cuidará de ellos y que confíen en que los líderes de España

restaurarán la paz. —Se detuvo al llegar junto al padre Francisco—. Les agradezco que hayan venido —prosiguió—. El pueblo de Madrid necesita guía espiritual y consuelo. Necesitan saber que no han sido abandonados en esta época de torbellino. Una vez que Madrid recupere la calma y la fe, saldremos a llevar la paz al resto de España.

El general superior pasó junto a los sacerdotes. Su hábito negro se balanceaba pesadamente de un lado a otro mientras avanzaba en dirección a la puerta. Su andar era confiado y sereno, como si todo estuviera bajo control.

Mirándolo, Norberto comprendió con horror súbito que tal vez fuera así. Que quizá la misión que les había encomendado no era asistir a los débiles o necesitados… o al menos, no por su bien. Miró a su alrededor. ¿Acaso era posible que los más serenos y devotos, los más *confiables* sacerdotes del país hubieran sido convocados con el oscuro propósito de controlar a las masas? ¿Que hubieran incitado deliberadamente la necesidad de consuelo y la hubieran llevado al frenesí cerrando las puertas de la iglesia, para luego dispensarlo generosamente?

El padre Norberto estaba asustado. Y se sentía sucio. El general superior González no quería obtener los favores de los líderes de la revolución. Norberto sospechaba que ya era parte del proceso de creación de un nuevo gobierno para el país.

Un nuevo gobierno para España… cuyo jefe espiritual sería el propio Orlando González.

31

Martes, 10:20hs. Madrid, España

María estaba convencida de que el general Amadori se encontraba, de hecho, en el Salón del Trono del Palacio Real. Sin embargo, no se dirigió directamente allí después de escapar de los soldados. Necesitaba un uniforme… y necesitaba un aliado.

Primero tendría que conseguir el uniforme.

Lo encontró en un retrete, en el baño de hombres. El baño había sido, formalmente, «el cuarto de cambiarse para los asistentes del rey». Ahora, los soldados entraban y salían con pasos pesados sin mostrar el menor respeto por su historia o jerarquía. María no era realista… pero sí española, y ese lugar había jugado un importante papel en la historia de España. Merecía más respeto.

El enorme cuarto blanco tenía cornisas y accesorios de mármol. Se hallaba en el sector sudeste del palacio, no lejos del dormitorio del rey. María llegó allí avanzando cautelosamente de puerta en puerta. La mayoría de las habitaciones a lo largo del pasillo estaban desocupadas, y ella evitó sabiamente aquellas donde se escuchaban voces. Si se había corrido la voz de su huida, la búsqueda se concentraría en el área del Salón de Música y el Salón del Trono. Obviamente, era una pésima estrategia. Ellos sabían que María intentaría llegar a Amadori en algún momento. El truco consistía en asegurarse de que no la descubrieran a tiempo.

Obtuvo el uniforme por cortesía de un joven sargento que había entrado al baño con otros dos hombres. Cuando abrió la puerta, vio a María acuclillada sobre el inodoro con sus dos pistolas apuntadas hacia él.

—Entre y cierre la puerta —murmuró. El zumbido del ventilador de techo impedía que la voz se escuchara desde afuera.

Hay un momento en el que la mayoría de la gente amenazada por una pistola se queda congelada. Durante ese brevísimo instante, el individuo que porta el arma debe dar una orden. Si la orden es inmediata y enfática, por lo general será obedecida. Si no lo es, si el blanco de la pistola entra en pánico, hay que tomar rápidamente la decisión de huir o disparar.

María ya había decidido que dispararía y dejaría lisiados a todos los presentes si corría el peligro de ser capturada. Afortunadamente, el soldadito de ojos asombrados hizo exactamente lo que le había ordenado.

Apenas el joven cerró la puerta del retrete, María le hizo señas con una de las pistolas. Con la otra le apuntaba directamente a la frente.

—Cruce los dedos sobre la nuca —dijo María—. Luego dese vuelta, hasta quedar de espaldas a mí.

El sargento cruzó fuertemente los dedos sobre su gorra. María se acercó a él sin dejar de mirarlo. Apoyó una de las pistolas sobre la tabla del inodoro, tomó el arma del soldado y la guardó en la cintura de su pantalón. Después recuperó la pistola que había dejado sobre el inodoro y se paró sobre la tabla.

—Bájese los pantalones —ordenó, golpeándole suavemente los glúteos con la pistola—. Siéntese apoyando el culo sobre las manos.

El soldado obedeció.

—Cuando sus amigos salgan del retrete —le murmuró al oído—, dígales que no lo esperen. De lo contrario, morirán los tres.

María y el sargento —cuya placa indicaba que se apellidaba García— esperaron. Hubiera jurado que podía escuchar los latidos de

su corazón. Cuando los otros lo llamaron, hizo lo que le había ordenado y, cuando salieron, María le pidió que se levantara. Todavía de espaldas a ella, recibió la orden de quitarse el uniforme.

Se desnudó. María le dijo que se diera vuelta. El soldado quedó de frente al inodoro. María le ordenó que se arrodillara de cara al artefacto.

—Por favor no me mate —suplicó el joven—. Por favor.

—No lo mataré —prometió María— si hace lo que le digo.

Podía hacer dos cosas. Llenarle la boca con papel higiénico, romperle los dedos para que no pudiera quitárselo, y después atarlo al tanque del inodoro. Pero esa maniobra le llevaría demasiado tiempo. En cambio, le aplicó una patada fuerte y certera en la nuca. El joven se golpeó la frente contra la cerámica del inodoro y quedó instantáneamente fuera de combate. Probablemente había sufrido una conmoción cerebral, pero no había modo de evitar daños y heridas en esta clase de situación. María se apoderó del uniforme y las armas y fue a cambiarse al retrete vecino. El uniforme le quedaba grande, pero tendría que arreglarse. Acomodó su cabello dentro de la gorra, se ajustó la cartuchera del sargento y escondió las pistolas extras bajo la camisa.

Arrojó su ropa en el canasto de residuos… todo excepto el calzado. Se pasó las suelas por las mejillas para fingir una «barba de pocos días». Cuando terminó, tiró también las botas. Después fue a mirarse al espejo. Mientras ponía a punto los últimos detalles de su improvisado atuendo, entraron otros dos sargentos… evidentemente apurados.

—¡Llegas tarde, García! —ladró uno de ellos. Pasó junto a María, siguiendo al otro a los mingitorios—. El teniente le ha dado a cada grupo cinco minutos para entrar y…

El sargento se detuvo en seco y dio media vuelta. María no le dio tiempo para actuar. Se dio vuelta y colocó su rodilla derecha detrás de la rodilla izquierda del militar. Después le pasó el brazo derecho por el cuello y lo obligó a doblarse sobre su pierna. El hombrón cayó

a sus pies, cuan largo era. Como tenía todo el peso del cuerpo sobre la pierna derecha, María pudo levantar la pierna izquierda y estrellarla ruidosamente contra el pecho del caído, rompiéndole varias costillas y dejándolo sin aliento. Su compañero estaba orinando en el mingitorio. Se dio vuelta, pero María ya había saltado el cuerpo del sargento y avanzaba hacia él. Sin detenerse, levantó la pierna derecha y la estrelló contra la espalda del hombre, que golpeó contra el mingitorio y cayó al suelo. Apenas había tocado las baldosas cuando María le clavó el taco de la bota en la sien. El hombre se desvaneció al instante. Como el otro seguía gimiendo, María giró con gracia sobre la pierna izquierda y le propinó un feroz puntapié en la cabeza. También él quedó inconsciente.

Por último, María se tambaleó. Había administrado la energía necesaria para el ataque, pero el esfuerzo la dejó exhausta. Los golpes recibidos en la sala de música la hacían sufrir horriblemente y la actividad reciente no ayudaba demasiado. Pero debía llevar a buen término su misión y estaba dispuesta a hacerlo. Se arrastró hasta el lavabo y bebió un poco de agua de la canilla.

Luego, recordó algo que había dicho uno de los hombres. Los soldados entrarían a intervalos de cinco minutos. Acababa de comerse dos intervalos. No había tiempo que perder.

Se irguió con dificultad y avanzó hacia la puerta. Después, sin vacilar, salió al pasillo. Dobló a la derecha y luego a la izquierda para volver al corredor que conducía a la Sala del Trono.

Había soldados apostados en las puertas pero María avanzaba velozmente, como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Trabajando como agente encubierto había descubierto cuáles eran las dos cosas esenciales para lograr infiltrarse con éxito. Primero, había que actuar como uno de ellos. Si uno lo hacía, nadie lo cuestionaba. Segundo, había que actuar como si se tuviera que llegar a alguna parte… inmediatamente. Si uno se movía rápido y con seguridad, nadie lo detenía. Estaba segura de que esas condiciones, sumadas al uniforme, la llevarían de regreso al Salón de

las Alabardas. Y tal vez le permitirían entrar allí. Después, sólo necesitaría cuatro cosas para llegar a Amadori.

Armas, astucia… y dos aliados muy especiales.

32

Martes, 4:30hs. Washington D.C.

Mike Rodgers fue a la oficina de Paul Hood para esperar noticias de la actuación del Striker. Poco después de la llegada de Rodgers, Steve Burkow telefoneó para transmitir las novedades de la Casa Blanca. Hood esperaba que sólo hubiera llamado para eso. El intrépido y astuto director de Seguridad Nacional solía utilizar los llamados como ése para imponer las opiniones del Presidente.

Según Burkow, el rey de España había llamado desde su residencia en Barcelona y hablado con el Presidente. Los militares leales al rey habían confirmado que el general Rafael Amadori, jefe de inteligencia militar y uno de los militares más poderosos de España, había trasladado su centro de comando al Salón del Trono del Palacio Real.

Hood y Rodgers intercambiaron una rápida mirada al escuchar eso. Sin decir palabra, Rodgers utilizó el teléfono del sofá para informarle a Luis que habían localizado positivamente el objetivo de la misión. Hood se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Lo complacía haber acertado.

—Ya no hay dudas sobre lo que planea este general Amadori —prosiguió Burkow—. El Presidente informó al rey sobre la presencia del comando Striker en Madrid. Su Majestad nos ha dado su aprobación para que realicemos todas las acciones que consideremos necesarias.

—Por supuesto que dio su aprobación —dijo Hood. El acto del Presidente había sido expeditivo y probablemente necesario, pero lo hacía sentir incómodo.

—No se apresure a juzgar al rey —advirtió Burkow—. También reconoció que, probablemente, será imposible mantener a España unida. Dijo que se habían liberado demasiados demonios étnicos que venían hirviendo a fuego lento desde hacía mucho tiempo. También dijo que abdicaría si las Naciones Unidas y la OTAN colaboraban en el desmembramiento ordenado de la nación.

—¿Y de qué serviría que abdicara? —preguntó Hood—. El poder del rey es exclusivamente ceremonial.

—Es cierto —admitió Burkow—. Pero está decidido a utilizar su abdicación como una señal hacia el pueblo español. Quiere demostrarles que si ellos quieren la autonomía, él no está dispuesto a seguirlos. No obstante, es inflexible en cuanto a no entregar el poder a un tirano.

Hood tuvo que admitir que, aun cuando el rey probablemente tenía una fortuna oculta en los bancos extranjeros, su propuesta era de una lógica admirable… sino grandiosa.

—¿Y cuándo dará la señal el rey? —preguntó.

—Cuando Amadori ya no sea una amenaza —replicó Burkow—. Hablando de eso, ¿en qué estatus se encuentra el Striker?

—Estamos esperando órdenes —dijo Hood—. El Striker llegará al objetivo en cualquier mo…

—Ya están allí —dijo Rodgers repentinamente.

—Un momento, Steve —dijo Hood—. Mike, ¿qué sabes?

—Darrell acaba de recibir noticias del coronel August —dijo Rodgers, todavía con el teléfono en la oreja—. El Striker se ha desplegado exitosamente a lo largo del costado este del teatro. Tienen el palacio a la vista y hasta el momento nadie los ha molestado. Aparentemente, los soldados se están concentrando en el palacio y nada más. El coronel August está esperando instrucciones.

—Agradece a Darrell en mi nombre —dijo Hood, y repitió la información para Burkow. Mientras hablaba, releyó el perfil de la misión enviado por McCaskey hacía apenas media hora. Había un mapa de ese sector de Madrid y un mapa detallado del Palacio Real, junto con varias estratagias de asalto e infiltración. Según McCaskey, el detector de Interpol estimaba que las fuerzas reunidas en el edificio sumaban entre cuatrocientos y quinientos hombres. La mayoría se encontraba fuera del extremo sur, donde se localizaba el Salón del Trono.

—¿Cuáles serían el plan y el *timing* si tuvieran que entrar ahora mismo? —preguntó Burkow.

Rodgers había vuelto al escritorio. Miró por encima del hombro de Hood, que activó el *speaker* del teléfono.

—Hay una cloaca en el ángulo noroeste de la Plaza de Oriente —dijo Hood—. Se comunica con una catacumba que fue parte de una vieja fortaleza mora. Ahora la utilizan para almacenar raticida.

—Un momento —dijo Burkow—. ¿Cómo harán para entrar a la cloaca?

—Se valdrán de un viejo truco de la Resistencia francesa —replicó Rodgers—. Crear confusión y acertarle al blanco principal. Nada letal… sólo montones de humo.

—Ya veo —dijo Burkow.

—La catacumba se conecta con la mazmorra del palacio, que hace más de dos siglos que no es utilizada para su propósito original —acotó Hood.

—¿Quiere decir que es un espacio ocioso? —preguntó Burkow.

—Precisamente —replicó Hood.

—Conociendo la historia de España y la Inquisición —intervino Rodgers—, no me sorprende que no la hayan restaurado y abierto al público.

—Entrando por la mazmorra, el Striker quedará justo debajo del Salón de los Tapices —prosiguió con toda seguridad Hood—. Desde allí, el camino hasta el Salón del Trono es relativamente corto.

—El camino es corto, pero el cuervo vuela —dijo Rodgers—. Probablemente habrá soldados en el pasillo. Si entran al estilo triple eliminación, definitivamente habrá bajas entre los españoles.

—¿Estilo triple eliminación? —preguntó Burkow.

—Sí, señor —respondió Rodgers—. Eliminar toda resistencia, eliminar al objetivo y eliminar la propia presencia desapareciendo raudamente de la escena. En otras palabras, si no se molestan en conseguir uniformes y no entran subrepticiamente a buscar a Amadori y no se preocupan de minimizar las bajas… en ambos bandos.

—Ya veo —dijo Burkow.

—Preferimos esperar y ver si recibimos noticias de nuestro agente infiltrado —acotó Hood.

—¿La agente de Interpol que se dejó capturar? —preguntó Burkow.

—Sí. No sabemos si tratará de comunicarse con nosotros o intentará eliminar al objetivo por cuenta propia —dijo Hood—. Pero pensamos que conviene darle tiempo.

Burkow se quedó callado un momento.

—Mientras esperamos —dijo luego—, corremos el riesgo de que Amadori se fortalezca enormemente. Llega un momento en que el usurpador deja de ser visto como un rebelde y se convierte en héroe a los ojos de la gente. Como Castro, cuando derrocó a Batista.

—Es un riesgo, sí —admitió Hood—. Pero no creemos que Amadori esté a punto para eso. Todavía hay muchos levantamientos regionales y Amadori no ha sido considerado como líder interino en ninguno de los noticieros que hemos visto. Hasta que no reciba el apoyo de algunos personajes esenciales —no sólo políticos, sino líderes religiosos y hombres de negocios— mantendrá un perfil bajo.

—Ya arremetió con fuerza contra los líderes de la industria —señaló Burkow—. Los hombres del yate y los miembros de la *familia* que capturó…

—Probablemente pondrá en línea a algunos otros —admitió Hood—, pero dudo que lo haga en las próximas horas.

—Entonces usted cree que debemos esperar.

—El comando Striker está alerta y preparado para entrar en acción —dijo Hood—. No creo que una leve demora resulte perjudicial; al contrario, probablemente nos permitiría obtener valiosísima inteligencia *in situ*.

—En cambio, yo creo que la demora sí sería perjudicial —dijo Burkow—. El general VanZandt opina que probablemente le daría a Amadori la oportunidad de reforzar su propio sistema de seguridad personal. Y no debemos olvidar que el objetivo *primordial* de esta misión es atraparlo a él.

Hood miró a Rodgers. Ambos reconocieron el mensaje implícito en las palabras de Burkow: no era momento de actuar con cautela.

Hasta cierto punto, Hood estaba de acuerdo. La andanada de *blitzkrieg*, purgas y asesinatos colocaban a Amadori en las filas de Hitler y Stalin, no en las de Fidel Castro o Francisco Franco. Debían impedir por todos los medios que gobernara España.

—Steve —dijo—, coincido con usted. Amadori es el objetivo primordial. Pero los Strikers son nuestro único recurso. Si los utilizamos desatinadamente, arriesgarán sus vidas y echarán a perder la misión. —Miró el reloj de la computadora. Su asistente Bugs Benet lo había programado para que diera la hora local y también la de Madrid—. Son casi las once de la mañana en España —prosiguió diciendo—. Veamos cómo se presenta la situación al mediodía. Si para entonces no hemos tenido noticias de María Corneja, el Striker ingresará al palacio.

—En una hora pueden pasar muchas cosas, Hood —se quejó Burkow—. Ciertos avales clave podrían volver imparable a Amadori. En ese caso, si lo eliminámaramos estaríamos asesinando a un líder mundial y no a un traidor.

—Comprendo perfectamente —replicó Hood—. Pero necesitamos más información.

—Mire —insistió Burkow—, estoy empezando a impacientarme. Su equipo es una de las mejores fuerzas de ataque del mundo entero. No los reprima. Déjelos actuar. Ellos mismos obtendrán la inteligencia necesaria cuando procedan.

—No —replicó Hood enfáticamente—. No es lo más conveniente. Voy a darle una hora más a María.

—¿Por qué? —exigió Burkow—. Escuche, si tiene miedo de dar la orden de eliminar a ese general hijo de puta…

—¿Miedo? —estalló Hood—. Ese miserable hizo asesinar a una de mis colaboradoras en un abrir y cerrar de ojos. Puedo hacerme cargo de la situación. Y con alegría.

—¿Entonces cuál es el problema?

—El problema es que nos hemos concentrado tanto en el objetivo que no hemos diseñado una estrategia de salida para el comando Striker.

—No necesita a María para eso —dijo Burkow—. Que salgan de la misma manera que entraron.

—No estoy diciendo que necesitemos una estrategia para salir del palacio —replicó Hood—. Estoy hablando de culpabilidad. ¿Quién se hará responsable de esto, Steve? ¿El Presidente habló de eso con el rey?

—No lo sé. No estuve en la conversación.

—¿Se supone que debemos desautorizar a los Strikers si los atrapan? —preguntó Hood—. ¿Decir que son mercenarios o un grupo de maleantes y dejarlos a merced del huracán?

—A veces pasan esas cosas —admitió Burkow.

—A veces —coincidió Hood—. Pero no cuando hay otra opción. Y en este caso tenemos la alternativa de permitir que una española se involucre en la misión. Una patriota. Alguien a quien el Striker está allí para apoyar, aunque sólo se trate de una cortina de humo para complacer a la opinión pública.

Burkow no dijo nada.

—De modo que esperaré hasta el mediodía para ver si sabemos algo de María —prosiguió Hood—. Bastaría con saber dónde está exactamente. Si el Striker se reúne con ella antes de llegar a Amadori, en ese caso no… no tendré ningún problema en dar la orden de eliminar a ese hijo de puta.

Se produjo un largo y denso silencio. Finalmente, Burkow se hizo cargo de romperlo.

—¿Puedo decirle al Presidente que sucederá al mediodía? —preguntó.

—Sí —respondió Hood.

—Está bien. Hablaremos luego —dijo fríamente Burkow y cortó la comunicación. Hood miró a Rodgers. El general estaba sonriendo.

—Estoy orgulloso de ti, Paul —dijo—. Muy orgulloso.

—Gracias, Mike. —Hood cerró el archivo de la computadora y se restregó los ojos—. Pero, a decir verdad, estoy harto. Estoy cansado de todo esto.

—Cierra los ojos —dijo Rodgers—. Yo montaré guardia.

—No los cerraré hasta que todo haya terminado —retrucó Hood —. Pero puedes hacerme un favor.

—Claro.

Hood levantó el teléfono.

—Voy a comunicarme con Bob Herbert y Stephen Viens y a decirles que necesito que detecten a esa mujer. Mientras tanto, fíjate si Darrell puede hacer algo más. Una hora no es mucho tiempo, pero es posible que alguien ya haya interceptado las líneas de comunicación del palacio. Fíjate si puede asustar a los enemigos del rey.

—Se hará.

—Y asegúrate de que informe al Striker sobre lo que estamos esperando.

Rodgers asintió y salió de la oficina, cerrando la puerta tras él. Hood llamó a Herbert y Viens, tal como había dicho. Cuando terminó, cruzó los brazos sobre el escritorio y apoyó la cabeza.

Estaba cansado. Y no se sentía particularmente orgulloso de sí mismo. Al contrario. Le desagradaba profundamente estar tan dispuesto a matar a Amadori para vengar la muerte de Martha Mackall… aunque hubiera sido otro el que había planeado y ejecutado el asesinato. Todo era parte del mismo cuadro inhumano.

Pero, dentro de poco todo llegaría a su fin. Amadori moriría o se apoderaría de España… en cuyo caso sería un problema para el mundo, no para él. Estaba decidido: abandonaría ese trabajo y volvería a su casa, a nada. A nada, excepto a ciertas satisfacciones íntimas, ciertos espantosos remordimientos y a la perspectiva de más de lo mismo durante la misma cantidad de tiempo que había pasado en el Op-Center.

No era suficiente.

Jamás conseguiría que Sharon viera las cosas a su manera. Pero sentado allí, con la mente confusa y las emociones claras, tuvo que admitir que ya no estaba seguro de que su manera fuera la correcta. ¿Era mejor enfrentar grandes desafíos profesionales y tener el respeto de Mike Rodgers? ¿O era mejor tener un trabajo menos exigente, que le dejara tiempo para disfrutar el amor de su esposa y sus hijos y las pequeñas satisfacciones que juntos podían compartir?

¿Por qué tendría que elegir?, se preguntó. Pero conocía muy bien la respuesta a esa pregunta.

Porque para formar parte de la élite del poder en cualquier campo había que pagar un precio: tiempo y esfuerzo. Si quería recuperar a su familia tendría que dejar de pagarlo. Tendría que trabajar en una universidad o en un banco o en lo que fuera… en algo que le dejara tiempo para los recitales de violín, los partidos de béisbol y los besos frente a la caja boba.

Levantó la cabeza y miró la computadora. Y, mientras esperaba noticias de España, tipió:

«Señor Presidente:

Por la presente renuncio al cargo de director del Op-Center.
Atentamente,

Paul Hood».

33

Martes, 10:32hs. Madrid, España

Cuando María llegó por fin al pasillo del Salón de las Alabardas, ya no era capaz de proceder cautelosamente. El salón se hallaba casi al final del largo corredor atestado de soldados que metódicamente inspeccionaban todas las habitaciones del palacio. No tenía la menor duda de que estaban buscándola.

Llegar hasta allí había sido relativamente fácil. Había una cantidad de habitaciones intercomunicadas a lo largo del camino y María tuvo la ventaja de no tener que salir al pasillo. Sólo se detuvo una vez para intentar llamar a Luis. Pero los teléfonos del palacio habían sido desconectados y no quiso correr el riesgo de robarle la radio a uno de los oficiales de comunicaciones.

Tragándose el dolor, avanzó rápidamente, decididamente. Los brazos le colgaban rígidos a los costados del cuerpo, se había encasquetado la gorra hasta las orejas y miraba al frente. *Debes parecer un militar*, pensó.

María creía que en la mayoría de los casos convenía infiltrarse silenciosamente. Las reglas a seguir eran: entrar a oscuras, no hacer ruido y mimetizarse con las sombras. Pero dada la situación no podía seguirlas. La única posibilidad era actuar como si fuera uno de ellos. Desafortunadamente, aunque había mujeres en el ejército español, no eran asignadas a las unidades de combate. Y por lo que había podido ver, no había una sola mujer en el palacio. Por eso se dirigió

a la Sala de las Alabardas. La gorra ocultaba su cabello y la chaqueta del uniforme sus brazos y su pecho. Lo único que deseaba era volver a ese salón. Si lograba entrar, tenía un plan que podría llevarla a la Sala del Trono.

Pero sabía que llamaría la atención si corría demasiado rápido. Y si corría demasiado despacio, temía que alguien la detuviera para preguntarle por qué no estaba con su unidad. Su corazón parecía latir en todas direcciones. Le dolía el cuerpo por la golpiza y tenía miedo por España. Pero el peligro y las heridas, y sobre todo la responsabilidad, la hacían sentir viva. El momento se parecía al instante previo a tirar de la cuerda del paracaídas o entrar al escenario. Segundos hiperintensos y absolutamente diferentes del resto de la vida.

Algunas cabezas giraban para mirarla, pero ella desaparecía antes de que pudieran verle la cara.

Cuando estaba a punto de entrar a la Sala de las Alabardas, una figura conocida atravesó la puerta y casi chocó con ella. Era el capitán que la había hecho torturar. El oficial se detuvo y miró a María, quien hizo la venia y pasó a su lado. Trató de esconder la cara con el saludo y no levantó la vista. Sólo necesitaba unos segundos más.

Vio a Juan y Fernando. Estaban sentados con las piernas cruzadas y mirando hacia abajo. El número de prisioneros había disminuido un poco y se los veía más inquietos. Probablemente la inquietud se debía al hecho de no saber adónde habían llevado a los otros y a que la cantidad de guardias también había mermado. María supuso que los soldados la estaban buscando. Ninguno de los guardias presentes la vio avanzar hacia los dos miembros de la *familia* Ramírez.

—¡Deténgase! —la voz del capitán irrumpió áspera y sonora desde el umbral.

Juan y Fernando levantaron la vista. María siguió avanzando hacia ellos.

—¡A usted le hablo! —bramó el capitán, entrando a la Sala de una zancada—. ¡Sargento! ¡Quédese donde está!

María estaba a veinte pasos de Juan. No lo lograría si tenía que vérselas primero con el capitán. Maldijo en silencio y siguió caminando en dirección a Juan. El prisionero la miró a los ojos. Sería muy frustrante que el capitán la hubiera reconocido y Juan no. La puerta del Salón del Trono estaba a varios metros, más allá de la multitud. Todavía había guardias a cada lado de ella. Ahora ellos también la estaban mirando. Tenía que llegar ahí y no podría hacerlo sola.

—Tengo un informe para el general, señor —dijo furiosa, sin detenerse ni darse vuelta.

A partir de ahora, cada segundo importaba. Necesitaba acercarse más a Juan. Quería que escuchara su voz y la reconociera. El capitán también la reconocería, indudablemente, pero no había manera de evitarlo.

—¡Eres tú! —rugió el capitán al escucharla—. ¡Detente ya mismo, arriba las manos!

María aminoró el paso pero no se detuvo. Necesitaba llegar a Juan.

—¡Dije que te detengas! —gritó el capitán.

María llegó al borde de la multitud y se detuvo.

—Ahora —dijo el capitán—, levanta los brazos lentamente, con las manos hacia fuera. Si haces algún movimiento extraño, morirás.

La joven mujer hizo exactamente lo que le indicaba. Vio que los ojos de Juan se abrían asombrados al reconocerla. Los soldados que vigilaban a los prisioneros todavía no habían desenfundado sus armas. Le quedaban unos segundos antes de que recibieran la orden de hacerlo.

—Usted —ladró el capitán—. Cabo.

—¿Señor? —respondió uno de los oficiales que montaban guardia junto a la puerta de la Sala del Trono.

—¡Quítele el arma! —ordenó el capitán.

—¡Sí, señor!

—Mis… mis piernas —musitó María. Se paró frente a Juan y empezó a temblar—. ¿Puedo sentarme?

—¡Quédese donde está! —rugió el capitán.

—Pero me lastimaron cuando me golpearon y…

—¡Silencio! —aulló él.

María siguió temblando. Desde el otro extremo de la Sala, el soldado se había metido entre la multitud de prisioneros y se abría paso en dirección a ella. No podía esperar más. No creía que la mataran allí mismo, especialmente si se tiraba al suelo. Pero podría iniciar un levantamiento. Quejándose a los gritos, cayó de rodillas y hacia delante, justo encima de Juan.

—¡Levántate! —bramó el capitán.

María intentó levantarse. Mientras fingía luchar para ponerse de pie, sacó las pistolas de la cintura de sus *jeans* y las deslizó en la mano de Juan.

Él las recibió clandestinamente. Fernando se había acercado para ayudar a María y Juan le deslizó una de las pistolas bajo la rodilla.

—Amadori está en el Salón del Trono —murmuró María mientras la ayudaban a arrodillarse.

—Jamás lo lograremos… —musitó Juan.

—¡Tenemos que hacerlo! —susurró ella—. ¡De todos modos, ya estamos muertos!

En ese momento, el guardia terminó de atravesar la multitud. Se inclinó sobre María y la levantó del cuello de la chaqueta. María gimió al erguirse y fingió caer hacia un costado. En cuanto ella salió de la línea de fuego, Juan levantó el arma, apuntó al muslo del soldado y disparó. El guardia se sacudió y cayó hacia atrás bañado en sangre. Su arma cayó al suelo y uno de los prisioneros se apoderó de ella. Recuperando el equilibrio, María desenfundó su pistola y buscó al capitán.

Pero el capitán ya había desenfundado la suya. Disparó dos veces, y una de las balas hirió a María en el costado izquierdo. Ella

se retorció de dolor y disparó al aire, cayendo sobre el hombre que había recogido el arma del cabo. Al caer perdió la gorra y su melena se desparramó.

Juan se levantó al verla caer.

—¡Asesino! —aulló—. Asesino…

Antes de que pudiera disparar, una bala le atravesó el hombro izquierdo. Se retorció al caer, extendiendo los brazos como alas de pájaro. Su arma se deslizó por el piso hasta el pasillo. El capitán la levantó mientras avanzaba hacia ellos dando enormes zancadas. El hombre que había disparado, el otro soldado que montaba guardia frente al Salón del Trono, también se adelantó.

—¡Quédese en su puesto! —aulló el capitán.

La multitud de prisioneros empezó a murmurar cada vez más alto y los guardias desenfundaron sus armas. La puerta del Salón del Trono se abrió de golpe, dando paso al asistente personal del general Amadori, el mariscal Antonio Aguirre. Llevaba una automática 9mm, apenas menos intimidante que su ceño fruncido. Aguirre —un hombre alto y delgado, de hombros anchos— se tomó su tiempo para mirar a su alrededor.

—¿Algún problema, capitán Infiesta? —preguntó.

—No, señor —replicó el capitán—. Ya no.

—¿Quién es? —preguntó Aguirre, señalando con el arma al hombre que habían herido.

—Su cómplice —dijo el capitán, señalando a María.

Los ojos negros de Aguirre se clavaron en ella.

—¿Quién es esta mujer?

—Creo que es una espía —informó el capitán.

María parecía a punto de caer.

—No soy una espía, mariscal —insistió, aferrándose la herida del costado, justo debajo de las costillas. Sangraba mucho y ardía dolorosamente—. Soy María Corneja, de Interpol. Vine porque tengo información para el general. En vez de escucharme, este hombre me hizo torturar. —Alzó la mano débilmente y señaló al capitán.

—Yo voy a escucharla —dijo el mariscal—. Hable.

—No —dijo María—. Aquí no…

—Aquí y ahora —sentenció el mariscal.

María cerró los ojos un momento.

—Estoy mareada —dijo sinceramente—. ¿Puedo sentarme en algún sitio?

—Claro —dijo Aguirre, con el ceño siempre fruncido—. Capitán… llévelos afuera, a ella y a su cómplice. Hágala hablar y después termine su trabajo.

—Sí, señor —dijo el capitán.

María se dio vuelta.

—¡Señor! —gritó, avanzando entre la multitud en dirección al mariscal. Todavía creía que si lograba entrar al Salón del Trono tal vez podría hacer algo…

Una mano la retuvo, aferrándola del cabello.

—Saldrás al pasillo, tal como te fue ordenado —dijo el capitán, arrancándola de la multitud.

María estaba demasiado débil para discutir. Tropezó y estuvo a punto de caer cuando el capitán la llevaba a empujones hacia la puerta del pasillo.

—Traigan a ése también —ordenó el capitán, señalando a Juan.

Dos guardias se adelantaron y levantaron a Juan por las axilas. Juan gimió de dolor al ser arrastrado.

Mientras tanto, el mariscal regresó silenciosamente al Salón del Trono y cerró la puerta.

El clic de la cerradura fue lo único que se oyó en el salón enmudecido. A oídos de María, fue un ruido tan fuerte como el de la puerta de una tumba al cerrarse. No sólo marcaba el fin de sus esfuerzos para entrar al Salón del Trono, probablemente marcaba también el fin de España. Estaba furiosa consigo misma por haber desbaratado la misión. Por haber estado tan cerca y también por haber fallado.

El capitán la obligó a darse vuelta. Aferrándola del cabello, la arrastró hacia la puerta. Ella se dejó arrastrar, dolorida; cada paso le producía un sablazo de dolor en el costado izquierdo, desde el tobillo a la mandíbula.

—¿Qué… qué van a hacer con nosotros? —preguntó María.

—Vamos a llevarlos afuera para ver qué es lo que saben.

—¿Por qué afuera?

El capitán no respondió, y su silencio fue una respuesta. Los llevaban afuera porque allí las paredes eran lisas y sin adornos.

Contra esas paredes fusilaban a los prisioneros condenados a morir.

34

Martes, 10:46hs. Madrid, España

Al escuchar disparos en el interior del palacio, el coronel August sacó distraídamente el celular del enorme bolsillo de su pantalón. Marcó el número de la oficina de Luis, siempre de cara al ardiente sol que bañaba los edificios… tratando de absorber sus rayos como cualquier joven turista. A sus espaldas, con la única excepción de Pupshaw, los otros Strikers fingían estudiar una guía turística. Pupshaw estaba en la esquina, atándose el cordón del zapato sobre el paragolpes de un auto. Uno de los herretes del cordón contenía un agente irritante altamente comprimido, compuesto principalmente por cloroacetofeno: una forma suave pero eficaz de gas lacrimógeno. El otro herrete contenía una diminuta bobina calorífera que se activaba al ser retirada del cordón y que, dos minutos después de haber sido colocada dentro del otro herrete, liberaba el gas.

—Aquí Slugger —dijo August—. Acabamos de recibir noticias de los tres jugadores en el estadio. —Eso significaba que acababa de escuchar tres disparos en el palacio—. Parece que están muy cerca del lugar donde queremos ir.

—Tal vez nuestro compañero de equipo ya inició el precalentamiento —dijo Luis. Por un instante, hubo silencio en la línea. Luis retomó la conversación—. El entrenador dice que vayan al segundo campo y se pongan los equipos. Llamará a la tribuna alta para averiguar qué saben ellos.

El segundo campo era la mazmorra que estaba debajo de la Sala de los Tapices. La tribuna alta eran los detectores.

—Excelente —dijo August—. Allá vamos. —Cambió el teléfono de timbre a vibración y volvió a guardarlo en el bolsillo. Les dijo a los otros Strikers que lo siguieran y levantó el brazo para que Pupshaw lo viera, cruzando los dedos índice y mayor.

El joven privado cruzó los mismos dedos y saludó. Los dos dedos cruzados indicaban que debía unir los herretes.

August condujo rápidamente a su equipo a la cloaca localizada en el extremo noroeste de la Plaza de Oriente. Previamente habían grabado en video la tapa manual y estudiado los alrededores. El cabo Prementine y los privados David George y Jason Scott tenían los auriculares del *walkman* en la mano, listos para deslizarlos por los agujeros de la tapa y levantarla. De hecho, los auriculares eran de titanio y podrían soportar el peso de la tapa de hierro.

August abrazó a Sondra DeVonne como si fueran compañeros de viaje. Ambos reían mientras seguían avanzando. Pero cuando August la miraba, en realidad miraba los automóviles que pasaban… virtualmente ninguno debido a la actividad militar desplegada en el área. Y cuando Sondra miraba a August, en realidad observaba a los peatones. Como las calles, las aceras estaban prácticamente desiertas.

Llegaron a la esquina y esperaron. Pupshaw había corrido para alcanzarlos. Apenas llegó junto a ellos, una brillante nube de humo anaranjado se elevó en el medio de la calle.

El viento llevó el humo en dirección a ellos, y precisamente por eso habían elegido ese lugar. Antes de que el humo los cubriera, George, Scott y Prementine habían llegado al medio de la calle. Allí se detuvieron y se arrodillaron, señalando la nube de humo con la mano derecha. Mientras lo hacían, iban introduciendo uno de los extremos de los auriculares en los agujeros de la tapa de la cloaca. Pocos segundos antes de que el humo los alcanzara, levantaron la tapa y la apoyaron a un costado. Sondra sacó un reflector diminuto

del bolsillo de su rompevientos y lo encendió. La luz no era sólo para iluminar: una vez bajo tierra, las señales manuales y el *on-off* de los reflectores serían sus únicas vías de comunicación.

Tal como indicaban los planos urbanos de la Interpol, había una escalera en la bajada de la cloaca. Sondra se deslizó rápidamente por los angostos escalones seguida por August, Aideen e Ishi Honda. Los otros cuatro bajaron después, y el corpulento Pupshaw se detuvo un momento en la escalera para cerrar la cloaca.

Todo el operativo tardó apenas quince segundos.

La cloaca tenía aproximadamente diez pies de altura y era fácil de transitar. El sistema se activaba al mediodía y a la una de la mañana, y la basura les llegaba apenas a la altura de la rodilla. Pero el alivio de estar adentro y en marcha compensaba el efecto altamente desagradable del líquido viscoso y su hedor. Siguieron la luz del reflector de Sondra en dirección oeste, hacia las catacumbas.

Mientras avanzaban, August activó su EAR: Extensión de Campo Auditivo. El aparato semejaba un audífono y proporcionaba recepción segura de audio en un radio de doscientas millas. El micrófono en forma de hisopo que llevaba pegado al pecho le permitía comunicarse con los cuarteles generales de Interpol.

La cloaca terminaba al norte en una pared de ladrillos, casi a la altura del hombro. En el extremo superior de la pared había una abertura bastante grande: la entrada a las catacumbas. DeVonne le entregó el reflector al privado George mientras el privado Scott la ayudaba a subir. Previamente habían acordado que ella encabezaría la misión. August era el segundo en la fila, seguido por Aideen, y el cabo Prementine cerraba la marcha. Sondra DeVonne padecía ocasionalmente recaídas emocionales por la muerte del teniente coronel Squires, ocurrida durante su primera misión con el Striker. Sin embargo, August se sintió feliz al verla completamente concentrada desde su llegada a Madrid. Y allí abajo estaba todavía más concentrada… moviéndose como un gato, silenciosa y alerta.

Desde que habían entrado en la cloaca, ninguna rata había pasado inadvertida a sus ojos.

Después de atravesar la abertura en la pared de ladrillos, los siete Strikers y Aideen siguieron concienzudamente el mapa que Luis había hecho imprimir para ellos. Moverse ya no era tan fácil. El techo era muy bajo y la basura y el ripio crujían sonoramente bajo sus pies. Al principio tenían la ropa húmeda, pero después se fue poniendo dura y pegajosa al secarse en el aire frío y extremadamente rancio.

August se detuvo en seco.

—Estamos por recibir un mensaje —murmuró.

Los Strikers formaron un círculo compacto en torno a él. Sondra seguía al frente, y el cabo Prementine detrás. Los otros Strikers y Aideen se acercaron por el otro lado. La proximidad permitiría al coronel August transmitir las nuevas órdenes, si es que las había, sin hacer ruido.

—¿Pudieron entrar? —preguntó Luis.

—Estamos en las catacumbas —replicó August. Dado que el canal de audio era seguro, no había posibilidades de que fuera interceptado ni motivos fehacientes para hablar en código—. Tendríamos que llegar a la mazmorra dentro de aproximadamente tres minutos.

—Es probable que cuando lleguen reciban la orden de actuar —le informó Luis—. Acabamos de recibir noticias de los detectores.

—¿Qué está pasando? —preguntó August.

—María Corneja fue conducida afuera, al patio —dijo Luis—. Parece que sangra.

—¿Los disparos que escuchamos…?

—Es muy posible —dijo Luis—. El problema es que, según van las cosas, no serán los últimos.

—¿Por qué?

—Parece que uno de los oficiales está eligiendo hombres para un pelotón de fusilamiento —murmuró Luis.

—¿Dónde?

—Afuera de la capilla.

August chasqueó los dedos para llamar la atención de Sondra y señaló el mapa. DeVonne lo iluminó con el reflector inmediatamente. August le indicó que buscara los planos del palacio.

—Estoy mirando el mapa —dijo August—. ¿Cuál es la ruta más directa a la…

—Negativo —replicó Luis.

—¿Señor?

—No deben actuar en esta situación. Queríamos que supieran lo que está pasando por si escuchan los fusilamientos. Darrell ya consultó con el general Rodgers y el director del Op-Center y ambos coinciden en que nuestro objetivo principal debe seguir siendo Amadori. Si empieza a ejecutar prisioneros, es vital que lo eliminemos lo antes posible.

—Comprendo —dijo August, y efectivamente así era. El objetivo de la misión era crucial. Pero sentía la misma náusea que había sentido en 1970, cuando su batallón extenuado tuvo que enfrentar a una fuerza norvietnamita muy superior en las afueras de Hau Bon, sobre el río Song Ba. August necesitaba cubrir la retirada de la compañía y tuvo que elegir a dos hombres para que se quedaran atrás con un par de rifles y detuvieran al enemigo durante el mayor tiempo posible. Sabía que jamás volvería a ver a esos dos soldados, pero la vida de la compañía dependía de ellos. También sabía que nunca olvidaría la semisonrisa torcida que esbozó uno de ellos mirando al resto de la compañía. Era la sonrisa de un niño… de un niño que luchaba duramente por ser hombre.

—Darrell quiere que se comuniquen apenas lleguen a su posición bajo el Salón de los Tapices —prosiguió Luis—. Espera darles la orden de actuar dentro de diez o quince minutos.

—Estaremos preparados —replicó August.

Informó sucintamente al equipo y dio la orden de seguir avanzando. No hubo más conversaciones. Los Strikers llegaron a su

posición en sólo dos minutos y el coronel August les ordenó quitarse la ropa. Bajo los *jeans* húmedos y las chaquetas llevaban trajes negros de paracaidistas forrados en kevlar. Los Strikers cambiaron sus zapatillas y sandalias por *sneakers* de color negro con suelas adherentes de goma dura. Las suelas estaban especialmente diseñadas para evitar deslizamientos en superficies resbalosas y permitir frenadas súbitas y precisas.

Los Strikers también llevaban vainas de cuero negro alrededor de los muslos: cada vaina contenía un cuchillo serrado de ocho pulgadas de longitud. En el otro muslo llevaban atado un lazo que terminaba en un reflector en forma de lápiz. Bajo los brazos portaban Uzis y máscaras negras de esquí en las cabezas. Cuando estuvieron listos, August los hizo pasar de las catacumbas a la mazmorra. Los seis Strikers avanzaban de a dos por vez: la dupla del medio saltaba sobre la primera dupla mientras la última dupla tomaba su lugar. Aideen formó pareja con Ishi Honda. Esta estrategia permitía que las dos duplas inmóviles cubrieran el frente y la retaguardia, respectivamente. Llegaron a la mazmorra en poco más de tres minutos. Era exactamente igual a las fotografías que habían visto en la oficina de Interpol.

La única salida de la mazmorra era una vieja puerta de madera, en el extremo de la larga y angostísima escalera. La única luz provenía del reflector de Sondra y de las hendijas de la vetusta puerta. August hizo señas a los privados Pupshaw y George para que chequearan la puerta. Estaba preparado para volarla si era necesario, pero prefería entrar con menos estruendo.

Pupshaw volvió corriendo un minuto después.

—Las bisagras están completamente herrumbradas —murmuró al oído de August—, y la lectura del MD me da una especie de cerrojo en el picaporte del lado de afuera.

El MD era el detector de metales. Apenas más grande que una lapicera de fuente, el MD se utilizaba principalmente para encontrar y

definir minas terrestres. No obstante, también podía «ver» a través de la madera.

—Temo que tendremos que volar la puerta, coronel —dijo Pupshaw.

August asintió.

—Prepárese para hacerlo —ordenó.

Pupshaw hizo la venia y subió corriendo la angosta escalera. Prementine se unió a los privados. Juntos, los tres hombres colocaron una ínfima carga de C-4 alrededor del picaporte y de cada bisagra, y luego conectaron los explosivos a un detonador a control remoto del tamaño de un clavo.

Mientras trabajaban, August recibió órdenes de Luis. María estaba siendo interrogada junto a una pared exterior y habían reunido un pelotón de fusilamiento. Había llegado el momento de actuar.

Luis volvió a agradecerles y les deseó suerte. August prometió comunicarse con él cuando todo hubiera terminado. Luego desconectó el micrófono y lo escondió en su mochila. La operación no debía ser transmitida, ni siquiera a la Interpol. Los Estados Unidos no debía quedar vinculado con lo que estaba por ocurrir y una grabación inadvertida o una confusión de la señal podrían resultar desastrosas.

Igual que el resto de los Strikers, August se echó la mochila sobre la espalda. Era chata y estaba recubierta de kevlar: un material a prueba de balas que brindaba protección extra a los soldados. August se reunió con sus subordinados y dio a Pupshaw la orden de proceder. Cuando se abriera la puerta ingresarían en serpentina, Sondra encabezando la hilera y Prementine en la retaguardia. El objetivo era llegar al Salón del Trono lo más rápido posible. Estaban autorizados a disparar a los brazos y las piernas si era posible, y al torso sólo si era necesario.

Los Strikers se detuvieron al pie de la escalera y se taparon las orejas cuando Pupshaw hizo girar la punta de lo que parecía un

dedal elongado. Las tres pequeñas cargas explosivas estallaron con un sonido semejante al producido por una bolsa de papel llena de aire al reventar. La puerta se partió en múltiples pedazos que fueron enviados en todas direcciones por tres nubes densas, grises y aterronadas.

—¡Adelante! —gritó August antes de que muriera el eco de la explosión.

Sin vacilar, Sondra DeVonne subió velozmente la escalera seguida por sus compañeros.

35

Martes, 11:08hs. Madrid, España

No puedo permitir que suceda esto, pensó Darrell McCaskey.

McCaskey y Paul Hood tenían algo en común: eran dos de los por otra parte escasos funcionarios ejecutivos del Op-Center que no habían servido en las fuerzas armadas.

No obstante, nadie lo criticaba por eso. Había ingresado a la Academia de Policía de Nueva York al terminar la secundaria, y había trabajado cinco años como oficial de policía. Durante ese período hizo todo lo necesario para proteger a los habitantes de la ciudad a la que servía. A veces eso significaba que los felones reincidentes «hacían un viaje precipitado» por los escalones de concreto de la estación local cuando los llevaba arrestados. Otras veces implicaba trabajar con criminales «de la vieja escuela» para que las nuevas y temibles bandas de Vietnam y Armenia no invadieran Times Square.

McCaskey recibió varias condecoraciones por su valentía y fue detectado por un oficial del FBI destacado en Manhattan, quien se ocupaba de reclutar nuevos agentes. Entró a formar parte de la agencia y tras haber pasado cuatro años en Nueva York fue trasladado a los cuarteles generales del FBI en Washington. Su especialidad eran bandas de *gangsters* extranjeros y terroristas. Además, pasó mucho tiempo en Europa estrechando vínculos y contactos con agencias extranjeras.

Había conocido a María Corneja en uno de sus viajes a España y se había enamorado de ella a primera vista. Era una mujer astuta e independiente, atractiva y equilibrada, deseable y hambrienta. Después de haber trabajado muchos años como agente secreto —fingiendo ser ladrona, maestra de escuela o florista—, y aún más tiempo compitiendo con los policías varones, María recibió con sumo agrado el genuino interés de McCaskey por sus ideas y sus sentimientos. Con la mediación de Luis, arregló todo para viajar a los Estados Unidos a estudiar técnicas de investigación en el FBI. Pasó tres noches en un hotel de Washington antes de irse a vivir con Darrell.

McCaskey nunca quiso que la relación terminara. Dios santo, era lo que menos quería en la vida. Pero le gustaba imponer las reglas en sus relaciones, tal como las imponía en la calle. Y obligaba a los demás a cumplirlas al pie de la letra. Sus reglas, tanto callejeras como domésticas, nacían de buenas intenciones. Pero la pretensión de que María dejara de fumar o aceptara misiones poco riesgosas sofocaba a la mujer, haciéndole perder el carácter y la inquietud misteriosa que la volvían tan extraordinaria. Recién cuando ella lo dejó y regresó a España, Darrell pudo ver hasta qué punto le había iluminado la vida.

Darrell McCaskey ya había perdido una vez a María Corneja. No estaba dispuesto a perderla nuevamente. No pensaba quedarse sentado en la oficina de Interpol, cómodo y seguro, mientras el general Amadori la ejecutaba.

Apenas terminó de hablar con Paul Hood y Mike Rodgers por la línea segura de la oficina de Luis, fue a buscar al director de la Interpol. Luis estaba sentado frente a la radio, esperando noticias del Striker. Su padre estaba con él. McCaskey le informó que necesitaba el helicóptero de Interpol.

—¿Para qué? —preguntó Luis—. ¿Un intento de rescate?

—Tenemos que intentarlo —dijo McCaskey—. Dígame que no está de acuerdo.

La expresión de Luis indicaba a todas luces que estaba de acuerdo… aunque la perspectiva no parecía alegrarlo.

—Deme un piloto y un tirador —dijo McCaskey—. Yo asumo toda la responsabilidad.

Luis vaciló.

—*Por favor*, Luis —imploró McCaskey—. Le debemos esto a María y no tenemos tiempo para discutir.

Luis miró a su padre y lo consultó en voz baja. Luego, llamó a su asistente y le dio una orden. Después volvió a McCaskey.

—Mi padre será nuestro contacto con el Striker —dijo— y le ordené a Jaime que tenga listo el helicóptero en cinco minutos. Pero no necesitará un tirador ni asumirá la responsabilidad del hecho. Yo me encargaré de eso, amigo mío.

McCaskey le dio las gracias. Luis salió a controlar los preparativos y McCaskey quedó solo unos minutos. Eso era todo lo que necesitaba para prepararse. Luego subió corriendo la escalera que conducía al techo. Luis se reunió con él un minuto después.

El pequeño Bell Jet Ranger, con capacidad para cinco personas, ascendió al aire claro de la mañana desde el techo del edificio de diez pisos. El Palacio Real estaba a sólo dos minutos de distancia. Pedro, el piloto, recibió la orden de volar directamente hacia allí. Estaba comunicado con los detectores, que le dijeron dónde estaba exactamente María. Los detectores también le informaron que, aparentemente, un escuadrón de tiro formado por cinco hombres avanzaba en dirección a ella. El piloto transmitió la información a McCaskey y Luis.

—No podremos persuadirlos para que no lo hagan —dijo Luis.

—Ya lo sé —replicó McCaskey—. Y no me importa. Esa mujer tiene coraje. Merece lo mejor.

—No me refiero a eso —dijo Luis, mirando con tristeza el pequeño bastidor con las cuatro armas—. Si disparamos sólo para

asustarlos, devolverán el fuego. Podrían derribarnos.

—No si lo hacemos bien —dijo McCaskey. La alta y blanca balaustrada del palacio, ornada por las estatuas de los reyes españoles, asomó en la distancia sobre las copas de los árboles—. Entraremos lo más rápido posible. No creo que disparen hasta que hayamos aterrizado. No querrán que les caiga un helicóptero sobre la cabeza. Cuando toquemos tierra, usted disparará para despejar el lugar. Los soldados correrán a cubrirse. Cuando lo hagan, yo rescataré a María antes de que puedan reagruparse.

—Así de simple —dijo Luis con tono de duda.

—Así de simple —McCaskey asintió, decidido—. Los planes más simples son siempre los mejores. Si usted me cubre y entretiene a los soldados, yo podré entrar y salir en aproximadamente treinta segundos. El patio no es tan grande. Si no logro volver al helicóptero, usted abortará la misión y yo trataré de sacar a María por otro lado. —Suspiró y se pasó la mano por la cabeza—. Mire, sé que esto es muy peligroso. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer, Luis? Estaría dispuesto a hacer lo mismo por cualquier miembro de nuestro equipo. Pero tratándose de María, *tengo* que hacerlo.

Luis respiró hondo, asintió una sola vez y fue a donde estaban las armas. Eligió un rifle de caño recortado OTAN L96A1 con silenciador integral y mira telescópica Schmidt & Bender, y le pasó a McCaskey una pistola Parabellum Star 30M, el arma estándar de la Guardia Civil española.

—Haré que Pedro sobrevuele el palacio y luego baje directamente al patio —dijo Luis—. Apenas toquemos tierra, trataré de hacer retroceder al pelotón de fusilamiento. Tal vez pueda reprimirlos sin matar a nadie. —Por un momento se le oscureció el rostro—. Dije *tal vez*, Darrell.

—Ya sé.

—No sé si podré matar a un soldado español, Darrell —admitió Luis—. Honestamente, no lo sé.

—Ellos no parecen hacerse demasiado problema por eso —señaló McCaskey.

—No soy como ellos —replicó Luis.

—No, claro que no —dijo McCaskey en tono de disculpa—. A decir verdad, tampoco estoy seguro de poder matar a un compatriota.

Luis sacudió la cabeza.

—¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto? —preguntó desesperadamente.

McCaskey revisó el cargador y se recostó en su asiento. *Llegamos a estopor el mismo camino de siempre*, pensó con amargura. *Gracias al odio feroz sustentado por unos pocos y la complacencia del resto*. Incluso en los Estados Unidos había señales del mismo fenómeno. McCaskey sabía que si el Striker triunfaba, recién entonces empezaría el verdadero trabajo: allí y en todas partes. Había que impedir que tipos como el general Amadori llegaran tan lejos. McCaskey no era tan versado en aforismos como Mike Rodgers, pero recordaba haber escuchado decir a alguien que lo único que necesitaba el mal para medrar era que los hombres de buena fe no hicieran nada. Juró que, si sobrevivía, no sería uno de aquellos que no hacen nada.

Sobrevolarían el extremo nordeste del palacio en aproximadamente quince segundos. No había helicópteros militares en el área, pero sí camiones y *jeeps* entrando y saliendo constantemente de la Calle de Bailen, justo debajo de ellos.

Después de la excitación inicial, McCaskey estaba tranquilo. En parte porque hacía más de un día que no dormía, y por el mero hecho de estar allí sentado se sentía embargado por un torpor relajante. Aunque su mente estaba alerta y su decisión era inexorable, faltaban el ansioso tamborileo de los dedos, los golpecitos con los pies y los suaves mordiscos a las mejillas que eran parte de su naturaleza impaciente. Su compostura también se debía, en parte, a María. Las relaciones afectivas podían ser problemáticas

y casi siempre se cometían errores y las introspecciones resultaban frustrantes. McCaskey no se estaba castigando por ser humano. Pero era raro y a la vez reconfortante tener una oportunidad semejante de corregir un error. La insólita oportunidad de poder decirle cuánto lo lamentaba y demostrarle cuánto le importaba. Costara lo que costara, lo que fuera, McCaskey estaba decidido a sacar a María de ese patio con vida.

Mientras McCaskey miraba absorto por la ventana, Luis se inclinó hacia adelante y le dijo algo a Pedro. El piloto asintió, y Luis le palmeó el hombro agradecido y volvió a recostarse en su asiento.

—¿Está preparado? —le preguntó Luis a McCaskey.

McCaskey asintió.

El helicóptero descendió y sobrevoló la pared oriental del palacio. Luego apuntó al sur y avanzó velozmente en dirección al patio situado entre el Palacio Real y la Catedral de la Almudena.

A cado lado del helicóptero había un megáfono. Luis se quitó los auriculares, ajustó la bocina de emisión y apoyó el rifle sobre su regazo. Miró hacia fuera y palmeó la pierna de McCaskey.

—¡Allá! —señaló.

McCaskey miró en la dirección indicada. Vio que empujaban a María contra un pedestal de quince pies de altura, sostenido por cuatro columnas macizas. El pedestal, cuadrado y grisáceo, se proyectaba aproximadamente cinco pies afuera y hacia la izquierda del largo paredón ininterrumpido. A la derecha se veía un pedazo de pared y luego una serie de arcos que salían de ella en ángulo recto. Los arcos bajos y sombríos conformaban el límite este del patio. Más allá de ellos se encontraba el ala este del palacio, con la recámara real, el estudio y la sala de música.

Había dos soldados a cada lado de María, aferrándola por los brazos, y un oficial parado frente a ella. Al sur, aproximadamente a ciento cincuenta pies, una fila de vehículos militares separaba el patio de la iglesia. No había civiles en el patio, sólo sesenta o

setenta soldados. Seis de ellos marchaban en dirección a María en una hilera compacta.

—Aterrizaremos junto a esos arcos del costado —dijo Luis—. Lo ayudarán a cubrirse.

—¡Perfecto!

—Intentaré concentrarme en el oficial parado frente a María —prosiguió Luis—. Si puedo controlarlo, es probable que pueda dominar al grupo.

—Buena idea —dijo McCaskey. Sostenía la Parabellum en la mano derecha, apuntada hacia arriba. Puso la mano izquierda sobre la manija de la portezuela. Pedro disminuyó la velocidad del helicóptero e inició el descenso. Estaban a menos de cien pies del patio.

Los soldados miraron hacia arriba, incluyendo al oficial que estaba frente a María. Nadie se movió. Tal como suponía McCaskey, no le dispararían al helicóptero mientras estuviera sobre sus cabezas. No obstante, cuando aterrizaran todo sería diferente. Miró a María. La lámpara de hierro de la calle que los separaba del pedestal impediría que el helicóptero se acercara tanto como deseaba McCaskey. Tendría que atravesar medio patio a cielo abierto para llegar a María. Por lo menos no la habían atado, aunque aparentemente estaba herida. Tenía sangre en el costado derecho y estaba como doblada en esa dirección. No miraba el helicóptero.

El oficial del ejército español —McCaskey comprobó que se trataba de un capitán— agitaba los brazos, indicándoles que ascendieran nuevamente. Al ver que seguían descendiendo, desenfundó el arma y les hizo gestos enérgicos para que se marcharan.

Los soldados del pelotón de fusilamiento estaban del lado de Luis. Habían dejado de avanzar cuando el helicóptero inició el descenso. El capitán estaba del lado de McCaskey, quien lo observó atentamente mientras se acercaba a ellos a grandes zancadas. Gritaba, pero el zumbido del rotor se tragaba sus palabras. A sus espaldas, dos soldados tenían atrapada a María.

—Voy a abrir la puerta —dijo McCaskey, cuando el capitán estaba a pocos metros de distancia.

—Estoy con usted —dijo Luis—. Pedro… quiero que estés listo para despegar cuando te dé la orden.

Pedro asintió. McCaskey apoyó la mano sobre la manija, tiró, y abrió la portezuela.

Y obtuvo exactamente lo que esperaba. Apenas puso un pie en tierra, el capitán bajó el arma sin vacilar y disparó contra el helicóptero. La bala se estrelló contra el fondo de la cabina, a poca distancia del tanque de combustible. Para ser un disparo de advertencia, había sido muy peligroso.

McCaskey no tenía las reservas de Luis. Sabía que si mataba al capitán, Luis se convertiría automáticamente en su cómplice. Pero tenían que defenderse.

Empuñó la Parabellum, apuntó a la pierna izquierda del capitán y disparó dos tiros. La pierna se dobló hacia dentro y la sangre manó copiosamente de las dos heridas sobre la rodilla. Agachándose, McCaskey saltó de la cabina y salió corriendo. Escuchó a sus espaldas el clásico *puf, puf* del rifle de caño recortado con silenciador incorporado. No escuchó otros disparos y supuso que los soldados del pelotón de fusilamiento, al igual que los soldados del patio, estaban haciendo lo que Luis había predicho: cubriéndose.

Los otros dos soldados soltaron a María y corrieron hacia el arco más próximo. La joven mujer cayó de rodillas y después tuvo que apoyarse sobre las palmas de las manos.

—¡No te muevas! —aulló McCaskey al ver que intentaba levantarse.

Ella lo miró con ojos desafiantes y apoyó el hombro derecho contra el pedestal para intentar ponerse de pie.

Se *movió, claro que se movió*, pensó McCaskey. No porque él le hubiera ordenado no moverse, sino porque así era María.

Al capitán se le había caído el arma. Cuando intentaba recuperarla, McCaskey pasó junto a él con la velocidad del rayo. Al

pasar recogió la pistola, y siguió corriendo. Los gritos de furia y dolor del oficial fueron ahogados rápidamente por la voz de Luis en el megáfono.

—Evacúen el área —les advirtió—. ¡Vienen más helicópteros en camino!

McCaskey había estudiado español durante cuatro años en la secundaria, pero no logró comprender las palabras de Luis. Luis les decía que despejaran el área, que estaban por llegar más helicópteros. Era una maniobra inspirada que podría otorgarles el tiempo extra que tanto necesitaban. McCaskey no tenía la menor duda de que los soldados resistirían. Si estaban dispuestos a ejecutar prisioneros españoles, no vacilarían en atacar a los agentes de la Interpol. Pero al menos no dispararían a diestra y siniestra en el patio.

Unas ocasionales sartas de disparos recibieron la repuesta del rifle de Luis. McCaskey no miró atrás, pero esperaba que el helicóptero no hubiera sido alcanzado.

Al acercarse a María, vio que tenía el costado del cuerpo empapado en sangre y que la cara también le sangraba. Esos miserables la habían golpeado. Se acercó a ella y metió el hombro bajo su brazo.

—¿Puedes volver conmigo? —preguntó Darrell, mirándola con atención. Tenía el ojo izquierdo inyectado en sangre y tumefacto, y presentaba cortes profundos en ambas mejillas y a lo largo del cuero cabelludo. Tuvo ganas de asesinar a ese maldito capitán.

—No podemos irnos —musitó María.

—Podemos —insistió él—. Adentro hay un comando a la caza de…

Ella negó con la cabeza.

—Allá hay otro prisionero —dijo, señalando una puerta a varios metros de distancia—. Juan. Van a matarlo. No me iré sin él.

Así es María, pensó McCaskey.

Miró el helicóptero. Los disparos aumentaban a medida que los soldados entraban al palacio y ocupaban sus puestos en las ventanas. Luis había podido reprimirlos un poco, pero no podría retenerlos allí para siempre.

McCaskey levantó a María del suelo.

—Déjame llevarte al helicóptero —dijo—. Después regresaré y…

De pronto, se oyó un estruendoso informe desde algún lugar, localizado exactamente encima de ellos, seguido por el grito ahogado del micrófono del megáfono. Un instante después, Luis asomó por la puerta abierta del lado de McCaskey. Sostenía el rifle en una mano, y con la otra se protegía una herida del cuello. McCaskey levantó la vista. Un experto tirador trepado a los arcos se las había ingeniado para acertar un disparo a través de la puerta abierta del helicóptero. Estaba furioso consigo mismo por haber previsto sólo fuego terrestre. El helicóptero tendría que haberlo largado allí… y desaparecido.

Luis avanzaba decididamente. El rifle se le cayó de la mano, y él lo dejó caer. El piloto no podía hacer nada más. Mientras el helicóptero ascendía, un par de balas se estrellaron contra los rotores; no obstante, el aparato no se hallaba severamente dañado. El helicóptero se alejó del palacio, rumbo a la catedral, y enseguida se perdió de vista.

Pero ellos no, desafortunadamente.

36

Martes, 11:11hs. Madrid, España

Para llegar al Salón del Trono desde el Salón de los Tapices había que salir a un pasillo largo y angosto, rodear la gran escalera y cruzar el Salón de las Alabardas. El recorrido completo abarcaba unos doscientos pies. Los Strikers tendrían que cubrir rápidamente esa distancia, pues era posible que el ruido de la explosión hubiera alertado al general Amadori.

Sin embargo, para Aideen y los siete soldados la misión implicaba también un ataque sorpresivo contra más de doscientos años de tradición norteamericana. Aunque los Estados Unidos había colaborado o estimulado clandestinamente intentos de asesinato contra Fidel Castro y Saddam Hussein, sólo una vez en la historia sus militares habían perseguido a un líder extranjero para asesinarlo: el 15 de abril de 1986, cuando los aviones de combate norteamericanos salieron de Inglaterra para bombardear los cuarteles generales del déspota libio Muamar al-Gadafi. El ataque fue una contundente respuesta al bombardeo terrorista de una discoteca de Berlín occidental frecuentada por soldados norteamericanos. Gadafi sobrevivió y los Estados Unidos perdieron un F-lll y dos pilotos. En represalia por el ataque aéreo norteamericano, fueron asesinados tres rehenes en el Líbano.

El coronel Brett August tenía plena conciencia de estar llevando a cabo una misión solitaria. En Vietnam, el padre de la base —

Uxbridge— tenía una palabra para designar esa clase de misiones. El sacerdote intentaba levantar el espíritu de los soldados matizando los temas de sus sermones con acrónimos de estilo militar. Había inventado la sigla M. I. S. T. —Temas Morales en Rodajas Gruesas— para definir ciertas ambigüedades éticas. Eso significaba que había tanto que rumiar que uno podía quedarse pensando para siempre, sin jamás hacer nada debido a la imposibilidad de llegar a una resolución intelectual satisfactoria. El consejo del padre Uxbridge a los soldados era que hicieran lo que creyeran correcto. August odiaba a los tiranos… especialmente a aquellos que encarcelaban y mataban a quienes no estaban de acuerdo con ellos. Eso le parecía correcto. Lo irónico era que, si triunfaban, el crédito del triunfo quedaría en manos de los patriotas españoles leales al rey, cuyas identidades debían mantenerse en secreto por razones de seguridad. Pero si fracasaban, la opinión pública los consideraría una banda de mercenarios contratados por el clan Ramírez para vengar la muerte de su líder.

Cuando se abrió la puerta de la mazmorra, los Strikers pudieron observar los restos de un tapiz de Arras de más de trescientos años de antigüedad. La parte inferior del tapiz había sido arrancada por la explosión, y tuvieron que deslizarse velozmente bajo las hilachas de la parte superior. Tenían la orden de colocar fuera de acción a los oponentes si fuera posible y estaban preparados para recibir al primer grupo de soldados que se acercó a investigar la explosión. Las máscaras de esquí de los Strikers incluían anteojos nictálopes y barbijos con filtro que los protegerían de las emanaciones de las granadas de ortoclorobencilideno malononitrilo, que portaban DeVonne y Scott. Se trataba de un agente de acción rápida que provocaba ardor en los ojos y arcadas. En áreas cerradas como los salones del palacio, este gas podía dejar fuera de acción al oponente durante un período de más de cinco minutos. La mayoría de las personas no podían tolerar los efectos más de uno o dos minutos, e intentaban salir a respirar aire fresco lo más rápido posible. Durante

el avance a salto de rana, DeVonne y Scott arrojarían todas las granadas que fuera necesario.

El primer contingente de soldados españoles fue devorado por una enorme nube algodonosa de gas amarillo y negro. Cayeron ahí mismo, algunos en la puerta y otros dentro del Salón. Previendo que los españoles no dispararían a ciegas dentro de la espesa nube que los envolvía, los Strikers atravesaron raudos el umbral y avanzaron a lo largo de la pared sur. La puerta del Salón de las Alabardas estaba en línea recta, sobre el mismo lado.

Varios soldados comenzaron a perseguirlos, apuntándolos con sus armas. Pupshaw —pareja de Scott— se acuclilló y disparó al frente, a la altura de la rodilla. Dos españoles cayeron y los demás corrieron a refugiarse en los umbrales de las puertas. Mientras se dispersaban, Scott lanzó rodando una granada por el pasillo. Tres segundos después, el pasillo se llenó de humo. August y Honda saltaron hacia delante, seguidos por DeVonne y Prementine.

Estaban a mitad de camino del Salón de las Alabardas cuando August oyó gritos y disparos adentro. Honda y August volvieron a juntarse con su equipo, y el coronel levantó la mano para detener el avance. No sabía cuántas personas había en el salón ni por qué estaban disparando, pero el Striker tendría que neutralizar el salón entero antes de ingresar. Levantó tres dedos, luego dos —indicando así el plan de ataque 32—, y señaló a DeVonne y Scott con la otra mano. Ambos se adelantaron; Scott se ubicó sobre el lado más próximo de la puerta y DeVonne sobre el más distante. Apenas ocuparon sus puestos, arrojaron sendas granadas en el Salón de las Alabardas.

Cuando entrenaba a los efectivos de la OTAN en Italia, August describió el efecto del gas OM como algo muy semejante a verter agua hirviendo dentro de un hormiguero. Los blancos caían allí mismo y se retorcían. En este caso, a medida que el Striker avanzaba, la sensación de estar atravesando un hormiguero era particularmente poderosa.

August señaló a Prementine y Pupshaw, quienes se reunieron con sus compañeros a cada lado de la puerta. Escucharon toses y vómitos adentro. Al ver que nadie salía, August y Honda entraron en cuclillas, pistola en mano, uno a cada lado de la puerta.

August no estaba preparado para ver lo que vio: centenares de cuerpos, en su mayoría civiles, retorciéndose sobre el piso del Salón de las Alabardas. August sabía que no morirían. Pero recordó imágenes del Holocausto y las cámaras de gas de la Segunda Guerra Mundial y sintió un ramalazo de culpa… otra de las paradojas morales del padre Uxbridge.

Hizo la culpa a un lado. Tenía que hacerlo. Cuando un comando de ataque entraba en acción, ninguno de sus miembros podía darse el lujo de cavilar. Las vidas de los soldados no dependían de una ideología compartida. Dependían del mutuo compromiso.

Le hizo señas a Honda para que rodeara la masa de cuerpos por la derecha. Siempre en cuclillas, August hizo lo mismo por la izquierda. Ambos avanzaban pegados a la pared. Había cartuchos vacíos sobre el mármol, cerca de la puerta. Obviamente los soldados habían disparado en esa dirección al ser atacados por las granadas. Aunque no estaban en condiciones de seguir disparando, August los vigilaba lo mejor que podía a través de la cortina de humo amarillo. Siempre existía la posibilidad de que alguien reuniera la fuerza necesaria para disparar dos o tres balas más. Pero nadie disparó. Cuando llegaron a la puerta del Salón del Trono, el coronel August sacó un reflector de la cuerda que le envolvía el muslo. Lo encendió y apagó dos veces para indicar que el próximo grupo podía ingresar al recinto. DeVonne, Aideen y Prementine entraron en cuclillas y pegados a la pared —tal como habían hecho sus predecesores—, seguidos de cerca por Pupshaw y Scott.

Aideen y los otros Strikers entraron al Salón de las Alabardas cubiertos por August. Mientras tanto, Honda adhirió un minúsculo cargamento de explosivo plástico a la base del picaporte. Luego introdujo un fusible que, al calentarse, haría detonar el explosivo

plástico cinco segundos después. La puerta se abriría y Scott arrojaría otra granada de gas OM. Según el mapa, esa puerta era la única salida del Salón del Trono. Cuando los que estaban adentro fueran reducidos, los Strikers avanzarían contra Amadori.

Cuando todos estuvieron en sus puestos, Honda activó el fusible. Éste adquirió un color rojo intenso y el explosivo plástico estalló, formando una línea angosta paralela al piso. La puerta se abrió de par en par y Scott arrojó la granada OM. Se oyeron gritos y disparos contra la puerta, y luego la granada explotó con gran estruendo. Los disparos cesaron y empezaron las toses y las arcadas. Al escucharlos, August les indicó por señas a DeVonne y Prementine que entraran.

Todavía en su puesto, DeVonne recibió el primer disparo en el pecho. Tambaleó y cayó de espaldas, aterrizando al lado de Prementine. El cabo se guareció, arrastrándola, y los Strikers retrocedieron varios pasos. August sabía que el refuerzo de kevlar había impedido que la bala llegara al pecho de Sondra, aunque probablemente le habría roto una o dos costillas. La joven gemía de dolor.

August le indicó a Scott que lanzara otra granada. Después se acercó gateando a DeVonne y le sacó una del bolsillo. En el Salón de las Alabardas se estaba disipando el gas y August arrojó la granada para inmovilizar a la gente. Tenía apenas dos o tres minutos para tomar la decisión de continuar la misión o abortarla.

Se arrastró hasta el umbral. Alguien los había estado esperando. Alguien con la coherencia necesaria para apuntar y disparar una sola bala contra el primero que se asomó a la puerta. Pensó rápidamente. Las cámaras de seguridad no le habrían dado a Amadori suficiente tiempo para escapar, pero tal vez le habrían informado las dimensiones de la fuerza opositora. Y acaso le habrían dado tiempo para ponerse una máscara antigás, si tenía. Y probablemente tenía una.

También podría haber llamado refuerzos. No podían esperar que saliera. Les hizo señas a Pupshaw y Scott. Los tres se arrastraron a ambos lados de la puerta: August sobre la izquierda, Pupshaw y Scott sobre la derecha. August levantó cuatro dedos, y después uno. El plan 41 implicaba fuego cruzado contra el blanco, con el tercer tirador encargado de cubrir a los otros dos. August se señaló a sí mismo y luego a Pupshaw para indicar que ellos eliminarían a Amadori. Ingresarían al Salón del Trono utilizando la siguiente táctica *marine*: el primer soldado entra de un salto y cae de espaldas al piso, arma en mano, con los brazos aplastados sobre el pecho y los pies apuntando al objetivo. El propósito de esa entrada es atraer los disparos enemigos sobre un solo lado, de modo que el segundo soldado pueda ingresar a salvo. Cuando los dos están adentro, se sientan —siempre con las piernas extendidas— y disparan al frente. Mientras tanto, el soldado encargado de cubrirlos permanece fuera del recinto. Rueda hasta llegar a la puerta, del lado de afuera y en línea recta al objetivo, apoyado sobre el vientre y apuntando al frente.

August se señaló a sí mismo. Entraría por la izquierda, seguido por Pupshaw. Cuando Scott se hiciera visible, los otros dos Strikers ya tendrían visualizado el objetivo.

August se quitó la mochila y fue hacia la puerta. Pupshaw y Scott hicieron lo mismo, sobre la derecha. August miró a Pupshaw y asintió. El coronel entró de un salto y rodó a la izquierda. Hubo disparos, pero no consiguieron acertarle. Pupshaw entró y ocupó su puesto antes de que el enemigo pudiera apuntar su arma contra él. Los dos Strikers habían visualizado su objetivo cuando Scott ocupó su posición.

August alzó la mano derecha, con los dedos muy abiertos. Era la señal de no abrir fuego para los Strikers.

Ninguno de ellos disparó. August observó por la mira telescópica a un sacerdote que jadeaba horriblemente. Debajo de su axila derecha asomaba un arma automática, apuntada en dirección a la

puerta. Detrás de él asomaba un general con máscara antigás y lentes nictálopes.

Por la estatura y el color del cabello, August supo que se trataba de Amadori. La mano izquierda del general rodeaba la garganta del sacerdote. Detrás del general había otro militar… un mariscal, vislumbró August a través de la nube amarilla. Había seis oficiales más en el recinto, todos de alto rango, todos desparramados por el piso o caídos sobre la mesa de conferencias.

El general subió y bajó el arma, indicándoles a los Strikers que no se movieran. August negó con la cabeza. Si Amadori disparaba, podía alcanzar a uno de ellos. Pero no a todos. Y si mataba al sacerdote, podía darse por muerto.

Estaban empatados. Pero a Amadori se le estaba acabando el tiempo. No tenía manera de saber si el Striker era un SAT —comando solitario— o la avanzada de una fuerza más numerosa. Si se trataba de esto último, Amadori no podía permitir que lo atraparan allí.

El general se decidió rápidamente, tal como esperaba August. Lentamente, obligó a avanzar al sacerdote. El anciano clérigo tenía dificultades para tenerse en pie. Pero la presión de los dedos de Amadori sobre su garganta lo obligaba a erguirse cada vez que amenazaba caer. El mariscal avanzaba con ellos, pegado a la espalda de Amadori. Cuando estuvieron más cerca, August pudo ver que el mariscal también tenía un arma. Sospechaba que la única razón por la que se abstenían de disparar era que no sabían quién o qué los esperaría al salir del Salón del Trono.

August los dejó avanzar. Era indudable que el Striker podía eliminar a Amadori. La cuestión era el precio que tendrían que pagar ambas partes. En situaciones como ésa, la decisión estaba en manos del oficial al mando. Para August, la cuestión se planteaba en términos de ajedrez: ¿valía la pena intercambiar piezas importantes? A su criterio, la respuesta siempre había sido negativa. Si uno confiaba en su agudeza y preparación, lo mejor era seguir jugando y esperar que el oponente cometiera un error.

Levantó la mano derecha, con la palma hacia abajo. Eso significaba que no debían hacer nada si no los provocaban. Scott transmitió la señal al resto de los Strikers y retrocedió al ver acercarse a Amadori… sin dejar de apuntarlo. Cuando cruzó el umbral y entró al Salón de las Alabardas, los otros Strikers también apuntaron sus armas contra él. La única excepción fue el cabo Prementine, que estaba auxiliando a Sondra DeVonne.

En el Salón del Trono, el gas empezaba a disiparse. A una señal de August, Scott arrojó otra granada para cubrir la retirada. Todos se irguieron y salieron después del general. Scott caminaba con la espalda pegada a la de August, de cara al Salón del Trono, para asegurarse de que ninguno de los oficiales mareados se atreviera a disparar. Ninguno lo intentó.

August no pudo evitar sentirse frustrado al ver a Amadori caminando hacia el pasillo. El general llevaba encima una máscara antigás: era una precaución sensata. El presidente de los Estados Unidos tenía una en la Oficina Oval. Había máscaras antigás en la mayoría de las habitaciones del número 10 de Downing Street. Boris Yeltsin tenía una en su escritorio y en cada uno de sus automóviles. Lo sorprendente era que Amadori tuviera un rehén. Matar o incluso herir a un rehén era siempre un infortunio; matar o herir a un sacerdote católico en España sería un verdadero desastre.

Evaluó cuidadosamente la situación. Si dejaban salir a Amadori, su ejército tendría mayores posibilidades de protegerlo. Y si lograba escapar, este ataque podría convertirlo en héroe a los ojos del pueblo. Pero ése no era el problema mayor. August no sabía si llegarían refuerzos, o cuándo. Y, si efectivamente arribaban, podrían tener también máscaras antigás.

Al diablo mi partida de ajedrez, decidió August. Tendría que jaquear al rey. No podía dispararle a la cabeza ni al torso, pero un disparo certero a las piernas lo haría caer al suelo. Y si el general o el mariscal disparaban contra él, los otros Strikers tendrían la ocasión de eliminarlos.

Levantó el dedo índice una vez, y después otra. El número uno iría después del número dos.

August y Scott todavía estaban espalda contra espalda. August giró apenas la cabeza y le dijo al oído a Scott:

—Cuando me mueva, arrójese a su izquierda.

Scott asintió.

Un instante después, el coronel Brett August abrió fuego.

37

Martes, 11:19hs. Madrid, España

El padre Norberto escuchó el inconfundible zumbido del helicóptero que sobrevolaba el patio del palacio, seguido de inmediato por el igualmente inconfundible sonido de los disparos. Escuchaba con una oreja mientras seguía leyendo Mateo 26 al pequeño grupo de gente que lo rodeaba. La congregación se enteró de que algo grave estaba sucediendo recién cuando uno de los fieles salió a ver qué pasaba y volvió corriendo.

—Se oyen disparos afuera —gritó el hombre, entrando a la iglesia —. Los soldados están fusilando gente en el patio del palacio.

Un pesado silencio cayó sobre la iglesia, como un manto. El padre Francisco se apartó del grupo al que asistía, en el frente de la nave. Levantó los brazos, como si fuera a bendecirlos.

—Por favor, mantengan la calma —dijo sonriendo—. En la iglesia estamos a salvo.

—¿Y el general superior? —gritó alguien—. ¿Está a salvo?

—El general superior está en el palacio —replicó Francisco serenamente—, con la misión de asegurarle un importante papel a la madre Iglesia en la nueva España. Estoy seguro de que Dios cuidará de él.

La compostura de Francisco enervó a Norberto. La fe en Dios, exclusivamente, no podía inspirarle tanta confianza. La sensación que Norberto había tenido antes, la posibilidad de que el general

superior González estuviera involucrado en el golpe… eso sí podría servirle de consuelo a Francisco. Especialmente si sabía de antemano que habría disparos. ¿Pero por qué? Norberto sólo podía pensar en una cosa.

Ejecuciones.

El hombre salió corriendo de la iglesia. Los sacerdotes siguieron asistiendo a la gente que los rodeaba, guiándola en sus plegarias u ofreciéndole palabras de consuelo. Unos minutos después, el hombre volvió a entrar corriendo.

—¡Sale un humo amarillo por las ventanas del palacio! —bramó —. ¡Y adentro se oyen disparos!

Esta vez, el padre Francisco perdió parte de su compostura. Salió sin decir palabra rumbo a la puerta que comunicaba la sacristía con el patio del Palacio Real.

El padre Norberto lo miró irse. El silencio de la iglesia era cada vez más profundo. Podían escuchar el ruido de los disparos. Norberto clavó la vista en las Sagradas Escrituras y luego en las caras ansiosas que tenía frente a él. Lo necesitaban. Pero después pensó en Adolfo y en su necesidad de ser absuelto en la agonía. Más allá de las paredes de la iglesia se cometían crímenes horrendos y actos pecaminosos. Su lugar estaba con aquellos que requerían el sacramento de la penitencia, no consuelo.

Norberto apoyó la mano sobre el hombro de una joven que había llegado con sus dos hijitas. Esbozó una débil sonrisa y le preguntó si tendría la amabilidad de reemplazarlo por un rato en la lectura de los Evangelios. Dijo que quería ver si el padre Francisco necesitaba ayuda.

Luego atravesó velozmente la nave, entró en la sacristía y salió por la inmensa puerta que daba al patio del palacio.

38

Martes, 11:23hs. Madrid, España

El coronel August se había echado hacia la izquierda para disparar certeramente a la pierna de Amadori. Sólo pudo alcanzar el empeine del pie del general, pero fue suficiente. Amadori aulló de dolor dentro de su máscara antigás y cayó sobre el mariscal. Al caer se le disparó el arma. La automática empezó a escupir su carga mortífera bajo el brazo del sacerdote y varias balas le pasaron rozando al coronel. Cuando el general tambaleó hacia atrás, los disparos dejaron un rastro vertical en línea recta. Pero August ya había saltado a la izquierda mientras Scott se lanzaba ágilmente a la derecha. Gritando y tapándose los oídos, el sacerdote cayó de rodillas y hundió la cara entre las piernas. Las balas se estrellaron contra la pared de mármol, pero nadie resultó herido.

Los dos Strikers cayeron al suelo con movimientos perfectos, apoyando un hombro contra el piso y ocultando la cabeza contra el pecho. El resto del cuerpo los acompañó en la voltereta y ambos quedaron de pie, frente a frente. Rápidamente giraron en dirección al blanco, mientras los otros Strikers se dispersaban por el pasillo para asegurarse de que los otros soldados españoles siguieran tirados en el piso. Sondra DeVonne logró levantarse por sus propios medios, pero el dolor del disparo recibido la obligó a detenerse.

Durante la maniobra de August y Scott, el mariscal le había pasado a Amadori un brazo por el pecho para ayudarlo a

mantenerse en pie. Los dos hombres empezaron a retroceder. Al hacerlo, dispararon una andanada de fuego automático que obligó a los Strikers a tirarse al suelo y rodar en todas direcciones para cubrirse. Se escuchaban gritos por todas partes, ya que varios de los soldados españoles estaban heridos.

Durante el enfrentamiento, Aideen había permanecido en el Salón de las Alabardas. No porque tuviera miedo, sino porque no quería interferir con el plan del Striker. También quería estar disponible para asistir a cualquiera de ellos que pudiera necesitarla. Intentó acompañar a Sondra al pasillo, pero ella se negó diciendo que estaba bien. Y probablemente lo estaba, al menos por el momento. Aideen sabía por experiencia propia que el dolor constante —como el producido por una costilla rota o una herida leve de bala— presentaba por lo menos una ventaja. La mente tenía la capacidad de bloquear el dolor, aunque fuera serio. Lo más difícil era soportar dolores recurrentes o en constante aumento.

Ahora, parada en el vano de la puerta, Aideen acababa de descubrir que tenía otra misión. Amadori, herido, había desaparecido por el corredor en dirección este. En ese momento, ella era la única integrante del comando que se encontraba de pie. Escuchó la distintiva estampida de las botas en el extremo oeste del pasillo. El humo todavía era demasiado denso y le impedía ver tan lejos, pero sabía que estaban llegando refuerzos. Los Strikers tendrían que arrojar más granadas para detenerlos. Pero, si los soldados habían sido alertados por las cámaras de seguridad o por un llamado desde el Salón del Trono, probablemente se habrían pertrechado con máscaras antigás. Si ése era el caso, los Strikers apenas tendrían tiempo para escapar. Y el coronel abortaría la misión si consideraba que era demasiado comprometida. En el ínterin, Amadori podría escapar.

Alguien debía quedarse con el general, a pesar del RSS. Si mantenía una distancia prudente, Amadori no la detectaría. Lo más probable era que observara las cámaras que tenía de frente, no a

sus espaldas. Y era factible mantener la distancia hasta tener a tiro al general. La herida de Amadori sangraba e iba dejando su estela en el piso. Sería un rastro fácil de seguir. Y si se detenía a vendarla, mejor. Tal vez pudiera eliminarlo mientras lo hacía.

Miró hacia atrás. Los soldados españoles usaban máscaras antigás. August ordenó retroceder a los suyos, mientras él y Scott disparaban para cubrirlos.

Aideen maldijo en silencio. El coronel August iba a abortar la misión. Pero ella no era una Striker. Todo había empezado cuando alguien recibió la orden de matarlas, a ella y a Martha Mackall. Y ésta le parecía una manera adecuada de terminarlo.

Respiró hondo para calmar el temblor de sus piernas. El aire sabía a tiza dentro de la máscara, pero se estaba acostumbrando. Asomó la cabeza por la puerta, entró al pasillo lleno de humo y salió corriendo en dirección este.

39

Martes, 5:27hs. Washington D.C.

Recostándose en su silla de ruedas, Bob Herbert pensó que no había nada semejante a esa sensación. Mientras esperaba en la oficina de Paul Hood en compañía del propio Hood, Mike Rodgers y el experto en leyes internacionales del Op-Center Lowell Coffey II, Herbert consideró el humor imperante en una oficina donde se esperan noticias de una operación encubierta.

Como de costumbre, todos tenían conciencia de que el mundo seguía andando. Y envidiaban a la gente de ese mundo, cuyos problemas generalmente no involucraban la vida y la muerte y el destino de millones de personas. También sentían cierta condescendencia hacia ella.

Si sólo supieran lo que era, la, verdadera, responsabilidad…

Después estaba el costado personal de la situación. La extrema tensión por el destino de aquellos con quienes uno trabajaba y a quienes quería y respetaba. Se parecía un poco a esperar que un ser amado saliera de la sala de operaciones luego de una intervención quirúrgica riesgosa. Pero era peor en un sentido clave. Uno les había ordenado hacerlo. Y, siendo buenos soldados, ellos habían aceptado la misión con decisión y coraje.

Y a eso se sumaba la posibilidad de que esos seres heroicos fueran desautorizados si los capturaban, abandonados a la buena de Dios. Cómo no sentir culpa. Y se sentía todavía más por el hecho de

que, mientras ellos ponían el culo en la línea de fuego, el propio culo estaba calentito y a salvo. También se sentía un poco de envidia… irónicamente por la misma razón. No hay nada semejante a arriesgar la vida. Pero en la oficina imperaba una mezcla de agotamiento y ojos que luchaban por cerrarse y mentes demasiado cansadas para procesar pensamientos o emociones… creando un estado de ánimo singular, distinto de cualquier otra cosa.

No obstante, Herbert siempre celebraba la aparición de ese extraño estado. La celebraba sin pesimismo ni melancolía. De vez en cuando sus peores miedos se hacían realidad. De vez en cuando moría alguien. Un Bass Moore en Corea del Norte o un teniente coronel Charlie Squires. Pero precisamente debido a que todo corría peligro en operaciones como ésas, Herbert se sentía más vivo que nunca.

Era obvio que Hood no compartía sus sentimientos. Estaba muy abatido desde el comienzo de la operación, algo que Herbert no había visto antes. De todos ellos, Hood era generalmente el mejor dispuesto, siempre con una palabra o una sonrisa de aliento en los labios. Pero esa mañana no. También se había enfurecido al saber que Darrell McCaskey había entrado en helicóptero al palacio. Y, para colmo, McCaskey había llevado a Luis García de la Vega con él. A diferencia de los Strikers, McCaskey podría ser fácilmente vinculado al Op-Center. Y a través de Luis podría verificarse el compromiso del Op-Center con Interpol para esta misión… lo que provocaría un desastre pavoroso con todos los países vinculados a Interpol, muchos de los cuales no eran precisamente amigos de los Estados Unidos. Había sido Hood, y no el legalista Rodgers, quien había pensado en aplicar una medida disciplinaria contra McCaskey. Y el usualmente espantadizo Coffey había sugerido que tal vez las cosas no estuvieran tan mal como creía Hood. Dado que María Corneja estaba presa en el palacio, el intento de rescate por parte de Interpol estaría plenamente justificado. Hood se tranquilizó al

escucharlo, y el ánimo imperante en la oficina volvió a ser meramente aprensivo.

Y para colmo de males, en medio del silencio denso y la preocupación mal disimulada, no recibían ninguna noticia de España ni de la Interpol. Recién a las 4:30 recibieron el llamado de la soñolienta Ann Farris, que los llamó desde su casa para decirles que encendieran el televisor y sintonizaran la CNN.

Coffey saltó del sofá y fue al fondo de la oficina. Mientras abría el gabinete del televisor, Hood sacó el control remoto de su escritorio. Todos se acomodaron frente a la pantalla. La noticia más importante de esa media hora era un informe sobre el tiroteo en el Palacio Real de Madrid. Un videasta aficionado había filmado el helicóptero de Interpol mientras abandonaba el ala sur del palacio y se escuchaban disparos a lo lejos. Después transmitieron las imágenes en vivo de una cámara que sobrevolaba el palacio en helicóptero. De varias ventanas ascendían levísimas espirales de humo amarillo.

—Es el IA del Striker —dijo Herbert, en clara alusión al agente irritante.

Rodgers, que estaba sentado en un sillón cerca del escritorio de Hood, se acercó a mirar el pequeño mapa color bajado de la computadora de Interpol. Herbert también se aproximó en su silla de ruedas.

—Ese humo de la TV parece estar muy cerca del patio, ¿no es cierto? —preguntó Rodgers.

—Exactamente donde debería estar el Salón del Trono —dijo Herbert.

—Entonces es un hecho que los Strikers llegaron allí —dijo Hood, mirando el reloj de su computadora—. Y a tiempo.

Herbert volvió al televisor y apuntó el oído en dirección a la pantalla. El locutor sólo ofrecía superlativos lamentables acerca del acontecimiento. La cháchara acostumbrada. Ninguna información sobre la causa o la naturaleza del combate. Pero no era eso lo que pretendía escuchar.

—Oigo disparos —dijo prudentemente—. Sofocados… como si no vinieran del patio.

—¿Acaso te sorprende? —preguntó Hood—. Sabíamos que si los Strikers conseguían eliminar a Amadori era casi seguro que habría persecución.

—Persecución —enfatizó Rodgers—. No resistencia. El IA tendría que haber evitado toda resistencia.

—A menos que les estén disparando a ciegas —intervino Herbert —. La gente hace cosas muy raras cuando tiene náuseas.

—¿Esos disparos podrían provenir del pelotón de fusilamiento? —preguntó Coffey.

Rodgers negó con la cabeza.

—Son disparos individuales y eminentemente esporádicos —replicó.

—Lo bueno del caso —acotó Herbert— es que si los Strikers hubieran sido atrapados no se escucharían disparos.

Se hizo un profundo silencio. Hood miró el reloj de la computadora.

—Supuestamente iban a comunicarse con la oficina de Luis en cuanto regresaran a la mazmorra —dijo, mirando el teléfono con un dejo de ansiedad.

—Jefe —dijo Herbert—, mi gente está monitoreando una línea abierta con el palacio. Apenas sepan algo, nos lo harán saber.

Hood asintió y se concentró en el televisor.

—No sé de dónde lo sacan —dijo—. Me refiero al coraje para hacer estas cosas. No sé de dónde sacan todos ustedes tanto coraje. En Vietnam, Beirut…

—Viene de un montón de lugares —dijo Rodgers—. Nace del deber, del amor, del miedo…

—De la necesidad —acotó Herbert—. Ése es un estímulo importante. Cuando no queda alternativa.

—El coraje es una combinación de todas esas cosas —concluyó Rodgers.

—Mike —dijo Herbert—, conoces un montón de frases célebres. ¿Quién fue el que dijo que uno no podía fallar si hacía de tripas corazón… o algo por el estilo?

Rodgers se quedó mirándolo.

—Creo que la cita a la que aludes es: «Pero si llevas tu coraje al límite, no fracasaremos».

—Sí, es ésa —dijo Herbert—. ¿Quién lo dijo? Suena a Winston Churchill.

Rodgers sonrió débilmente.

—Fue *Lady* Macbeth —dijo—. Así estimuló a su marido para que asesinara al rey Duncan. Y él lo asesinó y quedó atrapado en su propia telaraña.

—Ah —dijo Herbert, bajando la vista—. Entonces ésa no es la frase que necesitamos, ¿verdad?

—Tal vez sí —dijo Rodgers, todavía sonriendo—. El regicidio puede haber tenido consecuencias desastrosas pero la obra fue todo un éxito. Todo depende del punto de vista.

—Como solía decirles a mis clientes mientras el jurado deliberaba —intervino Coffey—: «Confíe en el sistema y en aquellos a quienes se lo hemos confiado». —Todavía estaba parado junto al televisor, absorto en la pantalla—. Porque, como dijo otro gran pensador, «la cosa no termina hasta que termina».

Herbert miró la pantalla. El ruido de los disparos parecía aumentar en frecuencia, pero no en volumen. El periodista hizo una observación al respecto.

Herbert seguía sintiéndose vivo. Y optimista, porque así era por naturaleza. Pero no había manera de ignorar las sombras que se habían cernido sobre los demás. La triste verdad era que lo que todos anhelaban en silencio no se había materializado: una llamada o una noticia anunciando que el intento de golpe en España había terminado con el asesinato de su líder.

Era evidente que la misión no había funcionado tal como habían planeado.

40

Martes, 5:49hs. Old Saybrook, Connecticut

Sharon Hood no podía dormir. Estaba cansada y en la casa de su infancia, en su vieja cama… pero no podía dejar de pensar. Había discutido con su esposo, leído uno de sus viejos libros de Nancy Drew hasta las tres, y apagado la luz y contemplado los dibujos que hacían la luz de la luna y las hojas de los árboles en el cielo raso durante casi dos horas. Miró los *posters* que adornaban la habitación desde que se había ido a estudiar a la universidad.

Pósters de la película *Doctor Zhivago*. Del grupo de *rock* Gary Puckett and the Union Gap. Una tapa de la *TV Guide* autografiada: «Con alegría y amor, David Cassidy»… Sharon y su amiga Alice habían hecho tres horas de cola para conseguirla en el *shopping*.

¿Cómo se las había arreglado para interesarse por tantas cosas, sacar buenas notas en la escuela, y tener un trabajo de mediodía y hasta un novio entre los dieciséis y los diecisiete años?

En ésa, época, una, no necesita, dormir tanto, se dijo.

¿Pero realmente había sido así? ¿Sólo era una cuestión de tiempo? O tal vez fuera que si a una no le gustaba un trabajo, se conseguía otro. O si un novio no la hacía feliz, también se buscaba otro. O si un grupo grababa una canción que no le gustaba, dejaba de comprar sus discos. No era una cuestión de energía. Era una cuestión de aprendizaje. De saber lo que necesitaba para ser feliz.

Creyó descubrir la felicidad con aquel viticultor multimillonario, Stefano Renaldo. Sharon conoció a su hermana en la universidad y, durante unas vacaciones en la casa de los Renaldo, fue seducida por la riqueza y el yate y las atenciones de Stefano. Pero —y pensándolo un poco, era una ironía— dos años después se dio cuenta de que no quería estar con alguien que había heredado todo su dinero. Alguien que no tenía que trabajar para vivir. Alguien a quien los demás acudían en busca de apoyo financiero mientras él, de acuerdo con su estado de ánimo, hundía o posibilitaba sus sueños y sus esperanzas. Esa clase de vida —esa clase de hombre— no era para ella.

Una mañana de sol abandonó el yate y voló de regreso a los Estados Unidos, sin mirar atrás. El miserable ni siquiera telefoneó para averiguar adonde había ido. Sharon no comprendía cómo había podido estar con él… en qué demonios estaba pensando. Después, conoció a Paul en una fiesta. No fue como el golpe de un martillo. Excepto Stefano, ningún hombre la había impactado de esa manera… y el atractivo de Stefano era puramente superficial. La relación con Paul tardó en desarrollarse. Él tenía buen carácter, trabajaba duro y era amable con ella. Parecía un hombre capaz de darle espacio para sí misma, de apoyarla en su trabajo y de ser un buen padre. No la abrumaría con sus celos y sus regalos como había hecho Stefano. Y un día, durante el *picnic* del 4 de Julio y dos meses después de haberse conocido, lo miró sin querer a los ojos y todo se transformó. El afecto se convirtió en amor.

Una rama golpeó con fuerza contra la ventana y Sharon levantó la vista. Era la misma rama que venía creciendo desde que ella era una niña y la que solía rozar delicadamente la misma ventana.

Es un poco más grande, pensó, *pero no ha cambiado*. Se preguntó si sería bueno o malo seguir siempre igual. *Bueno para los árboles, malo para las personas*, concluyó. Pero el cambio era una de las cosas más difíciles que podía enfrentar un ser humano. El cambio… y el compromiso. Admitir que la de uno no era la única manera de hacer las cosas… y ni siquiera la mejor.

Abandonó sus intenciones de dormir. Sacaría otro Nancy Drew del viejo estante. Pero primero bajó de la cama, se puso la bata y fue a ver a Harleigh y Alexander. Estaban durmiendo en las camas marineras que habían pertenecido a sus hermanos mellizos: Yul y Brynner. Sus padres se habían conocido en la matiné de *El rey y yo*. Todavía se cantaban *Helio, Young Lovers* y *I have dreamed* el uno al otro. Desafinaban bastante, pero había belleza en sus voces.

Sharon envidiaba el afecto sincero que compartían sus padres. También el hecho de que su padre se hubiera retirado y pudieran pasar tanto tiempo juntos y ser tan felices.

Por supuesto, pensó, *hubo épocas en que mamá y papá no estaban tan contentos…*

Recordó la tensión silenciosa que invadía la casa cuando los negocios de su padre no iban bien. Alquilaba botes y bicicletas a los turistas de Long Island Sound, y algunos veranos eran decididamente adversos. Había escasez de combustible y recesión. Su padre tenía que trabajar muchas horas, de día en el negocio y de noche como cocinero. Regresaba a casa con olor a grasa y pescado.

Sharon contempló los rostros apacibles de sus hijos. Sonrió al escuchar los ronquidos de Alexander, iguales a los de su padre.

La sonrisa desapareció. Cerró la puerta y se quedó en el pasillo, a oscuras, envolviéndose con los brazos. Estaba furiosa con Paul y lo extrañaba terriblemente. Allí se sentía segura, pero no como en casa. ¿Cómo podría? Su casa no era el lugar donde estaban sus cosas. Su casa era el lugar donde estaba Paul.

Volvió caminando lentamente a su viejo dormitorio.

Matrimonio, carrera, hijos, emociones, sexo, obstinación, conflictos, celos… ¿era por esperanza o por arrogancia que dos personas se convencían de que todas esas cosas darían por resultado una vida armoniosa?

Por ninguna de las dos cosas, pensó Sharon. *Era por amor*. Y lo cierto era que, aunque su marido la frustrara más que cualquier otro hombre que hubiera conocido, aunque no estuviera con ellos tanto

como ella o los chicos querían o necesitaban, aunque sintiera por él una mezcla de enojo y cariño… ella todavía lo amaba.

Profundamente.

Ahora, sola en las breves y tranquilas horas del amanecer, pensó que tal vez se le había ido la mano con Paul. Irse de Washington con los chicos, azuzarlo por teléfono… ¿por qué *demonios* no estaba dispuesta a perdonarle nada? ¿Porque la enfurecía que él pudiera dedicar todo el tiempo que quería a su carrera y ella no? Era muy posible. ¿O porque le recordaba cuánto había extrañado a su padre durante los veranos y las noches en que debía salir a trabajar? Probablemente. No quería que sus hijos padecieran la misma experiencia.

No creía haberse equivocado en cuanto a lo que le había dicho a Paul. *Tendría* que pasar más tiempo con su familia y menos tiempo en el trabajo. Su trabajo requería un compromiso mayor que un empleo de nueve a cinco, pero el Op-Center seguiría funcionando aunque él fuera a cenar a su casa *algunas* noches… aunque se fuera de vacaciones con ellos *una vez* en la vida. Pero la manera como se lo había dicho… eso era otra cosa. Se sentía frustrada y, en vez de hablar con él, lo había atacado. Y después se había llevado a sus hijos, dejándolo solo.

Se quitó la bata y se acostó en la cama gemela. La almohada estaba empapada de sudor y la rama seguía rascando la ventana. Levantó la vista y vio su teléfono celular sobre la mesa de noche. El plástico negro brillaba a la luz de la luna.

Tendiéndose de costado, Sharon tomó el teléfono, lo abrió y empezó a marcar el número privado de Paul. Pero se detuvo después de marcar el código de área. Interrumpió la llamada y dejó el teléfono sobre la cama.

Tenía una idea mejor. En lugar de llamarlo por teléfono —el teléfono era un aparato traicionero donde las cosas más ínfimas, como un cambio en la voz o escuchar mal una palabra, podían desencadenar un desastre— le enviaría una rama de olivo. Se sentía

culpable y capaz de perdonar al mismo tiempo, Sharon se acomodó en la cama, cerró los ojos y se sumió casi enseguida en un sueño satisfecho.

41

Martes, 11:50hs. Madrid, España

Darrell McCaskey le agradeció en silencio al coronel Brett August cuando los soldados abandonaron precipitadamente el patio del palacio. Los Strikers debían ser el motivo de tan abrupta retirada.

Apenas el helicóptero despegó, los soldados del techo dejaron en paz a Darrell y María. Al mismo tiempo, las fuerzas dispersas en el perímetro se reagruparon. Aparentemente se estaban organizando para un asalto. Pero el ataque nunca se produjo. Todos parecían prestar atención exclusivamente a los ruidos que provenían del interior del palacio.

—Ha comenzado —le dijo McCaskey a María.

El humo amarillo se filtraba a través de varias ventanas, a lo largo de la pared vecina a las arcadas. Se escuchaban gritos y órdenes en el extremo del patio, cerca del ala oeste del palacio. Aunque era difícil ver debido al sol alto y luminoso y las sombras profundas, el grueso de los soldados había desaparecido. Poco después, McCaskey escuchó disparos al otro lado de las ornadas paredes blancas.

—¿Qué está pasando? —preguntó María. Estaba recostada contra la cara interna de la arcada más próxima a la pared del palacio, con las piernas extendidas. McCaskey le había puesto un pañuelo sobre la herida del costado y lo estaba sosteniendo en su lugar.

—Es el contragolpe —replicó. No quería hablar mucho por temor de que los estuvieran escuchando—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —respondió ella.

Mientras hablaban, McCaskey escrutaba el inmenso espacio iluminado por el sol del mediodía. Al sur —a su izquierda—, una altísima puerta de hierro separaba el patio del palacio de la catedral. Las puertas de la iglesia solían estar cerradas, pero ahora empezaba a salir gente… sacerdotes y fieles. Supuso que habían escuchado el helicóptero y los disparos. Luis seguía tirado en el patio, cerca del capitán. El director de Interpol estaba callado pero el militar se quejaba amargamente.

—Tengo que traerlo aquí —dijo María.

—Ya sé —dijo McCaskey, sin dejar de escrutar los alrededores. Finalmente logró detectar por lo menos tres soldados que habían quedado atrás. Dos de ellos estaban a unos cuatrocientos pies de distancia. Se habían acuclillado junto al poste que sostenía la puerta, sobre el lado sur del patio. El tercer soldado acechaba detrás de un viejo farol aproximadamente a trescientos pies de distancia, en dirección norte.

McCaskey le entregó su arma a María.

—Escucha, María —murmuró—. Intentaré rescatar a Luis. Veré si los soldados están dispuestos a cambiarlo por ese capitán.

—No es negocio —le espetó María con furia—. Luis es un hombre. El capitán es una víbora. Una sierpe que se arrastra por el suelo. —Miró de reojo al capitán y su carnoso labio superior se frunció en una mueca burlona—. Ahí está, tirado en la única posición que le sienta: sobre su propio vientre.

—Abrigo la esperanza —dijo McCaskey— de que los soldados no piensen lo mismo que tú. ¿Puedes moverte un poco, de modo que puedan ver el arma?

María sostuvo el pañuelo ensangrentado con la mano derecha y se dio vuelta, enseñando la mano derecha.

—Quédate con ella —dijo McCaskey, sin aceptar el arma—. Antes quiero decirles algo a los soldados.

Asomó la cabeza y gritó:

—¡No disparen! ¡Debemos atender a los heridos!

Los soldados no respondieron. McCaskey frunció el ceño. Ésta era una de esas jugadas en que uno debía poner todo lo que tenía sobre la mesa y rezar.

—De acuerdo —dijo después, levantándose—. Muéstrales el arma.

María se arqueó todavía más, hasta que su mano derecha asomó bajo la arcada. La pistola brilló al sol y McCaskey salió de su escondite. Llevaba los brazos en alto para demostrar que estaba desarmado. Después, muy lentamente, empezó a avanzar hacia el patio.

Los soldados no hicieron nada. El sol le quemaba la piel a medida que se acercaba a los heridos. Seguía escuchando disparos dentro del palacio… lo que, por cierto, no era una buena señal. Los Strikers tendrían que haber entrado y salido sin enfrentarse al enemigo.

Repentinamente, un soldado salió de atrás de la puerta y empezó a caminar en dirección a McCaskey. Su ametralladora apuntaba directo al norteamericano.

—No dispare —repitió McCaskey, por si el soldado no lo había escuchado la primera vez.

—¡Dese vuelta! —bramó el español.

McCaskey lo miró y se encogió de hombros.

—¡Quiere que te des vuelta! —aulló María.

McCaskey entendió. El soldado quería estar seguro de que no tenía un arma oculta en el cinturón. Se detuvo, dio media vuelta y levantó un poco las piernas de sus pantalones. Después siguió caminando. El soldado no le disparó. Tampoco bajó el arma, que McCaskey identificó como una MP5 originaria de Hong Kong. Si disparaba a esa distancia, lo partiría en dos. Le hubiera gustado ver

la cara del soldado bajo la gorra. Hubiera sido grato tener alguna idea, aunque remota, de lo que estaba pensando.

Tardó menos de un minuto en llegar a donde yacía Luis, pero le pareció una eternidad. El soldado español estaba a treinta pies de distancia y seguía apuntando en su dirección. McCaskey se arrodilló lentamente, con los brazos en alto, y observó a los heridos.

El capitán lo estaba mirando, tenía los dientes apretados. Su pantorrilla descansaba sobre un enorme charco de sangre. Si no lo auxiliaban pronto, moriría desangrado.

Luis yacía boca abajo encima de él, formando una X. McCaskey bajó la cabeza y lo miró. Tenía los ojos cerrados y respiraba débilmente. Su rostro, normalmente moreno, había empalidecido. La bala le había atravesado el costado derecho del cuello, dos pulgadas abajo de la oreja. Su sangre manaba sobre los bloques de piedra, formando un río tembloroso que desembocaba en el charco de sangre del capitán.

McCaskey se paró lentamente y montó a horcajadas de los hombres. Puso los brazos debajo del cuerpo de Luis y lo alzó. Al levantarlo, oyó gritos en la puerta y levantó la vista.

Un sargento aferraba a un sacerdote del brazo. El padre hablaba serenamente y señalaba a los heridos. El militar daba alaridos. Un instante después, el sacerdote liberó su brazo y corrió hacia adelante. El sargento no paraba de gritar, ordenándole que se detuviera.

El sacerdote gritó que no lo haría. Señaló el palacio, donde todavía se escuchaban disparos y se veían nubes de humo amarillo. Dijo que iría a ver si alguien necesitaba ayuda.

El sargento le advirtió que era muy peligroso.

El sacerdote dijo que no le importaba.

¿Entonces por qué estaban discutiendo?, pensó McCaskey. Por la seguridad del sacerdote. *Jamás des nada por sentado*.

No quería quedarse allí parado mientras Luis se desangraba. Lo arrimó tiernamente a su pecho y emprendió la marcha hacia la

arcada. El soldado lo dejó ir. McCaskey se dio vuelta y lo vio auxiliando al capitán herido.

Volvió a la arcada. Con sumo cuidado, depositó a Luis al lado de María y miró hacia atrás. El sacerdote estaba arrodillado junto al capitán.

—Pobre Luis —dijo María, bajando la pistola y acariciándole la mejilla.

McCaskey sintió una punzada de celos. No por la caricia de María sino por la preocupación que vio en sus ojos. Esa mirada había nacido de lo más profundo de su ser, haciéndole olvidar su propio dolor. Se sintió un imbécil por haberla perdido. En ese momento se dio cuenta de que ella también estaba muy pálida. Tenía que conseguir ayuda.

McCaskey se desabotono el puño de la camisa y arrancó la parte inferior de la manga para proteger la herida de Luis.

—Ambos necesitan un médico —anunció perentoriamente—. Trataré de llegar a un teléfono… y llamaré una ambulancia. En cuanto lo haga, me ocuparé de tu amigo Juan.

María negó con la cabeza.

—Podría ser demasiado tarde —murmuró.

Trató de levantarse. McCaskey la obligó a quedarse sentada, empujándole los hombros hacia abajo.

—María…

—¡Basta! —gritó ella.

—María, escúchame —dijo McCaskey—. Dame un poco de tiempo. Con un poco de suerte, este ataque hará que sea innecesario rescatar a Juan o a cualquier otro de los felones del general Amadori.

—No creo en la suerte —dijo María, utilizando su mano libre para liberarse de McCaskey—. Creo en la miserabilidad de la gente. Y hasta el momento nadie me ha defraudado. Amadori es capaz de ejecutar a sus prisioneros sólo para impedir que digan lo que estuvo haciendo…

María se calló de golpe. Miró algo que estaba más allá de McCaskey y se le agrandaron los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó él, dándose vuelta.

—Conozco a ese hombre —dijo ella.

McCaskey miró hacia el patio. El sacerdote avanzaba presuroso en dirección a ellos. Repentinamente se detuvo: él también la había reconocido.

—María —musitó el sacerdote al llegar a la arcada.

—Padre Norberto —replicó ella—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Llegué por obra y gracia de un extraño azar —dijo él, acariciándole la cabeza para reconfortarla. Luego vio la herida—. Mi pobre niña —murmuró.

—Estoy viva —dijo ella.

—Has perdido mucha sangre —señaló Norberto. Miró a Luis—. Igual que este hombre. ¿Han llamado al médico?

—Iba a hacerlo ahora mismo —dijo McCaskey.

—¡No! —gritó María.

—No te preocupes —dijo Norberto—, yo me quedaré contigo.

—No es eso —dijo ella—. Hay un prisionero… ¡necesita ayuda!

—¿Dónde?

—En un salón, allá arriba —dijo María, señalando el palacio—. Tengo miedo de que lo maten.

Norberto le tomó la mano, le dio unas palmadas y se puso de pie.

—Iré a buscarlo, María —prometió—. Tú quédate aquí y trata de no moverte.

María miró al sacerdote y luego a McCaskey. La preocupación que había visto antes en sus ojos había desaparecido, reemplazada por el desprecio. McCaskey se alejó en silencio, con el corazón destrozado, seguido por el padre Norberto.

Traspusieron juntos el umbral; McCaskey siempre adelante. Le había dejado el arma a María, en caso de que los soldados cambiaran repentinamente de opinión. Esperaba no necesitarla allí

adentro. Los disparos se escuchaban cada vez más cerca, por supuesto. Pero todavía estaban lo suficientemente lejos y McCaskey no creía que fueran a quedar atrapados en medio del tiroteo. Miró la vieja cruz de madera que el sacerdote llevaba colgada al cuello y elevó sus ojos cansados al cielo, rogando a Dios que ayudara a sus camaradas en el combate.

Había ocho puertas en el largo corredor. Todas estaban cerradas. McCaskey se detuvo y miró al sacerdote.

—¿Usted habla inglés? —preguntó en un susurro.

—Un poco —replicó Norberto.

—Bueno —dijo McCaskey—. No voy a dejarlo solo.

—Nunca estoy solo —respondió el sacerdote, tocando la cruz.

—Ya lo sé. Quería decir… que no pensaba dejarlo desprotegido.

—Pero los heridos…

—Tal vez haya un teléfono en alguna de estas habitaciones —dijo McCaskey—. Si hay, llamaré a una ambulancia y me quedaré con usted. Encontraremos al amigo de María y lo rescataremos, juntos.

Norberto asintió, y McCaskey hizo girar el picaporte de la primera puerta. La puerta conducía a un estudio, sumido en la más completa oscuridad. Después de haber pasado tanto tiempo al sol, sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse. Vio un escritorio al fondo del estudio, con un teléfono.

—Nos detendremos aquí —dijo McCaskey.

—Vaya usted —dijo el sacerdote—. Yo seguiré buscando al compañero de esa mujer.

—Está bien —dijo McCaskey—. Me reuniré con usted en cuanto termine.

Norberto asintió y fue hacia la siguiente puerta.

McCaskey cerró la puerta del estudio y se acercó al teléfono. Levantó el tubo y maldijo: no había tono de discado. Lo había temido desde un principio. La gente de Amadori debía haber cortado todas las líneas externas. Si alguno de los prisioneros escapaba, no podría transmitir inteligencia fuera del palacio.

Volvió al pasillo y entró a la habitación de al lado. La puerta estaba abierta. Era un salón de música. Olía ligeramente a humo. Segundos después, advirtió que en el piso había cenizas. Seguramente era ahí donde se había activado la alarma contra incendios. El padre Norberto estaba en un rincón con un prisionero, y McCaskey supuso que debía ser Juan.

—Padre… ¿cómo está él? —preguntó en un susurro.

Norberto no se dio vuelta. Levantó los hombros e hizo un gesto negativo con la cabeza.

McCaskey se apartó de ellos. La única manera de conseguir ayuda era encontrar al Striker. Ellos podrían llamar a Interpol y pedir asistencia médica. Si el comando no había logrado asesinar a Amadori, el general tendría que permitir el ingreso de los médicos al palacio. Sus propias fuerzas habían resultado heridas en la lucha.

Respiró hondo y avanzó decididamente por el corredor.

42

Martes, 12:06hs. Madrid, España

El salón de música del palacio estaba a oscuras. No obstante, la luz que entraba desde el pasillo le permitía ver al hombre acurrucado en el piso, en un rincón. Estaba herido de gravedad. Había manchas de sangre seca en su cuerpo, en su ropa y en la pared. Y la sangre seguía manando de las heridas que tenía en la frente y las mejillas. También sangraba por la boca. Y tenía varias heridas profundas en el pecho y las piernas.

El padre Norberto podía sentir, literalmente, la presencia de la muerte… tal como la había sentido al arrodillarse junto a su hermano agonizante. La sensación era siempre la misma, ya se tratara de darle la extremaunción a un enfermo terminal o de tenerle la mano a alguien mortalmente herido. La muerte tenía un olor dulce, levemente metálico, que obstruía las narinas y envenenaba el estómago. Norberto casi podía sentir la caricia de la muerte. Era como un humo frío e invisible que congelaba el aire y se le metía en la carne, en los huesos, en el alma.

La muerte había venido a buscar a ese hombre. A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, Norberto comprobó que era un milagro que todavía estuviera vivo. Los monstruos que lo habían confinado en esa habitación lo habían golpeado, herido y quemado sin piedad y sin límite.

¿Por qué?, se preguntó Norberto, presa de la indignación más amarga. *¿Para obtener información? ¿Por venganza? ¿Para divertirse?*

Ninguna razón podía justificar semejante castigo. Y en un país católico, en un país que vivía de acuerdo con los Diez Mandamientos y seguía las enseñanzas de Jesús, lo que sus captores habían hecho era pecado mortal. Por sus crímenes, vivirían eternamente apartados de la gracia de Dios.

Pero ¿de qué le servía eso a ese pobre hombre? El padre Norberto se arrodilló junto al prisionero agonizante, le corrió de la frente el cabello empapado de sudor, y acarició su mejilla ensangrentada.

El moribundo abrió los ojos. No había luz en ellos… sólo confusión y dolor. Se clavaron en el hábito del sacerdote y luego en sus ojos. El hombre intentó levantar el brazo. Norberto aferró entre las suyas su mano temblorosa.

—Hijo mío —dijo—. Soy el padre Norberto.

El hombre levantó la vista.

—Padre… ¿qué está pasando?

—Te han herido —dijo el sacerdote—. Trata de descansar.

—¿Estoy herido? ¿De gravedad?

—No te muevas —dijo Norberto con dulzura. Apretó suavemente la mano del moribundo y le sonrió—. ¿Cómo te llamas?

—Juan… Martínez.

—Yo soy el padre Norberto. ¿Te gustaría confesarte?

Juan miró a su alrededor. Sus ojos eran esquivos y temerosos.

—Padre… ¿me… estoy muriendo?

Norberto no respondió. Se limitó a apretar con más fuerza la mano de Juan.

—Pero… ¿cómo es posible? —preguntó Juan—. No siento dolor.

—Dios es misericordioso —replicó el sacerdote.

Juan aferró los dedos de Norberto y cerró los ojos lentamente.

—Padre… si Dios es misericordioso, quiero rezar… Él perdonará mis pecados.

—Él te perdonará sólo si te arrepientes sinceramente —replicó Norberto. A lo lejos, los disparos eran cada vez más espaciados. Muchos otros necesitarían la misericordia de Dios… y su perdón. Colocando la cruz sobre los labios del agonizante, preguntó—: ¿Estás sinceramente arrepentido de haber ofendido a Dios con los pecados de tu vida pasada?

Juan besó la cruz.

—Estoy sinceramente arrepentido —dijo contrito y con gran esfuerzo—. Asesiné… a muchos hombres. A algunos en la emisora radial. A otro en una habitación… era pescador.

Norberto sintió que la muerte se reía de él. Nunca había experimentado algo tan cruel ni tan doloroso como ese momento: comprender que la mano que tenía entre las suyas era la misma que había asesinado a su hermano.

Sus ojos eran flechas de ira en un mar de hielo. Quemaban al yacente como si él mismo fuera el Diablo encarnado. Sentía la necesidad desesperada de arrojar a un lado la mano del moribundo y verlo deslizarse hacia la condena eterna, sin confesión y sin salvación.

Este hombre asesinó a mi hermano…

—Tuve que matarlos —musitó Juan. Un temblor violento sacudía su mano, y apretó con más fuerza los dedos del sacerdote—. Pero… estoy sinceramente arrepentido de… haberlo hecho.

Norberto cerró los ojos. Tenía los dientes apretados y no podía ofrecer ninguna respuesta a la mano ansiosa de Juan. Pero luchó contra la necesidad de abandonar la mano que había segado la vida de Adolfo. Por mucho que lamentara la muerte de su hermano, seguía siendo un sacerdote cuyo mandato era servir a Dios.

—Padre… —el moribundo tuvo un acceso de tos—. Ayúdeme… a rezar…

Norberto resopló a través de sus dientes apretados. *Yo no tengo que perdonarlo. El perdón es cosa de Dios, no de los hombres*.

Abrió los ojos y contempló el rostro desencajado y el cuerpo herido que tenía frente a él.

—Padre, perdona mis pecados —dijo Norberto con frialdad—, de los que me arrepiento sinceramente.

—Me a… rrepiento —musitó Juan—. Me arre… piento… sinceramente. —Cerró los ojos. Apenas podía respirar.

—El perdón aparta los pecados del alma y devuelve al pecador a un estado de gracia santificada —dijo Norberto—. Que Dios perdone tus pecados y te conceda la salvación eterna.

Los labios del moribundo se abrieron lentamente. Se oyó un breve suspiro. Después, nada.

Norberto se quedó mirando al muerto. La mano de Juan estaba fría, pero la sangre seguía manando de su pecho y sus mejillas.

El sacerdote no podía justificar ni perdonar lo que había hecho ese hombre. Pero Adolfo se había internado a pescar en un mar donde la presa devolvía el golpe. Si Juan no hubiera matado a su hermano, cualquier otro lo habría hecho. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Tendría que haber detenido a Adolfo.

Si hubiera conocido la doble vida de su hermano… Si hubiera sido menos severo, tal vez Adolfo no habría tenido miedo de recurrir a él. ¿Por qué lo dejó ir aquella noche? ¿Por qué no se quedó con él cuando fue a llevar esa grabación, la grabación que había dado comienzo a todo? *¿Por qué no hice algo cuando todavía, estaba, a, tiempo?* Y el peor de todos los castigos era no haber podido salvar el alma de su hermano… pero sí la de su asesino.

—Ay, Dios —dijo Norberto, dejando caer la cabeza y sin poder contener el llanto. Apoyó la mano de Juan a un costado de su cuerpo y se tapó los ojos.

Todavía de rodillas, sintió que la muerte se retiraba… aunque seguramente no iría demasiado lejos. El sacerdote reprimió el llanto. No era momento para llorar a Adolfo o maldecir sus propios errores.

Otros necesitaban consuelo o absolución… otros que habían actuado con arrogancia en la flor de la edad, sólo para volverse humildes ante la posibilidad de la condena eterna.

Se puso de pie. Hizo la señal de la cruz sobre el cadáver de Juan Martínez.

—Que Dios te perdone —dijo dulcemente.

Y que Dios me perdone, pensó el padre Norberto. Dio media vuelta y salió de la habitación. Odiaba al hombre que acababa de morir. Pero en su corazón, en la parte más profunda y más verdadera de su ser, esperaba que Dios hubiera escuchado su arrepentimiento.

Para un solo día, ya había habido demasiada condena.

43

Martes, 12:12hs. Madrid, España

La política de todas las fuerzas de élite norteamericanas era no dejar nada útil detrás de sí. En algunos casos, cuando la misión era rojo-encubierta —lo cual significaba que nadie podía saber que habían participado en un hecho—, se llevaban hasta los cartuchos vacíos. Cuando se trataba de una misión verde-encubierta, como en este caso, la única condición era que jamás se revelaran las identidades de los operativos.

El coronel August sabía que Aideen se había separado del grupo. No había recibido la orden de hacerlo, pero no podía culparla por su iniciativa. Hasta el momento, y si Aideen no lograba eliminar al general Amadori, la misión había alcanzado un éxito parcial. El Striker había impedido que el general tomara el poder. Los disparos obligarían a la policía local y a otras fuerzas a entrar en el palacio. Allí encontrarían a los cautivos y sabrían que los habían llevado por la fuerza. Amadori todavía podría estar en condiciones de tomar el poder, pero le resultaría un poquito más difícil. Ciertamente, tendría bastantes dificultades para obtener el apoyo del resto de Europa cuando se conocieran las atrocidades que había cometido.

No obstante…

Al coronel August no le gustaban los triunfos parciales. Aideen había ido al ala sur del palacio en busca de Amadori. Si el Striker lograba mantener a las fuerzas españolas alejadas de ella, y si la

herida del general Amadori lo obligaba a concentrarse más en escapar que en su seguridad personal, Aideen podría terminar el trabajo que ellos habían iniciado. Si lo lograba, le ahorrarían a España los largos meses de conflictos violentos y purgas despiadadas que tendría que soportar si Amadori sobrevivía.

Había aproximadamente trescientos pies de distancia entre los Strikers y los soldados españoles. Aunque las fuerzas de Amadori usaban máscaras antigás, el denso humo amarillo de las granadas no les permitía avanzar rápido. Mientras tanto, el Striker había aprovechado para iniciar una lenta retirada. Incluso ayudaron a escapar a algunos prisioneros del Salón de las Alabardas que se las habían ingeniado para abrirse paso entre la cortina de humo.

El comando Striker se estaba acercando a la gran escalera del palacio. Detrás de ésta se encontraba el pasadizo que conducía a la mazmorra. Al sur, el pasillo que habían tomado Amadori y Aideen. El coronel August se deslizó junto al cabo Prementine y le dio dos órdenes: elegir un soldado para que cubriera la retirada y sacar del palacio al resto de los Strikers.

—Señor —dijo Prementine—, un solo soldado no dará abasto. Permítame quedarme también.

—Negativo —dijo August—. En ese caso, seríamos tres.

—¿Señor?

—Yo me quedaré aquí —dijo August.

—Pero señor…

—Cumpla sus órdenes, cabo —dijo August.

—Sí, señor —dijo Prementine, haciendo la venia.

El cabo le informó a Pupshaw que cubriría la retirada con el coronel August. El corpulento oficial respondió con un saludo entusiasta y luego se reportó a su comandante. August le dijo que al llegar a la escalera tomarían posiciones dentro del pasillo. August dispararía desde el lado norte de la escalera. Si alguno era atacado por la espalda, el otro estaría en condiciones de cubrirlo.

Los privados Scott y DeVonne les entregaron las granadas que quedaban. Había sólo tres. August supuso que podrían contar con cinco minutos de defensa total, utilizando dos de las granadas y fuego cruzado. La última granada les otorgaría, a él y a Pupshaw, apenas dos minutos para salir. El tiempo era poco, pero la retirada era factible. Sólo deseaba que Aideen diera caza a la presa herida, hiciera lo que había que hacer y abandonara el palacio sin mayores dificultades.

El cabo Prementine les deseó suerte. Los Strikers partieron en silencio.

August le dio las gracias e informó a Pupshaw que deberían mantenerse en sus puestos exactamente cinco minutos desde el momento en que enfrentaran a los soldados españoles. Después, a una señal de August, seguirían al resto de los Strikers «por el agujero». Pupshaw sería el primero en retirarse.

Los dos Strikers se acostaron boca abajo, preparados para el ataque. Dispararían bajo, sin superar la altura de las rodillas. Pupshaw tenía lista una granada. August levantó el brazo izquierdo.

Veinte segundos después, el primer soldado español salió de la nube de humo amarillo. August bajó el pulgar izquierdo.

Pupshaw arrojó la granada.

44

Martes, 12:17hs. Madrid, España

A medida que avanzaba por el pasillo, Darrell McCaskey se sentía desnudo sin un arma. Pero le había parecido mejor que María se quedara con la única que tenían. Hacía tiempo que no utilizaba las técnicas de aikido que había aprendido en el FBI, pero tendrían que bastarle.

Aminoró un poco la marcha al acercarse al siguiente pasillo. Se detuvo en la esquina y escrutó los alrededores, tal como solía hacerlo cuando era policía. Tomó una fotografía mental de la escena y se escondió rápidamente, con el corazón desbocado.

En la mitad del pasillo había un hombre alto. Era un general lleno de galones y medallas, al mejor estilo Franco. Tenía una pistola y usaba máscara antigás y lentes nictálopes. También tenía una herida sangrante en la pierna.

Tenía que ser Amadori.

McCaskey estaba seguro de que no lo había detectado. Se maldijo por haberle dejado el arma a María. No tenía nada para atacarlo. Nada, excepto sus puños y el hecho de que Amadori no sabía que él estaba ahí.

En el FBI le habían enseñado que cuando un agente no tenía mayor poder de fuego que el enemigo, debía retraerse hasta conseguirlo. Las pausas siempre favorecían al perseguidor. Los errores, al perseguido.

Pero con todo lo que estaba en juego, McCaskey no podía correr el riesgo de que Amadori se le escapara.

Levantó la vista y juntó valor. Escuchó los pasos claudicantes del general. Amadori estaba a pocos metros de distancia. McCaskey se agacharía y pegaría un salto, e intentaría apretarle las piernas contra la pared y aferrarle el brazo antes de que pudiera disparar.

Justo en ese momento, oyó pasos a sus espaldas. Se dio vuelta y vio al padre Norberto caminando hacia él. Pero también vio algo más: un ojo rojo que los observaba desde el cielo raso, sobre la puerta del salón de música.

El ojo de una cámara. Y Amadori tenía lentes nictálopes: lentes nictálopes RSS.

Los pasos cesaron. McCaskey lanzó una maldición. Su mente agotada no había previsto la presencia de la cámara y ahora se encontraba en franca desventaja. Amadori sabía exactamente dónde estaba.

Su única posibilidad era emprender la retirada. Se dio vuelta y corrió hacia la puerta que conducía al patio.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre Norberto.

McCaskey le indicó que retrocediera. El sacerdote se quedó inmóvil, presa de la confusión.

—¡Dios mío! —gritó McCaskey, frustrado. No creía que Amadori fuera a dispararle a un miembro de la iglesia. Pero un sacerdote católico sería el rehén perfecto. Nadie se atrevería a dar la orden de atacar por temor a herir al clérigo.

Tenía que sacarlo de allí. Abrazó al padre Norberto y trató de empujarlo hacia la puerta del patio. Un momento después oyó un disparo y sintió un golpe en la espalda… y luego todo se volvió cegadoramente rojo.

45

Martes, 12:21hs. Madrid, España

Para Aideen fue fácil seguir el rastro de sangre. Las gotas estaban tan juntas que formaban manchas pequeñas. Amadori estaba perdiendo mucha sangre. Lo que no había previsto era que el general estaría solo cuando lo encontrara. Solo… y esperándola.

Amadori disparó una sola vez cuando Aideen dobló por el pasillo. Ella saltó hacia atrás al verlo y la bala le pasó rozando. Cuando murió el eco del disparo, un silencio profundo invadió el lugar. Aideen se quedó inmóvil, tratando de escuchar los posibles movimientos de Amadori. Mientras esperaba, sintió que algo le presionaba con fuerza la espalda. Se dio vuelta y vio a un hombre salir de un umbral. Era el mariscal. La estaba apuntando con un arma.

Aideen maldijo entre dientes. El oficial usaba lentes nictálopes RSS y la había detectado gracias a las cámaras de vigilancia. Estaba atrapada.

—Dese vuelta con las manos en alto —ordenó el mariscal.

Aideen obedeció. Él le quitó el arma.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Aideen no respondió.

—No tengo tiempo que perder —dijo el mariscal—. Contésteme y la dejaré ir. Niéguese a responder y la dejaré aquí mismo, con una bala en la nuca. Tiene tres segundos para decidirse.

Era obvio que no estaba bromeando.

—Uno —el mariscal empezó la cuenta regresiva.

Aideen dudaba de que la dejara ir… aunque ella le dijera quién era. Pero si no lo hacía, moriría indefectiblemente.

No obstante, si decía la verdad, arruinaría las vidas y las carreras de María, Luis y sus camaradas. Y destruiría muchísimas otras vidas si permitía que Amadori sobreviviera.

Tal vez estuviera destinada a morir en la calle con Martha. Tal vez no tuviera escapatoria.

Escuchó un disparo a sus espaldas. Pegó un salto. Tenía sangre en el cuello. Pero seguía en pie.

Un instante después, el mariscal cayó encima de ella. Aideen se apartó instintivamente al verlo caer. Sus dos armas se estrellaron contra el piso. Aideen lo miró. La sangre manaba como un geiser de la nuca del mariscal. La joven levantó la vista.

Una figura conocida avanzaba por el pasillo en dirección a ella. Llevaba una pistola humeante y tenía una mirada de burlona satisfacción.

—¿Fernando? —preguntó Aideen.

El miembro de la *familia* titubeó.

—No, está bien —dijo ella, mirando a su alrededor. Luego se puso de espaldas a la cámara de vigilancia. Segura de que nadie la vería, levantó su máscara negra sólo lo necesario para que él viera su rostro—. Estoy con otros —dijo—. Queremos ayudar.

Fernando siguió avanzando hacia ella.

—Me alegra oír eso —dijo—. Juan y yo dudamos de tu honestidad en el astillero, después del ataque. Lo lamento.

—No te culpo. No tenías por qué creerme.

Fernando alzó la pistola.

—La conseguí cuando tu amiga armó un revuelo entre los prisioneros. Los soldados se la llevaron, y a Juan también. Quiero encontrarlos… y quiero encontrar a Amadori.

—Amadori se fue por allá —dijo Aideen, deteniéndose a recoger su pistola. También se adueñó del arma y los lentes nictálopes del mariscal.

La sangre del muerto se le estaba enfriando en el cuello, y Aideen usó la manga de su camisa negra para secarla. Empezó a sentir náuseas. No porque el mariscal hubiera muerto; él había querido matarla. Lo que la perturbaba era que ni el general ni el mariscal tenían nada que ver con el hecho que había involucrado al Op-Center en el conflicto: el asesinato de Martha Mackall. Al contrario. Ellos habían matado a los responsables del asesinato. Ahora los estaban persiguiendo por haber orquestado un golpe contra un aliado de la OTAN... un golpe que, irónicamente, la mayoría del pueblo español habría apoyado con su propio voto.

Martha estaba equivocada, pensó Aideen con tristeza. *No hay reglas. Sólo existe el caos*.

Fernando y Aideen salieron en busca de Amadori. Aideen iba adelante, y Fernando la seguía a pocos pasos de distancia. Aideen revisó la pistola del mariscal. El seguro estaba corrido. Ese miserable había estado dispuesto a meterle una bala en la nuca.

El pasillo estaba desierto. Oyeron un disparo y aceleraron el paso. Aideen se preguntó si alguien —¿acaso María?— habría encontrado a Amadori. El rastro de sangre daba vuelta a la esquina del pasillo. Siempre siguiéndolo, se detuvieron en seco al llegar al pasillo que conducía al Salón de Música. Vieron al general Amadori, de pie, empuñando una pistola. Usaba guantes blancos. La pistola apuntaba a la cabeza de alguien. Aideen tardó unos segundos en identificar al rehén.

Era el padre Norberto. Y a sus pies había un hombre, tendido boca arriba. Inmóvil.

Era Darrell McCaskey.

46

Martes, 12:24hs. Madrid, España

Cuando entró al patio del palacio, el padre Norberto estaba seguro de que los soldados no iban a lastimarlo. Podía verlo en sus ojos, escucharlo en sus voces.

Pero no se hacía ilusiones respecto a este hombre, el mismo que acababa de dispararle en la espalda al norteamericano. El militar le había clavado el caño del revólver en el mentón, mientras con la otra mano lo aferraba por el cabello. Se estaba desangrando. No tenía tiempo ni ganas de hablar.

—¿Dónde está el mariscal? —bramó Amadori.

Aideen arrojó al suelo los lentes y el arma del mariscal, pateándolos en dirección al general.

—Está muerto —dijo—. Deje ir al sacerdote.

—¿Una mujer? —chilló Amadori—. Maldita sea, ¿quién se atreve a hacerme la guerra? ¡Déjese ver, *ya*!

—Deje ir al padre, general Amadori —dijo Aideen—. Déjelo ir y me entregaré.

—Yo no negocio —aulló Amadori. Dio un rápido vistazo a sus espaldas. La puerta del patio estaba bastante cerca. Se quitó los lentes nictálopes y los arrojó al piso. Después, apretó con más fuerza el caño del revólver contra la garganta del sacerdote y siguió retrocediendo en dirección a la puerta—. Mis soldados siguen afuera,

vigilando el área mientras sus hermanos pelean. Vendrán en cuanto los llame. Y la atraparán.

—Si me asomo, usted me matará.

—Es verdad —dijo Amadori—. Pero dejaré ir al sacerdote.

Aideen no dijo nada.

Durante sus años de sacerdocio, Norberto había consolado viudas desesperadas y fieles que habían perdido sus hermanos o sus hijos. La mayoría expresaba un fuerte deseo de morir también. Pero, a pesar de su terrible pérdida, Norberto no sentía lo mismo. No quería ser un mártir. Quería vivir. Quería seguir ayudando a los demás. Pero no podía permitir que una mujer muriera para salvarlo.

—¡Huye, hija mía! —gritó.

Amadori le tiró del cabello.

—Cállese —masculló.

—Mi hermano, Adolfo Alcázar, creía en usted —dijo Norberto—. Murió a su servicio.

—¿Su hermano? —dijo el general, y siguió caminando. Ya estaba muy cerca de la puerta—. ¿No se da cuenta de que quienes mataron a Adolfo están aquí?

—Ya lo sé —contestó el cura—. Uno de ellos murió en mis brazos, igual que Adolfo.

—¿Entonces cómo puede estar a favor de ellos?

—No estoy a favor de ellos —dijo Norberto—. Estoy a favor de Dios. Y en Su Nombre le suplico que termine con esta guerra.

—No tengo tiempo para esto —masculló el general—. Mis enemigos son los enemigos de España. Dígame quién es esa mujer y lo dejaré en libertad.

—No voy a ayudarlo —dijo el sacerdote.

—En ese caso, morirá —gruñó Amadori, llegando a la puerta. Era obvio que estaba sufriendo. Sin soltar al cura, salió a la brillante luz del sol y miró hacia la puerta sur—. ¡Necesito ayuda! —gritó. Luego miró hacia atrás rápidamente, para asegurarse de que Aideen no se había movido.

Al otro lado del patio, los soldados apuntaban sus armas hacia la arcada. Se dieron vuelta hacia la puerta. De pronto, uno de los soldados asomó la cabeza.

—¡Quédese donde está, señor! —gritó.

Amadori miró en dirección a la arcada. Vio dos personas: un hombre cubierto de sangre y una mujer.

—Reúna a su unidad —gritó Amadori—. ¡Aseguren el patio!

El soldado sacó una radio del cinturón de su uniforme y pidió refuerzos. Mientras tanto, la mujer de la arcada apuntó contra Amadori. Enfurecido, el general utilizó al sacerdote como escudo. La mujer no disparó, pero los disparos de los soldados la obligaron a refugiarse en la arcada. Amadori miró hacia el interior del palacio para asegurarse de que la otra mujer no asomara por la esquina del pasillo.

No lo había hecho. No tenía necesidad.

Darrell McCaskey estaba semirrecostado en el suelo, en mitad del pasillo. De frente a Amadori, lo apuntaba con el arma que Aideen había pateado.

El padre Norberto no lo podía creer. No comprendía. No había rastros de sangre, y él mismo había visto cuando el general le disparaba en la espalda.

Nuevamente, Amadori intentó utilizar al sacerdote como escudo. Pero McCaskey no le dio tiempo. Tampoco disparó con la intención de herirlo. En menos de un segundo, puso dos balas en la sien de Amadori.

El general murió antes de tocar el suelo.

47

Martes, 12:35hs. Madrid, España

—Tenías puesto el chaleco antibalas —dijo Aideen, corriendo hacia McCaskey.

—Jamás viajo sin él —dijo McCaskey, guiñándole el ojo mientras ella lo ayudaba a levantarse—. Me lo puse antes de venir. Cuando me disparó… pensé que lo mejor era quedarme ahí tirado y esperar una oportunidad como ésta.

—Me alegro de no haber pateado sólo los lentes —bromeó Aideen.

Fernando corrió hacia el sacerdote. El padre Norberto estaba parado en el umbral, contemplando el cadáver del general Amadori. Se arrodilló y empezó a rezar por el muerto.

—Padre, él no merece su bendición —dijo Fernando—. Vamos. Tenemos que irnos.

Norberto terminó de rezar. Se puso de pie después de hacer la señal de la cruz sobre el cadáver. Miró a Fernando.

—¿Adónde vamos?

—A donde sea —replicó el muchacho—. Los soldados…

—Tiene razón, padre —dijo Aideen—. No sabemos qué van a hacer. Pero conviene que estemos en otra parte cuando lo hagan.

McCaskey se apoyó en el hombro de Aideen. Respiraba con dificultad.

—También tenemos que hacerle saber al jefe lo que está pasando, lo más pronto posible —dijo—. ¿Dónde está el comando?

—Encontraron resistencia después del ataque —dijo ella—. Se retiraron.

—¿Sabes cómo encontrarlos?

Aideen asintió.

—¿Puedes caminar?

—Sí, pero no iré contigo —dijo McCaskey—. No puedo dejar a María.

—Darrell, ya escuchaste lo que dijo Amadori —exclamó Aideen—. Vienen refuerzos.

—Ya sé —dijo McCaskey, y sonrió débilmente—. Con mucha más razón, no puedo dejarla.

—No estará solo —dijo el padre Norberto—. Me quedaré con él.

Aideen los miró a través de la máscara.

—No hay tiempo para discutir —dijo—. Yo informaré a los nuestros. Ustedes tres, tengan cuidado.

McCaskey le dio las gracias. Aideen salió corriendo hacia la gran escalera y McCaskey se acercó cojeando al sacerdote.

—Lo lamento —dijo, señalando el cadáver de Amadori—. Fue necesario.

Norberto no dijo nada.

Fernando se metió el revólver en el cinturón.

—Iré a buscar a mi amigo Juan —dijo. Miró a McCaskey—. Gracias, señor, por haber liberado a España de este futuro caudillo.

McCaskey no comprendía del todo lo que había dicho Fernando, pero captó el tono de gratitud.

—¡De nada! —respondió.

El padre Norberto puso la mano sobre el cuello de Fernando y apretó un poco.

—¿Padre? —dijo Fernando, confundido.

—Tu amigo está allá adentro —dijo el sacerdote. Con lágrimas en los ojos, señaló el salón de música—. Muerto.

—¿Juan… muerto? ¿Está seguro?

—Estoy seguro —dijo Norberto—. Estuve con él cuando murió, cuando confesó sus pecados. Murió absuelto.

Fernando cerró los ojos.

Norberto le acarició la cabeza.

—Todos tenemos derecho al perdón de Dios, hijo mío, ya hayamos matado a una sola persona… o a millones.

El sacerdote soltó a Fernando y se dio vuelta. Avanzó hacia McCaskey, que estaba espiando por la puerta abierta. McCaskey no entendía del todo lo que habían dicho, pero sonaba bien.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Norberto.

—No estoy seguro —admitió McCaskey.

Miró a los soldados, que a su vez lo estaban mirando. Acababan de llegar los refuerzos. Le pareció que llevaban máscaras antigás. Debían ser parte del grupo que había perseguido al Striker.

Una vez más, se sintió indefenso. Tal vez los detectores de Interpol no se dieran cuenta de que Amadori había muerto, ni de que una demostración de fuerza por parte de la policía local bastaría para acallar la revolución. Especialmente si se producía antes de que los soldados se agruparan detrás de un nuevo líder.

—¿Y si hablo con ellos? —preguntó Norberto—. Les diré que ya no hay motivos para pelear.

—No creo que lo escuchen —dijo McCaskey—. Algunos podrían asustarse un poco… pero no todos. Eso no bastara para salvarnos.

—Tengo que intentarlo —dijo Norberto, yendo hacia la puerta.

McCaskey no intentó detenerlo. No creía que los soldados fueran a hacerle daño. Y si con eso conseguía uno o dos minutos extra, el riesgo valía la pena. Llegado a este punto, estaba dispuesto a intentar cualquier cosa.

McCaskey no sabía qué pasaría dentro del movimiento con la muerte de Amadori. Pero a juzgar por los movimientos de los cuarenta soldados que se estaban agrupando en el lado sur del

patio, no tenía la menor duda de lo que iba a pasarles a él y a María y a todos los prisioneros que quedaran en el palacio.

Se convertirían en moneda de cambio de uno de los dramas de rehenes más significativos y peligrosos del siglo.

48

Martes, 6:50hs. Washington D.C.

—Novedades del Striker —dijo Bob Herbert.

Acababa de atender el teléfono de la oficina de Hood, mientras el propio Hood y el general Rodgers mantenían una conferencia telefónica con el Director Nacional de Seguridad Steve Burkow y el embajador español en Washington, García Abril. Lowell Coffey y Ron Plummer también estaban presentes.

El embajador informó a Washington que el primer ministro y el rey de España habían destituido al general Amadori. Sus fuerzas quedaron al mando del general García Somoza, que en ese momento estaba llegando de Barcelona. Mientras tanto, las fuerzas policiales de la ciudad —que incluían la Guardia Real de élite del Palacio de la Zarzuela— estaban organizando el contraataque para recuperar el palacio.

Hood atendió enseguida la llamada del Striker, vía Interpol, y activó el *speaker*. El silencio anterior le había quebrado los nervios, particularmente desde que los detectores y reconocimiento satelital habían reportado disparos y gas lacrimógeno en varios sectores del palacio. También había temido que la policía llegara antes de que el Striker abandonara el predio.

—Buenas noticias —dijo August—. Salimos del pozo y estamos de vuelta en la calle.

La oficina se transformó en un festín de rostros sonrientes y puños levantados en señal de victoria. Rodgers informó a Burkow y al embajador García Abril.

—Excelente —dijo Hood con renovado entusiasmo. Dado que el Striker estaba en la calle, August estaba obligado a pasar su informe de acuerdo con el código de béisbol que habían acordado—. ¿Heridas?

—Una torcedura menor —dijo August—. Pero tenemos un problema. El entrenador entró a buscar a la chica. El jefe de la chica fue con él. El entrenador está bien pero los otros están lastimados. Tendrían que ir al médico.

—Entendido —dijo Hood. El entrenador era McCaskey. August le estaba diciendo que Luis y él habían ido a buscar a María y que probablemente las vidas de Luis y María corrían peligro.

—Una cosa más —prosiguió August—. Cuando tratamos de tacklear al jugador principal tuvimos un problema. El entrenador tuvo que hacerse cargo.

Hood y Rodgers se miraron. McCaskey había eliminado a Amadori. Pero ése no era el plan. No obstante, si había algo que Hood admiraba de su equipo —pensaba en Herbert, Rodgers y particularmente en McCaskey— era la capacidad de improvisación.

—Tenemos la sensación —prosiguió August— de que no conviene que el entrenador siga en el estadio. No queremos que los del otro equipo hablen con él. ¿Quieres que entremos y lo hagamos salir?

—Negativo —dijo Hood. Por muy buenos que fueran los Strikers, no estaba dispuesto a enviarlos de nuevo al infierno sin descanso previo… especialmente cuando la policía se preparaba para entrar en acción—. ¿Dónde están el entrenador y su gente?

—El entrenador está en la puerta Bl —dijo August—. La chica y su jefe en la fila de asientos V5, uno y tres.

—Muy bien —dijo Hood—. Buen trabajo, haragán. Ahora vete a casa. Ya hablaremos cuando llegues.

Herbert se había acercado a la computadora para ingresar las coordenadas mencionadas por August. Pidió una actualización satelital del lugar. Stephen Viens los había conectado con la bajada de la NRO y llegó en menos de quince segundos.

—Tengo a María y Luis —dijo Herbert, ampliando la imagen para tener un panorama del patio—. También tengo unos treinta soldados preparándose para hacer algo.

Rodgers informó a Burkow y García Abril. Mientras tanto, Lowell Coffey fue hasta la cafetera y se sirvió una taza.

—Paul —dijo Coffey—, si Amadori está muerto, es probable que esos soldados no maten a los nuestros ni a nadie más. Los tomarán como rehenes. Los utilizarán para negociar alguna clase de amnistía.

—Y probablemente la conseguirán —apuntó Plummer—. El que termine gobernando el país no querrá malquistarse con los grupos étnicos que respaldan a esa gente.

—De modo que si la policía no ataca —prosiguió Coffey— los recuperaremos a todos… Darrell incluido. Los soldados no ganarían nada matándolos.

—Excepto a McCaskey —señaló Herbert—. El coronel August tiene razón. Si los soldados descubren que él mató a Amadori, pedirán su cabeza. Mal, muy mal.

—¿Cómo sabrían que mató al general? —preguntó Coffey.

—Por las cámaras de seguridad —dijo Herbert, mostrando el mapa del palacio—. Mire dónde está McCaskey.

Coffey y Plummer se acercaron a la computadora. Rodgers seguía hablando por teléfono con Burkow y el embajador español.

—Hay cámaras en ambos extremos del pasillo —dijo Herbert—. Es muy probable que hayan filmado a Darrell. Cuando los soldados encuentren el cadáver del general, intentarán averiguar quién lo mató.

—¿Existe alguna posibilidad de borrar la filmación con interferencia electrónica?

—Podría hacerse —dijo Herbert— con un avión con carga electromagnética dirigida, pero llevaría más tiempo de lo pensado.

Rodgers presionó la tecla «mute» y se levantó.

—Caballeros —dijo—, no creo que podamos hacer nada a tiempo.

—Explícate —dijo Hood.

—Interpol informó al primer ministro sobre el triunfo del Striker —dijo Rodgers—. El embajador acaba de decirme que quieren que la policía entre ya mismo, antes de que las fuerzas rebeldes tengan ocasión de reagruparse.

Herbert lanzó una maldición.

—¿Cuáles son sus órdenes si los soldados toman rehenes? —preguntó Hood.

Rodgers negó con la cabeza.

—No habrá rehenes —dijo—. El gobierno español no quiere que los rebeldes, porque así han elegido llamarlos, tengan prensa ni concentren la atención del país.

—No puedo culpar al gobierno —acotó Herbert.

—Yo sí, especialmente cuando uno de mis hombres está en el predio —dijo Hood con furia—. Hicimos un excelente trabajo para ellos…

—Y ahora marchan orondos por el camino que nosotros pavimentamos —dijo Rodgers—, y hacen lo mejor para los intereses de su nación. El presidente de los Estados Unidos nos pidió que ayudáramos a que España volviera a manos de sus gobernantes electos. Pero nadie nos garantizó cuál sería la conducta de esos funcionarios una vez superada la crisis, Paul.

Hood apartó su silla del escritorio y se puso de pie. Apoyó las manos en la cintura, negó varias veces con la cabeza, y después fue al estante vecino al televisor y se sirvió una taza de café.

Rodgers tenía razón. Era muy posible que el primer ministro español, e incluso el rey, no sobrevivieran a la debacle política. Por consiguiente, no intentaban defender sus intereses personales.

Intentaban preservar a España. Y a la larga, eso beneficiaría a Europa y los Estados Unidos. Ningún país de la Tierra se beneficiaba cuando otro se fragmentaba en pequeñas repúblicas.

Pero no eran sus actos los que lo enojaban. Era esa actitud de «nosotros nos arreglamos solos»… después de haber delegado el trabajo difícil. ¿Y las vidas que habían sido sacrificadas para cambiar el estado de las cosas mientras ellos estaban ahí, mirando?

—Paul —dijo Rodgers—, probablemente el gobierno español no sabe cuál fue el rol de Darrell en la acción. Probablemente suponen que el Striker entró y salió del palacio, tal como estaba planeado.

—No se molestaron en preguntar.

—Y aunque preguntaran, eso no cambiaría las cosas —dijo Rodgers—. Nada cambiaría. El gobierno no puede darnos tiempo para rescatar a Darrell… porque no puede darse el lujo de darles tiempo a los rebeldes.

Hood volvió a su escritorio, con la taza de café.

—Ya he visto muchas veces esta clase de cosas —dijo Herbert—. Apestan. Pero Darrell no es un novato. Probablemente habrá olfateado lo que está pasando. Tal vez pueda ponerse a salvo, y salvar a los otros, hasta que termine el conflicto.

—También informé a Interpol sobre la situación —dijo Rodgers—. Pero no les dije lo que hizo Darrell. Se enterarán después, cuando, con un poco de suerte, lo tengamos de vuelta entre nosotros.

—Sí —dijo Herbert—. Entonces nos divertiremos un rato diciendo que jamás estuvo en ese maldito palacio.

—Yo les dije dónde estaban Darrell, Luis y María —prosiguió Rodgers—, y también que necesitaban atención médica. Con algo más que un poco de suerte, el mensaje sorteará los escollos de la burocracia.

Hood se dejó caer en la silla.

—*Probablemente, tal vez, con un poco de suerte* —masculló—. Supongo que existen palabras peores que ésas.

—Y en cantidad —dijo Herbert—. Por ejemplo: *nunca, imposible* y *muerto*.

Hood miró a Herbert y luego a los demás. Indudablemente iba a extrañarlos cuando entregara su renuncia… eran buenos patriotas y profesionales dedicados. Pero no iba a extrañar las esperas ni los pesares. Ya tenía suficientes para toda una vida.

Tampoco extrañaría la soledad… ni la culpa. Ni el hecho de desear a Nancy Bosworth en Alemania y a Ann Farris en Washington. Jamás había querido que su vida se viera inmersa en esos coqueteos vacíos.

Esperaba que Sharon hubiera cambiado de opinión… que hubiera decidido volver con él. Y tuvo que admitir que Herbert tenía razón. La palabra *esperanza* era muchísimo más grata que la palabra *nunca*.

49

Martes, 12:57hs. Madrid, España

Respirar le estaba resultando muy doloroso a Darrell McCaskey. Pero como había dicho en cierta oportunidad memorable el subdirector Jim Jones, su mentor del FBI: «La otra alternativa es no respirar, y no creo que sea mejor». Los chalecos antibalas impedían que los proyectiles entraran en el cuerpo, pero no evitaban el fuerte impacto que solían producir una o varias costillas rotas… o —según el calibre del arma y la proximidad del disparo— hemorragias internas. Pero, a pesar del dolor, McCaskey no estaba preocupado por sí mismo. Estaba preocupado por María. Se había demorado en salir, para ver si podía usar el uniforme de Amadori. Pero el general era demasiado alto, el uniforme estaba demasiado ensangrentado y McCaskey no hablaba español. El disfraz engañaría a los soldados españoles durante uno o dos segundos, nada más… No valía la pena.

Repentinamente, se oyó un bip en el pasillo. Estaban enviando un mensaje a la radio del mariscal. McCaskey supuso que los soldados no tardarían mucho en entrar a averiguar por qué no contestaba.

Cada vez llegaban más soldados al patio. McCaskey asomó la cabeza por el vano de la puerta. Al este de la arcada estaba la calle de Bailen… y la libertad. Pero más de cien yardas los separaban del camino. Cuando María abandonara la protección de la arcada, no tendría manera de escudarse de los militares. Y, en vez de un arma,

tendría que cargar a Luis. McCaskey no sabía si le pegarían un tiro. Pero sí sabía que no dejarían salir a nadie de allí. Mucho menos después de haber visto cómo trataban a los prisioneros.

Debía volver con María y cubrir su retirada. Justo cuando iba a pedirle ayuda a Fernando, el español dijo algo que no entendió y le tendió la mano.

—¿Piensa abandonar la nave? —preguntó McCaskey.

—Sí —replicó el padre Norberto.

—Un momento —dijo McCaskey, negándose a estrechar la mano de Fernando—. Dígale que necesito que me ayude a rescatar a María. No puede irse ahora.

Norberto tradujo las palabras de McCaskey. Fernando respondió secamente, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Dice que lo lamenta muchísimo —tradujo Norberto en un tono sereno—, pero su *familia* realmente necesita de él.

—¡Yo también lo necesito! —retrucó McCaskey—. Tengo que rescatar a Luis y a María… tengo que sacarlos de aquí.

Fernando se dio vuelta, decidido a marcharse.

—Maldita sea —gritó McCaskey— ¡necesito que alguien me cubra!

—Déjelo ir —dijo Norberto con llaneza—. Los dos juntos iremos a buscar a sus amigos. Los militares no van a dispararnos.

—Lo harán en cuanto se enteren de que sus líderes están muertos.

Se escucharon pasos en el pasillo, seguidos por una andanada de disparos. Fernando gritó.

—¡Carajo! —bramó McCaskey—. Vamos.

El rostro del sacerdote era una máscara impasible, pero sus piernas vacilaron.

—No podemos ayudarlo —dijo McCaskey, avanzando hacia la puerta—. Vamos.

Norberto fue con él. McCaskey caminaba lo más rápido que podía, y cada paso le producía un dolor agudo a ambos lados del

cuerpo. Cuando trató de levantar el brazo izquierdo, un ramalazo cegador le atravesó los pulmones y lo obligó a doblarse. Pasó la pistola a la otra mano. No era tan bueno como con la izquierda, pero estaba decidido a llegar a donde estaba María… gateando si era necesario, pero iba a rescatarla.

Cuando salieron al patio, el padre Norberto se interpuso entre McCaskey y los soldados. McCaskey tambaleaba por el dolor de haber intentado levantar el brazo. El sacerdote lo aferró del brazo izquierdo. Agradecido, McCaskey se apoyó en él. Mientras tanto, el padre Norberto le quitó el arma.

—¿Qué está haciendo? —gritó el norteamericano.

El sacerdote alzó la pistola, con la culata hacia arriba. Después se agachó y la dejó sobre el piso del patio.

—Les estoy dando una razón menos para dispararnos —explicó.

—¡O una razón más! —bramó McCaskey mientras seguían avanzando.

Trató de no pensar en eso. Trató de no pensar en los soldados que les gritaban en español. María los estaba observando desde la arcada; afortunadamente, todavía conservaba el arma.

Se escuchó un disparo y un sonoro *chink* a pocos pasos del padre Norberto. Les tiraban piedras. Una de ellas golpeó el muslo del sacerdote, que parpadeó y siguió caminando.

María devolvió el fuego. Uno de los soldados le disparó, obligándola a retroceder.

Los militares volvieron a disparar. Esta vez la bala estuvo a punto de alcanzar al sacerdote, pero se estrelló contra el piso haciendo saltar un pedazo de piedra. Norberto tiró del brazo de McCaskey al ser alcanzado por los cascotes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el norteamericano.

Norberto asintió, pero tenía los labios apretados y el ceño fruncido. Era obvio que le dolía.

Repentinamente, oyeron gritos a sus espaldas. Venían del palacio.

—¡El general está muerto! —gritó una voz.

Esta vez, McCaskey no necesitó la traducción del sacerdote. El general estaba muerto… y en pocos segundos más ellos también lo estarían.

—¡Vamos! —gritó, arrastrando al cura.

Pero sabía que no podrían escapar. Los soldados hicieron correr la voz. Se escucharon gritos de rabia e incredulidad.

Pero, repentinamente, se escuchó otro sonido. El sonido de los helicópteros. McCaskey se detuvo en seco. Miró a la izquierda, en dirección al palacio. Los soldados también miraron. Un momento después, seis helicópteros asomaron sobre la pared sur. Sobrevolaron el patio, oscureciendo el sol en medio de un ruido ensordecedor.

Era el sonido más dulce que McCaskey había escuchado en toda su vida. Y lo más hermoso que había visto eran esos tiradores de la policía que asomaban por las puertas abiertas y apuntaban a los soldados con sus rifles de asalto CETME.

Escuchó sirenas en las avenidas que rodeaban el palacio. Aideen y el Striker debían de haber salido e informado a la policía.

Retomó la marcha.

—Vamos, padre —dijo—. Están de nuestro lado.

En opinión de McCaskey, el doble despliegue —por tierra y por aire— indicaba que la policía esperaba que el ejército se dividiera para poder atacarlo por ambos flancos. Esa maniobra debilitaría significativamente su capacidad de resistencia.

McCaskey y el sacerdote terminaron de cruzar el patio entre el sonido de las sirenas y los helicópteros que obligaron a los militares a retroceder. McCaskey anhelaba abrazar a María. Pero, dada su condición actual, un abrazo le costaría los pulmones. Ella también estaba herida, y Luis necesitaba un médico con urgencia.

—Qué bueno volver a verte —dijo María, sonriendo—. ¿Escuché bien? ¿Amadori…?

McCaskey hizo un gesto afirmativo y miró a Luis. El director de Interpol estaba ceniciento y respiraba con mucha dificultad. McCaskey reviso el vendaje improvisado. Después se quitó la camisa y empezó a rasgarla para obtener nuevas vendas.

—Padre —dijo McCaskey—, tenemos que llevarlo al hospital. Por favor… ¿podría hacerle señas a un coche?

—No creo que sea necesario —dijo Norberto.

McCaskey miró hacia la calle. Un patrullero había dado vuelta la esquina y de él habían bajado cuatro hombres. Los cuatro vestían un uniforme inconfundible: boinas azul oscuro, cinturones y polainas blancos.

—La Guardia Real —dijo María.

Después de los cuatro soldados, bajó un quinto hombre. Era un caballero alto y canoso de orgulloso porte militar, que se acercó rápidamente.

—Es el general de la Vega —dijo McCaskey, y gritó—: ¡Necesitamos ayuda! ¡Luis necesita un médico!

—¡Ambulancia! —gritó María.

Los miembros de la Guardia Real corrieron hacia ellos, y uno le gritó algo a María.

Ella asintió y miró a McCaskey.

—Están instalando un hospital ambulatorio en la Plaza de Oriente —dijo—. Lo llevarán allí.

McCaskey miró a Luis. Terminó de vendarle la herida y le apretó la mano con fuerza.

—Fuerza, compañero —musitó—. Ya llegan a ayudarnos.

Luis devolvió el apretón, casi sin fuerza. No abrió los ojos. El padre Norberto se arrodilló a rezar por él. Era evidente que el sacerdote estaba sufriendo. También era evidente que no estaba dispuesto a permitir que el sufrimiento lo detuviera.

Un momento después, se oyeron disparos en el interior del palacio. McCaskey y María se miraron.

—Parece que no quieren rendirse —dijo McCaskey.

María asintió.

—Hoy vamos a perder muchísima gente buena —murmuró—. ¿Y por qué? Por la visión de un loco.

—O por su vanidad —dijo McCaskey—. Nunca supe cuál de las cosas motiva más a los dictadores.

Mientras hablaban, llegó la policía. Dos de los guardias alzaron cuidadosamente a Luis para llevarlo al hospital de la plaza. El general agradeció a María y McCaskey por todo lo que habían hecho y salió corriendo tras ellos. Los otros dos guardias reales alzaron en brazos a María.

—Una guardia de honor —se burló ella.

McCaskey sonrió y se puso de pie, ayudado por el padre Norberto. Empezaron a caminar junto a María, que también sería trasladada al hospital ambulatorio. Con cada paso que daba, McCaskey sentía que lo atravesaba un cuchillo. Pero no desistió. Era raro tener una segunda oportunidad en cualquier cosa de la vida, ya fuera la de reparar un error cometido en un momento de crisis o la de recuperar un amor perdido. McCaskey había experimentado ambas cosas. Sabía lo que era sentirse torturado por hechos que su propia indecisión o miedo o debilidad habían provocado.

Si María Corneja lo aceptaba, jamás volvería a perderla. Ni por un minuto. El dolor de estropear una segunda oportunidad sería mucho, muchísimo peor.

María buscó y halló la mano de McCaskey. Sus ojos se encontraron. Y uno de sus dolores terminó para siempre cuando supo que ella sentía lo mismo.

50

Martes, 7:20hs. Washington D.C.

Aunque no había dormido casi nada durante las últimas veinticuatro horas, Paul Hood se sentía sorprendentemente renovado.

Había hablado con el coronel August y Aideen Marley a su regreso a los cuarteles generales de Interpol. En aquel momento no se conocía el destino de Darrell McCaskey, María Corneja y Luis García de la Vega… aunque el general Manolo de la Vega le aseguró que un escuadrón de asalto de la policía ingresaría al predio del palacio cuando fuera oportuno, aunque tuviera que patearle el culo personalmente a cada uno de sus integrantes.

Finalmente, McCaskey había llamado desde un hospital de campaña sólo para avisar que todos estaban bien. El informe detallado tendría que esperar hasta que contaran con una línea segura en la oficina de la Interpol.

Hood, Rodgers, Herbert, Coffey y Plummer celebraron con una taza de café recién hecho y felicitaciones mutuas. Hubo una llamada del embajador García Abril, quien dijo que el rey y el primer ministro estaban al tanto de todo y darían un mensaje al país a las catorce, hora local. Abril no pudo especificar si las tropas de Amadori habían entregado el Palacio Real. Dijo que esa información llegaría a la Casa Blanca en cuanto estuviera disponible, y por otras vías.

Tampoco pudo decirles cuál sería el futuro de España… no sólo porque hubiera estado fuera de lugar hacerlo, sino porque

sinceramente no lo sabía.

—El diputado Serrador y el general Amadori representaban fuerzas opuestas muy poderosas —había dicho el embajador—. Las diferencias étnicas y culturales se han inflamado. Espero, aunque no tengo esperanzas, que podamos extinguirlas.

—Todos estaremos rezando por el bienestar de España —dijo Hood.

El embajador le dio las gracias.

Cuando Hood cortó, Herbert masculló algunos insultos sureños contra el embajador y sus misterios… pero Ron Plummer le recordó que García Abril se conducía según las reglas del protocolo.

—Recuerdo que Jimmy Cárter se enojó mucho cuando liberaron a los rehenes norteamericanos en Teherán —dijo—. Los iraníes esperaron que Ronald Reagan asumiera la presidencia para liberarlos. Cuando el ex presidente Cárter telefoneó a la Casa Blanca para averiguar si los norteamericanos estaban en libertad, le dijeron que ésa era información calificada. Tuvo que enterarse mucho después, por otros medios.

Herbert estaba intranquilo. Utilizó el teléfono de su silla de ruedas para llamar a su oficina. Le pidió a su asistente que se comunicara con Interpol y pidiera un informe actualizado a los detectores sobre la situación del palacio. Menos de dos minutos después le informaron que los disparos habían cesado y que aparentemente la policía controlaba la situación, por lo menos en las zonas del patio que ellos alcanzaban a ver. Un llamado a Stephen Viens y un posterior chequeo con los satélites de la NRO confirmaron que los militares estaban entregando sus armas en otros sectores del edificio y los civiles estaban siendo trasladados a un campamento de la Cruz Roja instalado provisoriamente al lado de la Catedral de la Almudena.

Herbert esbozó una sonrisa triunfal.

—Qué les parece si le decimos a García Abril que las «vías diplomáticas» incluyen más caminos que antes —bromeó.

La llamada de McCaskey llegó por fin a las siete cuarenta y cinco. Hood activó el *speaker*. McCaskey dijo que lo habían herido y que tenía tres costillas rotas y un riñón magullado. Por lo demás, aseguro, estaba de muy buen ánimo. María y Luis estaban en el quirófano, pero se esperaba que salieran bien.

—Me quedaré aquí un tiempo para recuperarme —dijo McCaskey —. Espero que no sea un problema.

—En absoluto —dijo Hood—. Quédate hasta haber recuperado todo lo que necesitas.

McCaskey le dio las gracias.

No se discutió el papel desempeñado por McCaskey en el asesinato de Amadori. Probablemente no se discutiría hasta que alguien del Op-Center —probablemente Mike Rodgers— lo entrevistara personalmente. Entre los agentes de inteligencia, el asesinato debía tratarse con un respeto casi ceremonial. El informe de un asesinato debía hacerse cara a cara, como si se tratara de una confesión. Eso servía para que, aun cuando fuera necesario, el asesinato de líderes o espías no fuera tomado a la ligera.

—Hay una cosa que me gustaría hacer lo más pronto posible — dijo McCaskey.

—¿Qué? —preguntó Hood.

—Aquí se ha producido una enorme inquietud religiosa — prosiguió McCaskey—. El general De la Vega me dice que aparentemente el general superior González, líder de los jesuitas en España, apoyaba decididamente al general Amadori. El general superior fue reducido con gas lacrimógeno durante el ataque del Striker… estaba reunido con Amadori en el Salón del Trono. Es seguro que habrá una investigación del Vaticano.

—Eso provocará el descontento de gran cantidad de españoles — dijo Rodgers—. Especialmente si el general superior niega los cargos y fuerza las lealtades entre los jesuitas y otros católicos romanos.

—Todo contribuirá al colapso final de España —dijo McCaskey—. Aquí están todos convencidos de que es inminente. Alguien que

habló personalmente con el primer ministro le dijo al general De la Vega que ya están trabajando sobre una nueva Constitución… una Constitución que otorgue autonomía virtual a las diferentes regiones, bajo un gobierno central muy blando.

Herbert cruzó sus poderosos brazos.

—¿Por qué no llamamos al viejo García Abril y le decimos lo que va a pasar en su país? —masculló.

Hood frunció el ceño y le indicó que se callara.

—Mencioné al general superior González —prosiguió McCaskey— porque un sacerdote jesuita nos salvó la vida. Se llama Norberto Alcázar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hood, escribiendo el nombre del sacerdote.

—Lo hirieron mientras me ayudaba a llegar a María… un par de piedras que saltaron del patio por causa de los disparos. Nada grave. Pero quiero hacer algo por él. No me parece la clase de sacerdote que busca el poder ni nada por el estilo. Mientras estábamos en el hospital de campaña, el padre Norberto me dijo que perdió a su hermano en el desastre. Realmente lo pasó muy mal. Tal vez podamos hacer algo por su parroquia. A través del Vaticano, si la Casa Blanca puede interceder.

—Ten la seguridad de que haremos todo lo posible —dijo Hood—. Y podemos otorgar una beca con el nombre del hermano.

—Me parece bien —dijo McCaskey—. Y otra con el de Martha. Tal vez salga algo *bueno* de toda esta locura.

Después que todos los presentes le desearon buena suerte a McCaskey —«y no sólo me refiero a tu salud», agregó maliciosamente Herbert—, Hood cortó la comunicación. La historia del padre Norberto le recordó algo que tendía a olvidar en momentos como ése. No sólo estaba cambiando el destino de un país. Las esquirlas salían al exterior y afectaban al mundo entero… y también quedaban en el país y afectaban a todos sus habitantes. No sólo se había tratado de contemplar una asombrosa metamorfosis.

Habían estado a punto de formar parte del proceso. Y sin salir de la oficina.

Era hora de abandonar esa responsabilidad.

Llamó a Bugs Benet y le pidió que llamara a su esposa. Le dijo que estaba en la casa de sus padres, en Oíd Saybrook.

Herbert miró a Hood.

—¿Un viaje repentino? —preguntó.

Hood negó con la cabeza.

—Hace tiempo que se fue —murmuró.

Orientó el monitor de la computadora en su dirección y abrió su archivo personal.

—¿Señor? —Era Benet.

—¿Sí?

—El señor Kent dice que Sharon y los chicos volvieron a Washington esta mañana temprano —dijo Benet—. Iban a tomar el vuelo de las ocho. ¿Quiere hablar con él?

—No —dijo Hood, mirando su reloj—. Dale las gracias y dile que lo llamaré luego.

—¿Llamo al celular de la señora Hood?

—No, Bugs —dijo Hood—. Se lo diré cuando vaya a buscarla al aeropuerto.

Colgó y terminó su café. Después se levantó del escritorio.

—¿Vas al aeropuerto ahora? —preguntó Herbert—. Jefe, estaba seguro de que irías a informar al Presidente.

Hood miró a Rodgers.

—Mike, ¿podrías ocuparte de eso?

—Claro —dijo Rodgers, palmeando sus vendajes—. Me acicalé convenientemente antes de venir.

—Bien —dijo Hood. Sacó el teléfono celular del bolsillo de su chaqueta y lo guardo en un cajón—. Quiero irme antes de que me llamen.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Herbert.

Hood miró el monitor. Acercó la mano al teclado.

—Nos veremos en el funeral de Martha —dijo.

Miró a Rodgers. El general lo miró a los ojos, sin parpadear. Había comprendido.

—Pero antes quiero decirles algo —prosiguió Hood—. Darrell tenía razón. De la locura puede salir algo bueno. A pesar de todas las crisis que tuvimos que atravesar, no podía haberme tocado un equipo mejor.

—No me gusta nada lo que estás diciendo —dijo Herbert.

Hood sonrió. Sin dejar de sonreír, envió su renuncia a la Casa Blanca por correo electrónico. Después se apartó del escritorio, saludó respetuosamente a Mike Rodgers y salió de la oficina.

F I N



THOMAS LEO CLANCY JR. (Baltimore, Estados Unidos, 1947 — ibídem, 2013) fue un escritor conocido por sus novelas de suspenso y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego.

Licenciado en Literatura Inglesa, comenzó su andadura como escritor en 1984 con *La caza del Octubre Rojo*, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra.

Clancy, con sus novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del *New York Times* o *USA Today*.

Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos *Rainbow Six, HAWX* o *Splinter Cell*, entre otros, y a la franquicia de libros *OP-Center*.



STEVE R. PIECZENIK (La Habana, Cuba, 1943) es un psiquiatra, autor, editor y teórico de la conspiración cubano-estadounidense. Recibió una beca para asistir a la Universidad de Cornell a los 16 años, donde se graduó con una licenciatura en pre-medicina y psicología en 1964. Más tarde recibió su M. D. de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cornell. Obtuvo un doctorado en relaciones internacionales del MIT mientras estudiaba en la Facultad de Medicina de Harvard. Pieczenik habla cinco idiomas con fluidez, incluidos ruso, español y francés.

Es un autor aclamado de *thrillers* psicopolíticos y co-creador de las series de libros superventas del *New York Times «Tom Clancy's Op-Center»* y *«Tom Clancy's Net Force»*. Sus novelas están basadas en sus veinte años de experiencia en la resolución de crisis internacionales para cinco administraciones estadounidenses

Índice de contenido

Equilibrio de poder
EQUILIBRIO DE PODER
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
Sobre los autores